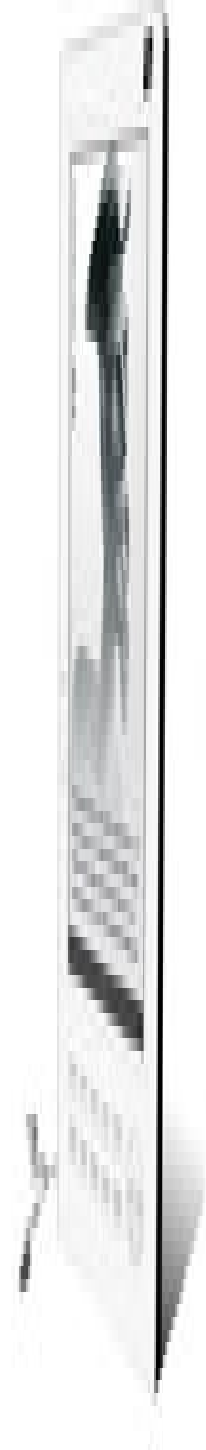




PAPYRE.CO.CC

Libros FB2 para Papyre



Esta biografía novelada de la reina Juana de Castilla, hija de los Reyes Católicos, cuenta en primera persona su vida, dedicando especial atención a los dramáticos episodios del atormentado amor que sintió por el rey consorte Felipe el Hermoso; la ambición y las continuas infidelidades del marido agravaron un desequilibrio mental que ya sufría, y a la muerte de Felipe en 1506 perdió definitivamente la razón convirtiéndose en un patético símbolo de un amor irrenunciable que se refugia en la demencia.

Completan el perfil humano de este personaje cuya historia real ha entrado en la leyenda, grandes figuras como las de sus padres, los Reyes Católicos, su hijo, el emperador Carlos, el cardenal Cisneros y sobre todo el voluble monarca que fue su esposo.

Carmen Barberá traza aquí un retrato magistral de una de las mujeres apasionadas más célebres y trágicas del mundo.

JUANA LA LOCA

Esta biografía novelada de la reina Juana de Castilla, hija de los Reyes Católicos, cuenta en primera persona su vida, dedicando especial atención a los dramáticos episodios del atormentado amor que sintió por el rey consorte Felipe el Hermoso; la ambición y las continuas infidelidades del marido agravaron un desequilibrio mental que ya sufría, y a la muerte de Felipe en 1506 perdió definitivamente la razón convirtiéndose en un patético símbolo de un amor irrenunciable que se refugia en la demencia.

Completan el perfil humano de este personaje cuya historia real ha entrado en la leyenda, grandes figuras como las de sus padres, los Reyes Católicos, su hijo, el emperador Carlos, el cardenal Cisneros y sobre todo el voluble monarca que fue su esposo.

Carmen Barberá traza aquí un retrato magistral de una de las mujeres apasionadas más célebres y trágicas del mundo.

Autor: Barberá, Carmen

©1992, Editorial Planeta, S.A.

Colección: Mujeres apasionadas, 1

ISBN: 9788408000914

Generado con: QualityEbook v0.35

JUANA LA LOCA

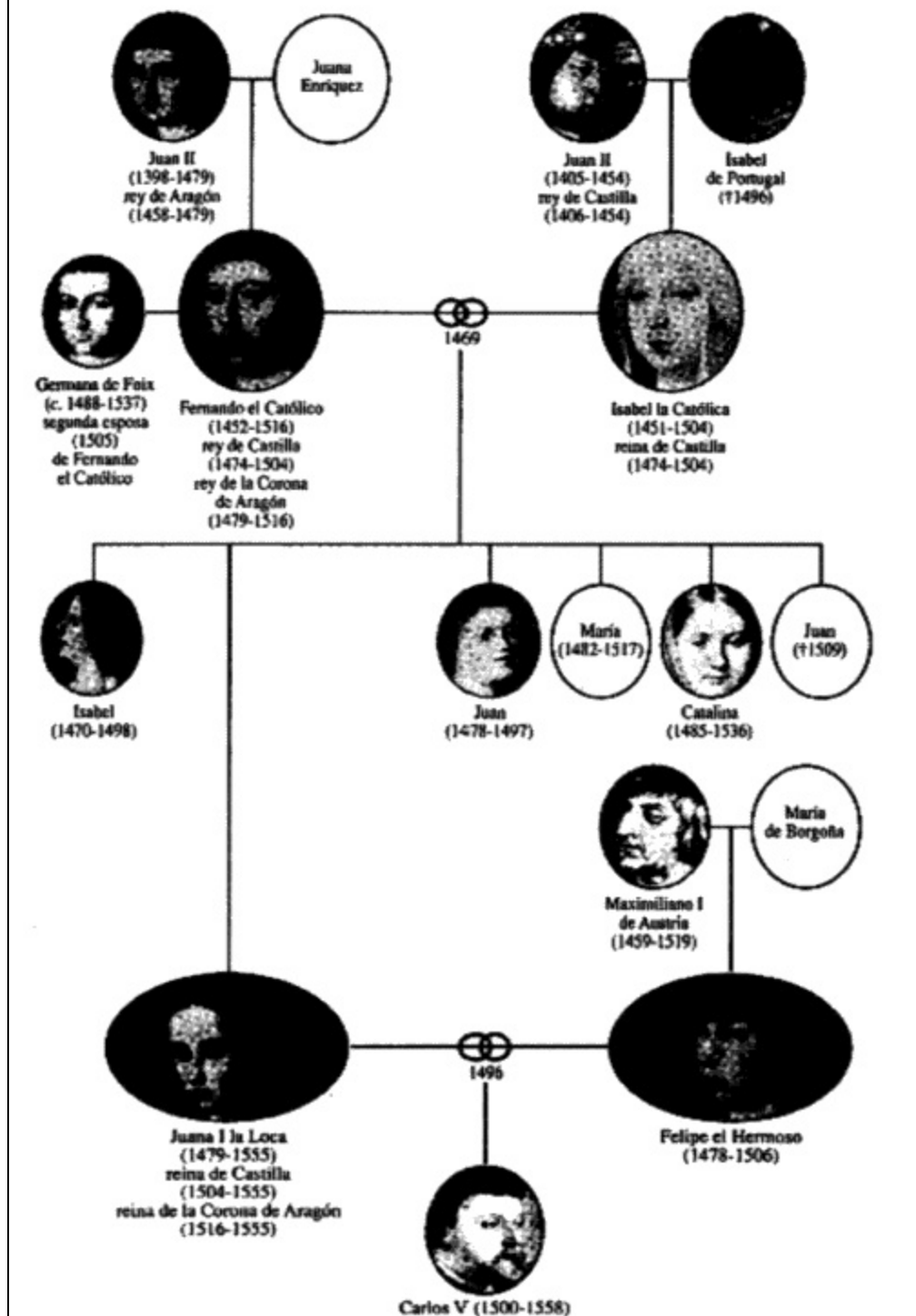
Mujeres Apasionadas

Las grandes historias de amor suelen tener como protagonistas a mujeres apasionadas, que hicieron de su vida lo que la posteridad ve a modo de verdaderas novelas, pero que fueron dramas reales y muy intensos que compiten ventajosamente con las ficciones más famosas de la literatura.

Nadie hubiera podido imaginar heroínas amorosas con una personalidad tan fuerte, tan patéticas y arrebatadas como las que conocemos con todo lujo de detalles por las crónicas de tiempo atrás; desde los sentimientos más sublimes del amor divino hasta la venalidad de las célebres cortesanas de antaño, sin desdeñar la voluptuosa atracción que es posible sentir por el poder, el arte o la ciencia, toda la gama de las inclinaciones del corazón femenino.

En esta colección se recogen de forma a un tiempo rigurosa y amena, con la seriedad de un punto de vista objetivo e histórico, pero también con la maestría de los buenos escritores, las apasionantes vidas de estas mujeres que hicieron de su nombre un símbolo del amor que, según el poeta, «mueve el mundo y las estrellas».

CASA DE TRASTÁMARA



A mis hijos Cary y Jorge,
que con tanto coraje sostuvieron el mío
para la realización de este libro.
Y a mi amiga Elena Salvador, viuda de Puigvert,
que me contagió su apasionado entusiasmo.

No sé si sería posible encontrar, de todo el conjunto de los mortales, a uno cualquiera que esté cuerdo a todas horas, sin estar poseído por alguna clase de sinrazón.

DESIDERIO ERASMO
DE ROTTERDAM

CAMINO DE FLANDES

Siendo yo muy pequeña, y al explicarle a la reina el asombro que me causaba encontrarla en el jardín cuando apenas un momento antes la había dejado en mi habitación, preguntó:

—¿Y qué hacía yo allí?

—Bordabas.

—Eso fue ayer, Juana.

—Y si fue ayer, ¿por qué acabo de verte ahora?

—Porque tienes memoria.

—¿Qué es memoria, madre?

—La facultad de reproducir en la imaginación cosas pasadas.

A partir de aquel instante el ejercicio de la memoria fue un divertido entretenimiento durante mi infancia y la salvación de mi equilibrio espiritual cuando la soledad y la traición me destrozaban el alma. Nacida para reina, los tres seres más queridos de quienes yo pude recibir ayuda usurparon mis derechos al trono sin el menor remordimiento y me obligaron a llevar la más desgraciada de las existencias. Sin duda alguna la concertación de mi boda, el obligado regreso a España, mi ineludible permanencia en la península y el forzado ingreso en el castillo de Tordesillas, donde iniciaría un mal disimulado cautiverio, fueron intereses de Estado ante los cuales nadie vaciló en hacerme víctima. Al ser mi madre soberana de Castilla, de León, de Granada, Toledo, Valencia, Galicia, Mallorca, Sevilla, Cerdeña, Córdoba, Córcega, Murcia, Jaén, los Algarves, Algeciras, Gibraltar y de las islas de tierra de Canaria, condesa de Barcelona, señora de Vizcaya, y de Molina, duquesa de Atenas, de Neopatria, condesa de Rosellón y de Cerdeña, marquesa de Oristán, y de Gociano..., y pasando dichos títulos a mi poder por voluntad suya, así expresada en el testamento donde me nombraba heredera universal, era penoso comprobar que ninguna de tantas dignidades me permitieron ejercer, reduciendo el poderío de mis extensos dominios al disfrute de un inhóspito castillo, una hija de dos años y un cadáver insepulto. En estas condiciones mis veintiocho años no tienen futuro. No obstante, tengo memoria. Gracias a ella puedo revivir momentos enternecedores capaces de aliviar la dureza de mi destino. Momentos como el de aquella tarde en que, sentada en la poltrona que usaba mi madre para descansar, iba yo observando el cielo a través de la ventana, cuyo bello arco lobulado festoneaba las nubes. Contemplar nubes festoneadas era un lujo en la austera corte de mis padres, dados al sayal más que a las sedas y brocados. Me gustaba fantasear y así lo estaba haciendo en la primera tarde de un verano a punto de avasallarnos. La reina me llamó la atención por dos veces de manera disimulada. Una, por ocupar su silla. Otra, por dar la espalda a la reunión. Al no hacerle caso y desagradándole amonestarme en presencia de extraños, renunció a insistir guardando para después una severa regañina. No era frecuente coincidir la familia completa en ratos de ocio, así que parecía

una fiesta. Sin embargo aquel día lo dedicaron a discutir extremos de nuestra educación. Estuvieron presentes algunos preceptores de inconcreto recuerdo. Tal vez nos acompañó el preferido de mi madre, Alexandro Geraldini, oriundo de Amelia, bello pueblo de la Umbría italiana cuyos habitantes siempre presumieron de que allí predicó san Francisco. Al menos así nos lo contaba el prelado don Alexandro, de tan buena memoria como sus paisanos. Posible fuese también la presencia de doña Beatriz Galindo, la Latina, por aquel entonces recién casada o a punto de casarse con Francisco Ramírez, secretario de mi padre. O quién sabe si nos hizo compañía el médico alemán Jerónimo Münzer, recién llegado a Castilla fascinado por la epopeya de nuestro pueblo en marcha, el cual calificó a los reyes y a su prole de humanistas, adjetivo que encantó a la reina. Más rara pero factible, sería la visita del confesor del rey y preceptor de mi hermano Juan, fray Diego de Deza, de la orden religiosa de Santo Domingo y profesor de teología en la Universidad de Salamanca. Sin embargo, no les presté la menor atención gracias a mi facilidad de abstraerme. Hasta que mi madre ordenó:

—Juana, retírate a tus aposentos.

El sobresalto fue mayúsculo y comprendí lo evidente de mi mala conducta. Segura de la severa reprimenda que me aguardaba, supliqué al cielo misericordia. Ya en mi habitación, eché mano de los castigos corporales, usé cilicios y acabé tendida en el duro suelo para aplacar las malas inclinaciones de mi ánimo. Ni las punzadas del frío invierno, ni la incómoda dureza del pavimento en cualquier época del año conseguían disminuir las ansias de ser la mejor a los ojos maternos. Con prácticas tan austeras y sacrificios voluntarios, me gané buena fama de pertenecer a la raza de los místicos. Aquello me halagaba. ¿El fin primordial de mi madre en este mundo no era acercarse al mundo de Dios? A mi manera, acercarme a Dios significaba acercarme a mi madre. Por lo menos cuando la reina buscara a Dios, me encontraría a su lado. A la fuerza había de preferirme.

—¿Qué haces, Juana?

Puesta en pie de un brinco, busqué con la mirada el lugar de donde salió la voz. Maduraban los frutos, se abrían los capullos de las flores, crecían las mieses en alguna parte de Castilla, y aquel espesor de miel hecho de vida, producía en la atmósfera una luz compacta contra la cual, en el centro de la puerta abierta, resaltaba la silueta de mi madre. Su brazo alzado sostenía la espada de las batallas. Una espada idéntica a la que tuvo el Cid Campeador, aunque libre de adornos innecesarios.

—¿Quieres contestarme, hija? ¿Qué haces?

Como en anteriores ocasiones la espada, fruto de mi imaginación, desapareció. A fuerza de repetirse, el hecho comenzó a ser molesto. ¿Quizá era producto de mi terror al suponerla capaz de cortar cabezas, atravesar corazones, eliminar vidas humanas? La imagen guerrera de la reina casaba muy mal con su auténtico fervor religioso y la idílica estampa de madre amantísima.

—Sigo el ejemplo —dije— de las vidas de santos que me mandáis leer.

—A tu edad, esos sacrificios perjudican la salud. Los santos practicantes eran adultos. ¿Te has propuesto conseguir la santidad, hija? Repara que es un camino muy abrupto.

—Llegar a santa es fácil.

—¿Pues cómo?

—Te levantas por la mañana, olvidas la voluntad propia y pasas la jornada cumpliendo lo que te

ordenan. Obedecer es lo principal, y para evitar tentaciones, se llena el pensamiento con una retahíla de plegarias. La responsabilidad se deja a los otros. ¡Eso sí que me costaría, madre! Pero ser santa es muy fácil.

Comprobé con placer que la reina sonreía y aproveché en mi favor la circunstancia de su aparente debilidad.

—¿Vas a reñirme?

—Debiera.

—¿... pero no?

—No. Hay otro asunto primordial. Algo que te concierne muy especialmente.

Encantada por el protagonismo inesperado, traté de hacer que mi madre se explicara.

—¿De qué se trata? ¿Qué ocurre? ¿Es algo bueno? —iba yo diciendo mientras la reina sentábase a mi lado en el diván.

—Se trata de tu boda.

—Eso no es bueno.

—Antes de emitir un juicio, debes reflexionar. ¿Cómo sabes que es malo si desconoces los detalles?

—Porque el único detalle que sé me desagrada.

—¿Y cuál es el detalle?

—Si me caso no viviré contigo.

Los ojos verdes de mi madre, que de costumbre me recordaban los valles de Castilla, se iban transformando en mar con el diminuto oleaje de sus lágrimas. Puso ambas manos encima de mis cabellos y a su contacto sentí la crispación de una raíz a punto de arrancarse. La observé ansiosa.

—Cierto, Juana. No podrás vivir conmigo.

—¿Porque eres reina?

—Tu alto nacimiento te exige determinados servicios a la patria. Los reyes hacemos historia al vivir y debemos ser conscientes. Pero si tú no fueras hija de quien eres, la situación no cambiaría. Cuando un hijo toma estado, se aparta de sus mayores y funda una nueva familia.

—¿Como mi hermana Isabel?

—Exacto.

Durante mi infancia sentía un cariño muy exclusivo por Isabel, mi hermana mayor. Cumplidos veinte años cuando yo tenía once, desapareció de mi lado para casarse con el príncipe Alfonso de Portugal, hijo del rey Juan II. Ocho meses más tarde, ya viuda, regresó a casa transformada en una joven entristecida. Seis años después volvió a contraer matrimonio. Esta vez con el rey de Portugal, Manuel el Grande, pariente de su primer marido.

—Dime, madre —pregunté resignada—. ¿Quién será mi esposo?

—Felipe de Habsburgo, rey de Borgoña y Países Bajos desde el fallecimiento de su madre, además de único heredero del emperador Maximiliano I de Alemania.

—¿Un rey...? ¡Debe de ser viejo!

—¿Sabes tu edad, Juana? —mi madre sonreía.

—Dieciséis años y medio —puntalicé exultante.

—Felipe tiene diecisiete.

Resultó definitivo. Algo íntimo se calmó. Algo lánguido y exigente a la par.

—¿Qué pasará con mis hermanos cuando yo me marche, madre? —surgió enseguida el apego a la familia.

—Te recordarán, desde luego. Y si te refieres al futuro, todo está previsto. De momento, Isabel defenderá nuestra divisa en Portugal. A la pequeña Catalina la destinamos para introducirnos en Inglaterra. Tu hermano Juan heredará nuestros reinos, además de casarse con la hermana de quien será tu esposo. Es decir: tu cuñada, Margarita de Habsburgo, futura reina de Aragón y Castilla, como tú lo serás de Borgoña, Flandes y Austria. Las alianzas matrimoniales fuera de la península contribuyen al pacífico mantenimiento de nuestra política exterior. ¿Te haces cargo, Juana?

Busqué en los trazados cartográficos el significado de un comportamiento tan minuciosamente calculado. Mi dedo resiguió fronteras a punto de inclinarse a los pies de los Reyes Católicos, incansables en la ampliación de su reino. Pero ni una sola vez mi trémulo índice tropezó con la diminuta interrogante que se iba formando en mi corazón de muchacha: ¿le gustaría yo a Felipe?

—Dime, madre. ¿Cómo era mi abuela, tu suegra Juana Enríquez?

—De carácter muy luchador. En lo físico, de facciones menudas, ojos rasgados color de miel y cabellos castaños bastante claros. Si en los momentos de humor te llamo suegra es por vuestro gran parecido.

—¿Entonces soy así de guapa?

—Eres así de vanidosa. Y la vanidad te alejará de Dios.

Aunque yo no pensaba en Dios. A menos que Dios se llamara Felipe.

El caballero detuvo el furioso galope de su alazán a pocos metros de la reina. Con gran pericia obligó a la bestia a cuadrarse. Luego saludó militarmente, anunciando:

—Alteza, llegamos a Laredo.

Llegar a Laredo significaba para mí sentir en el pecho aquel zarpazo brutal. Siempre creí que el peor dolor de nuestra existencia lo produciría la muerte. Por lo menos, era un estado del cual nadie se recuperaba. Pero mi capacidad de sufrimiento conseguía cumbres tan altas que, a menudo, supuse que sufrir sería peor que morir. Así pues, nunca supe diferenciar la muerte del dolor, viviendo en una constante duda.

—Madre, me muero.

—¿Otra vez, Juana?

—Ahora estoy segura. Me muero de veras. ¡Es un sufrimiento insoportable!

Al embarcarme perdía mi infancia, mis hermanos, los cilicios, mis ansias de santidad y las bromas de los reyes acerca de las granadas añadidas al escudo castellano. La reina poseía la enorme habilidad de captar la atención hacia lo que consideraba importante y yo crecí en el convencimiento de que en la vida no habría de faltarme su voz orientadora o la voz de alguien aleccionado por ella. En cambio, me enfrentaron sola a mi primera navegación lejos de la península, escoltada por una flota de veintidós barcos y un nutrido ejército, para casarme con un desconocido y reinar en un país del cual ni siquiera sabía su idioma. Hubiera dado todo cuanto tenía por quedarme. De momento, las

eventualidades atmosféricas actuaron en mi favor. El pésimo tiempo aconsejó retrasar la salida.

—¿Hasta cuándo? —pregunté.

—Nunca se sabe. Pero nos acercaremos a rezar a Nuestra Señora de la Asunción. La iglesia es del siglo XIII, verdaderamente magnífica. Quiero que la conozcas.

—¿Y qué pedirás a la Virgen, madre?

—Que apacigüe el temporal.

Nuestra Señora de la Asunción complació los ruegos de la reina cuarenta y ocho horas después. Aquello significó dos noches al lado de mi madre. Si no cantaba nanas, lo parecía. Inexorable, llegó el momento de separarnos. Así lo anunció el almirante de la escuadra don Fadrique Enríquez.

—Alteza, amainó el temporal. Es hora de partir. Mi madre se estremeció.

—Bien, hija —dijo—. Debemos despedirnos. Confío que te comportes dignamente. No creas que me pasa inadvertida tu angustia. También yo la siento. La tuya nace de ignorar lo que te espera. La mía de conocerlo demasiado. Pero ambas cumpliremos con nuestro deber.

—Tú no lo cumples siempre, madre —lancé a la desesperada, como si aquel mínimo reproche tuviera el poder de interrumpir mi viaje.

—¿A qué te refieres, Juana?

—A la austeridad. Siempre la predicas y ahora haces un alarde excesivo de naves, soldados, damas de honor, incluso mi ajuar casi llena un barco. ¿Tanto te alegra que yo me marche?

La reina disimuló la hondura de un suspiro antes de responder:

—El fin primordial de concertar a la vez tu boda con don Felipe de Habsburgo y la de tu hermano Juan con Margarita fue evitar gastos. En primer lugar convinimos suprimir ambas dotes. Era igual ofrecerlas equivalentes que no dar ninguna. Asimismo se pactó que la manutención del séquito de cada princesa correría a cargo de sus maridos. En cuanto a los viajes, en vez de organizar uno hacia Flandes y otro hacia España, decidimos aprovechar la flota que te conducía a tu nuevo país para traer al nuestro a quien será tu cuñada. ¿De veras, hija, te parece poca austeridad?

De súbito cedí. Cuando alcé la vista para mirar a la reina, yo sólo era una niña tímida y paciente. Advirtió mi madre el desamparo y me abrazó. Apoyada mi cabeza en su pecho, sus palabras eran un rumor maternal.

—Mándame noticias, dime cualquier queja, explícame penas y dichas, no me ocultes nada. Reza a la Virgen y supléale su ayuda. Sobre todo, Juana, ama a tu esposo, querida hija.

Abandonó el barco a tientas, incapaz de ver a través de las lágrimas. Estuvo en la playa hasta que la nave traspasó el horizonte de Laredo. Las maniobras de salida fueron lentas y me sobró tiempo para anegarme en la pena. La esbelta procesión de velas izadas rasgaba el azul purísimo del cielo. Bajo el ardiente sol del verano brillando en el agua, el viento en popa y un cierto alborozo espumado a babor y estribor de las naves, comenzamos a navegar por el mar que de un lado nos conducía a Flandes y, del opuesto, a las playas recién descubiertas de las Indias. Exactamente, dos meses y once días antes ancló Cristóbal Colón en el mismo puerto al regreso de su segundo viaje de aventura. El Almirante desembarcó agobiado de acusaciones y calumnias. En sus manos traía un emotivo regalo para su alteza la Reina Católica doña Isabel I de Castilla. Es decir: una ciudad apenas nacida en ultramar, bautizada en su honor con el nombre de Isabela. A semejanza de Colón, también yo

emprendía el asalto a los reinos de Flandes con el propósito de españolizarlos. Aun ignorándolo, iba a promover grandes movimientos políticos, ingentes luchas entre naciones. Los demás aprovecharían las circunstancias para enarbolar su ambición. Respecto a mí, pese a la apariencia de contar con un futuro esplendoroso, pronto sentiría en la piel los tremendos zarpazos de la fatalidad. De manera sutil se me acercaba el infortunio a la salida de Laredo en el día 22 de agosto del año 1496. Al apartarme de la patria, todo fueron desgracias. En realidad, despegué de los límites geográficos de mi tierra como del prieto amor de mi madre. Fue un verdadero desprendimiento de placenta. Un volver a nacer. Así de herida me sometí a la curación de mi espíritu maltrecho mediante pócimas de olvido. Pasaba la jornada oteando el paisaje, las extensiones desconocidas, los fantásticos saltos de los peces siguiendo en manada la estela del navío. La noche transcurría peor. Dormía mal y de manera intermitente. Despertaba sobresaltada en mitad de horribles pesadillas, siempre en el instante de sorprender la puerta del camarote al cerrarse detrás de mi madre que huía. Quedé convencida de que la reina estaba conmigo, vigilándome y dispuesta a desaparecer en el crucial momento de la realidad. La congoja me rompía el corazón, pero resistí aferrada al recuerdo de las noches transcurridas en Laredo. ¿Por qué ahora me esquivaba? Agotada mi resistencia, al fin claudiqué soltando las amarras de la infancia y entregándome de lleno a la propia responsabilidad. Nunca hice algo tan a tiempo. La borrasca, amainada en apariencia, al cabo de dos días se alzó contra nosotros en el centro del canal de la Mancha. La envergadura de las olas alcanzaba tamaños escalofriantes. La flota se zarandeaba indefensa. Fue un caos pavoroso, difícilmente superable. La furia del mar volcaba las embarcaciones. Se arriaron los botes para la salvación de náufragos. Mástiles y velas se amorraban peligrosamente en el agua. Los barcos buscaron refugio a la desesperada. El nuestro echó anclas en el puerto de Portland. Instalada en el castillo de la ciudad, recibí la protocolaria visita de los nobles ingleses deseosos de conocer a la infanta de España y futura archiduquesa de Austria. Me agradaron sus atenciones exclusivas a mi persona, en la primera actuación mía de infanta independiente, pues ni el archiduque ni mis padres estaban conmigo. Al cambiar el viento reemprendimos la ruta, pero cuando la nave enfiló la inesperada anchura del Escalda en busca de Amberes contemplé con orgullo el soberbio mascarón de proa. La tormenta no había conseguido vencernos.

—Tómese la archiduquesa esta infusión azucarada —me decía alguien.

Me hallaba en Amberes, situada a orillas del Escalda, ciudad perfilada por redondas colinas, mesetas, valles fluviales, bosques y pastos. Hospedada en la impresionante residencia de Carlos el Temerario, desde mi llegada me mantuve arropada en el suntuoso lecho que me acogió al caer víctima de un catarro muy adecuado a los avatares de la travesía. El difunto Carlos, duque de Borgoña y conde de Charolais, fue padre de doña María de Borgoña, esposa de Maximiliano y madre de Felipe. Ambos, Carlos y María, tuvieron un desenlace inesperado. A los cuarenta y cuatro años murió Carlos en un estanque helado y María de Borgoña falleció de una caída del caballo a la temprana edad de veinticinco. Sus fantasmas me recibieron en Amberes con la persistencia propia de los muertos cuanto mayor es la ausencia de los vivos. Y Felipe no estaba. Acongojada por mi soledad, me esforzaba en conservar el catarro para seguir ocultándome en el refugio de las sábanas.

—¿Le sentó bien la infusión a la archiduquesa?

Lo peor del catarro fue todo excepto el catarro. Aquel país destinado a ser el mío no se parecía

a mi país. Para comenzar, las medidas del río Escalda suscitaban la duda de que, tal vez, fuese mar. En tierra firme la ambigüedad continuaba, pues las gentes se referían indistintamente a Flandes, Brabante, Baja Alemania o Bélgica, aumentando mi confusión. Rindiéndome pleitesía, los notables del reino pretendían informarme en francés, alemán, flamenco y latín. En presencia de cuatro consejeros de los Estados Generales quise saber de dónde eran mis súbditos. Los cuatro contestaron a la vez:

—Somos belgas.

—Valones.

—Frisonos.

—Flamencos.

La gran decepción al llegar a Amberes había sido la ausencia de mi futuro esposo. No faltaron banderines, gallardetes, música y múltiples señales de fiesta en ambas orillas del río. Abundaron los suntuosos recibimientos. Altas personalidades acudieron a saludarme. Con el alma callada y los labios mudos, yo espiaba el instante de conocer a Felipe. Pero Felipe, que tan próximo sentía, era una mentira. Siempre habría de ser una mentira. Y se hallaba lejos en un lago llamado Constanza, cuyo nombre aceleró mi pulso al confundirlo con el de una mujer. Enterada Margarita de nuestra diferida llegada culpa de la accidentada travesía, vino a mi encuentro desde la ciudad de Nemur. Junto al lecho en que yo tosía extenuada de fiebre, asomó su rostro juvenil. Me complació en extremo conocerla y sentí vivo placer al comprobar que era tan desenvuelta y complaciente. Arrebujada en un montón de cobertores, observé a la hija del emperador Maximiliano. Fijamente.

—¿Se te ofrece algo, Juana? —preguntó.

—Nada —pero estaba segura de que alguna de aquellas facciones habrían de repetirse en las facciones de su hermano—. No... Nada.

—En cuanto te encuentres bien, iremos a Lier. Allí esperaremos a Felipe.

Tampoco en Lier mejoraron las cosas. Estuve instalada en un apacible convento de hermoso claustro, oyendo música religiosa y los cánticos de las monjas. El frío apretaba demasiado, excesivamente. Caía el sol en la noche anticipada y yo estaba segura de que alguien retenía la tarde para impedirle brillar. La añoranza me impulsó a pedir un ramito de espliego y aspirar, en su denso perfume, recuerdos montaraces.

—¿Espliego...? ¿Qué es espliego, señora?

¿Y cómo sería un país que no conoce el espliego?, pensé asombrada. Margarita me distrajo la tristeza con el minucioso relato de mi cercana boda. La celebración sería en Bruselas. La mejor catedral abierta a la mejor plaza para celebrar las nupcias del archiduque de Austria don Felipe de Habsburgo, llamado el Hermoso, con doña Juana de Castilla, hija tercera de los insignes Reyes Católicos. Acudirían el emperador Maximiliano, los familiares directos y entenados, nobles, cargos honoríficos, autoridades militares y de la Iglesia. Una corte considerada la más elegante de Europa, ya en vida de la fallecida María de Borgoña. Todos los países se disputaban el honor de merecer la invitación de los emperadores con el fin de aprender la cultura cortesana y caballeresca de la monarquía flamenca, aplicándola después a sus respectivos países. Marco de las fiestas y celebraciones de tan grato enlace sería el suntuoso palacio real. En la superficie de los bellísimos

espejos venecianos repartidos por sus salones habría de reflejarse la frágil figura de la jovencita esposa, mayormente quebrada su silueta después del catarro sufrido.

—Será maravilloso —terminó el relato Margarita.

—¿Por qué se retrasa tanto? —me referí a Felipe.

La razón de su ausencia era muy simple. Obstáculos imprevisibles hicieron que el archiduque recibiera dos correos el mismo día. En uno, se le comunicaba nuestra salida de Laredo. En el otro, la llegada del cortejo nupcial a Bélgica. A marchas forzadas emprendió viaje y mientras él cruzaba fronteras velozmente yo, que lo ignoraba, desfallecía de inquietud. Estábamos en pleno octubre, pero me pareció tan duro como el invierno de Ávila. El fuego encendido en la habitación levantaba en mi ánimo rescoldos de melancolía. Me mantuve erguida como si no fuera preciso apoyarme en alguien, ignorando hasta qué punto me sostenían los recuerdos. Dejé que la noche me envolviese sin cambiar de postura. Arrimada a la cristalera de mis aposentos, suplía la quietud física con la movilidad visual. Mis ojos contemplaban los árboles del jardín azotados por el viento. Me esforcé en recuperar sus nombres mientras la lluvia resbalaba en el cristal a pequeños trompicones de líneas quebradas. El impulso fracasado de las gotas, por avanzar aprisa y sin torceduras, me recordó el torpe esfuerzo de mis hermanos pequeños decididos a caminar solos antes de su primer aniversario. En lugar del nombre de los árboles, acudieron los suyos a mi mente. Me pareció oírlos:

—Juana, soy María.

—Yo, Catalina.

—Y yo soy Juan.

Voces antiguas salidas de la fantasía. Aunque otra voz, muy concreta, sonó a mi espalda.

—Yo soy Felipe. ¿Tú eres Juana?

Durante años estuve detenida en el pasmo de aquel instante, bien arrimada al cristal mojado de lluvia en una ciudad extranjera, mientras la magnificencia de la vida se vertía en mi alma castellana al escuchar:

—Yo soy Felipe. ¿Tú eres Juana?

—Sí. Yo soy.

Apelé a las numerosas vírgenes protectoras de mi madre. A las santas a quienes me enseñaron a encomendarme. A los mártires de la religión y las ánimas del purgatorio. La petición de ayuda surtió efecto, pues conseguí alzar la vista y mirar. La antesala era una luminaria. En contraste con las sombras de mi habitación, descubrí en el umbral la elegante silueta de un hombre alto, esbelto, de apariencia arrogante y juvenil. Obedeciendo una orden suya, entraron los criados portadores de lujosos candelabros, los depositaron sobre los muebles y, cumplida su misión, se retiraron. El último cerró la puerta y entre nosotros se quedó el temblor de las velas. Felipe avanzó despacio. Me observaba. Y allí donde su curiosidad se detenía, iba yo cubriéndome de rubor. ¿De veras fue bella la suegra de mi madre? ¿De veras que mis ojos rasgados, los cabellos castaños y las menudas facciones eran atractivas? ¿Y dónde nacía la perentoria necesidad de gustarle? Me avergonzaban mis ansias de recibirle, adelantándome a su espantosa lentitud. Cuando le tuve cerca, su mano alzó mi barbilla y hube de mirarle. Dentro de mí, la que yo era se fue atrás. Atrás en la distancia y en el tiempo, con el furor desesperado de quien huye de lo que anhela. Pero hasta allá me siguieron sus

brazos, restituyéndome a la realidad, a la noche de otoño, al convento de Lier. Felipe era un muchacho bellísimo, enjuto, elegante de movimientos, de facciones perfectas al servicio de una seducción y una inteligencia especial para cautivar voluntades, como estaba cautivando la mía. Hacía rato que Felipe hablaba, pero yo no conseguía escucharle.

—¿Me expliqué bien, Juana? ¿Estás de acuerdo conmigo?

Mientras recuperaba la serenidad, dije «sí». A todo. A cualquier cosa. En cierta manera yo meditaba. Desde Laredo a Lier creí que había transcurrido una distancia de años, aunque apenas pasaron dos meses.

—Vamos a casarnos, querida Juana —la voz no consentía espera.

—Ya me informó Margarita —dije aturdida— que la ceremonia será en Bruselas y...

—¿Bruselas? ¡Será ahora mismo!

Una especie de terremoto sacudió el convento y a sus habituales moradores. Los ventanales del edificio se iluminaron todos, vertiendo su luz en las calles dormidas de Lier. Prepararon la capilla. Las tocas de las monjas pasaban veloces detrás de la celosía del coro, esforzándose en santificar con sus himnos religiosos la urgencia genésica del archiduque. El último en comparecer fue el sacerdote. Traía preparado un sermón destinado a disuadir al monarca de su imprudente proceder, pero la negativa terminante de Felipe le impidió pronunciarlo. Sin embargo hubo una ceremonia inaplazable. El joven Habsburgo accedió a la presentación de los caballeros castellanos, la corte civil y la corte eclesiástica, que me acompañaban. Quedaron mis paisanos satisfechos de la gentileza, comentando entre sonrisas la simpática prisa del archiduque convertido en muchacho enamorado.

—Nuestra infanta le sedujo de inmediato. Parece enajenado, ¿verdad, señores? —murmuraban a mi paso.

Cuando ambos quedamos solos para gozar del mutuo encantamiento, sufrí un violento trastorno. La enseñanza más traumática de mi infancia estuvo en la prohibición de contemplar el propio cuerpo bajo amenaza de pecado grave. Sin embargo, enfrentarme a mi desnudo en aquel momento, además de inminente resultaba inevitable. A la vez que Felipe, también yo me descubrí al mirarme en la luna del espejo.

—Observa tu propia maravilla, Juana. Y, por favor, ámame.

Al día siguiente no tuve despertar, sino deslumbramiento. Recostada en el montículo de las almohadas, vino a mi memoria un hecho insignificante. Yo tenía cinco años. El invierno se anunciaba tan duro, que la reina decidió pasarlo en Sevilla. Llegamos a la ciudad en los primeros días de octubre. Abrumados por el rigor climático de Castilla, el otoño sevillano nos pareció una primavera amansada, cumplida. Y en el jardín colmado de perfumes, Isabel, Juan, María y yo nos entregamos al frenesí de nuestros juegos. Llamó poderosamente mi atención el vuelo de dos mariposas. Sus alas de purpurina, plata y azabache se movían inquietas aire arriba. Posadas en el vértice de los pétalos y bañadas de sol, giraban en espiral hasta rozarse. Rápidamente separadas, reemprendían el vuelo buscándose otra vez.

—¿Qué hacen? —pregunté, fascinada—. ¿Alguien me cuenta lo que están haciendo?

Las mariposas realizaban su danza nupcial. Lo supe luego, allá en Lier, al descubrirme a mí misma, al descubrir a Felipe, al oírle decir: «Observa tu propia maravilla, Juana. Observa y

ámame.» Fue entonces cuando tuve noticias de mis padres, preocupados por la falta de las mías. Ya en las primeras líneas la reina aludía al temporal de Portland y solicitaba un relato minucioso que menguara su inquietud. Luego, descartado el comprensible interés por el buen término de los planteamientos políticos, la reina se expresaba en el tono coloquial tan cálido para sus hijos. «Además de mi preocupación por el estado de tu ánimo, mi querida Juana —decía—, ando de lleno en la preparación de los esponsales de nuestro muy amado heredero Juan y tu cuñada Margarita. También preparamos la segunda boda de tu hermana Isabel, de nuevo aliada a Portugal en su condición de Reina. Por mediación suya y tuya, por vuestros enlaces y el de Catalina que habrá de casar con Arturo, Príncipe de Gales, las miles de almas cobijadas en todos estos reinos acabarán perteneciendo al Dios Todopoderoso, Gobernador Universal del Cielo y de la Tierra. Y tengo para mí que habrá de ser así su voluntad, como lo fue el fallecimiento de mi madre en el mismo día de la Asunción de la Virgen. Desde que se extinguió en la paz del Señor, encuentro difícil apartarla del pensamiento. Me consuela la certeza de que murió enajenada y, por lo mismo, en estado de gracia. Su turbado entendimiento habrá encontrado la serenidad en su sepulcro de Arévalo.» Se quejaba, además, del largo debate mantenido con los portugueses a raíz de haber otorgado el papa Alejandro VI a mis padres el título de Reyes Católicos de España. A este respecto el rey de Portugal mostraba gran resentimiento por considerarse a sí mismo tan rey y tan católico como Isabel y Fernando. También añadía su satisfacción porque Gonzalo Fernández de Córdoba hubiera sido nombrado Gran Capitán a causa del heroísmo desplegado en sus batallas italianas. Me elogió su género de guerra, que aturdí y desconcertaba al ejército enemigo, y se maravillaba de la inteligencia demostrada por don Gonzalo en la formación de los campamentos. Construidos en forma de paralelogramos regulares, en seis calles situaba los peones, cuatro capitanías anexas al cuartel general, los almacenes de armas y bastimentos junto a las tiendas de los empleados de justicia y administración. A continuación colocaba el depósito de raciones y talleres, caballería ligera y hombres de armas, en cuyo centro ubicaba la tienda del general. A la reina le entusiasmaba aquella manera de racionalizar el caos de la guerra, admirándole tanto que despertó en su esposo el rey un amago de envidia. Me resultaba fácil imaginar sus preocupaciones, especialmente por la profunda herida de mi abuela Isabel de Portugal. Era indudable que acababa de morir una reina de Castilla, nieta de Jaime I de Portugal, viuda de don Juan II de Castilla, instigadora de la decapitación del impertinente valido don Álvaro de Luna, que además vivió cuarenta y dos años recluida en la villa de Arévalo aquejada de cruel demencia, heredada de su familia portuguesa. Todo ello era bien cierto, tanto como lo inservible de las lecciones que mi madre me enseñó. La gran reina Isabel la Católica, su oposición a consentir negativas y lo rígido de sus conceptos morales se fueron al garete al terminar la increíble navegación iniciada por mí en su regazo, y acabada en el subyugador puerto de mi primera noche de bodas. En realidad, aunque me agradaba recibir noticias apenas las apreciaba. Ni en una de sus líneas aparecía el nombre de Felipe. Y sin Felipe, jamás entraría yo en ningún paraíso.

Desde el antepecho de la barandilla de piedra que cercaba las amplísimas terrazas de palacio, antesala del jardín donde yo paseaba antes de que Felipe y la mañana despertaran, las nubes detenidas en el horizonte de Bruselas me recordaban las de Toledo cuando yo oteaba el paisaje desde

las almenas. Eran nubes de un rojo vivo, de pura y encendida sangre. Prescindiendo del tiempo, se hacía fácil confundir el alba con el ocaso, y el sentimiento de eternidad derivado de esta confusión me fascinaba. ¿Sería posible eternizar mi enamorado éxtasis? Tal vez sí, pues al parecer bastaba iniciar un solo gesto de felicidad para que éste se ampliara continuamente, como las ondas de un estanque cuando tiramos una piedra. ¿Por qué nunca aprendí estos ademanes en mi patria? Desde mi nuevo país la vida aparecía distinta y España era un lugar perdido al final de Europa. Perdido y oculto por el gran telón de los Pirineos. En su recinto se concentraban múltiples divergencias, precisamente aquellas que los Reyes Católicos deseaban paliar. El reino de Aragón, que comprendía el territorio de su nombre, los de Valencia y Cataluña y las islas de Mallorca, Cerdeña y Sicilia, se asomaba al mar que aumentaba su fuerza. Mientras, la gran Castilla, de doble extensión territorial, se ahogaba en sí misma hasta el momento en que la conquista de Granada abrió una brecha de respiración con su salida al Mediterráneo. En tal situación y comprendiendo las necesidades del Estado, mis padres se propusieron realizar la *unidad política*, disciplinando a la anárquica nobleza e interviniendo en los municipios; la unidad territorial, expulsando a los árabes, y la unidad religiosa, instaurando la Inquisición y desterrando a los judíos. El proyecto alcanzaba tal magnitud que, desde el primer momento, contaron con nuestra cooperación y esfuerzo. Por ello, la educación que recibimos, aparte de severa, iba dirigida a nuestra condición de hijos de reyes. En términos generales fuimos instruidos en gramática latina y castellana, historia española y extranjera, historia sagrada, catecismo, heráldica, filosofía, dibujo, música y canto. A Juan, muy especialmente, se le impartió una verdadera educación de príncipe, mientras que a las hermanas, considerando el rango de futuras reinas consortes, nos instruyeron en la misión de colaborar, comprender, manejar y, si se terciaba, influir en el posible esposo para que inclinara su política hacia la de nuestros padres, su mensaje ideológico y la absoluta defensa de la religión católica. Con este estado de ánimo fui al encuentro de Felipe. Se trataba de ejercer un acto de seducción negociable a beneficio del Estado.

Pero nadie me informó acerca de la necesaria seducción del hombre mediante los estímulos de mi esencia femenina. Naturalmente, desconocía el significado de la seducción. Con los cabellos recogidos a manera de corona en lo alto de la cabeza, la toca cubriéndolos, el vestido de corte monjil, el escote cerrado en torno al cuello y las telas en tonos oscuros, fue milagro que gustara a Felipe. Sin embargo así sucedió y mi esposo no se cansaba de repetírmelo:

—Llovía. ¿Te acuerdas, Juana? Y me subyugó tu melancolía de niña perdida bajo la lluvia. Menuda y blanca, los ojos rasgados y tu frágil indefensión ante el porvenir me cautivaron. Venía a cumplir con mi deber y me cayó en las manos la más extraordinaria de las dichas. Nunca lo olvidaré, Juana.

Tampoco yo olvidaría nuestra boda secreta en el convento de Lier ni la ceremonia del enlace oficial en Bruselas. Los actos programados en mi honor, honor derivado del prestigio de mis padres, fueron dignos del rango del contrayente. En cuanto a mí, las fiestas me sirvieron para descubrir, sumergida en una felicidad sin límites, determinadas particularidades de mi país adoptivo. A cada momento surgía, espontáneamente, la comparación. Acostumbrada a la desnuda belleza de la piedra y el rígido aspecto de los interiores tan monásticos como el alma castellana, mi asombro se hizo deslumbramiento al residir en el magnífico palacio real cubierto de damascos, brocados y tapices.

Mullidas alfombras protegían el suelo. El lujo de las chimeneas, los muebles de talla, jarrones de oro y porcelana, relojes de sobremesa y bellísimos cuadros, llamaban la atención. Los jardines, infinitamente cuidados, se prolongaban lo suficiente para convertirse en cotos de caza, lagos, estanques, extensos bosques de propiedad real. Semejante suntuosidad necesitaba un tropel de funcionarios capaces de mantener a punto la hermosa residencia. En compañía de Felipe conocí Delf, Leiden, La Haya, Harlem y la ya querida Bruselas. En Amberes, ciudad imposible de conocer en el primer viaje, los arquitectos Waghemaekere, padre e hijo, luchaban por terminar la catedral de Nuestra Señora, iniciada un siglo antes. Pero la ciudad más cautivadora fue Brujas. Llegamos a la caída de la tarde, muy cerca del crepúsculo que ya doraba las viejas murallas. En su interior iba creciendo la noche, segmentada por las encantadoras callejas irregulares, en un claro intento de asomarse a los canales. La sombra de los árboles se tumbaba en el suelo, invadida de un sueño irresistible. Un sueño como el de Carlos el Temerario y su hija María de Borgoña, dormidos en sus tumbas de la iglesia de Notre-Dame. Había estrellas cuando acabamos el paseo. Por alguna vereda invisible llegaba un pálpito de mar. Ningún batir de alas en el aire. Ni un rumor humano. La quietud era magnífica.

—Te sentirás orgulloso al saberte rey de esta paz —dije en un susurro.

—El rey de Brujas no soy yo, Juana. Es el silencio. Dicen que en alguna parte hay dos leones de piedra que, una vez al año, levantan la cabeza, escuchan, se convencen que todo sigue en orden y reanudan su postura de siglos sobre el pretil del puente.

En el silencioso corazón de la madrugada continué mi enamorado coloquio con Felipe, llamado el Hermoso. Los árboles de Brujas rozaban con sus largas ramas nuestras siluetas reflejadas en las aguas del canal.

El trato con mi cuñada era cordial y sin problemas pero, absorta en mi absoluta felicidad, ni siquiera me vino a las mientes su compromiso nupcial. Se acabaron en los diecisiete Estados del territorio las fiestas en honor de mi llegada, las celebradas durante la boda del archiduque y los festejos para despedir a Margarita de Habsburgo. La flota que me condujo a Flandes debía regresar a España con la princesa. Sin embargo, al retrasar la partida se presentó un contratiempo inevitable: el invierno. El frío insoportable, las nieblas y el furor de los mares nórdicos desaconsejaron la travesía. Margarita hubo de quedarse más tiempo del calculado y así comenzaron mis vicisitudes. En el día de nuestra llegada, el Consejo, con gran acompañamiento de signos de contrariedad claramente aduladores, declaró no hallarse preparado para recibir una escuadra tan importante en barcos como numerosa en séquito y, por consiguiente, no podía alojarla ni hacerse cargo de su mantenimiento. Si en la fecha prevista la flota se hubiera hecho a la mar rumbo a España, el asunto no habría trascendido. Pero el gobierno flamenco estaba obligado a prevenir tal contingencia pues en el contrato matrimonial se comprometían ambos príncipes a mantener la flota de sus futuras esposas. Las tripulaciones abandonadas a su suerte carecieron de lo indispensable. Pasaron frío y hambre. Sufrían desesperanza. Morían sin ayuda. Cuando, vencido el mes de febrero, retornaron a su patria los desalentados españoles, muchos habían quedado enterrados en los cementerios de Flandes.

—¡Ha sido culpa mía!

—¿Por qué? —protestó Felipe—. No debes culparte. Tú no hiciste nada, Juana.

—De eso me quejo. Eran gentes de mi flota y no los protegí.

En tales condiciones costó muy poco convencerme de que el príncipe de Chimay, nombrado mi caballero de honor, podía tomar a su cargo el gobierno de mi corte, con lo cual era de esperar no sucederían omisiones tan lamentables. Acepté encantada. Al lado de mi madre aprendí muy pronto a rendirme a su mandato pues donde estaba su voluntad no cabía otra. En aquel aprendizaje, bueno para la disciplina y deplorable para la formación de la personalidad, perdí mis ansias combativas y me hice muy vulnerable. Delegué, pues, en el príncipe de Chimay responsabilidades no deseadas, entregándome, de manera hartamente pernicioso, al incansable placer de amar a Felipe, de vivir para Felipe. A conseguir éxito en la tarea, y con servil interés, me ayudó madame de Halewin. La gobernanta de los hijos del emperador Maximiliano, muy arteramente, empezó aconsejándome acerca de la etiqueta palaciega de Borgoña, incidiendo, sobre todo, en lo tocante al vestir. Demasiado bien sabía madame que por tal camino no hallaría oposición.

—Será preciso, mi señora, que adecuéis vuestro aspecto al rango que os confiere ser esposa de nuestro archiduque. Desde luego, muy alto y noble y muy glorioso es el rango que os corresponde por ser hija de quien sois. Pero llamo vuestra atención —dijo con aduladora sonrisa— acerca de que vos sois únicamente el reflejo del esplendor de vuestros padres. En cambio, alteza, aquí brillaréis por méritos propios. Seréis reina como en España lo es vuestra madre. Fomentaréis la prosperidad del pueblo, daréis herederos al trono y felicidad al archiduque. Incluso más que felicidad.

—¿Más que felicidad? —me pareció imposible—. ¿Qué puede haber más que felicidad?

En casa cuando se hablaba de «algo más» nos referíamos a más allá de España, más allá de Gibraltar, más allá de la mar, más allá de la vida... Todos ellos, lugares inaccesibles. La felicidad nunca se mencionaba. Tampoco se presentía. En realidad, se ignoraba. Y con razón. ¿Qué podía significar aquella palabra en una existencia entregada al trabajo, las obligaciones, el estudio, el sacrificio por un ideal y un acatamiento absoluto a las normas religiosas? ¿Quizá habíamos suplido la felicidad por la satisfacción del deber cumplido? A mi parecer debió de ser un error, pues el deber cumplido no tuvo la menor relación con la extraordinaria emotividad de mi noche de bodas. Yo no cumplí ningún deber al acostarme con Felipe. En cambio descubrí la felicidad y su inmediata consecuencia: la turbadora sensación de lo íntimo. A las criaturas mutuamente felices les correspondía acceder a un mundo privado. ¿Por qué yo no busqué antes la intimidad? ¿Por no sentirme feliz? Y, sobre todo, ¿a qué se refería madame de Halewin al apuntar que tal vez yo le diese a Felipe «algo más que felicidad»?

—De vuestra mano, señora, pueden llegarle títulos, riquezas, reinos.

Hice un resumen silencioso de propiedades y honores. Me sentí demasiado pobre para adornar aquel amor tan encendido. Recriminándome por mi pobreza física. No me hallé hermosa y la falta de belleza me humilló. Madame de Halewin dijo:

—Obtener vuestra confianza sería una extraordinaria distinción. Me gustaría aconsejaros. Vestida y arreglada al modo de Flandes vuestra hermosura deslumbraría. ¿Me concedéis este privilegio?

Se lo concedí. ¿Qué otra cosa mejor podía yo desear pensando en mi esposo? Pasaron por mi

mente las hermosas damas, las jóvenes coquetas, las atractivas adolescentes de la corte. Un arsenal de peligrosas competidoras. Era increíble comprobar hasta qué punto dolían las miradas lánguidas, los escotes provocativos, las esbeltas cinturas quebrándose al paso de Felipe. Sólo la tremenda fuerza del amor apasionadamente expresado de mi esposo mantenía mi serenidad.

—Sin embargo, madame de Halewin —murmuré como un lamento—, debéis reconocer que el hecho de intentar mejorarme significa que estoy en desventaja. No soy bella, ¿verdad?

—Si no fuerais hermosa, señora, me tendría yo por ilusa al pretender cambiar la naturaleza. Vuestra persona no es modificable ni lo necesita. Aunque sí el entorno, los trajes, las joyas, los peinados. Precisamente aquello en que ninguna dama de la corte os podrá superar. Sois la más rica, la más prestigiosa, la elegida de nuestro joven monarca. ¿Por qué no demostrarlo?

Los trajes castellanos, las telas recias, los escotes cerrados alrededor del cuello, los camisones de lienzo, el sayal de las batas desaparecieron como por encanto. En principio, aquel alarde me pareció pecaminoso. Pese al tacto de madame de Halewin, romper las antiguas normas representaba un continuo dolor. ¿Somos o nos hacemos?, pensé. Porque algo de mí habría en las antiguas costumbres puesto que me dolía modificarlas. Y algo de mí iba surgiendo entre lo nuevo, cuando tan felizmente me adaptaba. De acuerdo a mis principios cristianos, entregarme de lleno al inmenso placer del amor en los brazos de Felipe me producía remordimientos. Siempre andaba disculpándome ante mí. Siempre intentando mantenerme entre las enseñanzas de la infancia y las nuevas experiencias. Quise confesarme. Con todo el recogimiento del cual era capaz, expliqué al sacerdote mis cuitas. Estaba muy apenada al no poder convivir con mi esposo de acuerdo a sus deseos y mis creencias. ¿Cabía la posibilidad de compaginar ambas cosas?

—No, alteza. No se puede poner una vela a Dios y otra al diablo. Debemos ser conscientes de nuestra esencia cristiana y permanecer fieles a ella. El fin primordial del matrimonio son los hijos. Y los hijos deben engendrarse santamente, aceptando la descendencia en el instante que Dios disponga enviarla. Si os mantenéis modesta, vuestro esposo comprenderá sus errores y, con el ejemplo de vuestra virtud, le conduciréis hasta la casa del Señor.

De rodillas en el confesionario frente al clérigo español, arrodillado también ante mi alcuernia, intenté el último recurso.

—Creo que la obligación de una mujer casada es obedecer al marido.

—A menos que las órdenes del marido inciten al pecado. En tal caso, alteza, estáis libre de obediencia. Antes que vuestro esposo, cuenta la salvación del alma. Primero, siempre, es Dios.

La sentencia cayó sobre mí como un anatema. Anteponer Dios a mi esposo me resultó demasiado fuerte. Hijo de una tierra impregnada de religiosidad, donde hasta el sol a punto de ocultarse parecía apoyado en el cáliz de la tarde, quizá el sacerdote exageraba. ¿Y si expusiera mis dudas a los sociables curas de Bélgica? Decidida a ganarme el derecho de cumplir con Felipe sin renunciar a Dios, me reuní con un sacerdote de la corte en el recogimiento del oratorio real. El clérigo era políglota, y el profundo recogimiento religioso que se apoderaba de mí en las iglesias disminuyó al comunicarnos en el idioma galo, de uso frecuente en las fiestas de palacio. Por ser joven, de talante agradable y sin pizca de severidad, la intención confesional se diluyó en un ambiente de diálogo. El sacerdote perdonó mis pecados con el aire de quien no tiene nada que

perdonar, pero lo hace como un favor solicitado. Antes de darme la absolución, todavía repitió las palabras tan necesarias a la tranquilidad de mi ánimo.

—No os preocupéis, señora, al acceder a los requerimientos de vuestro esposo. La negativa quizá indujera al archiduque a buscar esos requerimientos fuera del matrimonio. Entonces sí que sería responsable vuestra alteza de sus actos pecaminosos.

Aligerada del peso terrible de mis sentimientos religiosos, comparaba la diferencia entre el sacerdote español y el francés. Las gentes católicas de mi entorno no despreciaban las fiestas, banquetes o bebidas. En los bailes, las damas actuaban en completa libertad sin fingir modestia, mientras los hombres se alegraban al consumir un líquido rubio y espumoso que llamaban cerveza. En definitiva, lo más chocante por mi educación era ver a clérigos y frailes actuando como seglares. Ensimismada en estas cavilaciones que tambaleaban la solidez de mis rígidos principios, llegó la fecha de un gran baile de gala ofrecido por Felipe a su padre Maximiliano I de Habsburgo, archiduque de Austria y emperador de Alemania. Aunque el monarca aludió al deseo de vernos, a nosotros no se nos ocultó el verdadero motivo de la visita. El emperador sentíase harto molesto por el modo de llevar su hijo la política. Continuamente recibíamos su correo con apremios, peticiones de apoyo para la defensa conjunta de los reinos, o la inmediata puesta en marcha de sus planes estratégicos. Mi suegro pensaba que Felipe y yo andábamos trastornados con un amor no incluido en los acuerdos previos a la firma de nuestros esponsales. Aquello era una media verdad, pues en lo tocante a Felipe, trató en vano de cumplir los deseos de su padre. Por dos veces había reunido los Estados Generales de sus territorios exponiendo sus proyectos políticos, pero los consejeros se negaron a nuevas guerras. Sus preferencias se inclinaban hacia el desarrollo comercial de la nación y, en definitiva, Felipe no gobernaba, sino el Consejo. También a mí me llegaban innumerables cartas de mi madre, de los embajadores españoles, del mismo rey de Inglaterra, reclamando mi intervención en asuntos de Estado. Estas misivas quedaban sin respuesta. El hecho de saber tan lejos a mi madre me despreocupaba de ella, pero empezaba a temer la anunciada visita de mi suegro.

—¿Estará muy enfadado?

—Temo que sí. Desde que nos casamos hemos descuidado nuestros deberes políticos. Mi padre debe de estar muy molesto.

Llegó el momento de tener entre nosotros al emperador. Las más grandes personalidades del reino acudirían a la recepción en honor a mi suegro, sin contar los hombres eminentes de su séquito y los nobles españoles que componían el mío. Ni un solo error debía deslizarse en el suntuoso recibimiento, pues los ojos del emperador serían también los ojos de los Reyes Católicos y le faltaría tiempo a Maximiliano para contarles lo que viera. Sumida en tantas preocupaciones, apenas presté atención a madame de Halewin quien, encantada al no encontrar oposición, dirigió a su gusto mi arreglo personal. Por vez primera el escote de mi vestido superaba en audacia a cualquier otro. Sobre la rubia piel refulgían los rubíes. En el encaje de la tela se dispersaban pequeñas perlas. Hermosas pulseras pertenecientes a la madre de mi esposo tintineaban sobre los brazos desnudos. Estábamos en esa delicada hora del anochecer cuando, en el interior del palacio, comenzaban a brillar los cristales de las lámparas, la plata de los candelabros y el fuego de las chimeneas. Caminé intimidada por la galería de retratos hasta llegar al enorme salón atestado de insignes personajes.

Apenas aparecí en lo alto de la escalinata, Felipe interrumpió su conversación con el emperador Maximiliano y vino a mi encuentro extendiendo sus brazos en ademán de recibirme.

—Juana, creí que eras muy hermosa pero hasta hoy no he sabido cuánto. Todo saldrá bien —sonrió.

Reinos, fortuna, títulos, poderes, gobiernos y cuanto pudiera pertenecerme se los entregaría de buen grado. Entre el archiduque y yo, jamás consentiría la intromisión de nadie ni de nada. Mi única finalidad en esta vida sería Felipe.

Sin ninguna duda, bien llamado el Hermoso.

Con la misma pompa que llegó, se fue el emperador Maximiliano. Viéndole partir bajo la sombra de los árboles en los jardines palaciegos, tuve la inquietante impresión de que iba directamente a escribir a sus consuegros. Además de la suya, otras cartas se recibirían en España. Y ninguna para bien. Desaparecidos los trajes de gala, las recepciones, los conciertos de música y, esclarecido el ambiente, surgieron hechos nada gratos; pequeñas maquinaciones ocultas por el alborozo de las fiestas y puestas de relieve al terminarse. Mi confesor español me reprochaba constantemente haberle postergado, confiando la guía espiritual de mi alma a un cura de París, además de honrar con mi amistad a monjes, frailes y clérigos disolutos. La situación era molesta pero, al menos, el religioso me interpelaba cara a cara, procedimiento inusual en la mayoría de los cortesanos. Por de pronto, el mayordomo mayor don Rodrigo Manrique, los maestresalas don Hernando de Quesada y don Martín de Tavera, el jefe de caballerizas don Francisco Luzán y otros preclaros españoles que ocupaban los cargos más importantes de mi corte habían sido destituidos de sus puestos, sin solicitar mi parecer, en favor de caballeros borgoñones. A mi alrededor ni siquiera se hablaba castellano, a excepción de Martín de Moxica, tesorero nombrado por mi madre. Pero Martín de Moxica mostró sospechosas inclinaciones hacia los intereses de Flandes, negándose a efectuar donaciones propias de mi alcurnia, o bien impidiendo que se hicieran efectivos los sueldos de la servidumbre española, sumida en graves aprietos pecuniarios por el retraso de varios meses en el cobro. Moxica manejaba las finanzas de forma tan peculiar que realizaba los pagos según sus conveniencias. Conveniencias acordes al país de Felipe y así lo confirmaba el hecho de no serle nunca discutido su puesto de tesorero. Mi caballero de honor, príncipe de Chimay, se ocupaba del gobierno general de mi corte como si yo no existiera. Y en cuanto a la sagaz madame de Halewin, ni siquiera se le ocurría pedir consejo para resolver los problemas domésticos, cuya responsabilidad asumí forzada por el abandono de mis obligaciones. Pero si madame de Halewin no pudo consultarme, circunstancia que luego le agradó, tampoco yo, cuando el desorden se hizo ley, sabía a quién dirigirme en busca de orientación o ayuda. Las ausencias de Felipe, después de las severas amonestaciones del emperador, iban repitiéndose con mayor frecuencia. En realidad, su amor por mí lo compartía con los asuntos de Estado y, al regreso de sus viajes, yo no le planteaba ninguna dificultad capaz de enturbiar nuestros apasionados encuentros. Entonces opté por exponerle a mi madre la molesta situación en que me hallaba. Estaban usurpando mi autoridad. La reina Isabel, quien jamás cedió un ápice de la suya ni siquiera a mi padre, me daría indicaciones convenientes y justas. Sin embargo, antes de enviarle mi carta, llegaron las de España y, dado el cariz de las noticias, creí

prudente posponer mis quejas. El primer correo lo firmaba mi cuñada Margarita. Con el jocoso tono característico en ella, exponía sus apuros de navegación: «También yo, querida Juana, pasé un mal rato en el canal. No sé si la tempestad que puso en peligro tu vida fue como la mía, pero el aprieto sufrido me impulsó a escribir mi propio epitafio. Acordándome de mis cuatro infantiles años, cuando estuve prometida al futuro Rey de Francia y siendo, por el momento, la inminente esposa de tu hermano Juan, se me ocurrieron estas rimas:

Aquí yace Margarita,
la gentil doncella
que tuvo dos maridos
y murió soltera.

Trabajo inútil, pues llegué sana y salva al puerto de Santander, razón suficiente para que tan inspirados versos jamás sean conocidos.» Mi cuñada explicaba también sus impresiones sobre mi patria, quejándose de la severidad excesiva en lo concerniente a la moral y la religión. El protocolo de Castilla exige que los prometidos no se hablen ni se den la mano hasta el día de la boda. «La Reina Católica así nos lo hizo cumplir —decía Margarita—. No obstante me pareció causar grata impresión a Juan, pues cada vez que le miraba le sorprendía observándome. Te confieso sin reparo mis ansias de tenerle cerca y escuchar sus palabras de amor.» En seguida recordé el tartamudeo de mi hermano, tan gracioso en un niño y tan inadecuado para enamorar a una jovencita. ¿Quizá destruirían sus ilusiones los balbuceos silábicos de Juan? «En fin —concluía la futura reina de España—, nos casamos en Burgos el domingo de Ramos con gran pompa y algarabía. Ofició el arzobispo de Toledo y nos apadrinaron el almirante don Fadrique y su madre doña María de Velasco. La Reina Isabel dio orden de que prevalecieran en mi casa las costumbres de los Habsburgo, orden que recibí como un obsequio. También tuve regalos materiales. Joyas de gran belleza y valor, prendas de vestir, piezas necesarias a la casa, candelabros, cuadros, perfumes, ropa blanca y dos braseros de plata. La Corte venida conmigo desde Bélgica quedó asombrada de la austeridad castellana, en contraste con la regia esplendidez de tu madre. Ciertamente la Reina Católica lleva con merecimiento su fama de justa y de sabia. Recibe mis plácemes por los padres que tienes, Juana, y no te felicito —concluyó con su humor de siempre— por tu hermano porque ya no lo tienes. Ahora me pertenece y somos muy felices. Recibe un abrazo de la princesa de Asturias.» No. No le importó el tartamudeo de Juan y saberlo me hizo muy dichosa. Por otra parte, era fácil advertir la viveza intelectual de mi cuñada, capaz de lograr su pronta adaptación a cualquier circunstancia. En su carta daba los detalles de la boda como una experta castellana, considerándose de inmediato princesa de Asturias. Todavía me volvió a escribir y su carta, esta vez, era un tratado de normas sociales. Acostumbrada a la simplicidad de la nobleza belga girando alrededor del rey a quien servían, me refería su desconcierto ante la lucha de mis padres frente a los orgullosos nobles del país, cada cual rey en sus propios dominios. «No te extrañe mi preocupación por estos temas, pero forman parte de mi educación como futura Reina. Sin embargo, Juana, te confieso que encuentro complicadísimas estas instituciones. No te imaginas cuánto me costó aprender la división de mis futuros vasallos,

catalogados en hombres libres y siervos; subdividiéndose los libres en nobles y plebeyos. Al parecer los nobles poseen grandes territorios, gozando de independencia dentro de sus dominios. Son llamados condes y pueden desnaturalizarse. Esto es, marcharse a otro reino cuando se sienten agraviados por su rey. Clase secundaria de los nobles son los infanzones y caballeros, denominándose caballero a cuantos mantienen un caballo de silla para guerrear y, por tal concepto, gozan muchos privilegios, además de hallarse libres de impuestos. En definitiva: un embrollo tremendo al cual he dispensado mi atención por considerarlo el precio de tener a Juan tan arrobado.»

La princesa de Asturias prometió escribirme de nuevo pero no pudo cumplir su promesa. Ojalá que la exuberante salud de Margarita hubiera influido en la probada debilidad del pobre Juan. Para fortalecer su endeble naturaleza, lucharon los médicos desde el mismo instante de su nacimiento. La primera consigna fue buscar todas las tortugas existentes en el territorio español para conseguir un tónico vigorizante. Tartamudo y con el labio leporino, era un dolor sin alivio para quienes le amábamos pues nunca consiguió mejorar. Culto y dulce de carácter, bien merecía que mi cuñada le cediera parte de su potente vitalidad. Me hubiera gustado seguir el proceso de su estado físico. También el de sus relaciones con la esposa. Pero, ya dije, Margarita no volvió a escribir. Recordé nuevamente la urgencia de solicitar a mi madre consejo para recuperar la autoridad sobre los componentes de mi corte. Me acordé, si bien no lo hice, pues antes llegó correo de la reina. Sus líneas rezumaban resignación y cansancio. «Queridísima hija, muy añorada Juana: el quince de agosto pasado, día de la Asunción de la Virgen, se concertó la boda de tu hermana Catalina con Arturo, Príncipe de Gales, hijo del Rey de Inglaterra. Con esta alianza, el nombre de España tan loado en el mundo entero continuará exaltando el poder del Señor de los Ejércitos Universales, nuestro Dios. Espero que, cuando llegue el momento, la pequeña Catalina, apenas de once años, sea tratada en su nuevo hogar como merece su infancia, si bien, por los acuerdos tomados, la boda no se celebrará antes de haber cumplido ella los quince. Me preocupa tu hermano, enamorado de Margarita y tan pendiente de su esposa, que olvida comer. Debería cuidarse y, lo antes posible, tener descendencia asegurando la dinastía. Por contra, casi no cumple sus obligaciones de príncipe y pasa la vida recluido en la alcoba. Mi niño Juan, mi ángel querido, soporta una carga enorme de sensibilidad y Margarita es demasiado bella. Faltan pocos días para la boda de Isabel. En esta ocasión le deseo mejor suerte pues la he visto sufrir demasiado cuando, a los pocos meses del primer matrimonio, su esposo el príncipe Alfonso murió al caer del caballo. Ahora ha pedido su mano don Manuel de Braganza, pariente del fallecido Alfonso. Se enamoró de Isabel al formar parte del séquito que la acompañó hasta Lisboa en ocasión de la primera boda y ahora le ofrece el título de Reina de Portugal. Respecto a ti, Juana, me tienes muy pesarosa. No me escribes. En cambio, recibo constantes quejas de tu vida en Bélgica. Lamentaré que no cumplas tu deber, olvides tu servicio a nuestra patria y no seas feliz. Pero, sobre todo, lamentaré que te apartes de la religión. Tu alma es lo primero y, salvándola, lo demás se te dará por añadidura. Supongo habrás caído en la cuenta de que el mismo día de concertar la boda de Catalina, fecha de la Asunción de la Virgen, fue el aniversario del fallecimiento de mi madre. Me acerqué hasta Arévalo. Además de ella, allí está enterrada mi infancia. Arrodillada delante de su tumba tuve la impresión de que alguien muy querido habrá de morir este mismo año. Escríbeme, Juana. ¿No sientes necesidad de comunicarte conmigo? Recibe un

fuerte abrazo. Yo, la Reina.» Su dignidad real y su fervor religioso le dominaban. En vez de «Yo, la Reina», hubiera preferido «Tu madre». Pero con Isabel de Castilla era preciso aceptar lo que ofrecía. Con gran extrañeza tuve inesperadas noticias de doña Beatriz Galindo, la Latina. En ellas me daba buena cuenta del compromiso de Isabel. «Se encontraron —contaba— en Valencia de Alcántara, de Extremadura. Allí estuvieron tres días los Reyes Católicos y allí acudió el Rey don Manuel de Portugal. Vuestra hermana será dichosa pues don Manuel es gran y educado caballero, de lo cual me congratulo. ¿Sigue practicando el latín mi muy digna alumna la Archiduquesa de Austria?» Estas noticias me causaron bienestar y cierta euforia, prometiéndome escribir a mi madre para, al fin, explicarle mis dificultades de gobierno. Entonces tuve una misiva más: «No sabiendo cómo explicarme —decía el obispo Diego de Deza—, me permitirá Su Alteza le incluya una copia de la última carta dirigida a vuestros padres, los muy altos y muy poderosos Rey y Reina, nuestros señores. Carta que informará a Vuestra Alteza doña Juana, Archiduquesa de Austria, acerca de los avatares de salud de vuestro hermano el príncipe Juan. Mi escrito dice así: “Desde mi anterior misiva, el señor Príncipe estuvo más alegre, gracias sean dadas a Nuestro Señor, y con algunos zumos que han dado a menudo a Su Alteza, ha estado hasta ahora (que son las seis después de mediodía) más esforzado. Ha dormido lo que convenía con buen sueño. Ahora dieron a Su Alteza de cenar y comió, como suele, con el apetito perdido, media pechuga de pollo. No quiso probar unos morcillos de brazo de carnero ni pierna de carnero y estando escribiendo ésta lo ha devuelto todo. El mayor trabajo del mundo es ver su apetito tan caído y que Su Alteza se ayuda mal. Si esta enfermedad sucediera en tiempos que VV. AA. no tuvieran tanta necesidad de estar ausentes, sería todo el remedio de su mal, porque se esfuerza más cuando VV. AA. están delante y con más obediencia toma las medicinas. Les suplico provean VV. AA. qué se debe hacer estando el Príncipe en tal disposición pues estoy tan preocupado que no sé lo que es mejor. Lo que acuerdan estos Físicos es darle muchas veces de día y de noche algo que tome en zumos o en un manjar. La vida y Real Estado de VV. AA. guarde Nuestro Señor muchos años. De Salamanca, hoy viernes a las siete después de mediodía. Capellán y servidor de VV. AA. que besa sus reales manos, Episcopos Salmanticensis. Después de escrita ésta, han venido a S. A. algunas congojas y se halla muy decaído. Todos los que aquí estamos suplicamos a VV. AA. vengan acá, que será muy gran remedio de su salud. En tal necesidad no esperamos el mandamiento de VV. AA. para llamar al Doctor de la Reina y a otros Físicos.” Por faltarle tiempo a mi señora doña Isabel de Castilla —proseguía el relato dirigiéndose a mí—, vuestra madre me ordenó os mandara esta copia con el fin de teneros al corriente de la mala salud del Príncipe Juan. Os pido disculpas, mi Señora Archiduquesa, al ser portador de tan desagradables noticias y beso vuestra mano con el mayor de los respetos. Diego de Deza, obispo de Salamanca.» Revisando la correspondencia anterior, encontré indicios premonitorios de la actual situación. Por lo visto nadie conseguía separar a Juan de Margarita. Los médicos se alarmaban ante la palidez del príncipe y su decaimiento. Se dedicaron a vigilarle y, celebrados varios conciliábulos, convinieron en informar a la reina.

«—Apenas come, no descansa y, sin sueño ni alimento, se agota del constante y abusivo uso del matrimonio. La salud del príncipe siempre reclamó cuidados. Por otra parte, la princesa Margarita ya está embarazada. ¿Por qué no los obliga vuestra alteza a descansar? Convendría separarlos.

»—Lo que Dios ha unido, nadie lo podrá separar —fue la tajante respuesta de mi madre.»

La salud de mi hermano me mantuvo abstraída durante largo tiempo. ¿Y si los médicos tuvieran razón? Tres días más tarde, fecha del anunciado regreso de Felipe, tuve noticias de la reina de Portugal. Creí que en su carta me traería buenas nuevas y pequeños detalles felices de su matrimonio con el rey Manuel el Grande, duque de Beja. En cambio contenía un cruel dolor. «Mi querida hermana: la ilusión de mi boda se enturbió al comparecer en Extremadura un mensajero del Obispo de Salamanca, la ciudad que con tanto entusiasmo y grandes pruebas de afecto recibió a Juan y Margarita. Detenidos en la capital por una de las frecuentes indisposiciones de Juanito, fue una desagradable sorpresa la premura de su Ilustrísima en solicitar la presencia de los Reyes a la cabecera del enfermo. Partió nuestro padre al galope quedándose conmigo la Reina Isabel que no cesaba de preguntarse: “A los tres días de llegar a Salamanca cae enfermo. Trece días después está grave. ¿Cómo es posible en plena juventud?” Mi contento iba diluyéndose y desapareció completamente al regreso del Rey. Inclinado ante su esposa, murmuró apenado: “Juan ya no está entre nosotros. Falleció de consunción.” Con la entereza acostumbrada, la Reina supo resignarse: “Dios me lo dio, Dios me lo ha quitado. ¡Alabado sea el Señor!” Supongo que esta amarga noticia me dispensará ante ti de cualquier otro comentario. Jamás olvidaré la fecha: el día cuatro de octubre de 1498, ambas perdimos a Juan. Te abraza tu hermana Isabel.» Mi desesperación superó la medida del antiguo afecto infantil. Todos los rostros de Juan se agruparon a mi alrededor. Era un Juan de diversas edades, montones de pequeños Juanitos empeñados en tocarme, en llegar a mí, en agarrarse a mi mano fraterna y quedarse conmigo. Llena de espanto por la aparente realidad de aquella alucinación, le veía agonizar y adquirir la inmovilidad de las estatuas. Definitivamente pétreo, mi querido hermano jamás volvería a tartamudear. Al pensarlo, se me acentuó la pena. ¿Por qué me importaba tanto aquel detalle? ¿Por qué entre tantos motivos rotos por el óbito del heredero sólo me pareció dramático el hecho de que Juanito no volviera a tartamudear? Necesitaba ver a Felipe. Me urgía contarle que durante su ausencia recibí numerosas cartas. Explicarle que dentro de una de ellas me había llegado la muerte de Juan.

—Alteza...

Descubrí a madame de Halewin desfigurada por las lágrimas que llenaban mis ojos.

—Decidme —apremié.

—Un emisario de vuestro esposo os hace saber que su alteza el archiduque no llegará hasta mañana.

Dispuesta a descargar mis penas echándome en brazos de Felipe, su retraso en volver fue un dolor tan agudo que grité desgarradoramente. El grito suplía al desahogo. No cesaba de chillar. Madame de Halewin llamó alarmada a los sirvientes. Reclamó su ayuda.

—¿Qué sucede, madame?

—¡Aprisa, avisad a los médicos! ¿No veis cómo grita? ¡Está enloquecida!

—Lleva usted razón, madame de Halewin. ¡Parece que a su alteza le haya dado el mal de la locura!

—¿Quizá tuvo algún disgusto? —preguntó una joven camarera.

—Ninguno. Enterarse que el archiduque llegará con retraso no creo que sea motivo.

—Pues que santa Gúdula proteja la salud de la señora.

Ya no grité más. Ni opuse resistencia. Me dejé conducir hasta el lecho. Una vez acostada intenté dominar mi agitación, convencida de la necesidad de protegerme contra las habladurías de gentes hostiles en un medio también hostil. Con semejante comportamiento, peor aún si lo repetía, daba pie a mis enemigos para la calumnia y las malas interpretaciones. Era necesario aprender los métodos de la corte. A mi pesar, yo formaba parte del complicado engranaje y sólo Dios sabía cuántos ojos vigilantes estaban puestos en mí para manejarme en su provecho. Allá en Laredo, antes de embarcar, mi madre intentó explicarme lo que acababa de aprender cuando escuché decir a madame de Halewin:

—¿No oís cómo grita? ¡Parece enloquecida!

La noche resultó muy larga y transcurrió bajo el signo de una trinidad estremecedora: el recuerdo obsesivo del castillo de Arévalo, mi abuela materna y cuarenta y dos años de enajenación.

Eran tantas las obligaciones de Felipe de Habsburgo, conde de Charolais, que no pudo venir al día siguiente ni al otro. Tardó casi dos meses en regresar. Tiempo suficiente para añadir otra desgracia a las muchas ocurridas en el año a punto de terminarse. Pese a estar mis padres con el gran cuidado de asegurar la sucesión, no dudaron en recluirse a llorar en soledad la pena de haber perdido a su querido hijo. Antes de considerar el futuro de los reinos hicieron una pausa en sus proyectos hasta que mi cuñada Margarita diese a luz. El bueno de Juan, incapaz de irse de este mundo abandonándonos a nuestra suerte, tuvo la delicadeza de entregarnos un nido de esperanza en la redonda curva del vientre de su mujer embarazada. En aquella promesa estaba Juanito y lo estaría aún más cuando naciera la criatura. Los reyes aguardaron impacientes el fausto acontecimiento. Y en Alcalá de Henares, donde pasaron el invierno, acabaron sus ilusiones. La nuera malparió una hija, con lo cual mis padres y cuñada sufrieron, por segunda vez, la pérdida del heredero. Ese deseado hijo póstumo del príncipe ni siquiera llegó a ser póstumo. No fue nada. Solamente el colofón de la desafortunada vida de mi hermano. El físico defectuoso, la mala salud y lo poco que disfrutó del privilegiado rango no consiguieron amargar su corta existencia.

—Y ahora, ¿qué sucederá? —preguntó Felipe.

—Sin otro varón en la familia, será heredera mi hermana mayor.

—¿Te refieres a la reina de Portugal?

—¿A quién sino? Mi padre envió un mensaje al rey Manuel de Braganza comunicándole que, vacante la línea sucesoria, le correspondían los reinos de España por razón de esposa, instándoles a que se personaran ambos en Castilla para ser jurados por los nobles, según costumbre. Mi hermana y su esposo entraron por la frontera de Badajoz, donde los aguardaban el duque de Alba, los duques de Medina-Sidonia y otros muchos señores. En presencia de Isabel y Fernando, recibieron el juramento. Algo verdaderamente emotivo para mis padres, pues al estar casada su hija con el monarca de Portugal quedaban unidos los reinos de la península. Celebrada esta ceremonia, mi hermana ya era princesa de Asturias. Por cierto —recordé al pronto—, que la reina me expresó su disgusto por haber usado nosotros indebidamente el título de príncipes de Asturias y me ha hecho saber su terminante prohibición de utilizarlo.

—¿Por qué...? —protestó arrogante Felipe—. También tú eres hija de los reyes.

—Conforme a la ley de Castilla, el título de príncipe de Asturias pertenece al hijo o hija mayor que, además, sea heredero.

—¿Conforme a la ley de Castilla o a la ley de tu madre? Dime la verdad, Juana. ¿Quién manda en la familia, el rey o la reina?

—Su divisa proclama que: «Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando.»

—Entonces no queda otro remedio que obedecer y esperar mejores tiempos.

—¿A qué te refieres, Felipe?

—Fíjate en lo ocurrido: se casa Juan con Margarita y a los seis meses de la boda muere el príncipe. Nace antes de tiempo su hijo y también muere. Se casa Isabel con Alfonso, su primer esposo, y él muere a los ocho meses del enlace. En este segundo matrimonio tal vez muera ella sin descendencia. ¡Y ya serías princesa de Asturias! También yo llevaría el título y al faltar tus padres nos convertiríamos en reyes de España. ¡Los monarcas más poderosos de la tierra!

Felipe era feliz gracias a mí y sus risas lo demostraban. El roce de sus manos y la agitación de su pecho al reír me enternecieron. Más allá de su hilaridad, detrás de las vestiduras, al fondo de la propia piel, el corazón le latía igual que en nuestros momentos apasionados. Inesperadamente me asaltó una duda. ¿Y si para Felipe fuera más importante la ambición que el amor? ¿Y si le interesaran las coronas y los títulos más que yo? Le miré sombríamente, como si no mereciera la sorpresa que iba a darle.

—¿Estás seguro de quererme, Felipe?

—Más que nada en el mundo.

—¿Más, incluso, que el hijo que espero?

La impresión le puso lívido, con aquella malsana claridad de la aurora interrumpida. Luego, repentinamente sofocado, me abrazó hasta hacerme daño.

—¿Estás embarazada, Juana?

—Lo estoy.

Se dejó caer en el lecho, cerca del cual estábamos, y me arrastró consigo. Ambos quedamos boca arriba, dichosos y alegres. Por encima del cobertor, la mano de mi esposo buscó la mía y yo me así a la suya con vehemencia. A su contacto cerré los ojos, quedándome prisionera de la oscuridad acompañada de mis sueños.

El jueves veintitrés de agosto del año 1498 llovía en Bruselas. Sumergida en la noche, la ciudad comenzó a vislumbrarse cuando el alba fue soltando su fina luz violeta, anticipo de un día prodigioso. Pero apenas la claridad se hizo más hiriente, acudieron en tropel un montón de nubes y el ambiente se encapotó. En seguida llegaron otras nubes dispuestas a cubrir las primeras, repitiéndose la operación hasta que el espesor del nublado oscureció el cielo por completo. La gran torre del Ayuntamiento, con sus noventa metros de altura, edificada por Van Ruysbroeck, perdió su hermosa cúpula puntiaguda al clavarse en la tupida atmósfera. La cerrazón anunciaba una buena tormenta, y encendieron todos los candelabros de la residencia real. Con el desagrado propio de un pájaro cautivo en la lujosa jaula del palacio empecé a languidecer. El mal tiempo duró siete días. Y si me acuerdo tan minuciosamente de los detalles es porque no se trataba de una lluvia cualquiera, sino de

una de esas tan especiales que, además de la tierra, mojan los recuerdos. Los empapan hasta incrustarlos en la piel de la memoria. Durante la interminable semana de tormenta me mantuve incómoda, sintiendo la desagradable impresión de que, en algún lugar al otro lado del aguacero, alguien sufría. Casi enseguida supe la triste noticia. El sol que no consiguió lucir en Bélgica resplandeció en Toledo ese mismo día veintitrés de agosto de 1498 con la fuerza del estío toledano. Las callejuelas tortuosas, empinadas, los estrechos pasajes y los callejones sin salida estaban desiertos. El calor, duro como las piedras, retenía a los habitantes de la villa en la fresca penumbra de las casas. Tampoco volaban los pájaros. El aire quemaba. Era una quietud de muerte y nunca mejor dicho. En la residencia de mis padres imperaba el silencio, pasos cautelosos, murmullos y una reprimida agitación. La reina de Portugal acababa de dar a luz a su primer hijo, un varón a quien impusieron el nombre de Miguel. Un nombre que mi hermana jamás pronunciaría. Un niño a quien nunca vería el rostro ni podría acariciar. Todo cuanto supe de él fue el alivio sentido al lanzarlo al mundo. Aquel repentino descanso al expulsarlo como si no le quisiera. Como si no hubiera soñado tantísimo en tenerlo. Luego suspiró hondamente y el tránsito de la vida a la muerte apenas duró una hora. Después, Isabel ya no era. No estuvo. ¿Jamás había estado? Mi madre, con la anuencia de su yerno el rey de Portugal, asumió la tutoría del recién nacido. Mucho debió de dolerle la pérdida de hija tan amada, la que más cumplidamente le prestó obediencia y tanto se le parecía, pues para acceder a casarse impuso al futuro esposo la condición de expulsar de Portugal a los judíos. Con su dolor a cuestas, Isabel de Castilla seguía una senda familiar en contraposición a la senda de sus éxitos políticos. La más grande, la más audaz, la más inteligente y ejemplar de las reinas, era la más infeliz de las mujeres. Últimamente, la desgracia se hizo implacable. En pocos meses arruinó su salud, vio morir a su madre, se quedó sin Juan, nació muerto su primer nieto y, por último, acababa de fallecer su primogénita. Sin embargo, la fe religiosa era la columna vertebral de su alma indestructible y, en mitad de la congoja, tras intensa meditación, descubrió el mensaje de Cristo en aquel huérfano recogido en el regazo. No era su nieto, no. En el halda sostenía al futuro rey de Castilla, Portugal y Aragón. Al fin, la unión de España. Dios la había elegido como adelantada de los ejércitos celestiales para la defensa y expansión de su reino espiritual. Debía obedecer. Y aquella actitud, traducida por los demás como entereza o capacidad de sacrificio, era la simple aceptación de la voluntad divina. Desde las honras fúnebres por el alma de Juanito la reina vestía de luto, costumbre jamás abandonada. Guiado por la mano de su enlutada y augusta abuela, el pequeño Miguel iniciaría la ruta de su peripecia personal. Mi madre sentía por el niño una ternura indecisa. Le amaba confusamente. Sin entregarse. Sin inhibirse. Siempre cargada con aquel afecto, entre dolido y gozoso, que no sabía demasiado bien si dedicaba al nieto o a la hija muerta. Cosa rara pues la duda no entraba en sus costumbres. Dueña de un espíritu tajante, en ocasiones me decía: «La gente está viva mientras vive y muerta cuando muere. Si la gente vive, la tenemos. Si muere, la pérdida es definitiva. ¿Pero cuándo se pierden los hijos? A veces, los perdemos en vida. A veces, ni siquiera muertos. Algo de la propia eternidad se lo dimos al engendrarlos y quizá dependa de este señuelo misterioso la imposibilidad de romper las ataduras. No quiero perderte en vida, Juana. Entiéndelo bien: no quiero.» Y como según mi parecer bien la entendí siempre, no me engañó la repentina llegada a Bruselas del comendador Londoño, acompañado del subprior de Santa Cruz, fray Tomás de

Matienzo. Mi madre, creyéndome perdida, me buscaba. Y con razón. ¿Cómo pude consentir un tan largo silencio de casi dos años? Desde mi salida de Laredo fueron muchas las misivas llegadas a mi corte desde la corte española. Después de leerlas, las guardaba sin contestar y bajo llave en una caprichosa arquita, obsequio de mi difunto hermano. La medida exacta del arca con los amados papeles, el recuerdo de Juan y mi propio pasado dentro era todo el espacio que mi lejana patria ocupaba en los extensos territorios de los Austria. ¿Así de mínimo se había vuelto mi corazón? Con semejante conducta no me extrañaba que trascendiera tanta indiferencia por mi país. La presencia en el palacio de Bruselas de fray Tomás de Matienzo, sin ningún cargo oficial, era una prueba irrefutable. En realidad, fray Tomás formaba parte de la pléyade de clérigos que, repartidos por el continente, informaban en secreto a los Reyes Católicos. Conocía el procedimiento y me enfureció ser motivo de argucias políticas. ¿Por qué usaba mi madre tan solapados métodos conmigo? Hubiera sido mejor que fray Tomás de Matienzo, dirigiéndose a mí abiertamente, me reclamara noticias para tranquilizar las ansias afectivas de la reina. Segura de su espionaje le mantuve a distancia, negándome a proveer sus necesidades en la creencia de que, abandonado a sus recursos, regresaría a España. Pero el enviado de mi madre soportó el mal trato. Ni siquiera se quejó. Cansada de la sorda oposición del clérigo, decidí recibirle.

—Que venga el subprior de Matienzo.

Entre los dos espléndidos balcones que se abrían al lado más agreste de los jardines de palacio, ardía el fuego de una regia chimenea, construida en tiempos de Carlos el Temerario. Septiembre se iniciaba amable en una atmósfera de perfumes detenidos antes de extinguirse y bastaban unos leños ardiendo para alejar la amenaza de frío. El fulgor de las llamas se extendía a oleadas por encima de las alfombras. La punta de mis chapines rojos parecían flores de fuego. Cuando la puerta se abrió, los ojos del recién llegado se pasearon desorientados por la elegancia de mi vestido de raso blanco, las joyas que brillaban en el escote, los dedos, los brazos. Erguida detrás del canapé, las manos apoyadas en el borde del respaldo, hablé dispuesta a defenderme:

—Fray Tomás de Matienzo...

—Alteza... —al inclinarse temí que rozara el suelo con la frente.

—Os basta y sobra —dije molesta por la exageración— con besar mi mano. No estamos en audiencias oficiales, guardad únicamente las distancias y dejad de lado el protocolo. ¿A qué habéis venido a Bélgica, subprior?

—Vuestra alteza estará bien informada. Quiero decir que, además de conocer los motivos de mi visita, sabréis quién soy, señora.

—Sois un espía —lancé con audacia antes de arrepentirme—, está muy claro. Y vos, fray Tomás, ¿sabéis quién soy yo?

—Sois, alteza —habló tratando de dominar su asombro—, la hija de mi reina doña Isabel y de mi rey don Fernando.

La servil sonrisa apenas iniciada se le heló de súbito al escucharme:

—Imperdonable error que os invito a corregir. Estáis en presencia de la archiduquesa de Austria, doña Juana de Castilla, esposa de Felipe de Habsburgo. Os sugiero que no lo olvidéis.

—Pido perdón a vuestra alteza.

Todo había salido según yo quería. Excepto la contrariedad producida al ser identificada como hija de los Reyes Católicos. En seguida adiviné en la memoria del fraile algún antiguo recuerdo. El hombre debió de conocerme cuando yo formaba parte del revuelo de niños reales corriendo por los pasillos de palacio. Comprendía el esfuerzo de fray Tomás por reconocer en aquella adolescente, ataviada a la suntuosa manera de Flandes, la criatura agarrada a las faldas de su madre. Sin embargo, no debía enternecerme. Por amables que fueran sus maneras, estaba en Bélgica investigando mi conducta y la marcha de mi matrimonio. Y, desde mi corazón, Felipe era intocable. Le hice tomar asiento.

—Sabréis, fray Tomás, que vuestra presencia en palacio no me causa ningún placer.

—No encuentro en mi humilde persona motivos para agradaros. Pero os ruego consideréis que estoy aquí por privilegio y mandato de vuestra augusta madre.

Aquel empeño en imponerse a través de la reina me empujó a zaherirle. ¿Por qué habría yo de admitir, incluso estando lejos, la influencia de cualquiera que invocase el nombre de Isabel la Católica? ¿Quién podía asegurarme la correcta transmisión de sus órdenes o, en caso contrario, asegurarle a ella la justa interpretación de mi conducta? Por mediación de un tercero, nada mejoraría entre mi madre y yo. En el colmo de la irritación dije:

—Acaba de fallecer en Ávila el poderoso inquisidor general del Reino, Tomás de Torquemada. ¿Acaso mi augusta madre, como vos la llamáis, os nombró sucesor?

—No soy inquisidor, señora. Ni vengo como tal —su voz sonaba sumisa—. Vuestro largo silencio epistolar hizo temer a nuestra reina que vuestra alteza sufriera posibles dificultades. Y por si en esta corte os faltara algún alivio, me ordenó serviros en lo que dispusierais.

Un vientecillo iniciado con la tarde aumentó su fuerza al cabo de las horas. En aquel instante removía las ramas de los árboles y una dorada lluvia de hojas desprendidas rayaba el cristal de los balcones. En mi alma se extendió una sonrisa secreta, confortable. Con el invierno llegaría también mi primer hijo. El espía Tomás de Matienzo no estaría allí para verlo. Me estorbaba.

—¿Seguro que me complaceríais? —pregunté.

—Estoy a vuestra completa disposición, alteza.

—Entonces regresad inmediatamente al lugar de donde habéis venido.

—Lo lamento, señora —no trató de ocultar su contrariedad—. Es la única orden que me impidieron obedecer.

Bruscamente me puse en pie.

—Podéis retiraros, fray Tomás. Y tened en cuenta que al abandonar estas habitaciones, consideraré que abandonáis el palacio. Decídselo así a la reina.

Cancelado el trance, me sentí eufórica. Había conseguido sobreponerme al temor de enfrentarme a los adultos. Ninguno me aventajaba en rango, pero bastaba su presencia para sentirme despojada de títulos y autoridad, quedándome reducida a la condición de muchacha tímida, enamorada y sin experiencia. En la entrevista con el clérigo traté de actuar de acuerdo a mis intenciones. Tuve éxito. Y hubiera logrado expulsar de mi corte al fraile, de no ser porque dejé de prestarle atención al nacer mi primogénita el día quince de noviembre del feliz año de 1498. Recuerdo muy bien el primer desasosiego y la inmediata reacción de Felipe reclamando la presencia del médico. En cuanto el

hombre confirmó el inminente nacimiento, madame de Halewin, seguida de varias damas y un nutrido grupo de camareras, se pusieron a sus órdenes. Creí que iba a morir. Estaba tan asustada por la persistencia de aquel dolor intraducible que, al primer síntoma de apremio, una terrible punzada me hizo gritar despavorida. En mi interior algo extraordinario se agitaba. La amenaza no venía de fuera, estaba dentro. Acumulé con rabia mi energía y a mi alrededor todo se esfumó. Al abrir los ojos descubrí a Leonor, la hija de Felipe.

—¿Es bonita, verdad? —murmuré maravillada.

Pero Felipe de Habsburgo, el emperador Maximiliano y los Reyes Católicos sufrieron una cruel decepción. Leonor llegó en lugar del heredero y tardarían en perdonarle haberse adelantado. ¿No pudo esperar? Resentida por lo que yo consideraba injusto desamor, la quise intensamente. Me entregué a su cuidado con todas las fuerzas, descartando en su favor cualquier intervención mía en la vida palaciega. Por fortuna, las intrigas y ambiciones inherentes al poder se desarrollaron a distancia. Los ecos de la bulliciosa corte, doblemente bulliciosa sin la represión de mi presencia, se detenían a la puerta de mi feudo particular. Y no sólo los ecos. También las personas. En cierta manera llevaban razón, pues Juana de Castilla, asomada a una cuna donde ni siquiera dormía el heredero, ¿qué falta les hacía? En estas condiciones, conseguida audiencia, apareció a mi lado fray Tomás de Matienzo. Me alegré de verle y todo cambió entre nosotros. Le hice mi consejero. Nunca me dijo, ni por entonces supe, la puntual correspondencia mantenida con mi madre. Durante los seis meses vividos en Bruselas, fray Tomás no tuvo otra ocupación excepto escribir a la reina. De nada se privó, ni le tembló la mano al confiar en sus escritos la indiferencia mía por los parientes y amigos españoles, además de no comulgar ni asistir a misa los días festivos. El lujo con que me exhibía, la falta de modestia en los vestidos, mi pasión por asistir a los bailes tampoco tranquilizarían a mi madre. Pero al tratarme, el subprior debió de modificar su opinión, pues el correo a mi nombre se volvió más afectuoso y menos amonestador. Al ampliarse la confianza que yo le otorgaba, el clérigo creyó intuir las tremendas dificultades de mi poca edad, nula experiencia, entorno opuesto a mi niñez, falta de apoyo afectivo y, por si fuera poco, la traidora alianza de mi tesorero Martín de Moxica con madame de Halewin, a quien Felipe adoraba. La agudeza y el talento de fray Tomás le permitieron descubrir un peligro mayor. Así lo confió a mi madre: «El amor apasionado por el Archiduque es una amenaza para la salud de su alma. A la menor duda pierde la serenidad, se arrebatada, no es dueña de sí y cae en tal confusión que, falta de freno, puede cometer cualquier locura. Lo peor, Alteza, es el gusto de don Felipe por comprobar el poder que tiene sobre su esposa y, adrede, le provoca celos.» Al cabo de algún tiempo le llegó al clérigo el momento de partir y vino a despedirse en compañía del embajador. Nunca pude imaginar, recordando lo desagradable de nuestro primer encuentro, que lamentaría tanto su ausencia. Cuando él no estuviera, a nadie podría confiarme.

—La corte ya se acostumbró a mi aislamiento, fray Tomás —dije con cierta melancolía—. A veces pienso que la llegada de Leonor puso las cosas en su sitio. ¿Os habéis fijado? Vuelvo a ser Juana de Castilla, la española retraída y seria. Sin acompañarle yo, Felipe es el archiduque de costumbre. Alegre con los amigos, compañero de sus cortesanos, seductor con las damas a quienes conoce desde la infancia. Yo no estuve en su infancia, un terreno vedado para mí. Me parece que ahora no significo lo que debiera para mi esposo. Mi influencia se esfuma. ¿Sabéis qué sucede,

subprior? —y bajando el tono de voz apremié—: vuelve de madrugada, casi a la amanecida. ¿Quizá hay otra mujer, fray Tomás...?

Las últimas palabras se debilitaron gradualmente hasta acabar en gemido. Me avergoncé de la confidencia.

—Nadie existe excepto vos, señora. Pero le amáis demasiado.

—Demasiado significa exceso. Algo que sobrepasa. Si le amo demasiado es que Felipe me ama menos.

—También puede significar que el archiduque os ame como siempre y vos, exacerbada la afectividad con el nacimiento de la niña, hayáis acrecentado vuestra urgencia de cariño. El archiduque tiene importantes tareas que cumplir, no creo le sobre tiempo para distraerse de vuestro amor, señora.

—Si al decir que el archiduque tiene importantes tareas que cumplir os referís a sus obligaciones de gobierno, a ese respecto mi esposo cuenta con la ayuda del Consejo Ducal. Os aseguro, fray Tomás, que la actividad de dicho Consejo proporciona muchas horas libres a su alteza.

—Tal vez se trata de una mala interpretación, señora —opuso el conciliador fray Tomás de Matienzo—. La política esconde muchas complicaciones.

—No os engañéis, subprior. Que mi esposo me mantenga apartada de los asuntos de Estado, no significa que yo los desconozca. Desde niña presencié actos de gobierno, debates políticos, estuve en la primera línea de combate al lado de mis padres y hermanos. Cuando la rendición de Granada, la reina se alojó en un campamento a dos leguas de la ciudad, acompañada de sus hijos. Desde allí tuvimos ocasión de contemplar batallas campales, asedios, incluso presencié un incendio en las tiendas reales y, en consecuencia, vi construir en apenas ochenta días una ciudad rodeada de muros, fosos, cuatro puertas y plaza central, que fue bautizada con el nombre de Santa Fe. Los hermanos también fuimos testigos de la derrota del rey moro Boabdil, último de la dinastía nazarita, que dijo a mi padre al entregarle las llaves de la ciudad: «Que Dios os haga en ella más venturoso que a mí.» El archiduque, fray Tomás, puede ignorarme políticamente, pero nunca abolir mi experiencia. Y puesto que estamos en ello y vos a punto de abandonar Bruselas, os puedo asegurar que el Consejo hará lo imposible para que Flandes firme pactos de amistad con Francia. Os recuerdo que la madre de Felipe fue reina de Borgoña. Que la reina de Castilla se desengañe: España no les interesa. Cien aliados cerca convienen más que mil lejos. Y si ésta es la voluntad del gobierno, será la voluntad del archiduque. Cuando os reciba mi madre haréis bien en advertírselo.

El subprior de Santa Cruz, fray Tomás de Matienzo, acompañado del embajador español, salió de mi presencia. Al quedarme sola, un criado quiso encender los candelabros y se lo impedí. En el momento de retirarse, por la puerta entreabierta se deslizaron lejanas y atractivas risas que me estrujaron el corazón. Detrás de los cristales estuve contemplando el ocaso. No me moví hasta que la noche de enero coincidió con la negra noche de mi alma. Sola con mi niña, desasistida de Felipe, incapaz de integrarme a un ambiente que me rechazaba, lejos de mi pasado y sin un amigo en quien confiar, una oscura desesperación iba poseyéndome. El embajador Fuensalida había comentado al abandonar el palacio:

—En persona de tan poca edad, jamás vi tanta cordura.

Sin embargo, yo tuve la impresión de que acabaría por volverme loca.

Comparado con la enorme extensión de los jardines, prados, cotos de caza y demás alrededores de palacio prolongados hasta los confines de la inmensa propiedad, el estanque me pareció pequeño. Situado a prudente distancia del balcón de la biblioteca y al fondo de un túnel formado por las copas de los magnolios, lo avistaba a menudo, acabando por intuir mi error. Lo que supuse estanque pequeño, era un gran bebedero de aves al cual acudían las más variadas especies apenas encenderse el alba. La luz recién asomada en el horizonte caía en escorzo sobre el agua poblándola de chispeantes brillos. Las primeras en llegar eran las fascinadas urracas. Al beber y alzar el pico dejaban escurrir las gotas sobrantes como perlas de un collar de colores. Periódicamente, el jardinero recogía las hojas caídas a la superficie. Si quedaba alguna y el viento la empujaba, yo me ensimismaba viéndola alejarse de la orilla, tanto como yo me alejaba de mí misma. Desde la partida de fray Tomás de Matienzo, el frío de la soledad se hizo más apremiante. Y continuó a lo largo del año sin que me aliviara la plácida primavera ni la fuerte presión del estío. El sistema planetario de mi existencia giraba en torno a un astro llamado Felipe. Y Felipe, en los días posteriores al parto, hubo de acostumbrarse a prescindir de mi compañía en numerosos actos oficiales y de obligado esparcimiento. Era comprensible la necesidad de usar mi esposo su tiempo para gobernar. Entendía también su aversión a comentar asuntos de Estado en los ratos dedicados a nuestras efusiones aunque, me agradase o no, el hábito de estar separados iba apaciguando el ardor primero. Hubiera podido asumirlo como desgaste afectivo si el mundo se circunscribiera a los dos. Pero no estábamos solos y algo impreciso me iba doliendo. Un no sé qué de alerta, captado al aparecer donde no me esperaban. Conversaciones animadas, sumidas en repentinos silencios. Alguien desaparecía del salón apenas verme. La firme mirada de ciertas damas, los ojos suyos en los míos sin parpadear, retadores. ¿Qué sucedía? ¿Por qué las respetuosas palaciegas de antes eran ahora altivas damas en mi presencia? ¿De dónde recibían la fuerza para enfrentarse conmigo? Felipe me amaba profundamente cada noche, aunque me rehuía profundamente cada día. ¿Y las horas restantes...? Su desapego cabría considerarlo como el remanso final de un río, un lugar hecho para la calma. Pero indicios acumulados me alertaron: el caudal afectivo de Felipe tenía afluentes, continuaba. En esta desazón perdí la brújula.

—Felipe, por favor, ¿soy o no soy?

—Eres mi amor. Lo serás siempre, Juana.

Semanas después de festejar mi veintiún cumpleaños, supe que estaba encinta. La buena nueva entusiasmó a Felipe. Le hizo dinámico, emprendedor, sugestivo. A menudo irrumpía en mis habitaciones con la imprecisa excusa de comentar fulminantes ideas implicadas en el porvenir del niño. Porque, sin duda, la criatura esperada sería varón. Al recordar su obligada renuncia al uso del título de príncipe de Asturias por corresponder solamente al heredero de la corona de Castilla, Felipe encargó al Consejo Ducal la búsqueda de un título distintivo del sucesor de los Habsburgo.

—Habrá de ser —ordenó a sus consejeros en solemne reunión— muy acorde con la dignidad del futuro príncipe. Algo que no desmerezca de nuestra patria ni de nuestra historia. Tan representativo de los Habsburgo como lo son, en sus respectivos países, los títulos de príncipe de Gales en Inglaterra, príncipe de Asturias en España o delfín en Francia.

Nos hallábamos en Gante, en vísperas de nacer mi segundo hijo, que llegó antes de lo previsto. En el castillo se celebraba baile de gala. La fiesta era lucida en extremo y, pese a los consejos de mi esposo, no quise retirarme. En el curso de una danza me sentí mal.

—Temo que la cena me hizo daño, Felipe.

Sin ánimo de añadir nada, escapé del salón. El fuerte malestar me impidió llegar a mis aposentos. Apurada, me dirigí hacia un lugar excusado y, en sitio tan inoportuno, traje al mundo al importante heredero de varias dinastías europeas. Lo que a mí me abochornó, para Felipe fue motivo de hilaridad, pues le halagaba divulgar la facilidad de su esposa de dar a luz. Inmersa en el calor del lecho repasaba los acontecimientos de aquel veinticinco de febrero notando una curiosa coincidencia. Corría el año de 1500, bisiesto. Yo era madre de dos hijos y estaba en Gante, una ciudad situada entre dos ríos, el Escalda y el Lys, construida al arrimo de dos abadías edificadas por san Armando. A los ocho días llegó a Gante mi cuñada Margarita. Por segunda vez nos veíamos estando yo en cama. Y por segunda vez Margarita venía a mi encuentro con el recuerdo de un hombre. ¿También yo sería dos Juanas, la Juana de mi madre y la Juana de Felipe? Ya en Amberes espí en las facciones de mi cuñada el rostro desconocido de su hermano Felipe. En Gante soporté como pude la inmensa emoción de abrazar a la mujer que mi hermano Juan abrazó hasta expirar. Algo de él había en ella y yo intenté recuperarlo. La princesa estuvo muy afectuosa. Incluso me indicó su deseo de imponer al recién nacido el nombre de Juan.

—Llamándole Juan pondremos en pie una trinidad afectiva: tu niño, tu hermano, mi esposo. ¿Te parece?

A quien no le pareció bien fue a Felipe. Se celebró el bautizo con gran fasto el día siete de marzo, siendo sus madrinas mi cuñada Margarita y la duquesa Margarita de Borgoña. Los padrinos, el señor de Bergás y el príncipe de Chimay, mi caballero de honor. Ejerció de ministro en el bautizo don Diego de Villaescusa, obispo de Málaga. El niño, según deseo de su padre, asumió de por vida el nombre de Carlos, tributo a su bisabuelo Carlos el Temerario, último duque de Borgoña de ascendencia autóctona. De acuerdo con el deseo de Felipe, el Consejo Ducal tituló a su hijo duque de Luxemburgo, que desde aquel momento distinguiría a los herederos de los Austria. Grandes muestras de satisfacción llegaron de todas partes y a este júbilo se integraron los Reyes Católicos. Exultaban satisfacción con este nacimiento que contribuía a dar seguridad a la sucesión de sus reinos, amenazada por la endeble salud de su nieto Miguel, heredero, entonces, de la corona de mi madre. No tardaron demasiado en cumplirse los temidos augurios. Tres meses después, a los veintitrés de vida, murió en Granada el príncipe Miguel, quien jamás supo su alta alcurnia ni tampoco su encantadora condición de niño. Mi madre volvió a escribir. En esta ocasión para comunicarme bruscamente que yo era la heredera de sus Estados. Lo que un día imaginó Felipe había llegado. Lo que jamás imaginé yo allí estaba. Siempre vi muy lejana la sucesión y me lastimó recibirla a través de cuatro fallecimientos. Mi hermano Juan, su hijo póstumo, mi hermana Isabel y su hijo Miguelito necesitaron desaparecer de nuestra familia para que los padres reclamaran mi presencia con el fin de ser jurada heredera suya por las Cortes. Yo no quería ser heredera. Ni reina. No quería ser nada excepto el amor de Felipe. Y en aquel instante, se apaciguaron mis ánimos al advertir que la mejor manera de retener al archiduque sería ofrecerle el ambicionado trono de Castilla.

—Mi querido Felipe —apenas conseguí disimular el alborozo de mi corazón—. He de obsequiarte con algo muy especial. Siento enorme alegría al comunicarte que a partir de este momento soy la heredera de Castilla, Aragón, las tierras conquistadas en África y en las Indias. Por consiguiente, tuyos son mis reinos, Felipe.

En la mirada del archiduque surgió una pasión devoradora. Pero el deseo, el ansia de posesión y su furia desbocada no eran por mí, sino por las coronas reales que le llegaban envueltas en el adiós de mis cuatro queridos muertos.

Debido a un cúmulo de situaciones inesperadas, entre las cuales se incluía mi rango de heredera, Bruselas se convirtió en el centro de la política internacional con las inevitables secuelas de intrigas, rivalidades y un continuo trajín de embajadores, agentes oficiales o agentes secretos, venidos de todas partes de Europa. Las tres naciones de mayor importancia aspirando a conseguir tratados de amistad o consolidar lazos de parentesco con Felipe de Habsburgo, eran Francia, España y Austria. Felipe sentíase más que nunca duque de Borgoña y, como tal, observaba los manejos diplomáticos de las grandes potencias dispuesto a beneficiar, exclusivamente, a su Estado neerlandés. En esta sorda competencia, Francia llevaba las de ganar. No en balde apoyaba sus pretensiones el Consejo Ducal, además de actuar de valedor suyo Francisco de Buxleiden, arzobispo de Besançon y antiguo preceptor de mi esposo. Tampoco cabía desdeñar la presión ejercida por el emperador Maximiliano quien, aprovechando las facilidades familiares, empleaba su autoridad paterna en inclinar a su hijo hacia los intereses de Austria. Los menos favorecidos en sus pretensiones fueron los Reyes Católicos. Al archiduque no le atraía el lejano país de orgullosa estirpe, severas costumbres y excesivo rigor religioso. Amaba la existencia libre y alegre de su reino. Desde luego, le seducía el disfrute de las dos coronas pero, atendiese bien o mal la causa española, a su debido tiempo la nación le pertenecería. Tal vez este pensamiento le hiciera insensible a las repetidas llamadas de mis padres, quienes no conseguían encajar demasiado bien el inexplicable desinterés nuestro por acudir a la península y recibir el juramento de fidelidad en las Cortes. Pese a cualquier consideración, las negativas y excusas iban acumulándose. Mientras los Reyes Católicos se afanaban por convencer a Felipe, la diplomacia francesa, intuyendo los peligros del viaje a España, trabajaba intensamente con el fin de adelantarse a los rivales en cualquier proyecto de alianza. El gran sueño del archiduque, mantenido oculto en su espíritu ambicioso, se basaba en extender el poderío de Bruselas desde el Danubio hasta Gibraltar, prolongándolo en el magnífico añadido de las tierras transoceánicas y africanas. Cuestión ineludible para conseguirlo era la incorporación a los Países Bajos de la codiciada Francia, el Austria de mi suegro y la España de mis padres. Los franceses acertaron al ofrecerle la mejor manera de asegurarse el triunfo, mediante la firma de un tratado donde se estipulaba el matrimonio de nuestro hijo Carlos, de un año de edad, con Claudia, de dos, hija de Luis XII. Aun debiéndome esta consideración no fui advertida ni consultada. Pero cuando a los reyes Isabel y Fernando les llegó el rumor de lo que se tramaba tuvieron un sobresalto. Conociendo las circunstancias, se hacía fácil comprenderlos. Estaban relativamente recientes las bodas de su hija María con el rey de Portugal, viudo de mi hermana Isabel. Después de conseguir la dispensa exigida por el parentesco en primer grado, concedida por el

papa Alejandro VI, la infanta se desposó por poderes en Granada el día veinticuatro de agosto de 1500, acompañándola hasta Portugal don Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo de Sevilla y patriarca de Alejandría, el marqués de Villena y otros señores. Entonces hubo un tiempo de calma en espera de la resolución de mi tercer embarazo, que se produjo el día veintisiete de julio de 1501 con el nacimiento de mi hija Isabel; tiempo aprovechado por mis padres para ocuparse de la boda de su último vástago. Catalina, a sus quince años, estaba destinada a casarse con Arturo, de catorce y príncipe de Gales, hijo del rey Enrique VII de Inglaterra. Dada la extrema juventud de la pareja, nadie demostró prisa por ejecutar el compromiso, pero mis padres adelantaron su cumplimiento en defensa del porvenir de Catalina, amenazado por la conducta de Felipe. Mi esposo, ávido de aumentar su potencia incluyendo las islas Británicas al área de sus dominios, interfirió en el proyectado matrimonio entre las casas reinantes de Inglaterra y España, ofreciendo a su propia hermana Margarita, viuda de Juan, como esposa del primogénito inglés ya prometido de Catalina. Esta traición del yerno supuso para mis padres renovadas amarguras, aparte de enturbiar la política de sus relaciones más de lo que estaban. Embarcaron a la pequeña Catalina en el puerto de La Coruña rumbo a su nueva patria en compañía de don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, el conde y la condesa de Cabra y un gran séquito, siendo muy cordialmente recibida en Plymouth por el rey Enrique VII. La boda se celebró en la catedral de Londres el catorce de noviembre, oficiando la ceremonia el arzobispo de Canterbury. Los reyes debieron de quedarse cansados y vacíos en sus áridos tronos. Sin quererlo, yo me había convertido en su último recurso y notaban, impotentes, el desinterés de mi consorte por conocer y gobernar el país de su esposa. ¿Qué manos regirán la gran nación levantada por ellos? Entonces mandaron a Bruselas al obispo de Córdoba, don Juan de Fonseca, capellán de mis padres. Su misión residía en convencer al archiduque de la urgente necesidad de viajar a la península. No obstante, el Consejo Ducal seguía excusándose. A veces apelaba al clima desfavorable. Otras, a compromisos ineludibles o asuntos de gobierno. Y esta conducta consiguió que se reanudaran las tensiones. Desde España llovían propuestas. Si Felipe no accedía al viaje, deberíamos ir el niño y yo. Pero Felipe no quiso siquiera considerar la salida de Flandes del heredero. A continuación sugirieron, y yo me indigné, que fuera sola. Más tarde apuntaron la conveniencia de acudir los tres. Poco a poco, la insistencia de mis padres iba debilitándose mientras el archiduque, envuelto en una nube de adulaciones cortesanas, se habituó a prescindir de mí. En cambio, y no por mi voluntad, yo fui descubriendo agravios. De todos le pedía cuentas en los escasos momentos de intimidad y me amenazaba con no regresar nunca a mi lado si yo seguía reprochándole su conducta. Las frecuentes desavenencias se hicieron públicas, incluso en actos oficiales. Me sentí menospreciada, sumida en constante humillación que amenazaba con ahogar mi amor desesperado por el hermoso Habsburgo. Era evidente que la fogosidad de los primeros momentos había cedido ante su ansia repentina de libertad. Una tarde irrumpió el archiduque en el salón de música. El embajador Gómez de Fuensalida despachaba conmigo pero mi esposo, ignorando su presencia, exigió mi firma al pie de ciertos documentos. Al comprobar el contenido de los mismos, me negué.

—Si de mi voluntad dependiera —dije—, firmaría con gusto. Pero me estás pidiendo que usurpe los derechos de mis padres. Permíteme que antes lo someta a su criterio.

—No hay tiempo, Juana. Esto urge. Y por si lo has olvidado, recuerda que me debes obediencia.

—Nunca para el mal —repliqué dolida.

El gesto de Felipe se hizo despreciativo. Como si de repente ignorase quién era yo. El mayor de los desdenes vibraba en su voz al responder:

—Entonces, Juana, prescindiré de tu firma. La mía es suficiente. Si estuvieras sobrada de talento habrías intuido que recabar tu colaboración fue un acto de cortesía.

Con infinita arrogancia mi esposo inició la retirada. Por primera vez, el embajador Fuensalida se permitió enfrentarse al archiduque.

—Lamento reprocharos vuestros modales con su alteza doña Juana y la falta de respeto que demostráis a vuestros suegros los reyes de España, mis señores. La desconsideración de que alardeáis últimamente, en lugar de corregirse, se acrecienta. Por consiguiente me veo en la obligación de comunicarlo a los monarcas españoles, cosa que haré y así os lo anticipo.

Felipe salió sin mediar palabra, revestido de una autoridad que no deseaba ni permitía discutir. Lloré amargamente durante largo tiempo. Quizá todo el transcurrido desde aquel instante hasta el día cuatro de noviembre cuando, sin aparente motivo, mi esposo decidió acceder a los deseos de mis padres. Al salir de Flandes la mitad de mi corazón se quedó entre los niños. La otra mitad, perteneciente al archiduque, rebosaba nostalgia. La última rebeldía de Felipe, como enseña de oposición a su familia castellana, fue su negativa a emprender viaje por mar, la ruta más rápida. Prefirió aceptar la invitación de Luis XII y, pese a lo largo y molesto del camino, se adentró frívolamente por las deseadas tierras de Francia.

CAMINO DE CASTILLA

El rey Luis XII de Francia nos incitó a viajar a través de su territorio con el ademán de quien pone bajo los augustos pies de sus invitados la alfombra majestuosa de su nación. Orgulloso de haber sido preferido a las olas del embravecido mar, nos mandó una escolta de cuatrocientos lansquenetes que se unieron a nuestro séquito, compuesto de un centenar de cortesanos y otro centenar formado por lacayos, cocineros, escuderos y demás gente de servicio. Aparte de muebles y ajuar, transportábamos hermosas vajillas y valiosos tapices de fabricación flamenca, adquiridos personalmente por mí para obsequiar a la reina Isabel. En el recorrido paramos en Cambrai, Saint-Quentin, Noyon, Senlis y Saint-Denis, bordeando los límpidos caudales del Loira y el Sena, cuyas aguas hacían tiernos los campos franceses. Al llegar a Blois, domicilio oficial de la corte y lugar de nacimiento del rey, admiré en silencio sus bosques, el río Loira, la iglesia de San Nicolás erigida en la colina y la atractiva edificación del castillo donde íbamos a hospedarnos. A medio camino entre Tours y Orleans, la fortaleza medieval de los condes de Blois fue transformada en residencia del monarca Luis XII, fascinándome de inmediato su bella fachada de estilo italiano y arquitectura poco común. No sé si por el estado especial de mi espíritu o a causa del impacto de tanta belleza, me fascinó el gusto a miel de un paisaje saboreado con la vista, fecundo sin agresividad, activo y plácido en el color dorado de los árboles otoñales y el cobre profundo del lecho de sus bosques. En Francia iba yo notando una dulzura muy especial, tránsito entre la vivacidad de Flandes y la dureza española, que tal vez me hubiera sentado bien para potenciar la fe en mí, a no ser porque ni Luis XII ni la reina su esposa me demostraban simpatía. Para disgusto mío, Felipe se comportaba como un súbdito fiel cumpliendo todos los actos necesarios para reconocer aquel monarca por superior suyo, si solamente a su escueto título de Flandes se atenía. Los reyes actuaron a la manera condescendiente de los grandes señores respecto a sus vasallos. No disimulaban la intención de doblegarme a su autoridad, ni tampoco la enemistad sentida hacia mis padres. Un incidente surgido en nuestro primer encuentro me puso sobre aviso: cumplimentados los saludos, genuflexiones y besos protocolarios con el monarca me condujeron ante la reina. En su presencia doblé ligeramente la rodilla, de acuerdo a las normativas de mi rango. Pero la duquesa de Borbón, que me acompañaba cogida del brazo, empujó con todas sus fuerzas hasta hacerme tocar el suelo. Sorprendida en mi buena fe, disimulé como pude la bajeza de tan agresivo comportamiento que me obligó a demostrar públicamente a la corte francesa que la alcurnia de sus monarcas era superior a la nuestra. Me prometí a mí misma que la ofensa inferida a mi persona no se repetiría.

—Ten paciencia —aconsejó Felipe al escuchar mi relato.

—La paciencia es innecesaria para mantener la dignidad y no consentiré que nadie juegue con ella.

Las fiestas, caza mayor, bailes, cetrería y juegos de lanza sucedíanse para agasajarnos. Correspondiendo a nuestra visita Felipe fue distinguido con el honroso título de «Príncipe de la Paz». En el colmo del estupor, asistí al concierto de adulaciones, disimulos, intrigas y ambiciones en

el cual yo nada significaba. Mi facultad de raciocinio hubiera terminado sin la ayuda del capellán de mis padres y obispo de Córdoba Juan de Fonseca, que formaba parte de mi cortejo.

—Mi querido señor obispo —le hablé muy preocupada—. Mucho favor me hicisteis días atrás al señalarme mis obligaciones como heredera de los Reyes Católicos.

—Y bien las cumplís, alteza. No solamente España, sino Flandes se ven honradas con vuestra actuación. Es obligado elogiaros, sobre todo teniendo en cuenta que, por primera vez, os oponéis a la conducta de vuestro esposo. Demostráis un valor extraordinario.

—Desearía me dierais una opinión —suspiré preocupada—. He sido testigo involuntario de algunas conversaciones mantenidas entre el rey y el archiduque. Conversaciones que considero muy importantes y de índole privada.

—¿Y no los cohibió vuestra presencia, señora?

—En asuntos de Estado —dije con cierta ironía— a mi esposo no le preocupó ni me tiene en cuenta. Pero lo que oí me parece grave. Temo que el monarca francés fomente la insubordinación del archiduque contra mi padre.

—¿En qué os fundáis, alteza?

—Felipe daba cuenta al monarca del próximo juramento que nos harán las Cortes. Pero el rey, en vez de congratularse por ello, iba sembrando insidiosas dudas en el espíritu de mi esposo. «¿De veras —decía— suponéis que si por un acaso fallece primero la reina Isabel vuestro suegro os entregará sin condiciones la Corona de Castilla? El padre de vuestra esposa, mi joven archiduque —seguía hablando el rey—, es receloso, avaro, despótico y sensual. No cumple su palabra ni a los más fieles de sus aliados. Imposible fiarse de él.» Felipe le interrumpió: «Pero tiene en gran consideración a su esposa, a quien admira por esforzada, virtuosa y por su talento político. Nunca engañaría a la reina Isabel. Nunca.» «¿Nunca? —se rió con impertinencia el rey—. ¿Decís nunca...? ¿Ignoráis acaso que al mismo tiempo que en Bruselas os convertíais en padre, también en Italia era padre vuestro suegro? ¿Nadie os dijo que en el palacio de los reyes españoles se educan los hijos bastardos del rey Fernando al amparo de la última descendiente de los Trastámara, la magnánima Isabel de Castilla? Os pongo en guardia. Y si llegado el momento de ejercer vuestros derechos necesitáis ayuda, acordaros de que el rey de Francia es vuestro amigo. Mi apoyo no os faltará.» ¿Qué opináis —pregunté angustiada—, señor de Fonseca?

El obispo de Córdoba tardó en surgir de sus meditaciones. Ambos tanteábamos prudentemente la situación. Al cabo, don Juan de Fonseca, dijo:

—Vuestra alteza disculpará la desnuda sinceridad de mis palabras, pero estimo que os la debo. Tenéis razón al sospechar —sonrió intentando velar la dureza de los conceptos mediante un gesto de simpatía—. Luis XII, al igual que vuestro esposo, pretende el poder de Europa. Para asegurárselo ambos firmaron el compromiso matrimonial entre el pequeño Carlos, duque de Luxemburgo, y la princesa Claudia de Francia. Sin embargo, este inesperado viaje de vuestras altezas brinda al monarca francés la oportunidad de mejorar sus pretensiones. Sobre todo si, estimulando la ambición del archiduque, consigue enfrentarle contra la autoridad de los Reyes Católicos. El hecho sería tan importante para los planes de Luis XII que no duda en ofrecer a don Felipe su apoyo a la rebelión. En este momento, alteza, la sucesión de España se halla en una fase delicada. Después de casi treinta

años de guerras y esfuerzos de vuestros padres por conseguir la unión de todos los reinos de la península, ahora han de ver cómo la grandeza de su imperio depende del capricho de un Habsburgo. Nada menos que la península, los reinos de ultramar, las colonias de África, de Grecia, de Italia y el poder efectivo sobre el mundo católico a través de sus contactos con el papa de Roma, el español Alejandro VI, pueden acabar siendo simples posesiones de Austria. Esta monstruosidad mantiene en vilo a los Reyes Católicos y levanta la codicia de los países europeos. Luis XII sabe que, manejando diplomáticamente este conflicto sucesorio, podría romper la todavía insegura unión de España; tan potente y temible junta como debilitada al desunirse. Sería un triunfo clamoroso para Francia del cual, naturalmente, saldría muy beneficiada.

—¿Es posible —murmuré incrédula— que Felipe no sospeche esta artimaña?

—Lo que resulta imposible es averiguar el pensamiento del archiduque. No obstante, señora, la solución está en vuestras manos.

—¿En mis manos...?

—Antes confesasteis que el archiduque no os tiene en cuenta respecto a los asuntos de Estado. ¿Y cómo os habría de consultar si estaríais en desacuerdo? En cambio, desde vuestra llegada a Blois no dejan de importunaros por la necesidad que tienen de convenceros.

—¿Por qué necesitan convencerme?

—Vuestra alteza es la heredera de España y a los monarcas franceses no les sirve de nada persuadir al archiduque en su calidad de consorte, si no consiguen persuadiros a vos. Nada sucederá mientras vuestra alteza no lo consienta.

El impacto resultó decisivo. Las palabras del obispo fueron mi apoyo y arrogancia. Me desplazaba por palacio como si varios lacayos arrastraran detrás de mí los árboles genealógicos de mis antecesores y cada cual se inclinara ante su excepcional linaje. Una sensación nueva, quizá el cosquilleo del poder intuido, me proporcionaba hondo bienestar. ¿Tal vez ser quien en realidad era podía proporcionarme la paz? Lo cierto fue que yo me sentí defensora de la estirpe de mis padres y de mi amado e ingenuo Felipe el Hermoso. En pie de guerra contra Francia y para demostrar mi oposición a las maneras francesas, la mañana siguiente a la conversación con el obispo comparecí vestida al estilo español, colores pardos en el traje, escote alto, la cabeza cubierta y una justa severidad en las joyas. Por orden mía, vistieron también a la manera castellana las damas de mi corte y los murmullos acompañaron el momento de nuestra aparición. Detrás de las altas cristaleras de las galerías inmediatas al jardín contemplaba yo el paisaje invernal con sus nubes difusas y el lánguido caer de las ramas de los sauces, cuando me habló la reina:

—¿A qué se debe, mi querida archiduquesa, ensombrecer vuestra hermosura privándoos de galas tan favorecedoras como las nuestras o las belgas? Por aceptar costumbres francesas no menguaréis vuestro rango. En este mismo jardín que ahora contempláis se celebró la boda de César Borja, hijo del poderoso papa Alejandro VI, tan español como lo sois vos. César, sin embargo, no tuvo reparos en mostrarnos su admiración haciéndose bordar en su indumentaria la flor de lis, símbolo de nuestra realeza.

—Tampoco mi madre tuvo reparos en reprochar al papa Alejandro VI el lujo excesivo, la fastuosidad y ostentación, en torno a la boda de su hija Lucrecia, tan impropias de un príncipe de la

Iglesia.

—Supongo que el Papa se molestaría.

—Al contrario. Aceptó la amonestación.

La tirantez de las relaciones acortaron el tiempo de nuestra estancia. Yo lo consideré un triunfo personal y la noche en que Felipe me anunció la partida sentí un profundo alivio. Siete años lejos de la familia consiguieron hacerme desear el regreso. Estar ya de vuelta en la tierra donde nací, abrazar a mis padres, saberme de nuevo entre las gentes confiadas que me reconocían como algo suyo y hablaban el mismo idioma. Sin olvidar la felicidad imprescindible de mostrar a los españoles el amor de mi vida. El único, maravilloso hombre llamado Felipe.

—En esta época del año a punto de acabar no será agradable cruzar los Pirineos.

—Lo que debe hacerse, se hace —respondí.

El rey nos escoltó hasta Amboise. A orillas del Loira nos hizo su última reverencia. Se inclinó tanto, que no tuve claro si nos decía adiós o contemplaba su propia imagen reflejada en el río. Antes de enderezarse aparté la vista y proseguí el viaje abandonándole para siempre en el recuerdo, tal y como estaba: dobladísimo el espinazo, alta la rabadilla, a punto de recibir un buen puntapié en su ingente y vanidosa majestad.

—¿Tienes frío, Juana? —se interesó Felipe.

—Lo hace. Menos mal que nos dirigimos hacia el sur. Quizá el tiempo mejore.

Pero camino del sur no íbamos solos. También el frío viajaba con nosotros. Descendía desde el Ártico sobre el inacabable diciembre, goteando hielo, nieves, vientos glaciales, lluvias torrenciales y bajísimas temperaturas. Cuando llegamos a San Juan de Luz el mayordomo de la corte francesa dio por terminado su cometido.

—Monsieur l'archiduc, aquí terminó el viaje. Luego de cruzar el Bidasoa —su mano trazó en el aire una curva tan amplia como la mar del golfo de Vizcaya—, *voilà l'Espagne!*

También regresaron al punto de partida los carros de los equipajes. Su carga pasó a lomos de una reata de vigorosos mulos, únicos capaces de acometer con éxito la abrupta dificultad de las montañas. Al otro lado de la frontera sentí el inesperado alivio de quien se desprende de pesos excesivos. Atrás quedaban Francia, muchos años de aprender la vida, de obligada soledad. Y quedaba Bélgica. Que ya no era Bélgica, sino Carlos, Isabel y Leonor, un trío de infantes llamándome mamá en flamenco y francés, pero nunca en castellano. Delante se abría la puerta de mi país y de mi futuro, agazapado entre los días del nuevo año de 1502. En Fuenterrabía, el veintinueve de enero y en nombre de los reyes nos recibieron el condestable de Castilla, el duque de Nájera, el conde de Treviño, el comendador mayor Gutierre de Cárdenas y don Francisco de Zúñiga. Los contemplé a todos como si cada uno representara un suave destello del tiempo imaginario que se nos escapa, jamás podemos aprehender y, sin embargo, resulta la única realidad de nuestra vida. Los caballeros se mostraron respetuosos:

—¿Podemos servir a vuestra alteza?

En seguida quise preguntar por Juan, su hijo póstumo; Isabel, su niño Miguelito. Seres queridos, abandonados al marcharme, dejaban ahora en mi boca el regusto amargo de una pregunta inútil. No poder preguntar por alguien era la más impresionante de las oraciones fúnebres. Y yo, con todos

ellos aún vivos en el corazón, los sentí agonizar definitivamente. De súbito, la tierra que me aguardaba horizonte adelante, más allá del círculo de caballeros situados a mi alrededor, me pareció vacía.

—Decidme, conde de Treviño —quise agarrarme a cualquier motivación del pasado—, ¿cómo va la salud de nuestra patria?

Fue un modo velado y dolorido de preguntar por mis padres. Porque Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, antes que padres míos, eran España.

Gallardo por naturaleza, el erguido cuerpo perfilado contra el cielo plomizo del golfo de Vizcaya o golfo de Gascuña, los rubios cabellos tan revueltos como las aguas del Cantábrico, Felipe de Habsburgo, sin miramientos y con el filo de su arrogancia, cortó el hilo del diálogo que yo mantenía en el mismo instante que se le antojó intervenir. Mi esposo no era capaz de conversar en castellano, pero el hábito de oírlo le permitió acumular un importante vocabulario pese a su explícito desinterés.

—Y dígame, señor de Termino...

—Treviño, Felipe —aclaré apresurada en un murmullo—. Treviño, ¿oyes? Además tampoco es señor. Es conde. Conde de Treviño.

—Pues bien, conde de Treviño —fingió seriedad mientras me daba un disimulado codazo, incitándome a la burla—. ¿Cuál es la referida Ley de Quintas con cuya detallada exposición os permitís aburrir a la archiduquesa? Lo que mi esposa oye por deferencia, estad seguro que yo escucharé por interés. ¿Podéis informarme? —y de repente, fingiendo sorpresa—: Oh, mon Dieu! Sûrement il n'a rien compris! Juana, traduce al conde mis palabras —habló displicente.

—Si vuestra alteza me dispensa el favor de seguir expresándose en francés —contestó en aquel idioma el conde—, no habrá problema por mi parte y mejor podré serviros, señor.

Los pequeños codazos del principio y el desdén posterior aludiendo a la ignorancia idiomática del enviado de mis padres trataban de ocultar la humillante contrariedad de Felipe por no expresarse en español. El conde de Treviño y su espontáneo ofrecimiento le evitaron reconocerlo. Recobrado el empaque sonrió condescendiente:

—Agradable coincidencia, conde. Os confesaré que los métodos indirectos me fastidian, y nada tan indirecto como una conversación sostenida a través de un tercero. Viene a ser igual que montar un caballo sin riendas. La bestia no sabe dónde la dirigen y el jinete ignora dónde le llevan. Lo único evidente es la voluntad de correr juntos, aunque el ponerse de acuerdo dependa del traductor. Un engorro los métodos indirectos, ¿no os parece?

—Así lo estimo, señor.

—Entonces vayamos al tema de mi interés, esa misteriosa Ley de Quintas. ¿Se refiere a la guerra?

—Más justamente a la evolución del Ejército.

—¡Cómo! ¿No tenéis ejército? —el rostro de Felipe era un puro asombro.

—Tenemos numerosos ejércitos pertenecientes a los nobles, a los príncipes de la Iglesia, a las milicias municipales. Grupos de gente que acuden a la llamada del rey y se retiran a sus feudos una

vez concluida la campaña. Esto constituye un ejército irregular y caótico que no siempre responde a las necesidades del monarca. Ni las armas ni los medios son iguales entre las familias de la nobleza.

—Pero grandes son los triunfos, ¿en qué se basan, conde?

—En la bravura individual. El coraje del hombre que lucha es superior a la organización de los medios. Sin embargo, es justo que el armamento, la instrucción y la disciplina apoyen el ímpetu personal. Convencidos de ello, los Reyes Católicos emprendieron la tarea de crear un poder militar. Durante las guerras dinásticas, sus altezas ya habían comprobado por experiencia que la Corona estaba militarmente sometida al capricho de los hidalgos sin olvidar, además, que a la fusión de los diversos reinos de la península convertidos en uno solo convenía también un solo ejército dependiente del poder central. Pusieron manos a la obra y en septiembre de 1498 se hizo pública en Tarazona la primera disposición.

—Justo al mes de embarcar yo en Laredo para casarme contigo —interrumpí.

Dedicándome un mohín de reproche, Felipe preguntó:

—¿Y cuál fue lo dispuesto?

—Ordenar a todos los súbditos la ineludible obligación de tener en casa armas ofensivas y defensivas, advirtiendo que dichas armas no podían ser tomadas por la justicia para cobrarse deudas de sus propietarios. Fue el primer síntoma de una nación en trance de militarizarse. Seis meses después se promulgó la Ley de Quintas. Es decir, la que yo explicaba a la archiduquesa cuando vuestra alteza mostró curiosidad.

—Decidme, pues.

—Esta ley establece por primera vez en España el servicio militar obligatorio desde los veinte a los cuarenta y cinco años de edad. Asimismo dispone que de cada doce hombres útiles uno ha de estar a sueldo en servicio activo, quedando así organizado el ejército de doña Isabel y don Fernando. Adiestrarlo resultó empeño más duro. Pero, gracias a Dios, contamos con el genio militar de don Gonzalo Fernández de Córdoba.

—Decís bien, conde de Treviño. El nombre del Gran Capitán entre sus filas honraría a la mejor de las naciones. Su gloria recorre Europa. ¡Buen maestro tuvieron vuestros guerreros! ¿Pero quién enseñó al maestro?

—No tuvo otra escuela que el ejercicio de las armas. Un largo y difícil ejercicio durante la reconquista de Granada. Entonces se habló de la valentía de Muza y Tarfe entre los moros, y Hernando Pérez del Pulgar y Gonzalo de Córdoba entre los cristianos. Competir con audaces enemigos le sirvió de mucho al Gran Capitán quien, al final de la contienda, pudo organizar la infantería. Según sus indicaciones, un regimiento está formado por seis mil hombres con doce compañías y armamento de tres clases: primero lanzas, segundo arcabuces y tercero espadas y dardos arrojados. Dos regimientos componen una brigada con sesenta y cuatro cañones. Diez brigadas suman el total de un ejército al mando de un capitán general. Pero lo sorprendente en Gonzalo Fernández de Córdoba es la táctica, tan inteligente y personal que le convierte en invencible. Su organización no conoce fallos y a una sola voz responde una multitud como un solo hombre. Según mencionó hace un instante vuestra alteza, antes teníamos guerreros en nuestras filas. Después de las enseñanzas del Gran Capitán tenemos soldados. No cabe duda, su secreto es la

estrategia.

—¿Habéis dicho... estrategia?

A Felipe le brillaban los ojos. El conde de Treviño acababa de apuntar algo muy estimulante: la posibilidad de aplicar a sus huéspedes el secreto de Gonzalo de Córdoba como si fuera talento suyo. En seguida le ilusionó convertirse en el héroe de sus vasallos al regresar a Flandes. Ser el mejor a los ojos del emperador Maximiliano. Puso una mano amigable en el hombro del conde.

—¿Por qué no me explicáis esa famosa estrategia? —Felipe observaba con recelo la cercanía del séquito, de las damas, de los caballeros españoles, incluso la proximidad de los arqueros de Borgoña que, en unión de la Guardia Amarilla traída de Bruselas, constituía la escolta real—. Mientras habláis podríamos dar un paseo...

Las manos en la espalda y el paso breve pero largo, con un gesto ceremonioso, invitó a su acompañante a explicarse mientras se apartaban de posibles oyentes. Las palabras del conde de Treviño fueron apagándose a medida que se alejaban.

—Al empezar la batalla, los primeros en lanzarse al ataque son los lanceros que avanzan a los lados. Del núcleo central intervienen los...

Deseosos de aficionar al archiduque a la tierra que habría de gobernar en el futuro, los Reyes Católicos planearon una ruta de casi tres meses de duración con fiestas, diversiones, cacerías y grandes agasajos capaces de halagar la vanidad de Felipe. Previamente se suprimió el luto nacional instaurado desde el fallecimiento del pequeño Miguel. Se derogaron las severas leyes prohibiendo el uso de piezas de brocado, oro, plata y seda en los trajes. Desaparecieron la mayoría de las leyes suntuarias promulgadas para evitar la ostentación y los gastos inútiles. Para muestra de mayor alegría y que la gente estuviese más lucida al recibir a los archiduques, se dio licencia para que usaran jubones de seda, sayos de seda y vestidos de colores. Las damas y caballeros acogieron el cambio con alegría. La Castilla invernal iba transformándose en una anticipada primavera al paso del único heredero posible de los reinos españoles, a quien mis padres estaban dispuestos a seducir. Sin embargo, seducir a mi esposo era difícil. La vida diaria en su país constituía un perpetuo lujo, asombrando con funerales como el de Felipe el Bueno, antecesor del archiduque, donde asistieron mil seiscientos pajes enlutados, ardiendo más de mil quinientas hachas. O bien festines como el celebrado por Carlos el Temerario, abuelo de Felipe, en honor del emperador Federico III, y en cuyo servicio se emplearon nueve clases de vajillas de oro y plata. Entre ellas treinta y tres jarros grandes y setenta pequeños, cien platos guarnecidos de rubíes, doce aguamaniles de plata y oro, seis vasos grandes de plata, un gran recipiente de plata para recoger las sobras de la mesa, treinta bandejas grandes adornadas con perlas, valorada cada bandeja en sesenta mil escudos de oro. En realidad, mi esposo y su corte borgoñona mostrábase desorientados. A partir de Fuenterrabía, Irún, San Sebastián, Tolosa, todo cuanto iban descubriendo era nuevo para ellos. Ni siquiera comprendían la existencia sumergida en castillos aislados. Ni la vida manteniendo contactos de castillo a castillo. Ni que alguno de estos castillos se levantara en el centro de ciudades amuralladas, a la manera de una fortaleza construida en el interior de otra fortaleza.

—No entiendo, Juana. ¿Por qué están las ciudades tan férreamente amuralladas?

—Son vestigios del pasado. Cientos de años defendiéndose de los moros dejaron este recuerdo.

El condestable de Castilla, don Bernardino de Velasco, acudió a saludarnos una milla antes de nuestra llegada a Burgos. Media milla después salieron a nuestro encuentro magistrados y diputados. Su actitud satisfizo sobremanera al archiduque, pero le hizo más difícil comprender, ya ante las puertas de la ciudad, que éstas se cerraran apresuradamente y no se volvieran a abrir hasta haber prestado ambos juramento de respetar y obedecer los privilegios del lugar. ¿Por qué, si tarde o temprano sería su rey? ¿Y acaso no era yo hija de los reyes? El cansancio y la indignación conjuntas por tanto someterse a ritos inesperados le mantenían tenso y despreciativo. Finalmente se avino sin rechistar a irrumpir en las ciudades bajo palio, a besar las sagradas reliquias, a orar en las catedrales, a descubrir morbosas edificaciones como el acueducto de Segovia, construido por Satanás en una sola noche según la leyenda, o el brutal impacto de presenciar una corrida de toros.

—¿Es algo bárbaro! —exclamó Felipe, no sin cierta admiración.

—Eso mismo dijo mi madre en Barcelona, prometiendo que jamás repetiría la experiencia.

En Medina del Campo se celebraba la feria anual y hubo mucha diversión. Allí se hacían infinidad de transacciones, acudiendo personas de todo el país o de lugares impensados. Daba la sensación de que la gente no conseguiría cobijo en Medina, tantos eran. Asombraba las riquezas exhibidas. Por primera vez los borgoñeses creyeron en el poderío económico del país visitado. El entusiasmo de mi esposo le hizo vestirse a la española, ponerse una peluca y, acompañado de varios nobles, mezclarse a las gentes del ferial. La hermosura de Felipe atraería a más de una muchacha que, viéndole pasar, le entregaría de inmediato el corazón. Esta convicción me desesperaba. Las madrugadas de aquellos días de feria eran tentadoras, repletas de risas, voces animadas, reflejos de luna y vasos rebosantes de un vino color cobalto capaces de liberar la imaginación. Yo le aguardaba desvelada a lo largo de la noche. El malestar sentido en Bruselas cuando el nacimiento de los hijos me retenía lejos de las diversiones palaciegas, me atacó de nuevo como una herida en el pecho, donde la daga clavada no se retira y sigue doliendo. Allá me lastimaron los escotes, las tácticas de la más refinada seducción, la inevitable familiaridad del archiduque con las damas de la corte. En Medina, con nombre de sabor moro, los negros ojos de África podían robarme a Felipe. En el transcurso de las horas el cielo fue encapotándose. Entre las tupidas nubes y la oscura tierra del horizonte quedaba un resquicio por donde brilló el acerado filo del alba. Entonces entró mi esposo en la alcoba. Con mayor violencia de la pretendida, dije:

—¿Por qué has tardado tanto, Felipe?

—Anduve mezclado al pueblo, bebiendo con el pueblo, observando al pueblo. Hice exactamente lo que tus padres desean. En especial, lo que tu madre me rogó: conocer el pueblo que un día u otro habré de gobernar.

Fueron las palabras justas para apaciguarme, aunque no para convencerme. Su cuerpo olía a mujer. A posada de los caminos. Quedaba muy poca noche y no quise indagar. Pero aquel olor pecaminoso me persiguió hasta llegar a Madrid. Allí fuimos padrinos de un bautizo colectivo. El mes anterior, día doce de febrero, se había publicado un edicto contra los moros no convertidos de Castilla y León. En cumplimiento del mismo podían optar por salir de la península o bautizarse, llamándose entonces moriscos. El asombro de mi esposo al saberse padrino de semejante ceremonia tardaría en olvidarlo.

—¡Es lo más extraño que pudo sucederme, Juana!

Días después hubo de retractarse al mostrar aún mayor extrañeza por los actos y celebraciones de Semana Santa. Al Jueves y Viernes Santos los calificó de sucesos que excedían los límites naturales. La mente de mi esposo tenía mucho de hedonista y, para él, las gentes invadiendo las iglesias, el silencio ambiental, los hombres y mujeres de negro riguroso, los flagelantes casi desnudos gimiendo por las calles a causa del dolor que ellos mismos se producían y, sobre todo, los soldados armados montando guardia toda la noche a un Santo Sepulcro vacío, rozaba lo demencial.

—Te aseguro, Juana, que si estos hechos ocurrieran en Flandes habría suprimido la Semana Santa del calendario.

—A mí me encanta. No en vano mi madre nació en la tarde del Jueves de Cuaresma, a las cuatro y media. Si ella no hubiera nacido, yo no estaría aquí a tu lado. Sin embargo... — no deseaba decirlo pero lo dije—: tengo la impresión de que moriré en Semana Santa.

—¿Por qué, Juana?

—Yo diría que la vida nos la pasamos unos a otros como en los juegos, al darnos la vez. Si mi madre vino al mundo en Semana Santa, yo debería morir en Semana Santa para equilibrar el intercambio. Y si nací en noviembre, por la misma razón mi madre debería morir en noviembre. Ya sabes, una vida por una muerte y al contrario. Lo importante es compensar la naturaleza, ¿no te parece?

—Me parece, querida Juana —se reía gozoso—, que muy mal se lo fías a la reina. De acertar en tus cábalas, sería preciso que mi pobre suegra, dicho sea con todos los respetos, muriera en tantos sitios y tantas veces como hijos dio a luz. ¿Has olvidado que tú no eres su única descendiente?

Sí, lo había olvidado. Nunca me detuve a considerar si mis progenitores tenían otros vástagos. Ni si María, Juan, Isabel y Catalina, además de hermanos míos lo eran también entre sí. Menos aún, si Felipe se hallaba efectivamente vinculado a otros familiares. En realidad, mis padres, mis hermanos y Felipe pertenecían al exclusivo círculo de mi vida afectiva y yo no aceptaba que el resto del mundo les incumbiera. Cuando le hube explicado al archiduque aquellas exigencias sentimentales, dijo:

—Los celos te harán sufrir, Juana.

Y, desde luego, más de lo debido pues Felipe los manejaba sabiamente, políticamente, obscenamente. Partidario del juego sucio tejía en un mismo cañamazo las exigencias de la carne y las sublimaciones del espíritu, dejándolas tan inseparables como el aire y la luz en la atmósfera. Mi confusión mental crecía. Sobre todo cuando, al entregarle el alma solicitada, embridaba con ella los sentidos. Felipe era maestro en el arte de sugerir las apetencias de placer y negarse de inmediato a cumplir esta apetencia. La contrapuesta emoción de saberme solicitada y rechazada a la vez me llenaba de dolor. Un dolor atroz, a la manera de un violento insulto. Un dolor comparable al de sentirme desollar en vivo o al de quien imagina lo que Felipe deseaba que yo imaginara: su posible olvido de mí, sus noches en otros lechos. La amenaza me dejaba rota, disminuida. ¿Por qué la supuesta infidelidad de su cuerpo crucificaba de angustia mi cuerpo fiel? Aquel estilo de amar, mitad dicha y mitad aflicción, me repugnaba. Educada para el disfrute de una felicidad honesta, la felicidad ofrecida por mi esposo generaba insatisfacción y un humillante sometimiento del espíritu. Sin la

mano inductora de Felipe yo nunca me hubiera encaminado por sendas tan escabrosas y, curiosamente, jamás tuve la lucidez de sospecharlo.

—Quisiera seguir aquí, sola contigo —dije vencida de nuevo.

—Imposible, Juana. Mañana dejamos Illescas.

Estas palabras cancelaron el tiempo de las cacerías organizadas con el fin de reponer en el ánimo del joven archiduque el sombrío efecto de la cuaresma. Terminaron también nuestros apasionados encuentros en el palacete cuando, al regreso de su ebriedad cinegética, Felipe pretendía exculparse del mal inferido a los cándidos cervatillos potenciando en mi favor su adorable comportamiento. Entonces se cumplían tres meses de nuestra entrada en España por el verde ángulo de las tierras vascas y en el preciso vértice donde los Pirineos, al acabarse, destilaban el hielo fundido de las cumbres. Desde Guipúzcoa habíamos penetrado en la piel de toro con la decisión de una espada que no se detiene hasta encontrar el corazón. Y el corazón de la hermosa Castilla latía en las ciudades visitadas: Burgos, Valladolid, Medina del Campo, Segovia, Madrid. Hora tras hora, Felipe iba congeniando con las gentes, demostrando así el excelente criterio de mis padres al proyectar el dilatado itinerario. Pronto los veríamos. También ellos acudirían a la cita desde Granada, donde se hallaban. Pasando por Extremadura se detuvieron en Guadalupe para conceder a César Borja la ciudad de Andria con título de príncipe y otras tierras del reino de Nápoles. Desde allí mis padres marcharon ya directamente a la corte toledana, donde llegaron el veintidós de abril dispuestos a preparar los agasajos de nuestra recepción. Pero les sobró tiempo pues, a menos de una hora de Toledo, el archiduque sintió un preocupante malestar.

—Urge encamarle, señora —dictaminó el físico—. Su alteza padece sarampión.

Nos quedamos en Olías con el ánimo contrariado. El archiduque se encogió debajo de una montaña de sábanas, frazadas y cobertores. De vez en cuando suspiraba.

—¿Te duele algo, Felipe?

—No estar en la fiesta.

—Hasta que tú no llegues no habrá fiesta. Se celebra en nuestro honor, recuérdalo —dije observando el campo, sentada en el poyo de la ventana.

—¿Qué buscas, Juana?

—Un elefante.

—¿En Olías...?

—En mi memoria.

—¿Y cuándo has visto tú un elefante?

—Ni siquiera lo vi. Me hablaron de él, que no es lo mismo.

—¿Quién te habló?

—Mi hermana Isabel. Ella y mi madre llegaron a Toledo el día cuatro de noviembre de 1479. Venían a proclamar a Juanito heredero del reino y príncipe de Asturias, pero dos días después de su llegada nació yo. Fue el mismo año del fallecimiento de Jorge Manrique, conocido poeta de las Coplas a la muerte del maestro don Rodrigo y gransoldado que luchó y murió por los Reyes Católicos. También acabó sus días en Barcelona mi abuelo, el rey don Juan II de Aragón, a quien mi padre sucedió en el trono. Eufórico por su nueva Corona y su nueva hija, el flamante monarca

aragonés entró en las silentes calles toledanas acompañado de un gran cortejo, tan llamativo y exótico que incluía un elefante en la comitiva. Mi hermana Isabel me habló largamente de aquel animal durante los días de nuestra infancia y, aun hoy, cuando ciertas sombras inquietan mi intimidad, descubro en las tinieblas sus grandes orejas ventilando el aire de fantasmas. ¿Qué se habrá hecho de aquel elefante? A Juan le sonaba a peligro la estridencia de sus barritos pero a mí, si ahora mismo los oyera, me sonarían a gritos de júbilo.

—¿Añoras tu infancia, Juana?

—La tenía olvidada. ¿Qué otra cosa puede suceder a tu lado?

Partió de Olías un mensajero llevando a mis padres la noticia de la enfermedad de Felipe y previniéndolos del inevitable retraso. Desde la ventana escuché un silbido. Por el sonido de las esquilas, quizá fuera un pastor al regreso de las dehesas de invierno con su rebaño trashumante en busca de agua y pasto en la vega toledana. Antes se recogería el ganado en la majada que yo en el regazo de mi madre. El tiempo de la ausencia se iba haciendo eterno. Castilla era parda y seca. A lo lejos, un hilo de polvo se ovillaba y crecía. De súbito, mi ánimo se agitó. Dije alterada:

—Alguien viene.

—Quizá regresa el mensajero —apuntó Felipe.

Miré, miré, miré. Y a fuerza de mirar entendí que no residía en los ojos la facultad de ver. Quizá en el corazón. ¿En el cerebro, en la piel? La vista capta y conduce, pero la inteligencia confirma. Aunque ningún detalle lo avalaba, mi intuición lo decidió. En el centro de aquella nube de polvo, mi padre y su escolta galopaban. Salí de la alcoba, corrí por los pasillos, bajé los peldaños y, casi al final de la escalera, me lancé al vacío para caer en sus brazos.

—¡¡Querido padre!!

Entre mi pecho y el suyo se aplastaron siete años de separación además del protocolo. Imbuido de autoridad, el monarca se distanció lo preciso para no tropezar conmigo al inclinarse. Los caballeros apeados de sus monturas nos observaban.

—Señora archiduquesa... —el rey saludó mi rango.

—Alteza —murmuré mientras realizaba una profunda genuflexión al besar su mano.

Asiéndome de los hombros el monarca me enderezó. A plena luz se advertía el moreno de la tez tostada del sol. En su amplia frente reverberaba la fuerza y la hidalguía de su casta. El poder inquisitivo de la mirada, junto al buen ánimo de su figura, acentuó mi admiración. También comprendí la preferencia de mi madre al escogerle entre los distinguidos aspirantes a su mano, tales como don Pedro Girón, maestre de Calatrava, el soberano de Portugal don Alfonso, el duque de Berri, hijo del rey de Francia, y Carlos, príncipe de Viana. Por estar guerreando desde los catorce años la cultura de mi padre no alcanzaba las cotas apetecibles, pero el detalle no se advertía en su apostura varonil ni en su talento de gobernante y estadista. A indicación suya entramos a saludar al enfermo. El mayor de los orgullos salpicó mi voz al presentarle a Felipe quien, quizá para contrarrestar su obligada inmovilidad, volcóse en el saludo:

—Monsieur, je ne sais pas comment je dois vous appeler, si mon père ou mon roi.

Simultáneamente mi padre habló de manera cálida, sencilla:

—¡Cuánto hemos ansiado este momento de conoceros, querido hijo, y cuánto lamentamos el

sufrimiento que os aflige!

De súbito, ambos se interrumpieron. Acababan de reparar en algo tan evidente como la diferencia de idiomas. Felipe utilizaba el francés y el alemán pero desconocía nuestra lengua. Llena de felicidad ejercí de traductora. Disfruté enormemente llevando de uno a otro las amables palabras. El cardenal de España, don Diego Hurtado de Mendoza, presente en la entrevista, entendió al instante que allí no cabían móviles o política de Estado. Las circunstancias le hicieron testigo de una entrañable conversación familiar entre hija, yerno y suegro. Decidió retirarse.

—Si vuestra alteza me autoriza...

El rey Fernando II de Aragón y V de Castilla le autorizó. Su momentánea obsesión era comunicar a Felipe la angustiosa situación hereditaria del país. Sentía el gozo de haber dado fin a la reconquista, unificado la nación, dominado a la nobleza, abolido el bandolerismo, afianzado la seguridad ciudadana al instituir la Santa Hermandad, defendido la religión al expulsar moros y judíos, centralizado el poder, saneado la corrupción eclesiástica, fundado el Ejército, construido la Hacienda, creado el primer hospital de sangre en el mundo y anexionado el imperio de ultramar a sus extensos territorios. ¿Pero a qué manos iría tan exorbitante herencia? Mi padre dejó entrever el pánico sufrido al enterarse de la enfermedad de Felipe. ¿Otro cruel fallecimiento? ¿Otra esperanza fallida? Verle tan bien atendido y en trance de recuperación, le hizo comportarse con enorme optimismo.

—También la reina se halla maltrecha en su salud, pero si no os reponéis inmediatamente amenaza con venir a Olías aunque el viaje le perjudique.

Felipe agradeció tanta bondad, si bien rogó transmitieran a mi madre el deseo suyo de anteponer el cuidado de la salud de la reina a cualquier imprudencia de la cual no se creía merecedor. En aquel instante a mi esposo le espoleaba el ansia de ser príncipe de Asturias y futuro rey consorte en el mayor de los tronos conocidos. Frente a un sol horizontal próximo al ocaso, y de nuevo aureolado por el polvo del camino, partió mi padre. Las esquilas de un rebaño enigmático, difícil de ubicar, sonaron dispersas en la amplitud de la tarde. El silencio crepuscular dilataba el ámbito.

—¿Juana...?

Ni siquiera me volví. ¿Por qué me nació, de repente, aquel desesperado afán de convertirme en piedra?

—Juana, ¿me has oído?

No contesté. En el árido espacio castellano donde dejé de ver a mi padre quedó un vacío que hubiera querido enmarcar. Cuando alguien o algo amado desaparece, ¿nadie ni nada consigue ocupar su puesto? ¿Es posible que en el hueco dejado en el aire al marchar persista eternamente su esencia? Me estremecí de angustia. El viento abrasador de la Historia empezaba a soplar contra mí a las puertas de Toledo. «Donde uno muere, otro nace. Donde uno nace, otro muere. La naturaleza es compensación», recordé mis disparatadas teorías. Yo había nacido en el Alcázar toledano. ¿Quién, por nacer yo, habría de morir? ¿De quién, Dios mío, sería el próximo vacío?

Nos acercábamos lentamente a Toledo. Los caballos iban al paso y a nadie se le ocurría arrearlos, tan flacos de ánimo nos sentíamos. Era el siete de mayo de 1502 y el día mañaneó con

pretensiones veraniegas. El séquito avanzaba en silencio por la solana, medio dormido o sesteando a lomo de las bestias. En alguna sombra inesperada aún podía respirarse el fresco aliento del amanecer que dilataba con delicia los hollares de las caballerías. A la vuelta de un recodo, justicias y delegados del reino se acercaron a nosotros con el deseo de honrar a su futuro monarca. Media hora más tarde encontramos a los representantes del clero, quienes nos saludaron con gran respeto y pompa.

—Señor archiduque... Voilà Toledo, donde seréis jurado príncipe y heredero de estos reinos. La ciudad estuvo amurallada desde la época de los romanos y, ahora mismo, entraremos por una de sus puertas. Tal vez por la Puerta del Sol de estilo mudejar, una bellísima muestra del arte musulmán, o bien por la puerta antigua de Bisagra que se abre en las murallas construidas por los visigodos. A decir verdad, yo preferiría esta última.

—¿Y cuál es tu motivación, mi querido Laclaing?

—Por ella entró el Cid Campeador, el más grande de los guerreros españoles y el único que todavía cabalga en la leyenda y en la admiración de los castellanos. Vuestra alteza no debe ser menos, señor.

—Recompensaré tu buen criterio —dijo Felipe.

Antoine Laclaing, señor de Montigny, amigo y acompañante de mi esposo en aquel viaje, era un gran adulator aunque avezado consejero. Sus críticas acerbas gustaban al humor del archiduque.

—¿Y ese río —siguió dando conversación a Laclaing— que envuelve la villa como el brazo de un amante la cintura de su amada? ¿Qué me decís de ese río? —el archiduque me dedicó un guiño cómplice y yo me traspuse de emoción—. ¿Cómo se llama, querido Antoine?

—Tajo, señor.

—¡Extraño nombre!

—Me informaron que en castellano la palabra significa precipicio cortado en vertical.

—¡Qué rara definición! Según tus explicaciones el corte hecho en la tierra que rodea Toledo es un tajo. Y lo que corre en el fondo del tajo, es el río. ¿Por qué llaman Tajo al río si el tajo es la tierra?

—Quizá, alteza, porque el continente y el contenido acaban siempre por fundirse.

Tal vez el señor de Montigny no fuese tan tonto como yo imaginaba. Tal vez hubiera dado en el clavo de la misteriosa aleación habida entre mi personalidad y la de Felipe. Sin embargo, no dispuse de tiempo para meditarlo. A escasos metros teníamos las murallas toledanas y, a su sombra, aguardaba mi padre, el rey. La majestad del monarca resplandecía entre los embajadores de Venecia y Francia, el cardenal Mendoza y cientos de nobles españoles acompañándole. Le abracé con orgullo. Cumplidos los saludos protocolarios nos aprestamos a entrar en la ciudad donde vine al mundo, la misma en que mi difunto hermano Juanito contempló boquiabierto el gran elefante cuyas enormes orejas solían aventarme los fantasmas de la imaginación. Era siete de mayo y reemprendimos la marcha. Mi padre cabalgaba con prestancia flanqueado por Felipe y por mí. Los tres íbamos bajo un palio adornado con las armas de Austria y España, avanzando al son de clarines y redoble de tambores. A nuestro paso se enardecían los vítores del pueblo. Las calles toledanas aparecían engalanadas con gran cantidad de colgaduras, gallardetes y todos los símbolos adecuados

a un importante acontecimiento. Una voz anónima preguntó a gritos por mis hijos. De súbito, Carlos, Isabel y Leonor de Habsburgo se agarraron a las orejas del quimérico elefante, dispuestos a no soltarse de mi pensamiento. Bandadas de palomas cruzaban sin rumbo el cielo, hostigadas con el clamor incesante del tañido de las campanas. Toledo era un avispero de edificaciones dedicadas al culto. No tuve necesidad de esforzarme en recordar la iglesia de San Andrés, encargada por don Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos; el monasterio de San Juan de los Reyes, construido a instancia de mis padres en acción de gracias por la victoria de Toro; la iglesia de Santiago del Arrabal, erigida bajo la protección de don Sancho Capelo, destronado rey de Portugal; la iglesia de Santo Tomé, encargo de don Gonzalo Ruiz de Toledo, señor de la villa de Orgaz y notario mayor de Castilla; la iglesia de San Sebastián; la de Santa Eulalia; la ermita del Cristo de la Vega, y tantas otras dormidas en el olvido. Una sola campana, grande o pequeña, que en cada uno de los templos golpeará su badajo contra el hierro fundido, justificaba el alegre repique. De las ventanas echaban flores. Mi padre sonreía. Frente a la catedral primada nos detuvimos. Delante de la hermosa fachada se alineaban el cardenal don Diego Hurtado de Mendoza, a quien ya habíamos saludado al acompañar a mi padre en su reciente visita a Olías, el condestable don Bernardino de Velasco, los duques de Alburquerque, del Infantado, de Alba, de Béjar, el marqués de Villena y otros muchos señores y prelados. Si a los principales y primeros artífices de la bella Seo, el rey Fernando III el Santo, el arzobispo de Toledo don Rodrigo Ximénez de Rada y el arquitecto mayor maestro Martín, se les hubiera concedido contemplar a quienes nos esperaban no sé qué hubieran pensado; pero a mí, viniendo de la alegre y amable Bruselas con su bebedero de aves parecido a un estanque, sus bailes palaciegos y las músicas que estallaban en la cara de la luna, aquellas personas me parecieron tétricas. Tuve un desagradable pálpito al observar el rostro flaco, la nariz aguileña, los ojos y la mirada de ave de rapiña de un personaje alto y huesudo que me observaba fijamente. Temerosa de acertar pregunté:

—¿Quién es, padre?

—Su eminencia fray Francisco Ximénez de Cisneros, arzobispo de Toledo, consejero y confesor de la reina.

Una corriente helada hizo de mi corazón un ventisquero. Había acertado. Delante de mí estaba el hombre que merced a las pláticas de confesonario conocía a mi madre mejor que yo, siendo su hija y, por idénticos motivos, sabía de mí lo que jamás hubiera sabido si de mi voluntad dependiese. Las cuestiones tratadas en las Cortes se consignaban en acta, encerrando después el libro bajo llave y prohibiéndose terminantemente su consulta. Igual era el rigor en asuntos de Estado. ¿Merecía mi vida menos consideración? Y todavía algo más exasperante: ¿por qué diablos se confesaban los reyes? ¿Cómo era posible mantener secretos políticos, crear redes de espionaje, defender hasta la muerte peligrosas consignas diplomáticas y, al propio tiempo, por escrúpulos de penitente confiarse a un religioso en el confesonario?

—Estoy seducido, Juana —susurró Felipe a mi lado.

—¿Por quién?

—Por la música, la catedral, el ambiente.

El solemne Te Deum acrecentó la majestuosidad del recinto, el lujo de las vidrieras, el arte

acumulado, los cientos de cirios humeantes, los vistosos trajes de los nobles, caballeros venidos desde cualquier punto del reino. Terminado el cántico de acción de gracias, salimos del templo. Las campanas dejaron de repicar cuando la comitiva llegó al Alcázar. Magníficamente vestidos de terciopelo y seda con bordados de oro y guarniciones de piel entramos al salón de recepciones. Inesperadamente, la vimos. Dado lo escaso de su salud, tal vez de manera inconsciente, creímos hallarla en cama. Pero estaba allí, sentada en el trono, esclarecido el trigo de sus cabellos con la mala hierba de las canas y empañado el verde de los ojos como una esmeralda sin pulir. La fuerza de su destino la mantenía tozudamente erguida, pero un manto invisible de fatiga le restaba majestad. Era una mujer vencida. Si me echara a sus pies y, como en la infancia, usara los cilicios para flagelarme, quizá ella se recuperaría amenazándome con la espada en alto de su antiguo vigor. A través de un velo de lágrimas asistí al besamanos. Creí morirme de placer cuando mi madre quedóse encandilada frente al hermoso rostro de Felipe. A una señal del rey me acerqué. Los sollozos retenidos me ahogaban.

—Alteza... —inicié la reverencia habitual.

Cuatro escaños me separaban del trono, dando la impresión, al inclinarse hacia mí para recibirme, que la reina se desmayaba. Sentí el estremecimiento que produce las ruinas de la grandeza. Me dejé besar.

—Mi querida Juana, hija mía, querida hija... —sus manos tantearon mis mejillas, la frente, el cabello, las sienes. Inacabablemente.

—Madre, dime, ¿cómo te encuentras? ¿Por qué estás enferma, madre?

La reina hablaba sin orden ni pausa. La sospecha de que Felipe no comprendía el idioma le infundía valor para desahogar sus impulsos afectivos. Le costó serenarse. El rey necesitó llamarla al orden.

—Será cuestión, Isabel, de ir pensando en darles de comer a nuestros hijos. ¿Qué te parece si nos trasladamos a las habitaciones de confianza?

Mi padre tuvo intención de ofrecerle el brazo, pero la reina prefirió apoyarse en el mío. Lo hizo con fuerza y yo la observé alarmada pues siempre oí decir que un cuerpo muerto pesaba doble que un cuerpo vivo. Alarma infundada, pues mi madre se reavivaba a cada paso. Y no solamente en su ánimo sino en sus poderes maternos. Bastó el pequeño paseo desde el salón del trono a las habitaciones privadas para olvidarme de las quejas que yo acumulaba en su contra.

—Dime, Juana, ¿alguno de mis nietos se parece a mí?

Al mirarla no descubrí en ella el menor signo de su estirpe, realeza o dignidad. En aquel momento, la última de los Trastámara tenía el rostro ansioso y transido de una sencilla abuela.

—Los tres tienen rasgos tuyos, madre.

El sol y los jilgueros entraban revueltos por la ventana. A causa de la destemplanza de la reina ardía un brasero en el centro de la habitación. Sentados alrededor, nos sirvió de holganza la ineludible obligación de traducir. A ratos, contando de antemano con la impunidad, traducía a mi manera diciendo las cosas tal como me hubiera gustado que los demás las dijesen. Al término del refrigerio todos sentíanse complacidos gracias a mis inspiradas traducciones.

—Juana —dijo el archiduque—, exprésale a la reina mi satisfacción de verla mejorar por

momentos.

—Lo esencial —contestó Isabel de Castilla— es que Felipe se haya restablecido. El sarampión gasta malas bromas.

En sus palabras latía el temor de perder el único heredero disponible para un reino que siendo tan importante se veía obligada a ofrecer como un regalo. A la reina, llegado el momento de la sucesión, le produciría cierto repeluzno ceder su trono castellano a un extranjero. Desde luego Felipe era su yerno. Pero también era un Habsburgo y cuando ese Habsburgo sentara sus reales en la corte, le agradase o no a Isabel I, la dinastía de la casa de Austria habría comenzado a gobernar España. El corazón de mi madre se asustó.

—A este muchacho —su barbilla apuntaba en dirección al archiduque— urge españolizarle.

Aunque me pareció fatigada no tuve necesidad de sugerirle un pequeño descanso, pues la reina cuidaba su salud como un bien del Estado. Por la noche acudí al convento de Santa Isabel de los Reyes. Fue una visita extraña, a deshora, con la única compañía de mi vieja dama de confianza y la vigilancia del señor de Montigny a quien Felipe hizo responsable de mi seguridad con la protección de la escolta borgoñesa. A las monjas las desconcertó la ausencia de protocolo. Su disconformidad fue tanta como su obediencia. Disciplinadamente se inclinaron a mi paso, y en ningún momento aguardaron a que yo les dirigiera la palabra. El hermoso edificio comprendía los antiguos palacios de Casarrubios y Arroyomolinos, pertenecientes a la familia de los Ayala y donados por mi madre. En 1477 fundó el convento doña María Suárez de Toledo. Apresurada y silenciosa caminé por el patio del Laurel, el dormitorio de la Reina, el patio de la Enfermería, entré en su iglesia de San Antolín, pasé delante de la capilla gótica y me dirigí al coro de las monjas. Desoladamente caí de rodillas ante un sepulcro.

—Qué sola estás, Isabel. Tengo mucha pena de verte así, tan aislada. He querido venir enseguida para hablar contigo y ahora me doy cuenta que no puedes decirme nada. Pero quizá —giré, nerviosa, la cabeza de un lado a otro intentando sacudirme la angustia—, quizá sirva que te hable yo. No puedo dormir, Isabel. Las horas pasan y yo continúo en vela. Al amanecer, rendida de fatiga, me llega algo de sueño. El problema reside en que la noche tiene parte del día. Y todos los días tienen parte de noche. A mí me parece, querida hermana, que estoy siendo pasto de las tinieblas. Quiero decir que las tinieblas acabarán por regir mi vida. ¿Y esto, realmente, qué significa? ¿Por qué me duele tanto?

Lloré de manera fluida. Sin sollozos. Dejando caer las lágrimas. Salí al aire fresco de la noche para imaginarme que, en vez del Tajo, era el Douro portugués quien susurraba en torno al sepulcro de la reina de Portugal. Toledo se había paralizado bajo el brillante derrame de la luna llena. Su luz plateada caía sobre lo alto de la ciudad hasta el fondo del escarpado río. Los cascos de los caballos resonaban en la estrechez de las calles. Un hilo luminoso delataba las viejas hendiduras en la madera de las ventanas. Antes de entreabrir las puertas los vecinos apagaban las velas, siendo difícil averiguar quiénes espiaban desde el interior. En el pináculo de la torre de la catedral, las tres coronas, símbolo de su calidad de primada, arañaban el cielo. Pasamos sin sentir el viejo barrio de judería, las sinagogas y las mezquitas transformadas. Toledo era un clamor árabe, cristiano y judío. De nuevo en el Alcázar y en el gran salón de recepciones, tuve la sorpresa de darme de bruces con

mis padres, vestidos de luto riguroso, y con Felipe, quien guardaba las apariencias.

—¿Qué sucede, padre? —pregunté al rey.

—Con harto dolor de mi corazón debo comunicarte, hija mía, que Arturo, de quince años de edad, heredero de Inglaterra y esposo de tu hermana Catalina, acaba de fallecer. El príncipe de Gales ha muerto.

La alianza austríaca por mediación de mi hermano, la portuguesa por parte de Isabel, la inglesa mediante Catalina, todas habían fracasado. El éxito de la política exterior de Castilla dependía del archiduque. En consecuencia, todas las miradas del reino convergieron en él. Y mientras se sucedían funerales y responsos, se decretaban nueve días de luto nacional y los Reyes Católicos se retiraban a sus soledades para sobreponerse al dolor, Felipe escapó a los jardines de Aranjuez acompañado de sus cortesanos con el afán de matar el aburrimiento jugando a la pelota. Un juego que, a no tardar, acabaría matándole a él. De momento, el aire de Toledo se estaba poniendo amargo.

A ratos añoraba el palacio de Bruselas. No por su lujo, sino a causa de aquella belleza suya tan liviana, hecha de objetos exquisitos que parecían levitar. Y de curvas arquitectónicas acentuadas en el brillo de los mármoles, sorprendentemente etéreos. Y de las risas cautelosas salpicando los pasillos como menudos brincos de pájaro. Pero, sobre todo, añoraba el palacio de Bruselas por su capacidad de albergar el tiempo perdido. Se hallaba en cualquier parte: adosado a las paredes, tendido en los divanes, derramado encima de las alfombras, el jade de las mesas o el teclado de los pianos. Bastaba cogerlo y usarlo. ¿Por qué no existía en Castilla ese hermoso tiempo de ocio llamado tiempo perdido? En Toledo la vida familiar se reducía a los actos de gobierno. No había tiempo para más. Antes del ocio primaba la obligación. Por eso las frivolidades de Felipe eran mal consideradas. Los reyes, siempre cautelosos en el tema del heredero, tomaban su comportamiento con harta paciencia y, achacándolo a extremos de juventud, preferían instalarse en la esperanza de que el voluble Habsburgo, de un momento a otro, inclinaría las pasiones terrenas hacia la nobilísima pasión del cumplimiento de su deber. Pero ese instante se retrasaba y yo, de nuevo encinta, me iba decantando del lado de mis padres, en cuya eficiencia hallaba seguridad. A decir verdad, Felipe permaneció indiferente ante la llegada de un próximo hijo. No se alteró cuando las Cortes de Toledo nos juraron príncipes de Asturias. Ni le conmovió la emoción de mi madre al recibir desde Lisboa la noticia del nacimiento de su nieto el príncipe Juan, primogénito de mi hermana María. Tampoco concedió importancia al hecho de que reclamaran nuestra presencia en Zaragoza. Fuimos recibidos allí con mucha alegría y el día veintisiete de octubre nos hicieron en las Cortes de Aragón el homenaje con las ceremonias y prevenciones que los aragoneses acostumbraban, siendo yo la primera mujer que fue jurada por heredera en aquellos reinos. En realidad, mi esposo estaba en España de mala gana y empeoró su humor a causa de la lucha en Italia por el dominio de Nápoles. Desatadas las hostilidades, caballeros como Rodrigo de Piña, Gonzalo de Arévalo, Diego de Vera, Gonzalo de Aller y el Gran Capitán se dispusieron a perder la vida a favor de su rey Fernando y en contra del rey francés. Presionado por la situación, Felipe se debatía entre ser fiel a su gran amigo Luis XII, o a su suegro Fernando el Católico. La repentina enfermedad y muerte inmediata de su consejero, el arzobispo de Besançon, le alarmó. Los belgas propagaron el rumor de que su

ilustrísima había sido envenenado por los españoles, resueltos a silenciar una voz partidaria de Francia, de los Países Bajos y enemiga de España: la única voz que obedecía el archiduque. Lleno de pavor, mi esposo entendió que aquella muerte le concernía. Los ejecutores del arzobispo pretendían aislarle y aterrorizado ante la idea de ser asesinado Felipe decidió huir.

—Prepárate, Juana. Antes de que el mal tiempo lo impida pasaremos los Pirineos. Mi vida corre peligro.

Su vida era la mía y me dispuse a obedecer. En cambio, divulgadas sus intenciones, las Cortes de Castilla y el Consejo de Estado advirtieron al futuro heredero del reino los peligros a que se exponía al atravesar la nación vecina. Considerado príncipe español por su matrimonio y estando ambas naciones en guerra, Francia no dudaría en retenerle como rehén. Con ello, además de poner en peligro su libertad personal, perjudicaría los intereses de nuestro país. El archiduque, obsesionado por el temor de perder la vida, no se dejó convencer y, en respuesta a tantas presiones, anunció la fecha exacta de su partida. En realidad, acababa de recibir la visita del embajador francés quien, para satisfacción de Felipe, le hizo partícipe de la alegría de su rey frente a la expectativa de verle de nuevo. Al retirarse el embajador, quedó en poder de mi esposo un salvoconducto de libre circulación por el territorio galo con la firma de Luis XII. Nada ni nadie podrían ya detenerle.

—¿Te das cuenta, Juana? ¡Han querido retenerme y me tendieron una trampa! Pero Luis me deja pasar y además ofrece enviar sus mejores hombres a los Países Bajos como rehenes, hasta el momento de nuestra llegada a casa. ¡Es aquí donde hay peligro! ¡Aquí, Juana!

A punto de abandonar Zaragoza llegó un correo de Madrid. Mi madre suplicaba muy cariñosamente a su yerno que no partiera antes de hablar con ella. Felipe encajó el golpe contrariado y se dispuso a cumplir. Para adelantar tiempo hizo el viaje en postas. En su momento me confesó las malas trazas de su mente mientras cabalgaba en dirección contraria a sus deseos. Para él Francia era un afecto espontáneo, el recuerdo de su madre, la cercanía de su amada patria y la musical alegría del imperio de su padre Maximiliano. En cambio, España le producía agobio con el constante esfuerzo de sus habitantes por asumir su grandeza imperial; la decisión de sacrificar el boato real para prohijar la locura de un almirante capaz de intuir un continente en ultramar; la obsesión de barrer del solar patrio a moros y judíos y, sobre todo, la patética presencia de una reina que, desde su lecho casi mortuorio, perseveraba en su empeño de gobernar una nación cuyos confines no se conocían. Las posturas trascendentes jamás tentaron a Felipe.

—La diferencia entre nuestros pueblos es notable, Juana —me explicó—. Cuando mis compatriotas ganan una batalla buscan el amor. Cuando los españoles ganan una batalla, buscan el honor. Será difícil entendernos.

A los tres días de su estancia en Madrid recibí un correo de mi esposo ordenándome saliera de Zaragoza en dirección a la villa de Alcalá de Henares. Aquello me produjo extrañeza. Las puertas de Europa estaban a mi alcance. ¿Por qué nos alejábamos de la salida? Llegué al punto del encuentro al mismo tiempo que un emisario de los reyes portador de una misiva a nombre del marqués de Villena, el cual formaba parte de mi cortejo. En aquella carta fechada en siete de diciembre de 1502 con la firma de Miguel Pérez Dalmazán escrita por mandato del rey y de la reina, comunicaban al marqués mi sentencia. De su contenido me informó el propio Felipe apenas nos vimos. Se iba de España. Y a

mí me prohibían seguirle.

—¿Por qué, Felipe?

—Eres el precio de mi salida.

—¿Pero —dije desesperada— por qué necesitas marcharte?

—Creí que me preguntarías por qué te ordenan quedar.

—¿Me ordenan quedar? —repetí con inconsciente alivio—. Entonces, ¿tú me llevarías?

—Naturalmente. Son tus padres quienes te impiden viajar. No conviene a tu embarazo.

—¿No puedes esperarte? ¿Qué razones te apremian, Felipe?

—Razones políticas hay muchas.

—También las había cuando estando yo en Bélgica me llamaban mis padres. Por lo menos dos razones tan grandes como las Coronas de Castilla y Aragón. Pero no acudí, Felipe, y no perdí mis reinos por la tardanza. Tampoco perderás los tuyos si retrasas dos meses tu partida.

—¿Dos meses...?

—Los que faltan para dar a luz —respondí resentida del olvido.

—Ya te reunirás conmigo después del nacimiento.

—¿Y si me sucediera como a mi hermana Isabel, muerta de parto y nunca más nos viéramos?

Una vez dicho esto empecé a temblar de aprensión imaginándome en el convento de Santa Isabel de los Reyes, yerta y tendida en el sepulcro de mi hermana.

—Tienes una salud de hierro. Tus tres hijos nacieron con tal facilidad que incluso Carlos vino al mundo sin asistencia.

La aparente desafección de sus palabras me empujó a forzar su ánimo:

—Pese a todo —hablé temblorosamente— podría ocurrir.

Por vez primera en nuestras relaciones abandoné la compostura. Felipe estaba pálido. Resintiéndose de mis gritos, de mi voz estentórea subiendo de tono a compás de la irritación sentida. Sujetando sus brazos estrujaba en ellos mi sufrimiento. Sacudía su cuerpo como si se tratara de un árbol, con la remota esperanza de que sus ramas desprendieran cariño. Como si fuera un hombre dormido y mi amor le despertara. Pero Felipe se liberó de mis dos manos. Luego me hizo tomar asiento mientras él permanecía en pie.

—Tranquilízate, Juana —la dureza de su mirada fue una novedad desconcertante—. Mi viaje se halla al margen de nuestros asuntos matrimoniales. Me voy porque la situación entre España y Francia se complica a causa de la lucha por Nápoles. Necesito hablar con el monarca francés. Nuestra amistad acertará el modo de cancelar este conflicto. Por otra parte, recibí noticias de los Países Bajos. Frisia y Flandes están a punto de sublevarse. Mi ausencia les extraña. No es que yo quiera, es que debo acudir.

Al cabo de los años aún resuena en mi pecho la desolación que me produjo su firmeza. Felipe acababa de cerrar la puerta de su castillo interior y en sus muros inaccesibles no quedó rastro de la entrada. La dimensión de mi abandono me hizo hermética. Indiferente a los sucesivos acontecimientos. Después de haber dejado mi esposo Alcalá de Henares, nada llamó mi atención. Como quien mira indiferente el paso de las nubes asistí a la imparable procesión de los días. En mi entorno eran muchas las personas y los hechos capaces de informarme, aunque no participara. El

amargo recuerdo de las últimas recriminaciones y de la cólera que enturbiaron una despedida destinada a ser afectuosa, se agravó al compararlo con el comportamiento del rey Fernando, dispuesto a dificultar la huida de mi esposo lo bastante para hacerle desistir. Discretamente mi padre dio instrucciones de entretener al archiduque a su paso por Barcelona, mediante las fiestas y agasajos de su agrado. Pero, contra su costumbre, Felipe no tuvo ningún interés en divertirse y mucho en continuar su ruta, espoleado todavía por el pánico de ser asesinado. Fracasada esta primera confabulación el rey vino en disponer se le negara al archiduque cualquier tipo de ayuda. A falta de caballos de repuesto para el difícil paso de los Pirineos o hallando todo lo necesario requisado por las autoridades militares en calidad de útiles de guerra, era razonable suponer la vuelta atrás del séquito y, con ello, el inminente regreso de Felipe. No obstante, ni trabas ni oposición resultaron eficaces. El día veintiocho de febrero de 1503, a los dos meses y nueve días de habernos dicho adiós, Felipe cruzó la frontera. Su obstinación había triunfado.

Entre las sombrías paredes de Alcalá de Henares recibí la noticia. Había estado esperando que Felipe desistiera de su empeño, olvidase la fijación de su entrevista con Luis XII y retornara a mi lado cuando, de súbito y ante la evidencia de que ya estaba en el extranjero, caí abatida sobre el despoblado suelo de la península. Y digo despoblado porque si Felipe no estaba, España no existía. Al cabo de los años aún aflora a la memoria y me estremece la terrible agonía sufrida. Conversar con alguien de mi confianza quizá pudo ayudarme a superar el trance. Pero no le hallé y esta circunstancia me condujo al pernicioso descubrimiento de mi soledad. Debía asumirlo. Me gustara o no me gustase, estaba sola. Y no a la manera aceptable de quien siempre lo estuvo, sino a la dolida manera de aquel a quien nunca le faltó compañía y se hunde en la soledad viendo como, uno a uno, todos le abandonan. Mi situación en el mundo me pareció confusa. Claro que estaba casada, pero no lo suficiente pues a mi esposo no le dio reparo abandonarme para cabalgar a través de Francia rumbo a la residencia de su hermana Margarita, viuda de mi hermano Juan y esposa en segundas nupcias de Filiberto II, duque de Saboya. Desde allí tomaría la dirección de Austria dispuesto a visitar a su padre, el emperador Maximiliano, siguiendo luego todavía más allá, hacia cualquier itinerario de los muchos que señalaban sus jóvenes apetencias. Me mordía el alma imaginar las seductoras sonrisas del archiduque esparciéndose a derecha e izquierda de las calles de Stuttgart, Heidelberg, Schwarz o quizá derritiendo con su atractivo la corte femenina del bello palacio de Innsbruck, límpido como el cristal entre los hielos de invierno. ¿Cuántas aterciopeladas edelweiss florecerían al fundirse la nieve, cautivadas por el recuerdo de Felipe el Hermoso? ¿Y cuándo volvería yo a verle si andaba cada vez más lejos, siempre marchándose, siempre de espaldas a mí, incluso en las veredas de la memoria? Si aquel modo de estar casada no me satisfacía, menos aún el ejercicio de la maternidad. Era madre, desde luego. Pero tampoco lo suficiente. Ajenos a nuestra ausencia, mis niños belgas jugarían por los salones palaciegos repletos de tanto tiempo perdido con la alegría propia de las criaturas saludables. Salieron de mis entrañas, pero si les fuese imprescindible regresar a ellas para salvar la vida, ciertamente la perderían por su imposibilidad de reconocermes. En la mañana que nos despedimos Isabel contaba pocos meses, Leonor apenas tres años y Carlos uno. ¿Qué clase de sombra sería yo en sus mentes? Debido a la proximidad del cuarto alumbramiento mis instintos maternales se

convulsionaron, rescatando del olvido al entrañable y diminuto trío, cuyo recuerdo me vareaba el corazón como un reproche. No cabía duda. Era madre, pero no demasiado. Y me sentía desorientada frente al inesperado descubrimiento de no ser nada absoluto, nada definitivo. Tampoco hija. ¿Pero cómo aspirar a serlo si mi padre, derrotado por el esfuerzo de integrar a la monarquía castellana un yerno que se le escapó de las manos, había partido hacia Aragón, espoleado por urgencias políticas? Su actitud no implicaba desinterés respecto a mis asuntos. Al contrario. El monarca descuidó los suyos al enfrentarse a los problemas de aquel esquivo Habsburgo capaz de cruzar España con la fuerza devastadora de un temporal, dejando tras sí la inquietante amenaza de una nación sin herederos. Concerniente a la soberana, optó por quedarse conmigo. Visiblemente agotada por la duración de su mal, consideré un acierto su decisión de acompañarme y descansar. En seguida imaginé, desde el amanecer hasta la orilla del crepúsculo, morosas conversaciones cargadas de parsimonia y de una rítmica destilación de mis angustias. A buen seguro, mi madre las sabría consolar. No tardé en comprender mi error. Como en la infancia, Isabel de Castilla alzó flameante su espada, convocó en Alcalá de Henares las Cortes perpetuas del reino y se puso a trabajar. Al ausentarse mi esposo se cancelaron los bailes palaciegos, la excitante voz de las trompas de caza, los ladridos de la jauría, el bullicio callejero de las fiestas. Retornaron los vestidos negros, la austeridad, el triste ambiente de un país preocupado por la salud de su soberana, por la guerra, por el futuro incierto. A mi lado en vez de una madre hallé una reina. El impacto resultó definitivo y quedé inmóvil en mi situación de mujer desamparada y encinta, de hija sin el cuidado de los padres, de esposa sin acceso al marido. Nadie daba muestras de considerar la realidad de mi presencia y decidí ausentarme de la única manera posible: practicando el silencio. Los mejores médicos de las Españas pululaban alrededor de mi lecho.

—Sus altezas disculparán la limitación de nuestra ciencia, pero un mal así nunca lo vimos —el más preocupado de los físicos se dirigió a mis padres—. Se escapa a nuestros estudios. Y no conocemos pócimas para aliviar la pena, ni mejunjes que desaten la lengua o alegren el rostro. Tampoco sabemos la fórmula capaz de conseguir que su alteza la infanta doña Juana escuche a quien le hable o responda a quien le pregunte. Por su aspecto la juzgamos dormida, pero está despierta y, aunque la creamos presente, su espíritu permanece lejos y ensimismado. ¿Qué remedio aplicaremos a una dolencia que daña el cuerpo a través del alma? De cualquier modo, hayan tranquilidad nuestros reverenciados monarcas pues muy presto llegará el parto y, apenas descargada del agobio, la infanta se restablecerá por cuanto va muy defendida con el vigor de sus veintitrés años.

Iniciar el mutismo resultó fácil. Incluso cómodo. El refugio adecuado a una pena tan grande necesitaba todo el espacio del mundo para desahogarse. Un espacio cubierto de silencio donde mi insoportable desesperación aumentaba. Quizá debido a la cantidad de sensaciones acumuladas aparecieron pequeños estímulos de comunicación, la chispa de alguna palabra impaciente a punto de saltar. Esfuerzo vano, pues las palabras inusadas se habían caído al fondo del estómago y allí daban vueltas lo mismo que en la ebullición de una marmita, incapaces de emerger. Cuando los rumores de la corte se referían a Felipe, el profundo deseo de información adquiría tal intensidad que se transformaba en revulsivo. Pero en lugar de emitir palabras sufría vómitos. Entonces lloraba. En sigilo. Dejando caer las lágrimas. Cayéndome yo en ellas. Vaciándome a través de ellas. Luego

quedaba inerte. Largas, infinitas horas, mientras a mi alrededor las gentes se agitaban presas de angustia y desconcierto.

—No habla, vomita; llora, se abstrae... Estoy desorientada, Fernando. ¿Qué podemos hacer?

—Ayudarla hasta el momento del parto. Falta muy poco. Luego recobrará la normalidad, Isabel.

Ten confianza.

Yo permanecía anclada en aquel terrorífico estado de abandono afectivo presidido únicamente por la voracidad del nuevo hijo que, ajeno a mis problemas y dispuesto a nacer, iba adquiriendo a mi costa un volumen considerable.

—La infantita Juana es la más inteligente de los niños Trastámara —oía murmurar a mi paso por los múltiples corredores de las residencias de mi infancia.

Yo me esponjaba como un palomo encelado, pues la inteligencia era la única presunción que mi madre nos consentía. Pero los años me enseñaron a rebajar la importancia del talento. Casi lo reduje a nada desde mi boda con Felipe. ¿Acaso las facultades intelectuales podían competir con la seducción física, destruir el atractivo de la belleza o anular la pasión de los celos? Y considerando mi lejanía, la silueta desfigurada por el embarazo, el llanto y la tristeza, ¿cómo iba yo a competir con el prolongado sahumero de una corte de hermosas damas complacientes? Deseaba quitarme de encima aquella criatura y salir rápida en busca de mi esposo, volverle a tener. Sufría el infierno anticipado de la pérdida del archiduque. Me sentí tan desventurada que mis gritos y lamentos extemporáneos preocuparon a médicos y reyes. La obsesión fue causa de una serie de días torturados y noches pobladas de insomnio. Mi vida y la del niño peligraban.

—No teman vuestras altezas. La archiduquesa se halla ya en vísperas de salir de su cuidado. A la misa de parida habrán de verla en lo más notable de su garrida lozanía. Hayan confianza nuestros reverenciados soberanos.

Recién iniciada el alba de un apacible día de marzo, surgieron los primeros síntomas de parto. Casi a la vuelta de la esquina asomaba ya la primavera, un buen lecho florido para la criatura esperada. Sin embargo no tuve alivio al pensarlo. El aprieto me pilló a la salida de unas penosas semanas transcurridas con los ojos abiertos de par en par, el dolor clavado en la fijeza de los párpados y toda yo derrumbada de fatiga. El sonido de las horas canónicas alivió la prolongada duración de una noche en vela, al partirla en consoladores segmentos. Cuando a las nueve tocaron a completas, la quietud nocturna del Alcázar sobrecogía en igual medida que los latidos desacompañados de mi corazón. El toque de maitines anunció la medianoche de la que iba a ser mi última jornada de embarazada. Y a las tres, el toque de laudes me sorprendió muy molesta por incomodidades generalizadas. Cuando tocaron a prima imaginé a mi madre en la capilla. Las seis era el tiempo destinado a celebrar misas de intenciones particulares y la reina, a buen seguro, ofrecería alguna por mi salud y la de mi futuro hijo. Inesperadamente me vino a la memoria el recuerdo de mi abuelo paterno don Juan II de Aragón quien, según refería mi padre, a su avanzada edad de ochenta y tres años dejaba el lecho a las cinco de la madrugada, comía a las ocho de la mañana, cenaba a las seis de la tarde y se acostaba a las diez de la noche. Con tan ejemplar conducta el rey Fernando solía estimularme contra la pereza de mis remolonas mañanas infantiles. Yo protestaba:

—No creo que al abuelo le agradara darse ese madrugón. Y menos cuando hace frío.

—Pues se lo daba. Además, para convencernos de sus beneficios, añadía este refrán:

Levantarse a las seis y almorzar a las diez,
cenar a las seis y acostarse a las diez,
hacen vivir al hombre, diez veces diez.

Contrariada por la dificultad de disfrutar cálidos momentos arropada entre las sábanas, llevé mis quejas a doña Beatriz Galindo solicitando su ayuda. Inflexible como educadora, respondió la Latina con otro dicho castellano:

Se recomienda dormir seis horas diarias.
Siete se le conceden al perezoso.
Y a nadie se le consiente dormir ocho.

El toque de tercia rompió la frágil evocación y me sorprendí llorando, sin poder discernir el motivo. Quizá eran lágrimas surgidas al pensar en los benditos días donde dormir a pierna suelta no presentaba problema. O tal vez el llanto se produjo por sensaciones indefinibles, propias del trance inmediato. El proceso comenzó con idéntica facilidad que en los nacimientos anteriores cuando echar hijos al mundo representaba un gozo compartido. Pero en aquel momento, ¿qué representaba?, ¿un gozo solitario y amargado por la excesiva añoranza de un padre huido?, ¿o ni siquiera era gozo? Lloré demasiado. Hasta empapar por completo las mejillas, el cuerpo entero, todos los poros de la piel. Hasta tomar por lágrimas las gotas de sudor. Sudaba copiosamente y a mi alrededor notaba voces en sordina, movimientos atropellados, un trajín nervioso. Quise marcharme y puse el ánimo entero en conseguirlo. Me urgía estar sola, salir del Alcázar, ver la cruz de término en la confluencia de los caminos, la gente del campo ocuparse de las viñas, los labradores con sus hachas y podaderas al hombro, las yuntas de bueyes arrastrando los arados. Estábamos en época de siembra. Tiempo de lanzar a voleo en los surcos de la vida aquel hijo tan guardado durante nueve meses. Un chorro de agua fresca vertido en la jofaina trajo a mi vera la ilusión del río Henares y resultó fácil dejarme llevar por la imaginaria corriente hasta desbravar mis fiebres más profundas. Fue tan intenso el placer al desprenderme de la criatura que durante horas estuve desvanecida en el ficticio regazo de mi adorado archiduque. Desde un punto desvaído me llegaron voces:

—Con la dignidad que me confiere ser doctor de la reina, y acompañado de los demás físicos que día y noche velaron por el buen fin de este momento, pongo en vuestras manos, señora, el cuarto vástago y segundo varón de la princesa de Asturias y archiduquesa de Austria, vuestra hija doña Juana. Que guarde Nuestro Señor muchos años la vida y el real estado de vuestras altezas, así como la de este nuevo príncipe, vuestro nieto, que con gran reverencia os entrego.

—Pequeño es, pero muy grande la esperanza que trae a nuestros reinos —la recia voz de mi padre se opuso a mi apatía—. Como mi padre y el padre de mi esposa, Juan se llamó nuestro único y malogrado heredero. Miguel fue el nombre del primer nieto, bautizado así en Portugal en honor de los Braganza. En el centro de Europa tenemos a Carlos, cuyo patronímico honra la memoria de su bisabuelo paterno apodado el Temerario. Y ahora yo, el rey, vengo en disponer que a este recién

nacido se le imponga el nombre de Fernando.

Enviaron a Lyon un mensajero con la buena nueva y por tan sencillo procedimiento supe el paradero accidental de Felipe. Alguien se encargó de arreglar mis habitaciones con bellas bordaduras, tapicerías, llamativos paramentos cuajados de brocados y pedrería. Las siervas atentas a mi aseo añadieron al agua el toque delicado de un perfume. Me pusieron una camisa de ranzal, el más fino de los tejidos árabes y, con objeto de sujetar la toquilla en mis hombros, Isabel la Católica la prendió con una antigua fibula de su madre Isabel de Portugal, sobrina de Enrique el Navegante. La fibula tenía forma de ave y sus alas extendidas trazaban un amplio círculo de oro donde relucían dos piedras azules en las cuencas de los ojos. Recuperada de las numerosas joyas empeñadas por la reina para financiar los viajes de Cristóbal Colón, era un gesto de ostentación insólito en la soberana, señal del júbilo que le produjo el nacimiento de un nieto varón. Actuaron de padrinos el duque de Nájera y el marqués de Villena. El sermón corrió a cargo del obispo de Málaga y le bautizó el inevitable fray Francisco Ximénez de Cisneros, por quien yo seguía sintiendo un arraigado y siniestro odio. Como si en realidad le odiara desde antes de nacer. O como si el odio fuera la flor equivocada de los celos, cuyas raíces se contorsionaban en lo más hondo de mi naturaleza. Apenas su ilustrísima entró en mis aposentos, las estatuas religiosas de la habitación tomaron grotescas proporciones a la vacilante luz de los cirios. Inquietantes y aviesas producían temor. Deseé con toda el alma profesar la religión islámica.

—¡¡Santo Dios!! —se persignó la reina, sobrecogida—. ¿Por qué, Juana?

—Porque me aterrorizan las sombras y me han dicho que en las mezquitas no hay imágenes que proyecten sombra.

El recuerdo de los antiguos rumores llegados desde Flandes respecto a mi conducta de recién casada, mi afición a los bailes de la corte, la inmodestia en el vestir y mis licencias en asuntos religiosos regresaron de nuevo a la mirada, mitad pavor y mitad misericordia, de quien era justamente conocida como la reina Isabel la Católica.

Lo que molestaba a mi madre no era tanto el sufrimiento inacabable de su enfermedad casi crónica como el hecho de que las obligaciones de su rango la impidieran entregarse de lleno a la consunción de dicho sufrimiento. Ocuparse a medias de los asuntos no formaba parte de sus devociones, entendiendo por asuntos cualquier tema de índole física o espiritual. «Las penas del alma y el dolor del cuerpo no deben eludirse pues, al prolongarlas, se tornan insoportables. El caso debe compararse —solía predicar— a una hoguera bien alimentada que agota enseguida las provisiones de leña o, por contra, añadiendo poco a poco los troncos, el fuego tarda doble en extinguirse como doble dura un mal desatendido.» Con tales o parecidas palabras mi madre trataba de arrancarme del marasmo donde yo navegaba después de haber traído al mundo al pequeño Fernando. Quería hacerme reaccionar. Impedir que yo siguiera echando los lentos troncos de mi pasión encelada al supuesto fuego de las infidelidades de Felipe. Pero yo no estaba de acuerdo con ella pues, según propia experiencia, en mi particular hoguera de los celos regían extrañas normas. Allí todo quemaba y nada se consumía. Era un fuego perpetuo. Una pasión quizá equivalente a la pasión de mi madre por su patria, origen de nuestras mutuas divergencias pues al mentar la patria

irrenunciable mi madre la llamaba España y yo la llamaba Felipe. Deseaba reunirme con él. Y si el niño ya había nacido, ¿por qué no me lo consentían?

—Imposible cruzar las fronteras, Juana. ¿Olvidas que estamos en guerra con Francia?

—España estará en guerra, madre, pero yo no.

De Italia llegaron continuas noticias. La postrera, en aquellos calurosos días de junio, se refería a Gonzalo Fernández de Córdoba, quien partía de Nápoles después de haberse despedido de las reinas viudas de la casa de Aragón que allí habitaban. Dijeron adiós al gran soldado la vieja reina Juana, viuda de Alfonso II, y la joven reina Juana, viuda del rey Fernando II; Beatriz de Aragón, viuda de Matías Corbino, rey de Hungría, e hija natural de Fernando I. También estaba ocasionalmente con ellas la hija del duque de Calabria y viuda del duque de Sforza de Milán, doña Isabel de Aragón, famosa al recibir en la corte de su ducado de Bari a los jóvenes nobles, deseosos de adiestrarse en el uso de las armas y la cortesía palaciega. A esta bondadosa y amable duquesa la acompañaba un niño, a quien todo el mundo cubría de afecto al tratarse del hijo de un joven miembro de la casa de Aragón: el malogrado duque Alfonso de Bisceglie, asesinado, según rumores, por su propio cuñado César Borgia. Las damas de la realeza napolitana sentían especial inclinación hacia el huérfano del cual todas eran tías, primas, o tías abuelas, y aspiraban a llenar en el corazón del pequeño duque Rodrigo el vacío que dejó el fallecimiento de su padre y la ausencia de su madre, la bellísima Lucrecia Borgia, nacida romana aunque de origen español y casada en terceras nupcias. ¿Se ocultaría quizá entre aquella corte de viudas enlutadas algún claro amor del Gran Capitán? La suposición me robó el aliento por unos instantes, golpeada ante la similitud de circunstancias entre Felipe y aquel insigne guerrero. También a mi esposo le recibirían dondequiera que fuese como recibieron a Gonzalo de Córdoba al entrar triunfante en Nápoles, precedido de la infantería y las banderas de España. Los nobles le salieron al encuentro y el pueblo desbordado le miraba como a un ser superior. El vocerío no cesaba. En las calles adornadas con tapices y el suelo cubierto de flores embriagaba el aire. A Gonzalo de Córdoba le agradó la tierra napolitana asentada en la ribera del Mediterráneo, en un collado magistral. Sus vías eran largas, como tiradas a cordel y repletas de edificios magníficos y palacios muy costosos, pertenecientes a señores tan renombrados como el príncipe de Salerno o el duque de Gravina. Había hermosos jardines que procuraban templanza al ambiente y un sutil efecto de paraíso lo envolvía todo. Contento al haber sumado a la corona de su rey una ciudad tan maravillosa, Gonzalo Fernández de Córdoba se alejó definitivamente de Nápoles rodeando el ancho golfo de Gaeta y permitiendo a las gentes del país que le condujeran a Formia para mostrarle el sepulcro del gran Cicerón, político, orador y escritor romano, asesinado por los secuaces de Marco Antonio. La muerte no debió de dolerle demasiado a Marco Tulio Cicerón pues le cabía la posibilidad de reunirse con su amadísima hija Tulia, fallecida dos años antes. En memoria suya escribió Cicerón su genial *De Consolatione*. Pero a mí no me consolaban las noticias de las incontables victorias de Gonzalo de Córdoba ya que, mientras yo peleaba en vano con la reina para abandonar Castilla, los éxitos del insigne soldado en Italia sobre los franceses mantenían cerrada la frontera que yo deseaba abrir. Mi madre comentó:

—El Gran Capitán ha conseguido nuestro absoluto predominio en la Italia meridional. Estamos viviendo una aurora de esplendor.

—¿Aurora, dices? —argüí con amargura—. Para mí este verano se ha convertido en un interminable y tenebroso crepúsculo. Por favor, madre, ¿cuándo podré marcharme? Tengo derecho a estar con mi esposo.

Inmersa en mi convalecencia me debilitaba de tanto añorarle, mientras que la reina de Castilla, desde su lecho de enferma, trabajaba hasta el agotamiento en beneficio de sus Estados. Se detectaba entre el pueblo una gran preocupación por la salud de mi madre. Habitados a su constante protagonismo, ya se había comentado entre los súbditos el prolongado eclipse de la soberana, corriendo rumores de un posible óbito. Pese a la vigilancia de quienes la amaban, aquel embridado temor se encaramó hasta el mismo escabel del trono desde donde ella gobernaba. La idea de morir ya se le había ocurrido pero no consiguió desalentarla. Bien al contrario. Le proporcionó una lucidez admirable y mucha prisa por resolver los asuntos pendientes del reino antes de verse en la obligación de abandonar su cuerpo mortal. El primero de tales asuntos pendientes era yo, quién sabe si a causa de su afecto maternal o mi inmediata vinculación a la dinastía. Segura de que jamás obtendría de su yerno el apoyo político hasta entonces denegado, la reina comenzó a preocuparse. Desde su lógica, a mí podía dejarme huérfana —éramos criaturas mortales—, pero a la España imperecedera, no. Le urgía encontrar un brazo conductor, y si Felipe le había fallado, aún contaba conmigo. En seguida comenzó a perfilarse en su mente la idea de instituirme soberana, bien contra mi voluntad o prescindiendo de ella. A la chita callando presentó en las Cortes castellanas un proyecto de ley según el cual, después de su fallecimiento, yo sería reina de Castilla, ejerciendo mi padre de regente y gobernador en caso necesario. Al eliminar a mi esposo del trono, Isabel pretendía mantenerle alejado del mismo para consolidar la separación producida entre nosotros a raíz de la fuga del archiduque. En realidad, su intento era repetir en mis circunstancias la admirable compenetración de mis padres, unidos por el matrimonio y separados para gobernar en sus Estados respectivos. Sin embargo, un mínimo de prudencia la aconsejaba desconfiar de mis reacciones, pues cabía la posibilidad de que, en mis arrebatados encuentros con el atractivo austríaco, le entregase todos mis reinos, inadvertidamente envueltos en los repliegues de mi corazón enamorado. Llegando a tal punto, a Isabel de Castilla se le nublabá el alma ante el supuesto de ver convertidos los extensos dominios hispánicos en una grandiosa y humillada colonia de las tierras de Flandes. Sintiéndose al borde de sus fuerzas, buscó el apoyo y consejo del confesor a quien expuso su plan. Una vez terminadas las detalladas explicaciones, añadió:

—Lo más duro habrá de ser acostumbrar a Juana a la separación de su esposo. Luego todo se andará, pues habiendo ordenado Nuestro Señor Dios, por su grande gracia y no por nuestros merecimientos, que naciéramos de sangre real, no dejará de asistir a la princesa con las virtudes necesarias al cumplimiento de aquello que Dios Nuestro Señor le ha demandado. ¿Veis en ello alguna dificultad?

—Ninguna, si vuestra alteza consigue retener en Castilla a doña Juana —respondió su ilustrísima.

Por primera vez interfería en mi vida fray Francisco Ximénez de Cisneros. Cuando posteriormente lo supe, comprendí lo infructuoso de la lucha en pos de mi libertad. El error era evidente: mientras yo creía pelear contra un accesible corazón de madre y me pasmaba su

resistencia, alguien emboscado en las sombras le prestaba sus ánimos. Apelando a la fibra afectiva, quizá en algún momento consiguiera doblegar el temple de la reina, pero me hubiera estrellado siempre contra la pétrea decisión de un fraile capaz de transformar su humildad en fuerza imbatible, pues Isabel I de Castilla, con todo su poder y para conseguir que aceptase el nombramiento de arzobispo de Toledo, hubo de acudir a la intervención del Papa. Con tales antecedentes, ¿qué podía yo esperar?

—Ver a Felipe, madre. Yo quiero ver a Felipe. Si todavía sigue la guerra con Francia, déjame al menos que vaya a Bruselas por mar. Tú no querías, ¿recuerdas? No querías que me aventurase por la mar en atención a mi estado de buena esperanza. Pero ahora ya estoy bien, madre. Reúne una flota y acompáñame a Laredo. De nuevo volveremos a rezar juntas en la antigua iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, como en el viaje anterior cuando por orden tuya iba a casarme. Entonces yo no quería separarme de ti. Lloré mucho al marchar...

Apenas dicho, Felipe y su mundo cayeron sobre mí. Imposible comunicar a la reina aquel universo de sensaciones demasiado íntimas. Como si lo hubiera sentido, mi madre decidió retirarse. Hasta el instante de traspasar el umbral de la puerta, me observó curiosamente. Recuerdo muy bien que pasé una noche insomne y agitada con la incómoda sensación de ser expulsada del paraíso. Al despertar me sorprendió el trajín propio de las vísperas de viaje.

—¿Dónde vamos, Bernarda? —pregunté a la más adicta de mis doncellas.

—A Segovia, alteza.

Me pareció imposible haber convencido a mi madre. Pero evidentemente emprendimos la ruta de Laredo. Y si nuestro primer apeadero se estableció en Segovia, quizá fuese una concesión a la nostalgia pues allí proclamaron reina a mi madre. Con sus cabellos de mies, su tez blanca, los ojos verdes y sus veintitrés años, debió de ser muy hermosa. ¡Cuán poco de su belleza asomaba en su cuerpo de medio siglo, gastado por el trabajo y la enfermedad! Si aquélla era la obra del tiempo, sentí en la carne el frío de su amenaza y, dispuesta a ganarle la partida, reclamé mis derechos de esposa. La respuesta de mi madre fue tajante:

—Yo no dije que fuéramos a Laredo, Juana. Estamos aquí porque el verano es menos caluroso que en Alcalá.

A partir de entonces mi madre se convirtió en feroz enemiga. A su clarividencia no le servían las razones de mi apasionamiento, ni los ideales patrióticos y místicos de la soberana suplían mi ansia de sumergirme en los brazos de Felipe. Cada encuentro significaba un choque terrible después del cual ambas regresábamos enfermas a nuestros mutuos lechos. Tardábamos en reunirnos y el rencor aumentaba en mi espíritu desolado. ¿Nadie estaba de mi parte? Al repetirme la reina las aparentes razones avaladoras de mi permanencia en España, perdí el control:

—¿Qué tienes contra mí, madre? ¿Por qué pretendes engañarme? Recuerdo muy bien a mi hermano Juan. El pobre estaba desahuciado y, aunque le adorabas, cuando los médicos te advirtieron que solamente se salvaría si le apartabas del tálamo conyugal, tu decisión fue inapelable: «Está escrito. Lo que Dios ate en el cielo, nadie desate en la tierra.» Antes que su vida fue tu religión. ¿Por qué dices ahora lo contrario? ¿Por qué cuando yo deseo obedecer este mandamiento viviendo con Felipe, me obligas a incumplirlo; a faltar a la ley divina? No te esfuerces en contestarme, madre. Sé

la respuesta y es la misma en ambas ocasiones. Si Juan iba a morir, ¿no sería mejor facilitar la ocasión de que os dejara un heredero en su mujer embarazada? ¿No es por eso que los queríais unidos? ¿Y no es también por conservar a tu lado mi último hijo recién nacido como posible heredero, que me impediste irme con Felipe? ¿Es ésa tu religión o tu conveniencia, madre?

La reina sufrió un desmayo y hubo de ser rápidamente trasladada a sus habitaciones. Los médicos de la corte se reunieron muy preocupados por su salud. Se designó una comisión con la finalidad de hablar conmigo, rogándome fuese más comedida y ahorrarse a su alteza escenas tan penosas que iban en merma de su salud. Tendida en el lecho los oía con absoluta indiferencia, pues mi herida era muy honda y ninguna palabra o actitud la podía rozar. Sin embargo, me dejaron en paz, retirándose de mi estancia con la impresión de que yo no estaba mejor que mi madre. Dos días después el Consejo me designó como residencia el castillo de la Mota, en Medina del Campo. Salimos de Segovia al amanecer. Conmigo venía el pequeño Fernando, mi séquito y la servidumbre. También me acompañaba mi director espiritual don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba. Cabalgando a su lado tuve la impresión de recuperar el ayer. De imaginar que todavía cruzábamos los bellos campos de Francia y, si prestara atención, quizá escucharía detrás de mí las risas de Luis XII y de mi amado Felipe, en apacible conversación por los bosques de Blois.

A cierta distancia me detuve a contemplar mi futura residencia: una auténtica fortaleza levantada en un altozano desde el cual, a buen seguro, se dominaría perfectamente los alrededores y la villa de Medina del Campo. A simple vista el castillo constaba de barbacana, foso y una notable torre del homenaje. Recubierto por completo de ladrillos, el último sol de la tarde los encendía en una vívida llamarada. Si mi memoria era fiable, la edificación se construyó para satisfacer el encargo de mi abuelo materno Juan II quien, según apostilló mi madre, «fue coronado rey a los dos años de edad y jamás dejó de ser niño, pues el peso de la realeza sobre sus tiernos hombros le impidió hacerse mayor». Mi abuelo Juan delegó en las manos de Álvaro de Luna los deberes y responsabilidades del reino, mientras él se refugiaba en la literatura, la música y el arte. Y no costaba demasiado aceptar aquella historia pues, fijándose bien, la estructura del castillo de la Mota era la síntesis de una mente infantil. En el momento de entrar en la fortaleza descubrí sobre el dintel de la puerta, esculpidos en piedra, los escudos de mis padres y una fecha: 1482. Me pareció muy reciente.

—Es el año en que acabaron las obras de ampliación emprendidas por los Reyes Católicos, alteza —respondió a mi pregunta Juan de Fonseca.

Desde entonces, ¡cuántas cosas habían sucedido! Sin esforzarme demasiado recordé el establecimiento de la Inquisición en tierras aragonesas, mallorquinas y catalanas con su secuela de sambenitos y actos de fe saltando en mis pesadillas; la conquista de Granada; la expulsión de los judíos; el descubrimiento de las Indias; el Tratado de Tordesillas; la reforma de las órdenes religiosas; la aparición de la gramática de Nebrija dedicada a las damas de la corte para fomentar en ellas los nobles ejercicios del entendimiento; la conquista de las islas Canarias; la expulsión de los musulmanes; la muerte del papa español Rodrigo de Borja, dicho Alejandro VI; la fundación de la Universidad de Valencia; el comienzo de la Universidad de Alcalá y de los trabajos para la Biblia políglota Complutense... Un cúmulo de acontecimientos modificando la fisonomía de España, como

modificaron mi personalidad los acontecimientos de índole particular. Estaba ya lejos de ser la niña emotiva que escuchaba emocionada las Coplas a la muerte del maestro don Rodrigo, escritas al conde de Paredes por su hijo Jorge Manrique, también sobrino de don Gómez Manrique, señor de Villazopeque, poeta y político ilustre. Pero lo que de veras me hizo su nombre inolvidable fue que, al expresar yo mi interés de conocer al joven autor, respondió Beatriz Galindo.

—Imposible, alteza. Jorge Manrique falleció el mismo año que nacisteis vos.

¿Sería entonces cuando surgió mi propensión al suponer que donde uno nace otro debe morir?

Al detener mi caballo en el patio del castillo de la Mota, la nostalgia de mi espíritu iba recitando las viejas estrofas del cantar:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte tan callando.

Mirando desoladamente alrededor comprendí que no era igual contemplar cómo se pasa la vida que vivir la vida sin importarnos cómo pasa el tiempo. De repente sufrí un sobresalto. ¿A qué clase de incongruencias me hallaba sometida? ¿Quién me robaba la existencia? En principio me separaron de España, luego de Bélgica, más tarde de mis hijos, después de mi esposo. ¿Y acaso en aquel mismo instante no me estaban separando también de mi madre? ¿Qué hacía yo en el castillo de la Mota sin ningún contacto familiar y sin finalidad política justificada? Un sudor helado me recorrió el cuerpo. Dominando un asomo de vértigo me hice instalar en los regios salones de la Torre del Homenaje y, justo al punto de las primeras sombras recubriendo los campos, me acosté. El pesado sueño de la fatiga me proporcionó unas cortas horas de tranquilidad, pero al filo de las cuatro desperté sobresaltada. Se acercaban varios caballos a galope y no tardaron en pasar el puente levadizo. Los latidos de mi corazón aumentaron al reconocer, fuera de la alcoba, los pasos acelerados de Felipe. Por fin se detuvieron al otro lado de la puerta. Esperaba que se abriera, pero un silencio persistente y absoluto se eternizó. En seguida comprendí: había sido un mal sueño producido por recuerdos de nuestros primeros días en España cuando el archiduque, vestido a la moda de Castilla, salía con sus caballeros flamencos a mezclarse con la gente del pueblo en la feria de Medina del Campo. Pensando en los ojos negros de las muchachas yo agonizaba de celos. No podía dormir. Tampoco ahora, obsesionada con los ojos. Ojos de no sabía quién, pero estaban ahí, entre las gentes del castillo espíandome para luego dar noticias mías a personas ignoradas con fines desconocidos. Desde el momento de llegar a Medina tuve conciencia de sufrir un encierro. La sensación de acoso fue tan grande que la sospecha inicial acerca de ciertas personas se amplió hasta sospechar de todas. No fiaba de nadie. La seguridad de verme traicionada era total. Los días se redujeron a observar atentamente, de la mañana a la noche, los rostros de cuantos se cruzaban conmigo y ninguno de ellos se libró de que yo descubriera, bajo la máscara de su piel, el color ceniciento de la traición. Se me hizo muy duro soportar sin desfallecimiento, sin un sencillo dejarse ir del alma por el hilo cálido de

la confianza, las tremendas torturas de mis conflictos afectivos. El pequeño Fernando tampoco me aliviaba. Viéndole agitar las manos, los menudos pies, la mirada fija en mí por la simple razón de tenerme enfrente, descubrí en el niño idéntico desamparo al mío. Estaba sola. Y las inexpugnables murallas de la Mota dejaron de preocuparme, pues cada una de las personas que compartían mi encierro eran, por sí mismas, murallas amenazadoras, seres lejanísimos. En cuanto al mundo exterior apenas existía. Desapareció detrás del silencio de mi esposo, mis hermanos, mis padres. Sin embargo, las preguntas clave persistían: ¿Por qué me aislaron allí? ¿Por qué ignoraba yo los motivos? ¿Por qué disponían de mí sin previa consulta? ¿Por qué siendo la esposa de Felipe de Habsburgo me hallaba lejos de los Países Bajos y siendo hija de los Reyes Católicos mi propia patria me marginaba? Vivía en plena confusión, pendiente de una idea única.

—Me creo en el cristiano deber de llamar la atención de vuestra alteza sobre el escaso uso que hace de la confesión.

—¿Tanto supone que peco, monseñor Fonseca?

—¡Dios me libre, señora! Pero la confesión es un consuelo al que no debéis renunciar.

—No llega mi necedad a rehusar alientos que siempre necesito, pero la prudencia me impide confiarme a quienes puedan retransmitir mi intimidad a terceros.

—Olvidáis que existe el secreto de confesión, alteza.

—Pero no olvido que os aprecio demasiado, monseñor, para situaros en el penoso trance de escoger entre cumplir con la reina o cumplir con Dios.

A principios de otoño, sospechando que las inclemencias del tiempo me impedirían de nuevo viajar, mi estado anímico era deplorable. Segura de no significar nada para mi familia, el gran ovillo de mis pensamientos se enredó a la perniciosa idea de que me tenían secuestrada en Medina del Campo, a petición de mi esposo. La idea, acompañada imaginativamente de escenas amorosas protagonizadas por Felipe y mujeres desconocidas, fue mermando mis escasos ánimos y, después de exaltaciones increíbles, lamentos y desesperación me sumía en inacabables jornadas de inmovilidad. Entonces sucedió. Entre las brumas del amanecer y a la manera de un pájaro desviado de su bandada migratoria, vino hasta mis manos una carta de mi hijo Carlos. Reclamaba mi presencia y lo mismo hacía Felipe en unas líneas al dorso. Querían verme. Lo exigían. Borraban de una vez mis dudas para lanzarme a gran velocidad en los brazos de mi propio deseo. Perdí el cansancio. Olvidé la apatía. Activa como nunca fui dando órdenes. Dije a la corte que se prepararan inmediatamente para salir cuanto antes. A los soldados, que cargaran las mulas. A mis damas, que se ocuparan del equipaje. A la escolta, que se apresuraran a cumplir en sus puestos. De vez en cuando cruzaba mis dos manos sobre el pecho y trataba de calmarme. Luego, proseguía. Pero tampoco ahora iba a saber cuál de aquellos ojos espías salieron en busca de mi madre y la pusieron sobre aviso.

—¿Dónde vais, alteza? —fue la primera advertencia.

—A reunirme con mi esposo, obispo Fonseca.

—¿Piensa la archiduquesa abandonar Castilla sin despedirse de sus padres?

—¿Se despidieron ellos de mí al recluirme en esta fortaleza?

—Sin embargo, señora, es inútil vuestro apresuramiento. Nada hay preparado para el viaje.

—Poco importa. Siendo quien soy, allá donde vaya se esforzarán en complacerme.

El obispo, sin duda bien aleccionado, ordenó retirar la caballería. Aquel desacato público a mi persona me ofendió:

—No importa, monseñor —hablé muy alto—. Si me quitáis los caballos viajaré a pie. Me llama el archiduque y nadie conseguirá detenerme.

Empecé a caminar hacia la salida, pero las órdenes de mi director espiritual se anticiparon y un siniestro ruido acompañó mis pasos. Cuando llegué a las puertas del castillo descubrí la razón. Acababan de subir el puente levadizo. Por fin los hechos violentos desmentían la hipócrita dulzura de las palabras. ¿Quién negaría ahora mi condición de prisionera? Asida con rabia a los hierros del muro injurié a monseñor de Fonseca en presencia de todos los del castillo.

—¡Soy la hija de los soberanos a quien vos servís! ¡Soy la reina de un país extranjero y os pedirán cuentas de vuestro desacato! ¡Soy la archiduquesa de Austria y os hago responsable de mi secuestro! ¡Os exijo que bajéis el puente o permaneceré agarrada a estas rejas hasta el momento de expirar!

Encima de la Mota se acumulaban grandes nubarrones y un viento intermitente los iba empujando hacia el castillo. Doncellas, damas, caballeros y soldados aguardaban la evolución de los acontecimientos con ansiosa curiosidad. El viento removía las faldas y tocas femeninas, incluso las crines de los caballos, que piafaban molestos, y aventó mis palabras por toda la fortaleza.

—¡Os advierto, monseñor, que si no comparecéis inmediatamente ante mí, cuando sea reina juro que os ahorcaré!

Juan de Fonseca no compareció. Huyendo por un postigo hacía rato que cabalgaba en dirección a Segovia para informar sobre los últimos acontecimientos. Saberlo me enfureció, pero el recuerdo de la carta recibida de mi hijo Carlos sostuvo mi ánimo. Si claudicaba en momento tan propicio, jamás recuperaría a Felipe. Hice acopio de fuerzas y me dispuse a no transigir en mis derechos. Inmóvil, dejé transcurrir las horas. La noche y el crudísimo frío de noviembre me envolvieron, mientras algo cálido como el esbelto humo surgido de una infusión perfumada me reanimaba. Era el rescoldo de mi amor reavivado por la exigencia conyugal al filo de la carta. Una voz amable, misericordiosa, preguntó:

—¿Por qué no entráis al castillo, alteza? El frío es insoportable.

—Porque ir hacia mis habitaciones significa caminar en dirección opuesta a Flandes y he jurado que no daré un solo paso atrás.

Los soldados de guardia encendieron a mi vera un pequeño fuego. Intentaban reconfortarme y no sabían cómo. Cansada de estar en pie, me acurruqué contra la puerta de salida. Una de mis doncellas trajo mantas para cubrirme. Daba igual: los cien cuchillos de hielo que rasgaban mi carne eran una caricia comparados al dolor de no vernos.

—¿Qué podemos hacer por vos, alteza?

—¡Bajar el puente!

Al tercer día acepté resguardarme en el cuarto del centinela. Les hice preparar un lecho y encender lumbre pues tuve miedo a enfermar, a no emprender el viaje por el cual luchaba. A ciertas horas, sentada al borde de la cama, recibía el reconfortante calorcillo del sol. Un sol que, de súbito, alguien me quitó. Alcé la mirada. En el hueco de la entrada se interponía la silueta de un hombre.

—No es digno de una princesa de Asturias como vos, alteza, permanecer en el cuarto de un soldado de vuestros Ejércitos.

El recién llegado podía permitirse la reconvención. No en balde se llamaba fray Francisco Ximénez de Cisneros. Su inesperada presencia reavivó el odio gratuito que sentía por él y, con el odio, recuperé el instinto de conservación. El fraile vino como solía hacerlo cuando, en sus desplazamientos, representaba el Reino de Dios o la majestad de su soberana: con toda pompa. Sin embargo, no le agradaba y para conseguirlo fue preciso que la Santa Sede le advirtiera la necesidad de guardar formas en su porte exterior, que no rebajasen ante el pueblo la dignidad representada. Cisneros era protagonista de una vida ejemplar. Perteneciente a una familia de pocos recursos, austeras costumbres y ascética existencia, entró en la Orden de San Francisco, retirándose, durante años, a un convento. De allí fue a sacarle don Pedro González de Mendoza, cardenal y arzobispo de Toledo, para que le sustituyera en la delicada misión de confesar a la reina. Por dos veces escapó Cisneros al honor y por dos veces fue hallado en su escondite, pues a Isabel la Católica le agradaban sus virtudes. Bajo la protección de mi madre alcanzó el fraile cargos y prestigio, pero a mí siempre me pareció aquel exceso de humildad un alarde de orgullo. Alto, delgado, ojos brillantes, nariz larga caída sobre la boca y de pocas palabras, en aquel insólito momento no paraba de hablar. Sabedora de su poder de persuasión, decidí hacerme la sorda si deseaba mantener íntegras mis convicciones. No le escuché.

—Pensadlo bien —acabó finalmente su perorata— y abandonad este cuartucho, alteza. ¿No veis que su deplorable construcción es ofensiva para vuestro rango?

La palabra «construcción» trajo a mi memoria las chanzas que, en voz baja, se referían al cardenal Cisneros. Contaban las malas lenguas que desde el año 1500, cuando en Alcalá de Henares se puso la primera piedra de la Universidad Complutense, se veía al cardenal recorrer el terreno con la regla en las manos, midiendo las obras y animando a los operarios. Tan constante resultó su presencia y el prurito demostrado por edificar, que las gentes repetían jocosas: «La Iglesia nunca tuvo un obispo más edificante bajo todos los conceptos.» Al recordarlo no pude reprimirme.

—Observo que a su ilustrísima —dije— le continúa interesando la construcción.

El efecto fue demoledor. Aquel fraile tan rígido y difícil como la topografía de su pueblo natal de Torrelaguna dio por mal terminada la misión que le encomendaron. Pese a las apariencias, Cisneros no se marchó del castillo ofendido por el significado de mis palabras, sino porque éstas fueron las únicas que pronuncié a lo largo de sus tres horas de monólogo. Le imaginaba frustrado camino de Segovia pues, habiendo emprendido con notable éxito la ingente obra de la reforma de las órdenes religiosas, tal vez supuso de fácil consecución la reforma de mi conducta. Después de su partida el invierno empeoró, pero las malas condiciones de mi exigua vivienda, el clima implacable y las profusas incomodidades no doblegaron mi voluntad. A mi alrededor abundaban los comentarios.

—Es inaudita la resistencia de doña Juana. ¡Con lo tremendo de estas noches y el desacomodo de su cuarto! ¡Dios Santo, nadie lo soportaría!

Pero yo lo soporté porque la obsesión ofuscaba mi entendimiento. Con la idea fija de regresar a Bélgica, los días, las noches, las semanas dejaron de existir. El tiempo se redujo a una única hora

prolongándose indefinidamente. La primera, igual a la enésima. La misma fuerza al principio que al final. Decidí no abandonar aquella disimulada prisión en que me hallaba a menos que, con la libertad, me devolvieran el libre albedrío. O salía de allí en dirección a Flandes o no salía. Como una fiera enjaulada me aferré a la reja que don Juan de Fonseca mandó cerrar. Cometían un error al suponer que una fiera se amansa al separarla de la selva, como si la selva hiciese a la fiera. Más correcto sería afirmar que, donde hay una fiera, allí está la selva. Incluso dentro de una jaula.

—Bernarda —pregunté al observar cierta agitación—, ¿por qué bajan el puente levadizo?

—Se acerca una comitiva, alteza.

—¿Sabes quién viene?

—Lo ignoro, señora.

Tuve la idea de un nuevo enfrentamiento con el cardenal Cisneros, y esto me enfureció. También me sacaba de quicio el supuesto de mantener una segunda batalla con mi confesor don Juan de Fonseca. Fuera quien fuese el visitante estaba dispuesta a echarle del castillo. Inquieta, observé la llegada de un nutrido número de soldados. En el patio avanzaba una litera escoltada por varios jinetes que no sin esfuerzo mantenían los caballos enfrenados. Bernarda quiso cubrirme los hombros con un manto pero, bruscamente, renunció a su empeño inclinándose con gran respeto y reverencia en una profunda genuflexión.

—¿Pero qué haces? —le reproché molesta.

La litera se había detenido y de ella descendía su ocupante. El cielo de Medina estaba claro, aunque falto de brillantez, y atribuí a la luz del momento el tono plumizo en la piel de la recién llegada. Las profundas ojeras parecían surcos de la tierra bajo el verde hierba de los ojos. Demudado el semblante y endeble la figura, irradiaba, sin embargo, enorme respeto y majestad. Ante mí se hallaba la reina.

—¿Estás enferma, madre? —me lancé a sus brazos.

—Estoy aquí para evitar que enfermes tú. ¿Qué sucede, Juana?

Nunca debió decirlo. Yo la quise siempre. Durante años deseé parecerme a ella, ser su vivo retrato. Admiraba su porte, su inteligencia, me encandilaba verla en su trono con la media cola del vestido colgando del escabel o coronada para impartir justicia. Me había lanzado a sus brazos desesperada, con un ansia increíble de ayuda y de comprensión, ávida de ser confortada. Pero apenas oí sus palabras «¿Qué sucede, Juana?», el abrazo materno se convirtió en exigencia despótica, en mandato imperativo. Ya no fui la hija de Isabel I sino la esposa de Felipe el Hermoso y a nadie le cabía el derecho de retenerme contra mi voluntad.

—¿Has perdido la memoria, madre? ¿Cómo puedes preguntarme qué me sucede? —dije casi al borde del llanto.

Temerosa de una crisis que a toda costa deseaba evitar, la reina me habló con su habitual autoridad, no exenta de afecto.

—De momento advierto que suceden cosas tan evidentes como la falta de cuidado en tu arreglo personal. No corresponde a una princesa ofrecer tan deplorable aspecto. Lo primero que harás, Juana, es cambiar el vestido por otro más acorde a tu rango; ordenar tus cabellos y ponerte el tocado conveniente. ¡Si hubieras llevado toca, el viento no te habría despeinado! —y al notar la falta de

adornos, añadió—: Tampoco estaría mal que te pusieras alguna joya.

Una agradable sospecha me impulsó a preguntar:

—¿Viene Felipe, madre? ¿Está aquí?

La mirada de la reina perdió los escasos ánimos que le quedaban y se aquietó al fondo de su retina.

—No, hija mía. Felipe no viene. Supongo que en su presencia tu aspecto mejoraría. Pero ve con cuidado, Juana. Ya te advertí que la coquetería empaña el cristal de la humildad y desfigura los valores entrevistados a su través. Aunque ya hablaremos. Ahora cumple con lo dicho mientras yo me acomodo. Después reúnete conmigo.

Cuando entré en el mayor de los salones, la reina se hallaba tendida en un gran diván cercano a la chimenea. Las altas bóvedas sumergidas en la oscuridad mostraban apenas pequeños trozos de ornamentos mudejares. En los muros cercanos al hogar los tapices colgados exhibían bellos paisajes, mientras que los tapices alejados de la luz parecían telas negras sin pintar. El fuego crepitaba y si conseguía prender algún ramito de verbena ardía de súbito, lanzando al aire periódicas y perfumadas llamaradas. La dama que atendía a mi madre se le acercó a un ademán de ésta y, luego de escucharla atentamente, salió del salón después de habernos dirigido dos protocolarias genuflexiones.

—Acércate, Juana —la voz sonaba rota, quebrada de fatiga.

Avancé despacio, consciente de que la reina me investigaba. Con la vista fija en sus ojos, la acompañé mentalmente en el recorrido y supe con exactitud cuándo y dónde observaba. De tal manera y antes de que ella hablase, yo supe su aprobación. Llevaba un traje gris plomo con una tira bordada en hilos de plata rodeando la orilla. El bordado subía por delante desde el suelo a la cintura y allí se bifurcaba para acabar en los hombros. Amplias mangas, abiertas como dos esbeltas alas desde la parte anterior de los codos, se alargaban hasta casi rozar el suelo. Por su abertura y la del escote asomaba una rica camisa margomada de un intenso lapislázuli, color que se repetía en el cuello alto abrochado con botones de plata.

—¿Ni una joya, Juana?

—Lo lamento, madre. Me olvidé. —Y tras una minúscula vacilación, dije—: Las joyas nunca te importaron...

—Tampoco ahora. En cambio me importa demasiado que te presentes de acuerdo a tu dignidad.

Bajé la cabeza, mortificada por mentarme la dignidad. ¿A qué habría venido?

—Madre... —murmuré tenuemente—. ¿Cómo está mi hermana Catalina?

Algo muy fresco le roció el semblante.

—Me escribe con frecuencia. La pobre no se habitúa a su estado de viuda ni creo que el clima de Inglaterra la ayude demasiado.

—Y de mi hermana María, ¿tienes noticias?

—María es muy feliz con el nacimiento de la infanta Isabel, segunda de sus hijos. Se lleva muy bien con su esposo. Le gusta Lisboa. Pensar en ella resulta un alivio.

—También a mí me resulta un alivio pensar en Felipe. ¿Sabes algo de él?

—No.

Sin atenuantes. Como un disparo. Casi un insulto. De repente me puse en pie. Fue tal la

violencia que tiré la silla al suelo. Había perdido el control.

—Entonces, madre, ¿a qué has venido?

Dominó enseguida la crispación del rostro, excepto el rictus de dolor que jamás conseguía borrar y, a buen seguro, procedía de su enfermedad. Al hablar se le escapaba la violencia reprimida.

—¡Vuelve a sentarte, Juana! —dijo, cortante—. No sé si has reparado en el significado de tu pregunta. Quedó clarísimo que a menos de traer noticias de tu esposo, aquí sobra mi presencia. Y con ello me ofendes. Quedó claro también que, excepto si el asunto atañe a Felipe, nada te interesa. Con lo cual te ofendes a ti misma. Esta situación que acabas de plantear te ilustrará acerca de los motivos de mi viaje. Tu conducta, el trato a tus inferiores y el comportamiento tuyo en general se comentan por doquier. Tienes el genio mudable y eres indisciplinada. Todo el mundo murmura de ti; de una futura reina.

—¿Quién es «todo el mundo»? ¿Quizá mi confesor, madre? ¿El Almirante de Castilla? ¿El cardenal Cisneros? —los mencioné con desprecio.

—Y bastantes más. Un núcleo importante de personas eminentes a quienes habremos de añadir las incontables gentes de nuestro pueblo. Me importa mucho tu salud, la del cuerpo y la del alma. Pero más todavía la salud de mis reinos, concedidos por benevolencia de Dios Nuestro Señor con la sola finalidad de poblarlos de almas para el cielo. Deberías tener presente que, cuando los murmuradores mancillan tu reputación, están mancillando mi país. ¿Comprendes tu responsabilidad? ¿Has olvidado que eres heredera de Castilla y Aragón?

Oyéndola me hervía la sangre. ¿Por qué hablaba como si Felipe no existiera?

—¿Y tú has olvidado que soy archiduquesa de Austria, casada con Felipe de Habsburgo y ciudadana de los Países Bajos? ¿Ya no te acuerdas que estoy unida a un austríaco y tengo tres hijos belgas?

—¡Repórtate, Juana! ¡Estás hablando con tu madre!

Hizo ademán de incorporarse, pero no pudo y a mí me pareció un ardid para llevarme a su terreno y hacerme claudicar. El olor de la verbena quemándose entre la leña flotaba en el ambiente trayéndome a la memoria el sonido de las esquilas al paso de los rebaños trashumantes. «Como en los campos de Gantes», pensé sumergida en un placer llamado Felipe. La doncella que entró a reavivar el fuego salió de nuevo sin pronunciar palabra. Al quedarnos otra vez solas, se acrecentó la distancia que nos separaba. La cálida impresión recibida cuando la descubrí en el patio del castillo se había esfumado. ¿Qué pensaba hacer conmigo la gran Isabel de Castilla? ¿Por qué su empeño de enfrentarme con los ojos vendados a un futuro desconocido? Dolida por esta falta de consideración, solté la rienda de mis pensamientos.

—¿Dices que estoy hablando con mi madre? —interrogué agitada—. ¡Ojalá! Si hablara con mi madre no existirían dificultades. Sería muy fácil confiarme a ella; a la madre que pasó conmigo dos noches en Laredo para arrancarme del alma el miedo a lanzarme en los brazos de un hombre desconocido. Confiarle, además, que tanto como primero me detenía el miedo, me empujó después la confianza y el amor, el enamoramiento, la ternura, la pasión incontenible por mi esposo, el no saber respirar otro aire sino el suyo, la negativa a ser soberana si él no era rey, el no querer dar cabida a los asuntos de Estado en nuestra vida íntima y cerrar la puerta en pleno rostro de cualquier asunto

ajeno a nuestro amor. Todo esto y más te diría si me escucharas como madre. Una madre a quien yo doy las gracias por haberme puesto en manos del hombre que rescató mi cuerpo de los cilicios y la mortificación para cubrirlo de caricias. Yo...

—¡Juana! ¿No tienes pudor?

—Tú no lo tenías, madre, cuando llegabas deshecha en llanto al lugar donde jugábamos tus hijos. Eres una gran reina, lo sé. Pero entonces llorabas igual que ahora estoy llorando yo, tal vez por razones similares. Mi padre te engañaba, ¿recuerdas? Tú, en cambio, albergabas en palacio a los bastardos de tu esposo. A ratos, la situación se te hacía insostenible. Sin embargo, mientras conquistabas una ciudad guerreando como un hombre, mi padre conquistaba una mujer. ¿Verdad que sabes con exactitud qué nombre de mujer corresponde a cada ciudad?

—¡Juana, te ordeno silencio!

Estiró el brazo como si fuera a detener las palabras con la mano pero lo dejó caer, temblando, sobre las pieles que cubrían sus rodillas.

—Eres buena, hija mía —dijo—. Siempre lo fuiste, y me consta que tus cualidades negativas son producto de la vida licenciosa de Flandes. La corte de los Habsburgo es disoluta, la moral dudosa y la sociedad disipada. Aunque estoy convencida de que si te apartaras del pernicioso ambiente corregirías tus costumbres. He combatido largamente y expulsado de España los infieles para hacer de nuestra patria el reino de la fe. Cuando yo muera, no habré de consentir que las tierras castellanas caigan bajo la influencia impía de los flamencos. Sólo conozco un medio de conseguirlo: que Felipe gobierne en los Países Bajos y tú aquí.

—¿Separándome de mi esposo?

—La defensa de la fe así lo exige. Debemos cumplir las leyes divinas.

—Sospecho, madre, que no tratamos aquí de leyes divinas, sino de leyes dinásticas —dije, pero la reina no respondió.

De hinojos frente a la chimenea, el fuego le sonrojaba el semblante mientras ella murmuraba sus plegarias:

—...Y a ti, glorioso mensajero celestial arcángel san Gabriel, y al príncipe de la Iglesia y de la caballería angelical san Miguel, y al alférez maravilloso de Nuestro Señor Jesucristo, san Francisco, os ruego me concedáis la gracia de velar por esta mi muy querida hija Juana, y le mantengáis bien encendidas las luces de su entendimiento...

La reina se quedó conmigo en el castillo de la Mota. Prometió enviarme a Flandes, pero yo la observaba con recelo pues comenzó el nuevo año, siguieron los días, las semanas, pasamos otro mes, más semanas aún y todo continuaba igual. Abrasada de celos, reduje mi vida a un rincón del dormitorio. Sintiéndome incapaz de recobrar la libertad, creí enloquecer. Fue lastimoso oírsele contar a mi madre:

—Te aseguro, Fernando —le confió a su esposo—, que me siento muy compungida por el comportamiento de Juana, pero nada puedo hacer por evitarlo pues temo que su mente se halle enferma. Me recuerda mucho a su abuela...

Yo conocía el remedio a ese mal imaginario. Dejarme partir. ¿Por qué la reina se empeñaba en buscarme parecidos con su madre, cuarenta años encerrada en el castillo de Arévalo, víctima de un

estado mental deficiente? Si calificaban de locura a una intensa exaltación amorosa, sería justo deducir que a mi alrededor nadie estaba enamorado. Inesperadamente llegó la solución a mis problemas en forma de un enviado especial del archiduque. La orden era que yo regresara de inmediato a Bruselas con el mismo portador de la misiva. El rey Luis de Francia daba seguridades para viajar por su país. Los más delicados aromas del bosque de Blois se volcaron a mis pies al ser informada.

—Si os negáis —amenacé exaltada ante la exigencia de mi querido esposo— os acusarán de retener por la fuerza a la soberana de una nación extranjera.

Los reyes olvidaron sus maquinaciones y cedieron a la presión de Felipe, si bien su orgullo de monarcas les impidió aceptar que el viaje se hiciera a través de Francia. Salí hacia Laredo con el ánimo entusiasmado. La flota me esperaba, pero las tempestades y el mal tiempo nos mantuvieron en el puerto otros dos inacabables meses. Las noches fueron terribles. Alrededor del barco murmuraban las olas con un rumor creciente de enjambre, surgido del silencio nocturno. Como pequeñas y maliciosas abejas, voces oscuras derramaban en mi oído las habilidades amorosas de Felipe y aquellos rubios insectos desaparecían después de mostrarme rostros femeninos plenos de seducción. El resto de las noches se consumía entre horribles cánticos de réquiem y nanas inconfesables. Al fin, una deliciosa mañana del mes de marzo nos hicimos a la mar. Y precisamente en el momento de partir, caí en la cuenta de que no me había despedido de mi madre.

—Alteza —habló a mi lado el embajador—, hasta que hayamos zarpado sería aconsejable que os resguardarais en el interior del buque.

Aparte la obligación de velar por mi cuidado, el embajador llevaba la misión de conseguir por cualquier medio que el archiduque enviara a España el pequeño Carlos. Sus abuelos deseaban educarlo como debía serlo un heredero. Con la muerte acechándole cada minuto y, sin nadie a quien sentar en el trono, la soberana estaría muy apurada y ofrecía, a cambio del nieto, el reino de Nápoles. Un reino por el cual tantísimos hombres arriesgaban la vida en aquel momento.

—Vamos a entrar en el puerto de Blankenberge, alteza — me anunciaron.

En seguida de pisar el suelo belga, tuve noticias de Isabel de Castilla. En su carta se dolía de mi desamor, de no haberme despedido de ella estando encamada, de partir casi como enemiga siendo la sucesora de su trono, de escaparme al país de mi esposo convirtiendo a mis hijos, los hijos de una española, en súbditos extranjeros. Después, deseosa de aligerar la carga de sus reproches, se refirió al terremoto del cinco de abril, jueves de Semana Santa, como el día en que nació mi madre. En Castilla y Andalucía hubo grandes temblores de tierra con terribles consecuencias en las riberas del río Guad-el-kebir, precioso nombre moro de nuestro Guadalquivir; y una consecuencia mínima que afectaba a mi infancia. En los jardines del palacio de Sevilla, por la fuerza del seísmo, se partió en dos un alhamí de azulejos multicolores. Era el banco donde los pequeños Trastámara nos sentábamos a leer mientras nuestros padres edificaban la Historia. La mala nueva no me afectó pues en los jardines de Bruselas los pájaros bebían en el estanque, cantaban entre las ramas y las flores estallaban en múltiples tonalidades. Yo estaba con Felipe y con mis hijos. Dentro y fuera de mi corazón era primavera.

CAMINO DE BRUSELAS

A diferencia de mi primer viaje, cuando hube de esperar catorce largos días antes de conocerle, Felipe acudió con la debida antelación a la ciudad de Blankenberge acompañado de su séquito y dispuesto a recibirme apenas desembarcar. El beso de la quilla del buque cortando las aguas del puerto fue menos atrevido que su abrazo de bienvenida.

—Te añoraba, Juana.

—Y yo a ti —respondí con emoción.

Cerca de allí se hallaba Brujas, lugar de nacimiento de mi esposo y sagrario de nuestros bellos días de recién casados. Recordé con placer los minúsculos canales, el silencio recoleto de la villa y los pétreos leones del viejo puente a quienes la leyenda les otorgaba la facultad de levantar la cabeza, observar en torno y petrificarse de nuevo. Insinué al archiduque la posibilidad de incorporar Brujas a nuestra ruta.

—Olvídalo, Juana. Prefiero ir directamente a casa.

Me resigné a no pasar por Brujas, un ínfimo sacrificio que, como deseaba Felipe, adelantó nuestra llegada al palacio de Bruselas. Recuperar el gran parque casi nacido a los pies de la biblioteca, las altas cristaleras en las habitaciones de recibo, los regios salones del tiempo perdido, los corredores de bellísimos espejos, mi dormitorio y su puerta de comunicación al de mi esposo, incluso recibir el saludo palatino de damas y personas de mi servicio, fue encendiéndome la sangre hasta sentirla correr arriba y abajo de las venas a un ritmo enloquecido.

—¡Estás bellísima! —murmuró Felipe.

El encuentro con mis hijos fue algo muy especial. Cuando abracé a Carlos, ligeramente preocupado por mis efusiones, se atrevió a preguntar:

—Et vous, madame, êtes-vous ma mère l'archiduchesse?

En principio se mostraron retraídos ante la familiaridad de una desconocida, pero al enseñarles los regalos de España perdieron la timidez.

—Voici les cadeaux!

Leonor, Isabel y Carlos investigaron los obsequios y, ya entrados en confianza, pasaron a disputarse la propiedad. Ante su creciente entusiasmo, las respectivas ayas solicitaron permiso para retirarse. También yo me retiré al salón de música y, escogiendo la vihuela, interpreté una sentida canción del compositor belga Ducay que fui repitiendo obsesivamente hasta la llegada de Felipe. La noche era clarísima, cargada de estrellas. Nuestra primera noche después de año y medio sin vernos. Casi temblando me arriesgué a preguntar:

—¿Todavía me amas?

—Y tú, Juana, ¿todavía me provocas?

Lejos de las severas costumbres castellanas, el joven archiduque, de buena figura, rostro agradable, cuerpo dinámico y muy inclinado a los goces de la vida, se dedicaba con entusiasmo a la práctica del chichisbeo. Las damas se fundían en agradecimiento al menor detalle amable del futuro

emperador de Alemania, y probablemente futuro rey de España; dos coronas para sombrear de inquietantes promesas los grandes ojos dorados del real seductor. Yo vigilaba allí donde me parecía sospechoso, y aquellos recelos terminaron por llevarse la alegría de haber recuperado el bello esposo que la suerte me deparó. ¿Pero de veras lo había recuperado? Las noches, de pronto, se acortaron. Y no precisamente porque nos acercábamos al estío, sino porque Felipe llegaba tarde a mi alcoba y se marchaba temprano. Además, si durante la jornada no se ausentaba de palacio, me era imposible encontrarle. En aquella época yo solía recorrer nuestra residencia varias veces, desolada y triste, con la vana esperanza de un encuentro casual. ¿Dónde estaría el archiduque? Así fue como las puertas cerradas que iba dejando a la espalda en mis nerviosos paseos por los corredores, empezaron a parecerme amenazadoras. Nunca me sentí con ánimo de abrirlas por temor a sorprender a Felipe abrazado a una dama rival. La pregunta que me hacía a mí misma en silencio, el continuo interrogante de «¿estará detrás de esta puerta, de la siguiente o la de más allá?», acabó por convertir a mi esposo en un ser ubicuo. Le imaginaba en todas las habitaciones. Con todas las mujeres. Comencé a desasosegarme. Finalmente estuve segura de su distanciamiento. Felipe me engañaba. Así lo confirmó mi doncella María Zenaida, mora cautiva.

—¿Estás segura?

—Lo estoy, alteza.

—¿Sabes su nombre?

—No, alteza. Pero cuentan que es una dama de mucha alcurnia.

—¿La conoces? —incapaz de mentir, María Zenaida asintió sin palabras

—¿Te parece hermosa?

—Hermosísima —sufría de manera visible, pero más sufría yo indagando acerca de aquella que me suplantaba en el amor de Felipe.

—¿Y cómo es? —se me desgarró la voz.

—Tiene los ojos claros y es pelirroja.

—¿Quizá te dijeron —sentí una enorme punzada en mi corazón— el lugar de sus encuentros?

Zenaida giró la cabeza de uno a otro lado, denegando:

—Si alguien lo conoce, no lo divulga; pero se murmura que el archiduque avisa a la dama el lugar de la cita en pequeños billetes que deja en el invernadero.

—El invernadero es enorme...

—Tienen un lugar convenido, alteza. La dama se dirige sin vacilar a los jacintos azules. Cuando regresa lleva en la mano un papelito.

El hombre protagonista de la historia era mío. El que escribía los billetes era mío. Las palabras escritas por el hombre eran mías. El aroma de aquella aparente pasión capaz de hacer palpitante el pecho de la desconocida era mío. Y, sobre todo, el lugar ocupado por la dama frente a mi esposo era mío. Al pensarlo me dolían las entrañas y se endurecía mi corazón. En realidad, sucedía como si al corazón le hubieran crecido dientes y me mordiera las entrañas. Rígida y al borde de un ataque de histeria, todavía pregunté:

—Y esa escena del invernadero, ¿cuándo tiene lugar? —creí morir al darme cuenta de que Felipe nunca me había enviado billetes de amor.

—Sobre las doce del mediodía, alteza. Desde la galería encristalada del primer piso, atisbando detrás de las cortinas de encaje, la vi llegar acompañada de varias doncellas. Su habitación no debía de estar muy lejos del invernadero pues, aunque las jóvenes que la rodeaban vestían escrupulosamente, ella iba en peinador blanco adornado de largas cintas de seda en tonos pastel y el cabello recogido en la nuca con una guirnalda de flores. Reía abiertamente, como suelen reírse quienes prescinden de los demás y, por tanto, se consideran solos. De no llamar mi atención por su finísimo talle y el garbo al andar, la hubiera conocido gracias a la llamarada de su cabellera. Cuajada de rizos le brincaba sobre la espalda y, a cada movimiento de su cabeza, se le desdoblaba en dos como la espuma de una cascada. Avanzando a pequeños saltos o repentinas corridas, la vi entrar en el invernadero, mientras sus jóvenes acompañantes se detenían en la puerta. Detrás de la cortina de encaje, seguí con la mirada el blanco peinador que casi volaba entre el verde de las plantas, como una nube empujada por el viento. Pero el único viento que podía hacer volar a la dama del invernadero era el viento de la ilusión. Desesperadamente me retiré a mis aposentos. No quise ver a nadie en toda la jornada. No fui a comer ni consentí comer en mis habitaciones. No visité a los niños. Prohibí que ellos me visitaran. Me negué a recibir a mi director espiritual. Tampoco concedí audiencia ni despaché con el secretario. Hasta mí llegaba un cierto rumor de pasos y voces los cuales, indefectiblemente, terminaban al otro lado de la puerta de mi antesala. En el palacio entero se hacían cábalas acerca de mi comportamiento, pero mi negativa a recibir a Felipe colmó el vaso de los comentarios. Naturalmente, no consiguiendo disuadirme, el archiduque dio orden de abrir y el lacayo obedeció. Irrumpiendo como un huracán, dijo:

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me observaba atento, sustituyendo parte del enfado por la curiosidad—. ¿Quieres explicarte, Juana?

Sentada sobre la alfombra al estilo moro, las faldas extendidas cubriéndome las piernas, al entrar mi esposo me sorprendió con las manos juntas.

—¡No me digas que te encerraste para rezar! ¡Oh, Dios mío! Schreklich!! —dijo en señal de mucho enfado—. ¡Eres terrible, Juana! ¿No celebrarás de nuevo vuestra Semana Santa, verdad? —Me miraba fijamente, sin parpadear, con intención reconcentrada y de pronto exigió—: ¡Que avisen a Martín de Moxica! ¡Que venga inmediatamente!

Cuando Martín de Moxica hubo llegado, ordenó el archiduque:

—No te pierdas un solo detalle. Observa esas esclavas moras. Contempla sus extraños sortilegios, el raro aspecto de mi esposa sentada en el suelo y rezando. Anótalo todo en tu diario para dar cuenta a mis suegros de la incongruente conducta de su hija. Me avisaron que no tardarían en requerirme con el fin de justificar ante Castilla mi frívolo comportamiento y el desamor hacia su infanta. Por miedo al juicio de esa caterva de virtuosos hidalgos castellanos, no voy a renunciar a mis distracciones palaciegas, pero he de preparar una buena justificación. ¡Debes apresurarte, Martín!

Desde su llegada conmigo a Flandes, Martín de Moxica evitó rendirme cuentas y se puso por completo al servicio de mi esposo. Fue un auténtico desertor. También en aquella ocasión siguió al archiduque y ambos abandonaron juntos mis habitaciones. Felipe cerró la puerta con violencia mientras decía:

—¿Has visto, Moxica? ¡Está loca!

Sobre el pecho que me dolía, replegué los brazos tendidos inútilmente hacia Felipe y me acurruqué a un lado de mi propio cerebro. Justo donde el amor por mi esposo se me convertía en locura.

Los Reyes Católicos formaban el matrimonio real con mayores posesiones en el mundo cristiano, y Felipe era propietario de tierras similares a las de algunos nobles castellanos. La desproporción entre sus posesiones y las mías era evidente y, en el cálculo, salía perdedor. Pero Felipe, ansioso de poder, se adelantaba al momento de instituirse heredero consorte y presumía anticipadamente de lo que yo aún tardaría en obtener. Recordé apenada aquel gesto de autonombrarse príncipe de Asturias en pleno corazón de Bélgica a la muerte de mi hermano Juanito. El asunto nos valió una buena amonestación de los padres y, tantos años después, comprobaba que no fue ninguna tontería de nuestra joven edad, sino algo muy profundamente arraigado al espíritu de mi esposo: Felipe era un ser ávido. Ávido de títulos, de reinos, de honores, de poder, de gobierno, de conquistas. Debí suponer que una criatura ávida de tantas cosas, también lo sería en el amor.

—Alteza... —entró jadeante la joven mora.

—Dime, Zenaida, ¿traes noticias?

—La he visto.

—¿Y qué?

—Como siempre. Entró en el invernadero, cogió el billete y, rodeada de su corte de damas, desapareció en el interior del palacio.

—¿No habrás perdido su rastro?

—¡Oh, no! La fui siguiendo a distancia.

—¿Te vieron, Zenaida?

—No me vieron, alteza. Daba pequeñas carreras de una columna a otra, escondiéndome. Nadie se volvió. La dama tiene sus habitaciones cerca de la biblioteca. No está lejos de aquí. Si vuestra alteza se apresura quizá la sorprendiéramos leyendo el billete.

No corrimos, más bien volamos por los anchos pasillos mientras yo aleccionaba a Zenaida. Al llegar a los aposentos de mi rival abrí la puerta sin previo aviso. De un solo gesto violento y desde una violenta percepción supe lo que tenía ante mí. Un sol magnífico desnudaba de misterio el amplio salón. La belleza de los muebles de estilo francés, los damascos de los cortinajes, las borlas doradas de la pasamanería y el mármol de la chimenea perdían categoría y encanto en la cruda mañana estival. Lo mismo ocurría con las gruesas alfombras, pero era fácil adivinar la sugerente emoción del conjunto a la luz de los candelabros. ¿Sentiría Felipe aquella emoción? Un nutrido grupo de damitas jóvenes se hallaban en derredor de la dama principal que vestía con elegancia un traje de media cola, encajes color marfil y, en el escote, una hilera de finísimas perlas reflejando el tono rosa de la piel. La dama era muy joven y en sus ojos color de ajeno flotaba un humo enamorado. Después de mi sorprendente entrada, todo se detuvo clavado en el aire, a la manera de un artístico tapiz. Y como en los tapices, en el centro mismo de la composición apuntaba un foco llamativo, en la mano de mi rival, larga, delgada, muy fina, toda la luz del mediodía se volcaba sobre un billete de amor.

—¡¡Señora!! —le advirtió una de sus acompañantes adivinando mis intenciones.

Sin embargo, no llegó a tiempo. De un zarpazo le arrebaté el papel. Mi papel. Escrito con el alma de Felipe, la intención de Felipe, las ansias de Felipe. Lo tenía allí, en mi palma, a punto de revelarme los ocultos secretos de mi esposo. Lo miré un instante. Justo el suficiente para que mi enemiga me lo arrebatara y lo arrugase antes de llevárselo a la boca. Como una leona me eché sobre ella dispuesta a quitárselo, pero me fue imposible. Sin querer arañé sus mejillas, pero no se quejó. La odiaba como quizá ella me odiaba, o así me lo pareció, pues su mirada lanzaba rayos de intenciones asesinas. Cuando la dama tragó el codiciado papel y di por perdida mi posibilidad de interceptar la maldita correspondencia, todo el fuego dirigido a la acción de leer algo tan íntimo y delator como aquel billete amoroso se me acumuló en las manos y crucé el rostro de la bella con dos sonoras bofetadas. De nuevo se paralizó el ambiente. Ni gritos, ni murmullos, ni susurros. Un silencio sepulcral, pues, de pronto, se había esclarecido la situación. Hasta aquel momento éramos dos rivales y sus damas simpatizantes. Después de los golpes, estuvieron hechas las presentaciones y cada cual ocupó su lugar. Ella fue la mujer que aceptaba las descaradas solicitudes del archiduque para ocupar un sitio en su cama y yo fui quien en realidad era: la archiduquesa reinante.

—María Zenaida —dije con voz aplomada y milagrosamente firme.

—Alteza...

La joven mora hizo su mejor genuflexión intuyendo la necesidad de marcar distancias.

—¿Has traído lo que te ordené?

—Sí, alteza.

—Entonces, procede.

Los ojos color ajeno de mi jovencísima rival se nublaron de angustia y atolondradamente intentó esconderse entre sus damas cuando Zenaida se le acercó.

—¡Todas atrás! —exigí.

En el centro de la habitación, desamparada y temerosa, la dama rival optó por inclinarse hasta quedar arrodillada.

—¡Perdón, señora! —dijo, casi inaudible.

En aquel momento, tan veloz como un rayo de luz escapado por la espontánea ranura de las nubes, Zenaida sacó mis tijeras de plata escondidas en su bolsillo y, antes de que alguien intuyera lo que iba a suceder, cortó la hermosa melena de rizados rojos, improvisó un pañuelo al recoger el halda y lo depositó allí. Por el rostro de las jóvenes cruzó un escalofrío. ¿Sería aquello el principio de algo peor? Yo no deseaba nada más. Había alcanzado mi objetivo. Volví a contemplar el deplorable rostro de mejillas arañadas, ojos llorosos y melena cortada al azar. Greñas increíbles rodeaban su cuello y un lazo de satén colgaba sin sentido. Tan audaz jovencita tardaría mucho en presentarse delante de Felipe, a menos de arriesgarse a frustrar el frívolo interés de mi esposo. Ya en mis habitaciones, premié los servicios de la fiel María Zenaida regalándole mi joyero de viaje: una pieza muy bella que reproducía la nave de mi venida a Flandes en los días de la boda. El joyero iba montado sobre cuatro ruedas capaces de otorgarle movilidad. De proa a popa lo adornaba una guirnalda de flores de oro y el artístico mascarón colocado en lo alto del tajamar. La mitad de la nave hasta la barandilla de cubierta aparecía labrada en oro y plata. El fondo estaba hecho de nácar, y acogía cada noche en su

interior las joyas de las cuales yo me desprendía. María Zenaida quedóse prendada del joyero desde el primer momento, suspirando por aquella nave que, imaginativamente, podría devolverla a su África natal.

—Ahora, María Zenaida, llama a tus compañeras. Empezaremos mi aseo con vuestros mejunjes y filtros mágicos que van dando resultado. Esta madrugada cuando regrese el archiduque quiero estar extraordinaria.

—Su alteza será la más hermosa.

En seguida comenzó el rito. Abluciones en aguas mágicas, perfumes brujos, maleficios contra rivales, filtros amorosos, bebedizos de fulminante amor, mientras las esclavas me lavaban la cabeza, perfumaban el cabello, aromaban el cuerpo y derramaban gotas embriagadoras en los pies cargados de sortijas.

—¿Dónde habéis aprendido? —dije complacida.

Eran prácticas del harén, un lugar de rivalidades permanentes y plurales. Y yo me prestaba a sus indicaciones esperando obtener excelentes consecuencias. Después del baño vino a mi memoria la noche en que Felipe, estando yo desvestida, me puso frente al espejo y dijo: «Mira bien tu maravilla, Juana. Mírate bien y ámame.» La emoción de sus palabras recordadas, la posibilidad de repetir las para otra mujer, me hizo temblar. María Zenaida me trajo una tisana.

—Ahora así, quietecita, arropada y en silencio, vuestra alteza aguardará la llegada del archiduque. Luego, el hechizo de la mandrágora surtirá su efecto. Seréis una esposa feliz, alteza...

Sumergida en la penumbra del saloncito y arropada con los magníficos perfumes árabes, resultó fácil dormir. Dormir y soñar. Tuve un sueño magnífico, apacible, que inducía a la sonrisa. Me veía a mí misma lujosamente trajeada dando brincos. «Fíjate, Felipe —en el sueño mi esposo estaba conmigo—. Fíjate de lo que soy capaz. A cada salto llego más arriba. Y más arriba. Y más, hasta tocar el techo con la mano. ¿Te das cuenta? ¡Toco el techo con la mano! Subo y bajo lentamente, ¡soy ingrátida!» De pronto me desperté sacudida por el golpe de la puerta que se abrió de par en par. El archiduque, sofocado y descompuesto, se acercó hasta el diván.

—¿Pero dónde has dejado la educación, Juana? ¿Quién te autoriza a vigilarme, a irrumpir en mi vida, perseguir a mis amistades, hacerles daño o perjudicarlas? —gritaba de cólera.

Me incorporé lentamente. Segura de impresionarle, confiaba en su amorosa reacción. Sin embargo, Felipe, mirándome con fijeza, apenas pudo hablar. Yo vestía el mejor de mis trajes, las joyas más hermosas en las manos y en el escote los bellísimos rubíes regalo del emperador Maximiliano. En el cabello recogido en la nuca, llevaba prendidos los postizos hechos con la melena cortada a su dueña pelirroja.

—¿Pero qué has hecho, Juana? —dijo horrorizado.

Toda yo reflejada en las retinas de mi esposo, era la viva imagen de la dama del invernadero.

—¿Te parezco bella, Felipe?

Y Felipe, entre misericordioso y avergonzado, apostilló:

—Me pareces patética, Juana. Enormemente patética.

La decepción fue terrible. A los tres meses de tan desagradable momento el médico certificó la recuperación de mi salud, declarándome en disposición de integrarme al mundo habitual. A la dura

existencia que sólo conseguía provocarme náuseas. ¿Para qué me necesitaban? ¿No les era posible vivir sin mí? En la primera tarde de mi mejoría, las hojas de un otoño casi invernal se arremolinaron en el balcón de la alcoba, como si intentaran retenerme en la cama un poco más. Entonces pensé en el clavicordio abandonado en el salón de música y me pareció oírle sonar sin que nadie lo tañera. Fue una canción melancólica que escuché arrobada, mientras un fino acompañamiento de lluvia repicaba en los cristales.

Aunque nunca recordaba mi patria de origen, España existía. Y hasta allá llegaron los rumores acerca de las irregularidades de mi matrimonio. Ciertamente iba mal. Entre los habitantes del palacio nadie disfrutaba de un rango superior al nuestro. Felipe y yo éramos la máxima autoridad, y en vez de aprovechar tan elevada situación y privilegio, ambos nos perjudicábamos mutuamente. Yo misma era un desastre con las alternativas de mi carácter, los celos hacia las damas preferidas de Felipe, los continuos intentos de agresión a mujeres sospechosas de amores prohibidos y mi consiguiente reacción de mostrar mi disgusto dedicándome a la resistencia pasiva, única que yo podía ejercer. No comía, no hablaba, no cooperaba. La respuesta del archiduque siempre era la misma: me encerraba en mis habitaciones durante varios días. Mis sufrimientos aumentaron haciéndose insoportables. Especialmente por las noches cuando me parecía oír palabras y risas en la habitación vecina. Allí estaba el dormitorio de Felipe, y la terrible sospecha de que mi esposo recibía alguna dama en su lecho bastaba para trastornarme y consumir la madrugada golpeando las paredes y la puerta de comunicación. Fueron noches delirantes que precisaban beberse como un veneno. Y días muy amargos cuando, en los actos palatinos, me hundía en la desesperada humillación de no saber cuál de aquellas sonrientes damas que desfilaban ante nosotros me oyeron gritar, golpeando la pared del dormitorio, mientras el archiduque las amaba. Con semejante conducta mi pasión se acrecentó. La violencia fue un hecho diario. Las Cortes europeas comentaban nuestras disputas matrimoniales y yo me hacía cruces de la rapidez con que el menor de mis actos recorría el continente para regresar de nuevo a mí, corregido y ampliado. Hubo un momento en que, ante el sentido acusatorio y amenazador de las noticias de mis padres pidiendo datos veraces de mi salud y la presencia de mi hijo Carlos en España, el archiduque les escribió una larga carta exculpándose y culpándome, a la cual acompañó el extenso diario de Martín de Moxica. Si el diario escrito por el tesorero fue expedido a mi patria, significaba que Moxica había complacido a Felipe y, en esta complacencia, sólo cabía suponer censura y maltrato para mis informes. Al hacerse públicos dichos informes, las gentes de Castilla se negaron a creer que fueran ciertas tantas infamias, pues no concebían en la hija de la ejemplar reina Isabel la Católica un comportamiento tan impío. También corrió el rumor de que en Flandes me habían embrujado. Por su parte, la soberana, quebrantada de dolor ante las noticias, y recordando a su propia madre en Arévalo con su declarada vesania, antes de suponerme fuera de la religión, admitió en mi salud un precoz estado de locura. Su gran corazón de católica se estremeció con la posibilidad de perder mi alma para el cielo y enseguida aceptó el diagnóstico: «¡Hereje, nunca! ¿Demente? ¡Podría ser!» Al enterarme de tamaño disparate, tuve un ataque de histeria. ¿No advertía mi madre el perjuicio de tales conclusiones? Entonces fui yo quien se inclinó a pensar en una demencia colectiva. ¿No serían ellos los dementes? El embajador español en Flandes, don Gutierre

Gómez de Fuensalida, recibía constantemente noticias de los Reyes Católicos.

—¿Qué pretenden mis padres con esta serie interminable de embajadas, Felipe?

—Todas traen idéntica misión: llevarse nuestro hijo Carlos a España.

Pero mi esposo no lo envió. Por nada del mundo abandonaría en manos de sus suegros al heredero de Austria, Países Bajos, España y, a su mayoría de edad, posible heredero de Francia en cumplimiento del compromiso de boda con la princesa Claudia, hija del rey Luis XII. El archiduque se obstinaba en su negativa sin necesidad, pues se interrumpieron las noticias sobre la salud de la reina de España. También Cristóbal Colón quedó varado en la playa de Sanlúcar al regreso de su cuarto viaje a las Indias, un viaje que ya había pronosticado el cordobés Séneca en su Medea, al escribir: «Día vendrá en el curso de los siglos en que el océano cortará los lazos con que aprisiona al mundo, la Tierra inmensa se abrirá para todos, el mar pondrá de manifiesto nuevos mundos, y Thule no será ya la última región de la Tierra.» En efecto, el último rincón de la Tierra para el Almirante no iba a ser Thule sino Sanlúcar, pues fue allí donde se le hirió mortalmente al recibirle con la inesperada tristeza de las gentes, el tañido de las campanas, el cambiar en los templos las rogativas de salud, en favor de doña Isabel la Católica, por las preces de recomendación de su alma a Dios, señal del agravamiento de la enfermedad de quien fue la aliada de sus sueños. Todo se detuvo excepto la actividad de mi esposo quien, detectando la cercanía de un óbito real, emprendió rápidos viajes dispuesto a conversar con su padre, el emperador Maximiliano, y con su amigo, el rey Luis XII. Mi esposo les hizo ver la conveniencia de prepararse ante un momento muy importante para mi vida, que iba a convertirse en un momento crucial para la historia de Europa.

—Caballeros, estamos en una situación privilegiada, pues conocer de antemano el inminente fallecimiento de la soberana española, nos permite adelantar a los acontecimientos.

Con estas palabras dio comienzo el archiduque a su apelación, largamente debatida. Los tres soberanos se pusieron de acuerdo, formando una Liga donde se mantenía que, después de fallecer la Reina Católica, su esposo Fernando II de Aragón nunca sería considerado rey de Castilla, puesto que la heredera de mi madre era yo. ¿Cómo pudo enterarse mi padre de aquel acuerdo? La noticia le causó honda consternación y, debilitado por repentina fiebre, hubo de encamarse. Esta circunstancia endureció la situación de la reina. Al borde de sus fuerzas y sin perder la esperanza de que Dios Todopoderoso y General de los Ejércitos Celestiales no le iba a negar ayuda en su batalla contra la muerte, mantenía en sus manos las riendas del gobierno, tumbada en el lecho y sostenida la espalda entre numerosos almohadones. Así recibía las audiencias, dictaba leyes o iba formulando su largo testamento con el único alivio de las visitas de mi padre. Cuando estuvo enfermo y dejó de verle, mi madre se sintió abandonada pues, referente a los asuntos afectivos, la soledad era absoluta. Su hija María estaba en Portugal. Su hija Catalina, en Inglaterra. Su hija Juana, en Flandes. Las demás personas que dieron vitalidad a sus sentimientos amorosos yacían enterradas, y mi madre cerraría los ojos sin haber conocido a todos sus nietos. Contaba cincuenta y tres años, la vida entera había sido una lucha para ella y aquel medio siglo de existencia tenía mal fin. Por lo menos un fin nebuloso al no hallar el heredero adecuado a sus reinos.

—Alteza... —interrumpió mis pensamientos el embajador Fuensalida—. Vuestra madre doña Isabel ha sufrido un notable agravamiento. Debéis prepararos para lo peor.

A la reina, agotada por un mal que su pudorle impedía nombrar al haber atacado partes muy íntimas, se le declaró una hidropesía y sus fuerzas la abandonaron. Viendo la muerte cerca y siempre pensando en sus reinos, añadió al testamento un codicilo mediante el cual, en caso de no poder o no querer yo desempeñar las funciones de gobierno, y en evitación de que los asuntos de España cayeran en manos de los Habsburgo, la soberana autorizaba a mi padre a gobernar o administrar los reinos en mi nombre: el de Juana I de Castilla, única depositaria de la Reina Católica y punto de mira, a mis inseguros veinticinco años, de múltiples codicias y contrapuestos intereses. Transcurridos muy pocos días volvió a presentarse el embajador.

—Señora... —balbuceó—. Acaba de llegar una misiva de vuestro padre, el rey don Fernando, con una notificación que os entrego.

De soslayo vi el encabezamiento y me estremecí: «A Juana y Felipe, soberanos de Castilla por la gracia de Dios.»

—¿Por qué no me explicáis vos mismo lo que dice?

—Pues dice, alteza, que el veintiséis de noviembre de este año de 1504, a las doce del mediodía y en el castillo de la Mota, entregó su alma a Dios la excelsa reina Isabel, vuestra madre. Por la tarde, bajo un aguacero que puso el tiempo a tono con la grave noticia, las gentes de Medina vieron salir al rey don Fernando rodeado de prelados y grandes, dirigiéndose al tablado erigido en la plaza de la ciudad. En aquel lugar, muy solemnemente, don Fernando hizo pública renuncia al título de rey de Castilla, ostentado durante treinta años, y aceptó el cargo de gobernador del reino. Acto seguido, alteza, os proclamaron soberana propietaria y a vuestro marido el archiduque rey consorte. Don Fadrique de Toledo, duque de Alba, portaba el estandarte real y lo enarboló mientras los presentes gritaban: «¡Castilla! ¡Castilla! ¡Castilla! ¡Por la reina doña Juana, nuestra señora!» Además de la lluvia y las negras nubes, planeaba sobre el pueblo y sus gentes el tétrico sonido de las campanas. Como si se tratara de una epidemia se fueron contagiando los campanarios, de uno a otro, un toque de difuntos que repercutió en toda España. En el castillo se preparaban ya las circulares para distribuir las por el Estado comunicando oficialmente la dolorosa muerte y, a la vez, la orden de que, a partir de aquel instante, las sentencias y actos de gobierno se hicieran en nombre de vuestra alteza. También os comunican en el pliego...

Por los caminos de la memoria, tal como ella me enseñó un día, recuperé la imagen de mi madre en una lejana mañana caliente de sol sevillano. A plena luz, las retinas de Isabel la Católica eran dos puntos diminutos, y las estrías verdes de su iris le esclarecían la mirada. Llena de buen humor me explicaba la reina los felices augurios de su nacimiento pues vino al mundo en el palacio de Madrigal de las Altas Torres, pueblo tan bello como su nombre, un veintidós de abril, en plena primavera, a las cuatro y media de la tarde de Jueves Santo, faltando pocas horas para el hosanna de la Resurrección. ¿Sería quizá su defunción un sábado de gloria para ella?

—... y don Gonzalo Fernández de Oviedo —continuaba informándome el embajador—, aún se acuerda de haber visto a la reina Isabel juntamente con su esposo, oyendo en juicio en el Alcázar de Madrid todos los viernes, y haciendo justicia a los que, grandes o pequeños, venían a solicitarla.

La justicia fue siempre una obsesión de mi madre, pero mucho me temo que conmigo no fuera siempre justa. ¿Lo había sido al separarme de mi esposo, al romper nuestra armonía, al provocar

nuestro actual malestar?

—Incluyen las noticias —siguió diciéndome el embajador— unas breves líneas de Pedro Mártir aludiendo a vuestra augusta madre. «El mundo ha perdido su más bello ornamento», explica con gran acierto. «Ejemplo más brillante de todas las virtudes», la apodaban sus súbditos. «Único sol capaz de iluminar las glorias de Castilla», dice un historiador, y manifiesta otro que: «El mérito de sus virtudes crece como caudaloso río a medida que se aparta de su origen.» Por lo demás, la Reina Católica ha sido y es tan llorada cuanto su vida lo merecía, y su valor, prudencia y demás virtudes fueron tan aventajadas, que merece ser proclamada la más excelente princesa de todo el mundo y de todos los tiempos. Se ensalza mucho el testamento, considerado como una verdadera obra de talento y tino político. Allí manda que vos, doña Juana, o vuestro padre, mi soberano, administréis los reinos hasta cuando pueda hacerse cargo de ellos vuestro hijo el infante don Carlos, cumplidos los veinte años. Vuestra madre la reina nombró por testamentarios al rey, al arzobispo de Toledo, a don Diego de Deza, obispo de Palencia, a su secretario Juan López de Lezarraga y a sus contadores mayores Antonio de Fonseca y Juan Velázquez. Respecto al entierro mandó que su cuerpo fuera sepultado en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Granada, en una sepultura baja que no tuviera bulto alguno, salvo una losa llana en el suelo con su nombre.

Aquello me dejó perpleja. ¿Se acordaría mi madre, en sus últimos momentos, de mi temor a las estatuas y mi deseo de asistir a las mezquitas donde no se permitían imágenes que hicieran sombra? Quizá Isabel de Castilla fuera en vida mucho más comprensiva de lo que yo suponía. Pero, en tal caso, ¿por qué echó de España a los judíos? ¿Por qué persiguió a los mahometanos? En todo el mes de noviembre, diciembre, y aún más adelante, en enero de 1505, cargaron tanto las aguas en Castilla que los sembrados se perdieron y se padeció un hambre muy grande por todo el nuevo año. Se diría que el cielo de España lloraba amargamente la muerte de su reina, la sin par Isabel I. Presionada por mis problemas con Felipe, recuerdo que llevé bien y sin aprietos la desaparición de la soberana. No obstante, casi un año después, un día cualquiera reventé de llanto al advertir que nunca jamás podría pronunciar el nombre de madre.

CAMINO DE ESPAÑA

Durante los meses transcurridos desde el fallecimiento de la Reina Católica hasta el momento de abandonar los Países Bajos, el día siete de enero de 1506, los contactos entre Felipe y mi padre fueron duros, inquietantes. El monarca descubrió las auténticas intenciones del archiduque, cuando sus espías le revelaron el convenio mediante el cual, y a partir del momento en que mi madre muriera, Fernando el Católico sería únicamente rey de Aragón y nunca más se le volvería a mencionar como rey de Castilla. Lo insuficiente de las estructuras políticas creadas por ambos soberanos a fin de perpetuar la unión de sus reinos, e iniciadas con el vínculo del matrimonio, se puso rápidamente de manifiesto al faltar Isabel. Aún viajaba el cadáver de la gran reina camino de Granada, acompañado del obispo de Córdoba Juan de Fonseca, cuando la soterrada marea política hizo temer una inminente división de España; con el agravante de que un yerno, falto de amor a la tierra española, podría manejar la nación a su antojo. Mediante un golpe de audacia, el rey se adelantó a los posibles acontecimientos. Convocó las Cortes en Toro y, previa lectura, hizo aprobar el testamento de mi madre, con lo cual yo quedé nombrada reina de Castilla y mi padre regente, si menester fuera. Para ejercer de inmediato, el soberano hubo de apoyarse en determinadas cláusulas del testamento de su esposa. Isabel I lo dejó escrito: «Conformándome con lo que debo y estoy obligada de derecho, ordeno, y establezco e instituyo por mi universal heredera de todos mis reinos, y tierras y señoríos y de todos mis bienes raíces, después de mis días, a la Ilustrísima princesa doña Juana, archiduquesa de Austria, duquesa de Borgoña, mi muy cara y amada hija, primogénita, heredera y sucesora legítima de mis Reinos, tierras y Señoríos, la cual, luego que Dios me llevara, se intitule de reina», prosiguiendo después: «ordeno y mando que cuando dicha princesa, mi hija, no estuviera en estos mis reinos, y luego que a ellos viniere, si en algún tiempo ha de venir o estar fuera de ellos, o estando en ellos no quisiera, o no pudiera entender en la gobernación de los mismos que, en cualquiera de los casos, el rey Fernando mi Señor rija y administre y gobierne mis Reinos y Señoríos y tenga la gobernación y administración de ellos por la dicha princesa hasta que el infante don Carlos, nieto primogénito, sea de veinte años cumplidos». Así pues, aparte de la notable circunstancia de haber omitido la reina el nombre de Felipe en su testamento, Fernando de Aragón expuso bien claro que su pretensión de gobernar la avalaban ciertos extremos: podía mandar en mi nombre si yo «no estuviera en Castilla» y, evidentemente, yo no estaba. También podía hacerlo si, «estando yo en Castilla, no quisiera o no pudiera hacerlo» y, con el fin de no aguardar mi llegada para conocer la decisión, el rey Fernando se apresuró a convencer a las Cortes de lo inevitable de su mandato, explicándoles el sentido oculto de «si yo no quisiera o no pudiera gobernar», fórmula empleada por el inmenso amor de una madre dispuesta a disimular la sinrazón de su hija muy querida. Y así como la reina se esforzó en librarme del estigma tan temido, el rey lo aireó sin prejuicios ante las Cortes de Toro, haciendo leer en público el maldito diario de Martín de Moxica. Cuando Felipe lo consideró oportuno para sus intenciones, me relató el impúdico hecho y fue tan intenso el dolor que estuve varios días sufriendo convulsiones. Sobre todo se me hacía insoportable

pensar en un lector cualquiera describiendo en plenas Cortes mis íntimas escenas de mujer enamorada. ¿Cómo recibirían aquellos nobles, atiborrados de títulos y ambición, la imagen de mi rostro aureolado por los rizos pelirrojos de la amante de Felipe? ¿Quién fiaría de una reina que jura una y mil veces: «no soy nada sin ti», «mi reino eres tú», «no tengo más voluntad que la tuya», «fuera de ti nada me importa»? El veredicto, después de la lectura, fue favorable a mi padre. Podía gobernar Castilla. Pero también Felipe quería gobernar mis reinos. Con la misma osadía de mi padre en España, hizo que nos proclamaran en Bruselas reyes de Castilla, León y Granada. Luego me encerró en mis aposentos prohibiendo las visitas y cualquier contacto con españoles. En realidad, estaba prisionera. El archiduque trataba de impedir que yo alertara a mi padre sobre las maniobras suyas, utilizadas con el fin de conseguir el mando de los tronos heredados. Suegro y yerno deseaban el poder. Para conseguirlo a través de mí, Felipe necesitaba que yo actuase cuerdamente; único medio de conseguir el trono. Para los intereses de mi padre, era necesario que me considerasen loca, pues sólo en esa circunstancia dejarían el gobierno en sus manos. Al comprender que mi salud o mi insania dependían del logro de sus ambiciones, perdí toda esperanza, sintiéndome traicionada y ultrajada a la vez. En tan deplorables condiciones di a luz a mi quinto vástago, una niña llamada María, hija de la reina de España cautiva en su palacio belga.

—¿Tardaremos en zarpar, Felipe?

—Apenas pocas horas.

Un año, un mes y once días después del óbito de mi madre, salimos de Flessinga. La ciudad, situada al final de la desembocadura del Escalda, sobre la isla de Walcheren, en la provincia de Zelanda, casi rozando las bravas aguas del estrecho de Calais, era muy bella. Sin embargo, sus habitantes soportaron de mal humor la presencia de los españoles, que se instalaron durante un mes en su puerto mientras preparaban una flotilla de cuarenta embarcaciones, capaces de acoger un notable acompañamiento de criados, equipajes, soldados y cortejos. Parte de aquel cortejo lo formaban caballeros ciegamente adictos a Felipe, el inevitable Martín de Moxica y un grupo de damas flamencas cuya sola mención me encendía la sangre. Armándome de valor, hablé al archiduque:

—Si quieres tenerme aquí a la hora de zarpar habrás de acceder a varias condiciones que ahora mismo te expongo. Deseo que cambies parte de los caballeros de tu acompañamiento por quienes incluyo en esta lista, mucho más de mi agrado —le entregué el papel y apenas lo miró—. Debes también prescindir de Martín de Moxica. Sería vergonzoso que yo admitiera su compañía teniendo en cuenta lo mucho que me habrá calumniado en su diario. Y, finalmente, exijo que desembarquen las damas flamencas de nuestra comitiva. ¡Aparte de mis esclavas moras, no quiero una sola mujer a bordo!

Felipe accedió a mis peticiones y las damas, naturalmente, desembarcaron. Iniciamos la travesía con toda felicidad en la calma de un mar inverosímil. Tampoco entre el archiduque y yo se desencadenó el menor síntoma de borrasca y lo atribuí a la ausencia de rivales que, a cada nudo adelantado, quedaban más atrás, perdida su influencia con el progresivo alejamiento. Sin embargo, no era todo según parecía. Las damas de mi corte, a quienes erróneamente suponía en Bélgica, desembarcaron en el puerto de Flessinga tal como yo exigí, pero volvieron a subir de inmediato en

otra de las naves por orden de Felipe. Sin yo saberlo, viajaban conmigo. En cuanto a la mar en calma, duró muy poco. A la derecha Inglaterra, a la izquierda Francia, la flota avanzaba por el ancho pasillo de Calais como si fuera el corredor tapizado de azul en el palacio de Bruselas. Cuando llegamos a la bocana del océano Atlántico, se nos echó encima el mayor temporal de cuantos presencié o tuve noticias. Perdimos de vista el resto de la flota. Cada quien se ocupaba de sí mismo y todos, sin excepción, quedamos reducidos a mantener abierta lucha con los elementos desencadenados. Un mástil y una vela se cayeron al mar, se declaró un incendio, las olas barrieron la cubierta. Nos preparamos a bien morir.

—Alteza, os lo ruego —habló el almirante—, refugiaros en vuestro camarote. ¿No sentís temor?

—¿Por qué he de sentirlo? ¿Habéis oído jamás que una reina haya muerto ahogada?

Al cabo de tres días amanecimos en un puerto del sur de Inglaterra, residencia de mi hermana menor. Enterado su suegro el rey Enrique VII de nuestra presencia, nos hizo instalar debidamente en una finca campestre de la región de Weymouth y, mientras se reparaban los desperfectos de la flota e iban apareciendo los navíos perdidos, el monarca invitó a mi esposo a visitarle. Enrique VII aprovechó la ocasión para ocuparse de asuntos políticos y, ultimados los acuerdos con Felipe, surgió lo primordial: faltaba la firma de la reina. Entonces fue requerida mi presencia.

—¡Queridísima Catalina! Porque eres Catalina, ¿verdad? —dije a la muchacha situada entre mi esposo y el rey de Inglaterra.

—Sí, yo soy —asintió emocionada.

La joven que tenía ante mí bajo las bóvedas suntuosas del castillo de Windsor contaba diecinueve años, era viuda desde los quince y aguardaba el momento de contraer segundas nupcias con su cuñado, por entonces príncipe de Gales y futuro rey Enrique VIII. Cuando nos abrazamos, un intenso perfume de infancia me envolvió. De la niña que yo vi por última vez nueve años atrás, al marcharme a Bruselas para casarme, no quedaba rastro. Su evolución la transformó en una perfecta desconocida. Dije con temor:

—¿Tú me ves tal como entonces?

—No, Juana. Eres absolutamente distinta.

Nos mirábamos sin acabar de reconocernos y algo se iba enfriando por el caudal de las venas.

—¿Y cómo podemos estar seguras de ser quienes decimos?

—¡Por Dios, Juana! —dijo sonriendo Catalina y ambas quedamos definitivamente heladas.

La entrevista tuvo lugar en presencia de testigos, muy interesados en evitar que mi hermana me revelara las intrigas urdidas a espaldas de mi padre. La vigilancia era extrema pero, aun ignorando la verdadera situación, sentí la incomodidad de dos ojos puestos en mí con una fijeza poco habitual. Quien así me observaba era el rey de Inglaterra. Aun hablando con Felipe, objeto de sus adulaciones, no apartaba la mirada de mi rostro. Tuve la impresión de estar seriamente inspeccionada. Sus ojos y los míos siempre se encontraban, y me resultó fácil captar la profunda contrariedad del monarca cuando, después de firmar los tratados que me solicitaron, quise regresar al sur de la isla, cerca de mis deterioradas naves. Vestida de negro y sin acompañamiento de damas, no fui compañía solicitada en la alegre corte inglesa. Tampoco a mí me agradó Windsor, ni su clima ni sus gentes. Por otra parte, a los tres días de mi estancia en el castillo, Catalina, sin duda utilizada de cebo para conseguir mi

presencia, desapareció de Windsor sin despedirse. A mi esposo le extrañó que no me importara separarnos. Pero se equivocaba. Me dolía el corazón al pensar lo mucho que disfrutaría en Londres con las fiestas celebradas en su honor, aunque preferí soportar su ausencia a presenciar sus devaneos sentimentales. Por aquellos días me volví taciturna, reconcentrada. Algo muy duro se estaba hincando en mi alma. Me atraía la soledad y me hallaba bien en tinieblas. Huía de las gentes, sumergiéndome en el silencio. Cuando Felipe vino a mi encuentro, su ceño denotaba contrariedad. Dijo sin preámbulos:

—Tu padre se ha casado, Juana.

—¿Con quién?

—Con Germana de Foix, sobrina del rey de Francia.

—Al parecer te molesta.

—Claro que me molesta. España y Francia eran enemigas y Luis XII amigo mío. Ahora ambas naciones se aliaron. En consecuencia, perdí la amistad de Luis.

Inesperadamente adopté el sentido práctico de la Reina Católica.

—¿Es joven Germana?

—Tiene diecisiete años. Tu padre más de cincuenta. —Y de repente dijo molesto—: ¿Pero qué bobadas son éstas? ¿Acaso no te preocupa mi suerte?

—Los diecisiete años de Germana no son ninguna bobada. Hacen temer el nacimiento de un hijo.

—¿Y a ti qué más te da?

Le observé fijamente y, al responder, las palabras puntearon el tono despreciativo de una soberana.

—Si de la boda de mi padre con Germana nace un heredero, Castilla y Aragón quedarán automáticamente separados. El esfuerzo de mi madre habrá sido inútil.

—¡Pues quédense Aragón en buena hora, y déjenme Castilla para mí!

El grito irritado de Felipe me puso en pie. La ira sacudía mi voz al corregir:

—¡Querrás decir que me dejen a mí Castilla, puesto que la reina soy yo! ¡Qué fácilmente sabes disponer de reinos que nunca has recibido!

El veintidós de abril reemprendimos el viaje, dejando atrás los inquietantes ojos de Enrique VII, primer monarca de la dinastía Tudor, uno de cuyos descendientes habría de ser María Tudor, sobrina mía aún por nacer, hija de mi hermana Catalina y nieta de los Reyes Católicos. Felipe el Hermoso se comportó como el más rendido de los enamorados y el resto del viaje, hasta avistar la costa española, transcurrió en el clima embriagador de un auténtico paraíso. Atrás quedaba la tierra natal del archiduque. Un país donde Felipe jamás regresaría.

El viento barrió las nubes del cielo, que apareció purísimo y lejano. Violentas ráfagas se adueñaron de la dirección del barco, pilotándolo a su antojo. Arrimada al mascarón de proa, asistí a la encarnizada lucha de la nave por avanzar, pero el movimiento tumultuoso de las olas lo impedía. Como si se tratara de un gran decorado teatral, la espléndida mole de la costa formada por la ría de Lage, las islas Sisargas, la ría de Betanzos y Malpica de Bergantiños, cada vez más enormes, cada

vez más reconocibles, venían a nuestro encuentro. El archiduque lo observaba contrariado, pues antes de abandonar Bélgica había anunciado al duque de Medina-Sidonia su intención de realizar nuestro desembarco en sus dominios de Sevilla. Estaba claro que si el duque pudo costear las diecisiete naves del segundo viaje de Colón a las tierras descubiertas, se hallaría en condiciones de recibirnos con el debido boato. Por ningún motivo hubiera renunciado mi esposo al triunfal itinerario: atravesar Andalucía y Castilla recibiendo aplausos y vítores como nuevos reyes antes de enfrentarse a su suegro. Sin embargo, el viento y la marejada destruyeron sus planes, pues el recuerdo de los malos ratos vividos durante la tempestad de Calais aconsejó zanzar la navegación en el puerto más cercano. Al mediodía de un radiante veintiséis de abril de 1506, los coruñeses se agruparon en el muelle para presenciar la llegada de las cuarenta naves de una flota desconocida. Enterados de que la joven reina de Castilla y el rey consorte eran huéspedes de su ciudad y, por tanto, en una de aquellas naves se hallaba la hija de la llorada soberana doña Isabel la Católica, dieron rienda a su júbilo con más de tres mil cañonazos, músicas, fiestas populares y, en la iglesia, prepararon la ceremonia de la promesa, a cargo de los monarcas, de conservar los privilegios del reino de Galicia. A esto último me opuse rotundamente. Cuando me preguntaron acerca de los motivos, respondí tajante:

—No guardo ningún resentimiento hacia vosotros. Si me niego a jurar vuestros fueros se debe únicamente a la ausencia de mi padre. Antes de entrevistarme con él, no ejecutaré ningún acto de gobierno.

Con tan breve discurso y la mirada fija en mi esposo, quise recordarle el incumplimiento de su palabra. La condición previa para realizar aquel viaje fue la seguridad de entrevistarme con mi padre y, de haber desembarcado en Laredo según lo proyectado, el rey estaría ya conmigo. Sin embargo, lejos de allí, en la villa de Torquemada, lugar equidistante de cualquier puerto cantábrico donde pudiéramos arribar, mi padre me esperaba. Sentíase eufórico pues, además de las inmediatas perspectivas de verme, recién terminaban las fiestas de su boda. Iban en su compañía los arzobispos de Toledo y Sevilla, el duque de Alba, el condestable, el almirante y el conde de Cifuentes, decididos a procurar que se cumplieran las disposiciones del testamento de la reina Isabel acerca del gobierno de aquellos reinos. Pero estos nobles, mi padre y yo, íbamos engañados. Las verdaderas intenciones de Felipe eran evitar la concordia y el encuentro. En seguida de intuirlo procedí dejando constancia pública, mediante mi negativa a jurar los privilegios de Galicia, que yo no llegaba a España dispuesta a desposeer al Rey Católico de sus derechos sobre Castilla, sino a confirmárselos. Para dejar bien claro que las intrigas y comportamiento del archiduque no respondían a mis deseos, ordené que me condujeran al convento de los franciscanos habilitado como alojamiento. Felipe organizó inmediatamente la comitiva, agregando a la misma las damas de mi cortejo, secretamente embarcadas. Juré no cruzar la ciudad si aquellas desalmadas no desaparecían. Una vez fuera de mi vista, desfilé por las calles de La Coruña, única mujer entre dos mil hombres, vestida de negro y el rostro sombreado por la pena. Pena a la que hube de agregar la sentida, días después, al darme cuenta de que el convento formaría parte de los múltiples lugares que me sirvieron de prisión a lo largo de mi existencia. Rodeada de guardias, soldados, mercenarios y espías, nadie podía llegar hasta mí sin expreso salvoconducto del archiduque quien, por descontado, los negaba. En la soledad

del convento solían filtrarse noticias políticas y, con ellas, pruebas de la ingratitud, el desafecto y la desatada ambición de mi esposo. Dispuesto a imponerse como amo y señor de mis reinos, manejaba con astucia las intrigas, rechazaba todas las peticiones de encuentro entre él y mi padre y también entre mi padre y yo. A muchos de los grandes los atrajo aprovecharse de las circunstancias, tomando partido por Felipe, para vengar antiguos rencores de cuando los Reyes Católicos los sometieron a fuertes castigos por el creciente y abusivo poder de la nobleza. En aquel entonces muchos perdieron la vida y otros sus propiedades. El conde de Camiña vio destruir seis de sus castillos en Galicia y otro tanto le sucedió al conde de Altamira. En Andalucía sufrieron destierro de sus respectivas ciudades el duque de Medina-Sidonia, el conde de Cabra y el marqués de Cádiz. Con tales procedimientos se consiguió el orden necesario al progreso del reino, pero fue a costa del resquemor de la nobleza. Entre los primeros en llegar a La Coruña para rendir pleitesía al nuevo rey consorte, estaban el marqués de Villena, conde de Benavente, duque de Nájera, duque de Béjar, marqueses de Astorga y Aguilar, Garcilaso de la Vega y el duque del Infantado.

—Es preciso —dijo Felipe a su valido don Juan Manuel— escribir inmediatamente a los nobles aún por llegar, advirtiéndolos que reduzcan al mínimo su séquito, pues en La Coruña no se puede alimentar a tanta gente.

La situación aumentó el triunfalismo de mi esposo, el cual no se recataba de señalar la evidente ingratitud del rey Fernando de Aragón —aunque no de Castilla, añadía maligno— al tomar nueva cónyuge, prueba indiscutible —decía— de su desinterés por los reinos y la persona de su primera esposa. La crítica captó muchos adeptos. Fue notable, sin embargo, la fidelidad fernandina de don Fadrique de Toledo, duque de Alba, pues a sabiendas de aventurar en ello sus territorios, nunca se apartó del monarca. Ocupados en estas rencillas, casi pasó inadvertida la muerte de Cristóbal Colón, que me impresionó sobremanera. Yo era muy pequeña cuando el Almirante acudió al campamento de Santa Fe durante la conquista de Granada para explicar a la reina sus proyectos ilusionados. Como él había intuido, descubrió las Indias y, al volver de su cuarto viaje, el Almirante ya no fue recibido por mi madre a punto de fallecer. Años después, aquel gran soñador vino a morir en un rincón del mundo llamado Valladolid, sin haber merecido el consuelo de recibir el último adiós del monarca a quien tanto benefició. Pero el hijo de Susana Fontanarossa y de Domenico Colombo, aquel niño que empezó ejerciendo de tejedor de lanas junto a su padre para acabar tejiendo islas y continentes en la trama azul del mar, el Cristóbal que en su día arrió la negra bandera del miedo dispuesto a desafiar la impresionante masa oceánica, finalmente, y quizá imaginándose aún en el timón de su carabela, se enfrentó solitario al oscuro mar de la eternidad.

—¿Sabéis noticias de mi padre o rumores de su llegada? —pregunté a mi secretario.

Desdichadamente nada sabía y las continuas modificaciones de nuestra ruta tampoco le permitían suponerlo.

—¿Y a qué se debe tanta agitación?

—Corren malos vientos, alteza. Nos amenaza una guerra civil.

Me sentí perpleja. ¿No me hicieron venir para coronarme? En seguida indagué las causas.

—Disparidad de opiniones, señora. Vuestro padre reclama el cumplimiento de las voluntades testamentarias de la difunta doña Isabel: gobernáis vos, alteza, o el rey de Aragón.

—Entonces no hay disparidad. Como soberana es mi deseo que el Rey Católico ejerza de regente.

—Pero don Felipe se opone.

—¿Qué propone a cambio?

—Gobernar él.

Naturalmente, prescindiendo de mí. Al punto quedó resuelto el motivo que impedía la cita con mi padre. Mientras yo le esperaba para entregarle oficialmente el gobierno de Castilla, también él me buscaba dispuesto a recibirlo. Era Felipe quien posponía el encuentro tratando que yo estuviera de su parte, antes de que la evidente influencia del rey sobre mí desbaratara sus planes. Por tal motivo y en previsión de que algún enviado de mi padre consiguiera conectar conmigo a sus espaldas, Felipe me mantenía retirada, sin dar lugar a que persona alguna me viera, pues la única justificación de su conducta hubiera sido el desvarío de mi razón, asunto inaceptable sin más prueba que unos celos desorbitados. La situación se presentaba difícil para Felipe. Ni se hallaba en su patria ni mis súbditos eran los suyos. Incluso cabía considerarlos como enemigos. En tales circunstancias, cualquier español le parecía sospechoso, pues no se le ocultaba que al mínimo error, Castilla caería en manos de los grandes. Aquello significaría el restablecimiento de la nobleza feudal alrededor de mi trono y la rotura de todos los sueños del archiduque. Tampoco yo me libré del hábito de sospechar. Recluida en las tinieblas de mi mente, espiaba las idas y venidas del entorno, desvelando detalles del proceso político urdido a mis espaldas y a mis expensas. Entre otros hechos lacerantes descubrí que, por fin, se habían entrevistado Felipe y mi padre. Pese al interés de mi esposo, no consiguieron ocultarme lo sucedido. La cita fue en un robledal situado entre Asturianos y Puebla de Sanabria. Allí acudió el rey sin armas y con escaso acompañamiento, mientras que el archiduque se presentó a punto de guerra, más de dos mil picas, gentes de a caballo y hasta mil alemanes. Entrados ambos monarcas en una ermita próxima, discutieron sus diferencias concertando, además, cuándo y cómo firmarían un tratado capaz de solventar tantos enfrentamientos. Mi padre, pese al orgullo demostrado por la admirable fidelidad que yo le profesaba y el coraje de enfrentarme sola y sin consejo al archiduque, no reclamó su derecho a visitarme. Tampoco mi esposo le ofreció la posibilidad de verme. Atentos a la consecución de sus intereses, únicamente concluyeron los términos del infamante documento, conocido después como tratado de Villafáfila. El veintisiete de junio de 1506, en dicha ciudad y estando presentes el arzobispo de Toledo y don Juan Manuel, señor de Belmonte, el rey mi padre, puestas sus manos en el ara del altar, juró la misma concordia que días después juraría mi esposo en Benavente. En ella, luego de proclamar la paz entre ambos monarcas, se manifestaba mi rotunda negativa a gobernar, advirtiéndole que, caso de ser incitada a hacerlo por terceros, los dos monarcas se comprometían a impedirlo hasta por la fuerza o privándome de libertad si fuese necesario, con tal de evitar la destrucción de mis reinos. Cancelado tan deplorable acto, donde padre y esposo me calumniaban, Fernando el Católico decidió salir de Castilla. Me negué a creerlo. No era posible que el monarca me abandonara a merced de mis escasas fuerzas, sumida en un mar de intrigas y ambiciones políticas. Alguien pretendía enemistarnos. Dispuesta a defenderme, hice llamar al capellán dándole la orden de partir enseguida al encuentro de mi padre para entregarle personalmente una desesperada misiva. En realidad, mi carta era un grito de socorro. Un largo

suspiro de agonía interceptado por los secuaces de Felipe. Al abrirse la puerta de la habitación, reconocí al secretario. Mi alma se ilusionó.

—¿Me traes noticias, Juan?

—El capellán ha sido detenido, alteza. Vuestra misiva cayó en manos del archiduque y, después de leerla, ordenó redoblar la guardia de vuestros aposentos.

—Entonces no hay respuesta, ¿verdad? —concluí.

—No la hay, señora. Lo lamento.

Sin embargo, la hubo. Una respuesta generosa, difundida por toda Castilla. Mientras mi esposo celebraba como un triunfo personal el tratado de Villafáfila que casi le convertía en rey, Fernando el Católico repudiaba dicho tratado a punto de cruzar la frontera aragonesa. En el manifiesto, firmado en presencia de Tomás Malferit, Juan Cabrero y el secretario Miguel Pérez de Almazán y dirigido a mi pueblo horas antes de abandonarlo, declaraba nulo el anterior convenio pues al hallarse rodeado del ejército de su yerno y estando él, a su vez, desarmado y sin hombres de guerra, para salvar la vida hubo de firmar algo tan contrario a sus principios como la conveniencia de privarme de libertad, en vez de aconsejar a quienes bien me querían, que me ayudaran. Durante varios días me mantuve abstraída con el manifiesto. Era sumamente consolador que el rey hubiese salido en mi defensa y dejado constancia pública de su afecto por mí. Parecía como si al cruzarse conmigo en el corredor de cualquier castillo, pusiera de nuevo su mano en mi cabeza de niña para despeinarme al pasar. Como si intuyera las penosas horas de encierro que me aguardaban. Como si le traspasara el alma que su pequeña Juanita se convirtiera en una pobre reina, castigada con la amarga corona de la enajenación. Creyéndome comprendida se me escapó un suspiro de gratitud, bruscamente interrumpido por recuerdos delatores: aquel padre que me defendía en el manifiesto, era el mismo que me denigró en público al ordenar la lectura del diario de Martín de Moxica en las Cortes. ¿No me expuso entonces al escarnio, voceando mis intimidades amorosas y una posible falta de cordura? ¿Cuándo era sincero el rey, estando a mi favor o en mi contra? La necesidad de afecto me inclinó a creer en su cariño. Sin embargo, el consuelo me duró muy poco, pues las mismas palabras del monarca que reconfortaban mi corazón, acusaban gravemente a Felipe convirtiendo el tratado en una conspiración de Estado. No cabía duda, el archiduque maquinaba apoderarse de mis reinos. Un intenso deseo de llorar ardió en mis ojos, faltos de lágrimas. ¿Qué se hizo del amor de Felipe? ¿Qué clase de mutaciones pudo sufrir su encendida pasión hasta acabar en confabulación política? Desde luego, era largo el tiempo de su alejamiento y mucho su desamor.

—Alteza... —habló Juan apenas entrar—. ¡Hace un día magnífico! ¿No os apetecería dar un paseo por el parque?

¿Por cuál de los parques de mi existencia? ¿Por el hermoso parque de Sevilla salpicado de infancia antes, y ahora muy cercano a la tumba de mi madre? ¿Por el maravilloso parque del palacio de Bruselas lleno de mi amor y de la excitante rúbrica de los celos? ¿Por el ansioso parque del convento de Lier, donde quedó la huella de mis dieciséis años? ¿O por los verdes parques ingleses, residencia de unos ojos reales que me perseguían?

—Poco importan mis apetencias, Juan. La guardia de mi esposo no me consentiría salir.

—El archiduque asiste en el pueblo a una corrida de toros. Antes de ausentarse, ordenó que se

alentara vuestro deseo de pasear. Dos caballeros os aguardan. ¿Os animáis, señora?

Desde nuestra llegada a Benavente, en vísperas de San Juan, no había salido de mis aposentos y la idea de las puertas abiertas aireó mi rostro antes de pasar el umbral. Los dos caballeros serían mis guardianes, pero estaba claro que me permitían salir. Ver el campo. Absorber la luz. Ensanchar el espíritu. Escuchar el canto de las aves. El rumor de las aguas del río. Tal vez el Órbigo o quizá el Esla, que entre uno y otro guardaban aquel pueblo mitad llano, mitad accidentado. ¿Podría verse desde el parque la antigua iglesia de Santa María de Azogue? Mientras avanzaba al trote de mi caballo alazán, custodiada por el marqués de Villena y el conde de Benavente, trataba de dominar el júbilo de mi respiración. Ambos nobles conversaban sobre temas a todas luces convenidos. Hablaban despacio, demasiado despacio. Y avanzaban lento, demasiado lento después de hacerle sentar el paso a la caballería. A mi alrededor se había instalado una forzada lentitud. Una pereza alarmante. Yo no me daba cuenta, pero aquella tarde percibí claramente en mi entorno la deliberada voluntad del cazador con la trampa preparada, y toda la paciencia del mundo hasta ver a su víctima cayendo en el engaño. Era preciso reaccionar, librarme de las malas intenciones, coger con una mano las riendas de mi destino y, con la otra, asir un látigo para golpear el lomo de los traidores. El caballo no era precisamente un traidor, pero fustigué sus ancas, clavé las espuelas y salí disparada en dirección al foso. Escaparía del castillo. Escaparía a mi angustia. Escaparía de todo, incluso de mi encierro. La raya salvadora del foso se acercaba. Fascinada, espoleé a mi montura y la bestia, llena de coraje, extendió las manos hacia arriba y, en un impulso magnífico, saltó. Agarrada a su cuello, sentí el esfuerzo de los músculos y no tuve miedo a volar por encima de la profunda excavación que defendía la fortaleza. Ni el animal ni yo teníamos alas, pero ambos llegamos ilesos a la otra orilla de la esperanza. Allí el monte olía recio y una brisa menuda arrancaba galantes chichisbeos a las hojas de los árboles. Sin menguar el galope miré hacia atrás, temerosa de ser perseguida. Pero el marqués de Villena y el conde de Benavente no se atrevieron a cruzar el foso y cabalgaban lejos, en dirección opuesta a la mía, buscando la salida del castillo. No emprenderían mi persecución antes de dar parte de lo sucedido al archiduque y, de repente, me sentí a salvo. El corazón me brincaba excitado. Una fuerte punzada doblegó mi cuerpo. Entonces recobré la memoria de mi estado. El peligro que para mi embarazo representaba aquella carrera. Aflojé las riendas y, cuando la bestia se hubo calmado, descabalgué sin dificultad. Muy próxima se alzaba una humilde morada con el granero y el pajar adosados. En el pajar repleto de forraje dejé el caballo y me dirigí a la casa. Bastó un mínimo empujón y enseguida se abrió la puerta. Ya dentro, al apoyar en ella mi fatiga, la madera crujió. Una mujer que trajinaba junto al alféizar de la ventana se volvió rápida. Más rápida aún, hablé yo.

—¿Quién eres?

—María la tahonera, y eso se ve enseguida —señaló en derredor—. Por contra, las personas como vos no suelen visitar mi casa. ¿Quién sois, señora?

—Necesito ayuda. Creo que voy a desmayarme. —Y casi sin aliento, añadí—: Soy la reina. Pero fue la tahonera quien se desmayó.

En el amplio hogar crepitaba la leña encendida. Una olla humeante puesta al fuego esparcía un sólido aroma de familia que reanimó a la mujer. Le pregunté:

—¿Vives sola?

—Con mi marido —balbuceó todavía aturdida.

De un clavo en el muro colgaba el garfio de servir la carne, pero ella cogió un cazo y llenando de caldo un tazón de barro lo bebió a pequeños y reconfortantes sorbos. Repartidos por la habitación, localicé un arado, hoz y rastrillo, cestos, cántaros, un mortero con mano de madera, una hacha, cucharas, cuchillos y un cilindro para afilarlos.

A través de la boca abierta del horno se veía cocer el pan. Casi en un rincón, descubrí una artesa. De la pared pendía un casillero donde se guardaba el queso, seguido de otro igual conteniendo cebollas, ajos, pan de avena y tocino. Una larga mesa de madera rústica con bancos a los lados ocupaba el centro del cuarto, único de la modesta vivienda. ¿Qué hacía yo allí? Angustiada, observé a la mujer y me pareció recuperada de su desmayo, aunque seguía temblando por mi inesperada aparición. Un estimulante olor a laurel dulcificaba la opresiva atmósfera de la casa, trayendo a mi memoria viejas palabras de Beatriz Galindo: «Dormirse en los laureles —nos instruía — significa detenerse después de haber conseguido un triunfo, no proseguir la victoria iniciada, interrumpir una carrera comenzada con éxito.» Y con evidente éxito había yo comenzado una fuga que, de no espabilar, podía frustrarse.

—Dime —reaccioné—: ¿trabaja aquí contigo?

—¿Mi marido? No, señora —giraba a un lado y otro la cabeza—. Es labrador.

—¿Y cuándo vuelve del trabajo?

—Al ponerse el sol.

Demasiado tarde, pensé y no lo dije. Demasiado tarde para escapar. Demasiado tarde para reconquistar la libertad. Demasiado tarde para que el labrador me ayudase a encontrar en los campos el camino de mi padre. Demasiado tarde para que yo, al llegar quienes me buscaban, ya me hubiese ido.

—Demasiado tarde —dije sin pensar.

—¿Tarde, señora? —temblaba y su temblor me irritó—. ¿Tarde para qué?

—Para ayudarme a huir.

El dramatismo de mis palabras repercutió en la mujer, como si en el aire se proyectara la sombra de una horca. Retrocedió asustada con la expresiva actitud de quien busca amparo en los rincones menos esclarecidos. Me temía. Y su exagerado temor consiguió inclinar mi ánimo a la misericordia aunque, en lugar de compadecerme de su trastorno, sentí lástima de mi personal infortunio, siempre creando conflictos allá por donde iba. Desde luego, tuve coraje al emprender la repentina carrera y espolear al caballo para que saltara el foso. Pero había sido un coraje inútil, mal conducido por la desesperación. El desánimo se apoderó de mí al comprender lo vano de buscar una salida a mis apuros sin contar con la adhesión de algún fiel caballero. A su lado hubiera galopado por las tierras castellanas, atravesando como un rayo la tarde de verano con sus llanos, sus ríos, lomas y sembrados hasta saberme sana y salva al lado de mi padre en su reino aragonés. Hubiera sido una fuga triunfal a condición de jamás detenerme en aquella casa; un pozo ciego de donde sería forzoso volver a salir. En el rincón más recogido de la misma, la tahonera aseaba un lecho enorme capaz para albergar varias personas. Encima de una silla de enea descansaba una palmatoria.

—¿Tienes hijos?

—Ya vendrán.

—¿Cuántos?

—Los que quepan —señaló el lecho—. De momento siempre hay alguien que necesita hospitalidad.

Delgada y alta, la mujer estiraba las sábanas, alisaba el cobertor, ahuecaba la almohada, iba de un lado a otro de la cama sumergida en la penumbra. De una penumbra más lejana llegaba un rumor sordo, creciente y, por momentos, reconocible. No tardé en calificarlo como galope de numerosos caballos. Los imaginé envueltos en polvo, los ollares distendidos, los belfos temblantes y las crines al viento. De manera instintiva pensé en agacharme y dejar que la carga de caballería pasara sobre mí sin verme ni rozarme, ni sospechar siquiera la presencia de la persona a quien buscaban. Pero cuando la cercanía del horrísono galope estuvo a punto de hacerme estallar, el ruido se disolvió en la nada, como si todo fuera producto de la imaginación. Perdida en aquel repentino silencio llamé mi atención la cautela de una sombra moviéndose detrás de los árboles.

—Señora... —murmuró la tahonera con voz entrecortada—, parecen soldados.

En efecto. Al otro lado de la ventana abierta, los rayos horizontales de un sol a punto de ocultarse atravesaron los espacios libres de la enramada, poniendo gallardetes de luz en la punta de las lanzas. Primero vi una. Luego, varias. Después, muchas. Se oyeron relinchos. Algún trote en torno a la casa. La guardia alemana tomaba posiciones, nos rodeaba. La tahonera lloraba entre las sombras del rincón. Adivinando la gravedad del momento, avanzó unos pasos hasta quedar a plena luz. En sus ojos oscuros llenos de lágrimas retenía montones de preguntas, nacidas con mi presencia y que jamás resolvería. En su destino no estaba escrito que nuestros caminos se encontraran y, de aquel cruce inesperado, ella quedó conmocionada y yo indefensa. ¿En qué podía ayudarme una tahonera?

—Lamento no haberos dado crédito, alteza. Perdonadme, os lo ruego.

Con gran estruendo se abrió la puerta. Dispuesta a exigir buenas maneras a los intrusos, me puse en pie. Los guardias de corps del archiduque y los soldados españoles de los grandes irrumpieron en la habitación, colocándose a un lado y otro de la entrada. Entonces apareció Felipe.

—¿Dónde está la reina? —dijo antes de cerciorarse, con el ímpetu de quien supone ha de enfrentarse a feroces enemigos.

—Aquí estoy.

La inesperada falta de oposición le sorprendió y hubo un silencio breve pero intenso. Desde la ventana un rayo de sol se arrastraba por el suelo hasta encharcarse a los pies del archiduque, y al reverberar en su calzado le esclareció el rostro. La mágica luminosidad de su frente se oscurecía bajo los arcos de las cejas, en la fosca herida de los ojos. La hermosura de Felipe continuaba lacerándome y se me estrujó el corazón al recordar los viejos días en que mi esposo, a través de su mirada, depositaba en la mía su cuerpo y alma, sangre y mente confundidos. ¿Cuándo volvería a mirarme así? Me invadió un sentimiento terrible hecho de esperanza y desesperación, al comprender que podían imitarse los gestos, los ademanes, los actos de enamorados, pero nada tan difícil de conseguir como una espontánea mirada de amor.

—Deseabas que te encontrara, ¿verdad? —preguntó después de ordenar a los guardias que

abandonaran la casa.

—En absoluto.

—Entonces, ¿por qué has dejado tu caballo a la vista?

—Creí estar lejos de aquí cuando tú me buscaras.

Los ojos del archiduque me observaron con una mezcla de alivio por haber recuperado lo que daba por perdido, reproche por lo impropio de mi comportamiento, y desconfianza por ignorar mis intenciones.

—¿Y dónde vas, Juana? Porque si no vas a ninguna parte, resulta imperdonable tu conducta. Has puesto en conmoción la corte entera. Se armó un revuelo en los toros cuando me vi en la necesidad de retirarme precipitadamente. La guardia alemana tomó posiciones. La casa está sitiada. Los grandes cabalgan alrededor y los soldados castellanos extendieron la vigilancia por el campo. He aquí las consecuencias de tu huida. ¿Te parece comportamiento digno de una reina?

—De una reina a quien tratan como tú a mí, sí.

—¿Y cómo te trato, Juana?

—Lo mismo que a una prisionera, con notable desprecio de mi condición de mujer y de reina.

—Si a mi cuidado le llamas prisión, cometes un error. Te guardo, Juana, por tu falta de salud.

—Mi salud es magnífica y siempre tuve embarazos fáciles. ¿Quizá aludes a mi estado de salud mental? —le provoqué y la provocación surtió efecto.

—Dicen que estás loca.

Al escuchar el tremendo vocablo me sentí flotar en el vacío de un tenebroso planeta personal, buscándome yo misma, dolida por haberme perdido, apartada del mundo y a la deriva dentro de mi oscura soledad. Un prolongado escalofrío me recorrió el cuerpo.

—¿Quiénes lo dicen?

—La gente.

Inesperadamente me puse a reír. ¿La gente? Tenía gracia que Felipe llamara gente a Martín de Moxica y sus tendenciosos relatos. A mi padre, quien ordenó la lectura del diario de Martín. A los grandes, que dieron crédito al rumor. A mi madre, por juzgar locura el afán mío de seguir a mi esposo cuando salió de España. Aunque el primer responsable de la tremenda infamia lo tenía enfrente, paseando nervioso arriba y abajo de la estancia.

—El rumor de mi insania lo habéis difundido vosotros. Los que más podríais beneficiaros. La gente siempre estuvo de mi parte, Felipe. Y con razón pues ¿en qué favorecería al pueblo mi locura?

El rostro de Felipe se contrajo por la ira. Estaba molesto al haberse equivocado anunciando dificultades en la toma de posesión del reino de Castilla, pero le irritó mucho más el error cometido conmigo, a quien supuso incondicionalmente adicta a sus proyectos.

—En Benavente nos esperan. Volvamos al castillo.

—No.

A mi negativa siguió un gemido. Felipe alzó el rostro.

—¿Lloras, Juana?

—En absoluto.

—Pues me pareció escuchar un llanto.

—Siempre hay alguien que llora en alguna parte.

Mi alusión al irreprimible sollozo de la tahonera no le distrajo de sus intenciones.

—Sacarte de aquí a la fuerza va contra mi dignidad y la tuya. No me obligues, Juana. Accede a lo que te pido. Regresemos al castillo, ¿quieres?

—No.

La oscuridad ocupaba ya demasiado espacio. La tahonera pensó que más allá de la casa sitiada por el ejército, un paso tras otro, machaconamente, su marido regresaba ajeno al hecho de haberse convertido su hogar en refugio real. La mujer se revolvió en su rincón. Al oír el ruido, Felipe desenvainó la espada. Dijo con rapidez:

—¡Quién vive!

—Es la tahonera —dije—. A buen seguro que intenta alumbrar la estancia. Está oscureciendo muy aprisa.

Abocada a un pánico irracional, la mujer retorció su falda entre las manos y, de manera esporádica, secábase el sudor de la frente con la punta del mandil. Las sombras crecientes quitaban aspereza a su contorno plebeyo, añadiéndole hermosura. Era la clase de mujer que nunca dejaría sola con mi esposo. Al iniciarse el ocaso, los árboles del laurel potenciaron su fragancia y yo tuve un momento de intensa desolación. ¿Amaba todavía a Felipe mientras él, traidoramente, hipócritamente, buscaba una fortaleza adecuada para enterrarme en vida?

—No iré a Benavente —repliqué a su nueva insistencia—. Más aún: jamás pondré el pie en ninguna plaza fuerte de mi Estado.

—Extraña decisión. ¿Te importaría razonarla?

—Es bien fácil —dije, y aunque la sonrisa no estaba en mis labios, se balanceaba en la voz—. Si ahora nos acercamos al castillo habremos de aguardar a que tiendan el puente levadizo para atravesar el foso. El puente se mueve a mano, mediante un torno con cadenas y, una vez cerrado, no hay quien lo mueva. Después encontraremos un pasillo abovedado que atraviesa la muralla y termina en una gruesa puerta de madera de dos hojas con refuerzos de hierro, defendida por una barra horizontal encajada en el muro. Luego de traspasar dicha puerta, aún quedará el rastrillo que se alza para permitir el paso al patio interior...

—Bien —interrumpió—, así son los castillos. ¿Y qué pretendes con esta descripción?

—Demostrarte lo difícil que es, una vez dentro, salir de una fortaleza sin permiso del castellano.

—¡Por Dios, Juana! ¡Eres la soberana de Castilla! ¿Quién osaría desobedecer tus órdenes?

—El que obedezca las tuyas.

Las palabras partieron el aire como un cuchillo, pero Felipe no parpadeó. Miraba insistente mi cabeza sin corona y creí escuchar la rabia de su corazón al verse obligado a reprimirse y disimular. Su turbación confirmó el acierto de mis apreciaciones: el fin primordial del archiduque era declararme demente y quedarse con el trono en calidad de rey consorte. Pero no iba a poder arrebatarme lo que yo aún no poseía por no haberme jurado reina. Mi negativa a protagonizar ningún acto oficial desde mi llegada a la península, se convirtió entonces en mi mejor protección. Delante de la pared anochecida pasó la tahonera, como una estrella fugaz, con una vela encendida entre las

manos. Los caballos piafaron en la calle y yo buscaba los antiguos ojos de Felipe en aquella tarde tan oscura.

—¿Entendí bien, Juana? ¿Me acusas de pretender encarcelarte?

—Sí.

Algo pálido, pero vehemente, mi esposo se acercó hasta casi tocarme. Debía conseguir a cualquier precio que yo abandonara voluntariamente mi refugio. Por muchas razones. La principal estribaba en la amenazadora presencia de los grandes, irritados por la obligación de actuar sin la seguridad de que su reina se hallara dentro de aquellos muros. Ni siquiera me habían visto y les costaba mantenerse quietos sobre sus cabalgaduras, todavía en el pecho la vieja lealtad hacia mis padres. En torno a la humilde casa campesina dominaban sus monturas, pero constituían una amenaza silenciosa que, al mínimo roce, se transformaría en un ejército a mi favor, enarbolando contra los flamencos un grito de rebelión. El archiduque quiso evitarlo.

—Si piensas lo que afirmas has debido de sufrir mucho. Pero te demostraré tu error, Juana.

—¿Cómo? —tuve el ánimo de balbucir.

—No regresarás a Benavente. Ahora mismo iremos desde aquí a Valladolid. Y te juro que tú no cruzarás de nuevo el puente levadizo ni te forzaré a que busques la libertad saltando el foso. ¿Estás conforme, Juana?

Casi parecía enamorado. Casi me volvía a enamorar. Apenas asentí salió para dar las órdenes de nuestra marcha. En seguida regresó a buscarme. Cerca del umbral recordé a la tahonera y también mi condición de reina.

—Toma —entregué a la mujer uno de mis anillos—. Consérvalo en memoria de este día.

—Jamás lo olvidaré, señora —hizo una vacilante genuflexión—. Y lamento no poderos ofrecer nada. ¿Qué puede tener una tahonera que no tengáis vos?

—Tienes pan. ¿Por qué no me obsequias con uno de tus panes?

La mujer hizo un gesto de resignación.

—Se quemaron, alteza —dijo, y aquello me dolió.

Fuera de la casa recobré mi caballo, que respondió al palmoteo de mi mano sacudiendo sus crines, salpicadas de diminutas hojas de alfalfa. La noche era suave y los eucaliptos olían mejor al aire libre. Los soldados, los guardias de corps, nobles y acompañantes, ocuparon sus lugares respectivos y nos pusimos en marcha flanqueados, Felipe y yo, por el conde de Benavente y el duque del Infantado. Ladraron unos perros y volví el rostro. Bajo la copa de un árbol todavía se hallaba la tahonera. Pero no estaba sola. Los perros brincaban a su lado y un hombre la abrazaba. La noche se había cerrado como una puerta oscura sobre la remota memoria de mi antigua felicidad.

A la salida de Benavente la luna llena asomaba por la parte posterior del castillo, perfilando en el aire su negra silueta. Cuando perdimos el pueblo de vista me sumí en la repentina beatitud de quien acaba de pasar un gran peligro. La siguiente parada fue Mucientes, a poca distancia de Valladolid, la ciudad más hermosa del Estado. Allí tuvo noticias Felipe de algunos problemas surgidos en Flandes que, en caso de agravarse, requerirían su inmediata presencia, con la arriesgada obligación de abandonarme a merced de las intrigas de mi padre o de los grandes. También en

Castilla iba haciéndose peligrosa la situación pues la opinión pública se modificaba según el desarrollo de los variables acontecimientos. Para asentar las tendencias políticas y dar fin a tanta confusión, urgía que yo accediese a ser coronada reina. Felipe ponía tal empeño en conseguir mi conformidad como yo en negarla, pues con auténtico dolor me enteré de sus ocultas intenciones. Una vez jurada reina, sin pérdida de tiempo y en el mismo acto, sería yo declarada demente y Felipe, como rey consorte, ordenaría mi prisión en la fortaleza previamente designada. Librado de mi presencia, el archiduque entraría en Valladolid con el boato digno de un monarca indiscutible. Después de largas meditaciones decidí actuar y, ante la sorpresa del archiduque, acepté presentarme en las Cortes. Al entrar, Felipe llevaba mi mano en la suya y en los labios una sonrisa de triunfo que no tardó en helarse. Íbamos a proceder al juramento cuando me salté las normas de la ceremonia y, adelantándome en la grada del trono, me expuse a la curiosidad de todos mientras me dirigía a los procuradores. Un fuerte rumor se extendió por la estancia. Intrigado, Felipe ordenó silencio. Yo disfrutaba con la expectación. De nuevo destruía los planes del archiduque y me escapaba de sus trampas. Al hablar, mi voz sonó firme. Llena de autoridad.

—¿Me reconocéis los aquí presentes como hija legítima de Isabel I, soberana vuestra ya fallecida?

—Sí, alteza —dijo el presidente, desconcertado—. Os reconocemos como hija suya.

—Entonces —ordené con decisión—, puesto que me reconocéis, os mando que vayáis a Toledo y me esperéis allí, pues he decidido que en Toledo se me jure fidelidad y también yo juraré vuestras leyes y derechos.

Satisfecha del asombro producido, abandoné el salón sin aguardar respuesta. Sorprendidos, los procuradores me vieron desaparecer de las Cortes mucho antes de apagarse el eco de mi voz. A medida que yo me acercaba, el público se abría como un abanico. No miré hacia atrás, ni me interesó observar el efecto de mis palabras. Me bastaba con haberme librado de la trampa tendida por mi esposo. Todos los comentarios captados al pasar me fueron favorables.

—Debe de ser cierto que la tienen prisionera pues utilizó la sorpresa para dirigirse a nosotros —decían.

—Pese al aislamiento en que la mantienen supo elegir. Toledo es la ciudad más adicta a doña Juana.

—La acusan de incapacidad para el mando y acaba de comportarse como una auténtica soberana.

—A partir de ahora nadie podrá acusarla de negarse a ejercer el gobierno.

—La hija de Isabel la Católica debe gobernar sola.

¿Sola? Desde lo alto del reciente triunfo de las Cortes caí en un abismo de amargura. La intención de mi lucha se confundía. Deseaba evitar que me encerraran, estaba defendiendo mi libertad. Pero nunca prescindiría de Felipe y, menos aún, aceptaría el mando sin él. Una congoja terrible me ahogaba.

—¡Dios mío! —murmuré—. ¡No quiero ser reina!

Pasé la noche mirando el firmamento, que parecía un terciopelo donde se revolcaban las inquietísimas estrellas. Era un parpadeo abrumador. Al amanecer había acumulado tanta tristeza que

hice cubrir mis estancias de lienzo negro y me vestí de luto.

—¿Por qué lo haces? —inquirió Felipe.

—Para acortar distancias.

Entre lo exterior y mi interior, el luto era un puente de entendimiento y tranquilidad que hacía más fácil mi aceptación de lo cotidiano. Quizá por ello pude conceder a los procuradores la audiencia solicitada, a la cual asistió el archiduque. Ellos necesitaban mi respuesta a tres preguntas que consideraban fundamentales antes de mi coronación. La primera se refería a si tenía intención de gobernar sola o acompañada del rey consorte. Y dije con el mayor sosiego y claridad:

—No me parece conveniente que mi reino sea regido por flamencos o por la esposa de un flamenco. En consecuencia ordeno que me sustituya mi padre hasta la mayoría de edad del príncipe Carlos.

En un silencio riguroso y estremecedor escuchamos la segunda pregunta:

—¿Piensa vuestra alteza vestirse a la moda española?

—Desde el mismo día de ser jurada reina.

Los rumores de satisfacción quedaron apagados al formularse la última pregunta acerca de la conveniencia de tomar a mi servicio damas y doncellas nobles de Castilla, tal como convenía al rango de una soberana. Mi respuesta fue tajante:

—En este asunto no consentiré que los procuradores intervengan. Es cosa mía. Nadie conoce a mi esposo mejor que yo y, en tanto viva, ninguna otra mujer pisará mi casa.

Los procuradores se retiraron satisfechos. Por fin sabían a qué atenerse. El archiduque se quedó largo rato pensativo en la sala desierta. No conseguía asimilar el hecho de que su presencia no me hubiera intimidado, y le dolía la humillación sentida al oír en público lo que en privado nunca quiso escuchar. Me había expresado claramente. Mis palabras acababan de apartarle del gobierno efectivo. La decisión, tomada ante testigos y sin someterla a su previa consulta, le demostró la pérdida de su influencia sobre mí. Espoleado por una rabia inmensa, se retiró a sus habitaciones. Acababa de ver derrumbarse el delicado engranaje de su ambición ante los representantes de todo el reino. Sin embargo, no supo asumir el único gesto capaz de reparar lo destruido: apelar a mi cariño. Desde aquel momento, nuestra incomunicación fue total. También mi soledad.

—¿Es cierto —pregunté resentida a mi secretario— que el archiduque aprovecha la frecuencia de sus viajes para recoger discretamente numerosas firmas de los grandes, todavía obcecado en su propósito de recluirme?

—¡Por Dios, alteza! Permitidme suplicaros que no os maltratéis repitiendo semejantes disparates.

—¿Y es cierto que los presiona bajo amenazas o soborna concediéndoles cargos?

—Señora, por favor...

—¿Puedo saber cuántos nobles humillaron sus blasones, prestándose a firmar?

—Os diré mejor quiénes se negaron.

—¿Tan pocos me han sido fieles, Juan?

—Más fiel que ninguno, el almirante.

—¿Hasta qué punto?

Los ojos del secretario se esclarecieron al mirarme y alumbraron una pequeña aurora en mi ánimo abatido.

—Pese a las noticias anteriores de represalias muy duras por no obedecer, el almirante se opuso: «Si su alteza ordena que firme este documento repleto de tan graves acusaciones —le replicó a don Felipe—, considerará justo que antes solicite yo ocasión de ver y hablar a la soberana.»

—¿Qué respondió el archiduque?

—Se mostró de acuerdo. Ése es el motivo de mi presencia, señora, anunciar la visita del almirante.

En la puerta de mis aposentos le recibió Garcilaso. Yo aguardaba dentro, acompañada por el arzobispo de Toledo, a quien seguía odiando con absoluta cordialidad. En aquel instante me resultó muy desagradable que el insigne fraile fuera testigo inevitable de la importante entrevista a punto de realizarse. El almirante conversaría conmigo para determinar mi estado mental mientras el rígido religioso, de carácter irreductible, quizá sacara dudosas consecuencias oyendo mis explicaciones. Aquella forzosa intimidad me irritaba.

—Si vuestro verdadero nombre es Gonzalo —le sorprendí con mi intención de zaherirle—, ¿por qué os hacéis llamar Francisco?, ¿os agrada mentir?

—No miento, alteza. Francisco es mi nombre en religión.

—En tal caso os hubiera sentado mejor llamaros Pedro.

Su rostro enjuto expresó asombro.

—¿Pedro...? —dijo—. ¿Por qué, señora?

—Porque Pedro fueron los tres primeros inquisidores. Pedro de Verona, en Italia, Pedro de Castelnau en Francia y Pedro Arbués en Aragón. —Guardé silencio aposta y luego añadí, sombríamente—: Los tres murieron sacrificados.

Si al término de la entrevista decidía firmar apoyando mi reclusión, estaba avisado que no me dejaría sorprender. Nada más pude añadir, pues la puerta se abrió. La grata oscuridad de la habitación frenó el calor asomado en el umbral. Cegados por el sol de Mucientes, los visitantes parpadearon indecisos en la penumbra. En seguida descubrí los ojos del almirante buscándome como solía durante las audiencias de mi madre que yo presidí infantilmente a los pies del trono. Recuperada de pronto mi subordinación de niña, me puse en pie ante el recuerdo.

—¿Venís de donde mi padre está? —dejé entrever mis ansias—. ¿Le hallasteis bien, almirante?

Mi cuerpo enlutado se difuminaba en la habitación y casi desaparecía contra sus paredes tapizadas en negro. El almirante necesitó buscar la voz para situarme.

—No pase pena vuestra alteza —dijo acercándose—. Don Fernando goza de muy buena salud.

—¡Cuánto hubiera dado por verle! —murmuré ensimismada.

El ambiente saturaba melancolía. Frente al nobleservidor de mi madre, sentí como nunca la feroz dentellada de la orfandad. La entrevista fue dura y, a su término, se decidió repetirla al día siguiente. Acabadas las doce horas de diálogo, el almirante de Castilla declaró oficialmente a

Felipe, bajo palabra de honor, que a lo largo de la conversación jamás dije algo inconveniente. «En cambio —apostilló adrede el almirante—, doña Juana se mantuvo muy atenta a cuanto le dije acerca de los daños causados al reino por sus peleas con el esposo y la manera de proceder en su trato con el gobierno.» Añadió también que me notó muy interesada en sus explicaciones, suponiéndome dispuesta a corregir mi actitud. Y, ciertamente, así era.

—Disiento de su opinión, almirante —declaró decidido Felipe—. Me ratifico en la mía y persisto en el propósito de encerrar a doña Juana, presentándome a solas en Valladolid para mi coronación. Es la mejor solución a los problemas de Castilla.

—Mire bien su alteza lo que hace —con peligrosa gallardía me defendió el almirante—. Ir a Valladolid sin la soberana, sería cosa de gran inconveniente pues el pueblo se halla alborotado a causa de su inexplicable ocultamiento y los grandes tendrían ocasión de agitar el reino pidiendo a voz en grito la liberación de doña Juana. Os recuerdo que vino a España a reinar y no a ser encarcelada. Mi parecer respetuoso es que su alteza no la separe de sí. Y puesto que el principal mal son los celos, encerrarla sería aumentar la enfermedad y la pasión.

Fueron muy razonables sus palabras, pero resultaron inútiles. Ni la amenaza de provocar motines en un país que no era el suyo, ni la posible existencia de rencores sembrados en el altivo talante de mis súbditos humillados por el favoritismo que Felipe dispensaba a sus compatriotas, consiguieron disuadirle de su errónea conducta. El archiduque prefería arriesgar el trono de Castilla antes que soportarme a su lado. La fuerza de su ambición me produjo espanto, pero fue peor entender que su desamor superaba la ambición. Por temor a confiarme a un enemigo, paseaba silenciosa en el vacío de mis habitaciones. ¿Cuánto tiempo, quizá años, iba yo malviviendo entre castillos, fortalezas o palacios, eternamente espiada y sintiendo trepar por mi cuerpo el frío de la hostilidad? El anciano procurador de Toledo, don Pedro López de Padilla, fue desterrado de la corte por su decisión de guardarme fidelidad hasta la muerte y no consentir que la reina de España fuera encerrada contra su voluntad. En Andalucía se habían declarado partidarios de mi liberación el duque de Medina-Sidonia, el conde de Ureña, el marqués de Priego y el conde de Cabra. Los nobles castellanos, a Dios gracias, aún no se habían convertido en cortesanos y reaccionaban acordes a su natural orgullo y antigua independencia. Antes de empeorar el Estado de la nación, decidí acudir a Valladolid y ser coronada.

—Ya era hora —sentenció Felipe cuando le hice transmitir mi decisión—. Necesito que las Cortes me concedan cuatrocientos mil ducados para hacer frente a los dispendios que requiere mi corte y el mantenimiento de los dos mil hombres de mi guardia.

En esos días veraniegos de calor aposentado, cuando los pastores suelen esquilarse las ovejas en el aprisco y el campo repite como un eco los balidos del rebaño, recuerdo que hicimos nuestra entrada en Valladolid siendo diez de julio en el aire, y hora de tinieblas en mi corazón. Varios caballeros aguardaban en la ciudad para entrar bajo palio. A punto de iniciar la marcha de la comitiva ordené:

—Quien haya dispuesto dos estandartes precediéndonos, que retire de inmediato el que va delante del archiduque. Solamente yo soy reina de Castilla. Sólo ante mí puede tremolar la enseña real.

El carácter de Felipe me hizo temer una reacción violenta, pero mi esposo no se atrevió a contradecirme en presencia de toda la nobleza castellana allí reunida. Mi lucha contra el abuso de su poder, no cejaba. Y, le agradase o no, hubo de pasear la humillación inferida por las calles engalanadas de la primera ciudad de mis Estados. Vestida de luto y montada en corcel blanco con gualdrapa de terciopelo, sonreía triunfal debajo del velo que me cubría el rostro. Mi madre quiso que ningún extranjero gobernase España. Y yo iba a conseguirlo. Frente a la iglesia, después de apearme y alzar el velo, me dirigí al siempre inevitable Cisneros.

—Cuando salgamos del templo, don Felipe será rey consorte; mi hijo, el príncipe Carlos, heredero del trono. Pero yo seré soberana absoluta, propietaria de todos mis reinos con sus habitantes, incluidos el rey consorte y el príncipe heredero que, sin mí, no serían nada.

—Y yo me felicitaré por ello, alteza.

—Vos os podéis felicitar si así os place. Pero a mí no me modifica la esencia ni la voluntad, puesto que soy reina desde el fallecimiento de mi madre. Por motivos acordes al ejercicio de mi dignidad, os conmino a responder a una pregunta: ¿Por qué os habéis pasado al bando del archiduque, siendo anteriormente adicto a los monarcas Isabel y Fernando?

—Yo no estoy en el bando del archiduque, señora. Ayer como hoy, permanezco fiel a mi principio de fortalecer el poder real. Os aseguro, alteza, que me hallaréis siempre donde mi persona haga falta para enderezar el reino.

—Decisión que tomaréis según vuestro criterio, claro. Me parece que no os disteis cuenta de que acabáis de darme una magistral definición de la infidelidad. Vuestra actitud, Cisneros, me produce náuseas.

Mantenerme sin apoyo en el puesto de reina más importante de Europa, era de todo punto imposible. Echaba en falta la compañía de alguien que me ayudase a transformar mis dudas en sólidas columnas de fe. Por desgracia, nunca hubo ese alguien ni lo habría. En su lugar, vinieron a reanimar mis decaídas fuerzas, hechos acaecidos en alguna parte de las recoletas calles vallisoletanas. No muy distante de donde yo me hallaba, se celebró la boda de mis padres y tuvo efecto el óbito de Colón. Aquel hombre alto, de pómulos salientes, ojos grises, pecoso, y de varoniles rasgos, acabó sus días en Valladolid sin aclarar dónde los empezó. Pontevedra, Saona, Oneglia, Cogoleto, Boggiano, Córcega, Pradella, Timate, Terrarosa y Génova se disputaban el privilegio de haber visto nacer a Cristóbal Colón. Con mayor autoridad, Génova, pues así lo declaró el propio Colón cuando, en 1498, se instituyó su mayorazgo. Sin embargo, la afirmación fue puesta en duda al suponerse que el Almirante mintió, movido por el ansia de ser considerado pariente de los Doménico Colombo, famosos marinos italianos. Dormido ya para siempre, quizá no supo nunca que, muy cerca de la casa donde cerró los ojos, contrajo matrimonio, precisamente en el palacio de don Juan de Vivero en el cual habitaba, una jovencita de dieciocho años, blanca de piel, cabellos castaño claro y ojos entre verde y azul que, al pasar los días, iba a convertirse en reina quizá para sufragar el coste de sus sueños de navegante. Desde los siete años mi madre estuvo prometida a don Fernando, doce meses menor que ella e hijo de don Juan, rey de Navarra y Aragón. También aspiraron a su mano el duque de Berri, hijo del rey de Francia; don Carlos, príncipe de Viana; don Alfonso, rey de Portugal, y don Pedro Girón, maestre de Calatrava. Pero la infanta regresó a sus promesas de niñez y

se casó con aquel mozo de tez tostada y ancha frente, destinado a ser mi padre. El Almirante, Isabel de Castilla, Fernando de Aragón y yo, Juana de Castilla, nos cruzamos a destiempo por el aire vallisoletano. Dos ya habían muerto. Y la muerte, por estar, solamente por estar, concedía un valor inestimable a la vida. Una vida que a toda costa me prometí defender.

—Me informaron que don Felipe propuso nuevamente a las Cortes mi reclusión alegando, una vez más, mi incapacidad mental —dije a mi secretario.

—Es lamentable pero cierto, alteza.

—¿Conocéis la respuesta?

—La conozco, señora. Tomó la palabra el almirante de Castilla y estuvo magnífico. «La reina —dijo— entró como tal en Valladolid, atendiendo mis consejos y demostrando sana prudencia. No observo ninguna sinrazón en el hecho de que la soberana cumpliera su deber dejándose jurar y acatando ella misma las leyes y privilegios de la ciudad.» Acto seguido, con gran osadía y arrogancia, atacó el ánimo indeciso de algunos grandes, asegurándoles que no existían motivos de temor, pues iba a emplear todo su poder y fuerzas en proteger a quienes se pronunciaran en contra de vuestra reclusión, señora.

—¿Se alcanzó alguna concordia?

—No, alteza —admitió el contrariado Juan—. La petición de don Felipe fue rechazada y denegado, por tanto, el permiso de recluiros. Aquello resquebrajó el acuerdo de la nobleza y dividió las opiniones. Pero mucho me temo que dejó intacta la voluntad del archiduque. Haciendo uso de la confianza que me otorgáis, me atrevo a rogaros que os mantengáis alerta, señora. Nuestro archiduque don Felipe no volverá a suplicar en las Cortes.

—Entiendo, Juan. No te violentes. Intentas decirme que persistirá secretamente en su idea de encerrarme. ¿Verdad?

—A la primera ocasión y sin ningún miramiento.

Aislada y vigilante desde mi aparente desinterés, detectaba de inmediato las ocultas intenciones de Felipe. El resto del verano transcurrió alteradísimo. Forzaron la voluntad de la marquesa de Moya, amiga de la infancia de mi madre, para que entregase el Alcázar de Segovia a don Juan Manuel, señor de Belmonte, con la secreta intención de encerrarme allí el resto de mi existencia. Al intuir el verdadero destino de la fortaleza, la vieja marquesa se negó a obedecer, contestando: «Sólo doña Juana tiene derecho a disponer del castillo que su madre, la reina Isabel, entregó a mi custodia.» Felipe puso cerco al Alcázar con intención de rendirlo. Mientras conseguía su propósito, tuvimos que pernoctar en Coceges, un pequeño villorrio al cual llegamos a punto de extinguirse el día. Las torres de un inesperado castillo perfiladas sobre los oscuros tintes del ocaso desataron mis recelos. Quizá Felipe usaba tanto la amenaza de Segovia y su imponente Alcázar para distraer mi atención mientras entraba de buen grado en el pequeño castillo de Coceges, casi desconocido, ideal para ser olvidada y verdadera meta de mi destino. Atemorizada, me negué a entrar. Me negué a descansar. Me negué a dormir. Pasé la noche entera de un lado a otro montada en una mula.

—Tiene la manía de huir a caballo —murmuraron.

—Le gustará el campo.

—Pues ahora habrá de gustarle vivir en un alcázar. El de Segovia ya pertenece al favorito de

don Felipe.

Sabedora de que mis órdenes debían ser cumplidas, con toda malicia le comuniqué al archiduque públicamente mi decisión de visitar Burgos. El valido mostró su contrariedad.

—¿Burgos? —don Juan apenas contenía la irritación—. Perdonadme, alteza, pero vuestra esposa debe de tener confidentes.

—¿Por qué?

—La elección del lugar y el momento tan apropiado de solicitarlo indican un acierto desconcertante en alguien, como se pretende asegurar, falto de luces. Además de retrasar su ida al Alcázar, una vez en Burgos se hospedará en la residencia del condestable de Castilla, don Pedro Hernández Velasco, duque de Frías, casado con una hija ilegítima del rey Fernando llamada Juana de Aragón. También en Burgos habita el almirante de Castilla, que ya sabe su alteza cómo las gasta, y reúne en la ciudad el mayor número de sus adictos. No cabe duda: alguien informa a la reina de manera exacta y minuciosa.

—Entonces... —apremió Felipe.

—... Continuaremos nuestra política de concesiones. Iremos a Burgos. Iremos a cualquier parte. Iremos donde la reina decida. No importa en absoluto. Pero vuestra alteza sabe que, un momento u otro, alcanzaremos nuestro fin.

Aunque el relente de la noche pasada al aire libre en las afueras de Coceges perjudicó mi salud, reanudamos la marcha. Agravado mi malestar, hube de acostarme en Tudela, donde fui testigo del enfado de Felipe, pues siempre decidido a no perderme de vista, estuvo obligado a permanecer conmigo y recibir a reyes y embajadores en tan inadecuado lugar. Ya repuesta, emprendimos la ruta de Burgos. Me alegré al saber que residiríamos en la casa del Cordón, hermoso edificio proyectado por el arquitecto musulmán Mahomet, conocida con tan curioso nombre debido al cordón franciscano que decoraba la fachada del palacio de los Condestables de Castilla, pertenecientes a la Orden Tercera. Esperaba yo que la dueña del palacio, mi hermanastra doña Juana, además de oír mis quejas y quebrantos, diera alguna solución a mis problemas. Pero tal como yo entraba en la casa del Cordón, salía mi hermana. Nos vimos de lejos.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué se marcha mi hermana? —interrogué al Condestable.

—Mi esposa, alteza, fue obligada al abandono de su morada para evitar que se confabulase con vos en contra del archiduque. Suplico perdón, señora, pero las órdenes de don Felipe son inapelables.

Era época de vendimia y yo la sentía en el corazón apretado de disgustos. Burgos se me aplomaba en el alma y, aun de lejos, los burgaleses me parecían afectados del mismo desánimo. Pero no se trataba de imaginación. El descontento iba en aumento. Los gastos de mi esposo se hicieron excesivos y decidió vender cargos, hipotecar rentas del Estado, enajenar bienes de la Corona. Envió un ejército de recaudadores a cobrar las contribuciones y el pueblo los veía pasar como la peste que, por otra parte, assolaba el país. El disgusto era general y después de siete años de sequía y malas cosechas, las huestes de mi esposo llovían sobre mojado. Sumidos en la desesperación, los castellanos contemplaban impotentes el paso de un ejército extranjero armado hasta los dientes al que, además, habían de alimentar. La atmósfera política, por momentos más enrarecida, hizo que el

archiduque presionara a la nobleza adicta a mi causa. Al viejo almirante le exigió la entrega de una de sus fortalezas y el noble caballero hubo de confiar las llaves al archiduque. Cuando Felipe depositó el castillo en manos de don Juan, se celebró la toma de posesión con un gran festín. Aquella interminable noche algo amenazaba. Mientras los flamencos se embriagaban y divertían en el castillo, los burgaleses, deslizándose pegados a los muros, iban por las casas comentando su disgusto. Tampoco dormían los caballeros. Varios personajes se me acercaron a confiarme su añoranza por la rectitud del gobierno de los Reyes Católicos. Yo pasé la velada en compañía de mi aya en el salón de recepciones.

—Estoy seguro, alteza, que os agradará contemplar de nuevo estas maravillas —señaló el marido de mi hermanastra.

En los muros de la estancia, iluminados con abundancia de candelabros, pendían varios tapices pertenecientes a mi madre. Después de su fallecimiento se vendieron en almoneda en la villa de Toro, según costumbre. Lo mejor de la colección se envió, por orden testamentaria, a la capilla real de Granada y el resto quedó disperso entre desconocidos compradores. Pero allí estaba, para mi goce particular. La misa de san Gregorio, tapiz flamenco que yo traje a la reina en mi primer viaje, cuando contaba veinte años y mi madre se mantenía a duras penas sobre la engañosa peana de su deteriorada salud. Eché en falta, muy especialmente, el tapiz tejido en oro obsequio de la noble dama condesa de Ribadeo y los tapices que le compraron mis hermanas. Los paños de Arrás que Isabel la Católica heredó de sus antepasados y los seis paños llamados de oro, que yo adquirí en Flandes y representaban la vida y triunfo de la Virgen, no se hallaban en la casa del Cordón. Como tampoco estaban los años felices y el mágico tiempo de mi pasión amorosa compartida. La luz plomiza del alba apagaba el titilar de las velas y los añorados recuerdos se desvanecieron. Agotadas las existencias de las alacenas y bodegas, también dieron fin a la celebración del castillo. Una inesperada calma envolvió la fresca presencia de septiembre y casi me pareció placentero el sonido irregular de la pelota. A mi esposo le agradaba entretenerse en el juego del frontón y se divertía en la solana. Horas después pensaba yo sombríamente en la incógnita de mi futuro, cuando me anunciaron:

—El archiduque se halla indispuesto. Sufre escalofríos y tiene calentura. Los físicos ya le atienden, alteza.

Fue un sorprendente grito de libertad. Enfermo y encamado Felipe, quizá yo recobrase la independencia. Si mi esposo no se hallaba en condiciones de respaldar actos en mi contra, ¿quién osaría poner reparos a la reina? Al cabo, iba a disponer de mi albedrío. Con cierta cautela abrí mis aposentos y me arriesgué a salir. La guardia no se movió. Avancé despacio entre los soldados y ninguno intentó impedírmelo. Cada minuto más segura, continué adelante. Adelante sin parar. No cabía duda, ¡por fin era libre! Entonces, y en pleno uso de mi libertad, realicé mi primer acto voluntario dirigiéndome a ocupar mi sitio junto al lecho de Felipe.

Lejos, por la superficie de las montañas que sitiaban el campo, chorreaba el sol temprano como un hilo de aceite desprendiendo luz. Al fondo de la llanura silenciosa sonaba la zampona de un pastor. Debíó de sacar pronto su rebaño a pasturar atraído por el frescor de la hierba que lucía su primera escarcha. El rocío congelado durante la noche era anuncio de que algo había cambiado en el

clima burgalés. Se presentía en el aire un revuelo semejante a los preparativos de viaje y, desde lo alto de la serranía, el invierno espiaba el instante propicio para invadir la meseta. Muchas cosas iban a terminar con el verano, que acompañaba su agonía a otra agonía más dolorosa e inesperada pues, mientras yo creí reconquistar la salud de mi esposo, el destino trabajaba día a día en destruirla.

—¿Qué miras, Juana?

—El campo de Burgos.

El pulso me latía contra la piedra del muro donde apoyaba mi sien. Era tan fuerte el palpito que consideré posible traspasar a la pared la vehemencia de mis sentimientos.

—¿Y eres capaz de mirar el campo, hallándome yo con tanto sufrimiento?

Estábamos solos. Solos como en Lier cuando nos casamos. Solos como en Gante, donde nació nuestro primer varón una noche de baile. Solos como en los primeros días del añorado palacio de Bélgica. Solos como en Brujas, reina del silencio. Solos como en nuestro primer viaje a España. Solos como únicamente pueden estarlo quienes habitan el mágico arrebatado de los enamorados. La abstinencia de su amor había sido demasiado larga y aquella intimidad me trastornaba. La voz de mi esposo venía a buscarme recién salida del lecho, con la acogedora temperatura del embozo y el tibio calor de los cuerpos jóvenes. Su indudable seducción se me encaramaba por la espalda hasta alcanzar los hombros y rozar mis mejillas con el delicado aroma de las caricias perdidas.

—Cuando yo miraba lejos tú dormías —intenté sobreponerme—. Pasé la noche entera a tu lado, bien alerta. ¿Qué puedes temer?

—La muerte —suspiró—. Algo que habita en un lugar donde no llega tu influencia.

—Pero son muchas las personas que enferman, y muchas las que sanan.

—En cambio, yo moriré —confesó pensativo—. Recordarás, Juana, que a últimos del pasado agosto vimos un cometa, entre mediodía y poniente, que revolvió el cielo con su llamarada. Por entonces nadie osó interpretar el significado de su aparición. Ahora ya sé que el cometa anunciaba mi fallecimiento.

Viéndole sufrir olvidé su hostilidad, los enfrentamientos conmigo por su obsesivo empeño en arrancarme el reino que me pertenecía, mi tormento a causa de sus amoríos, la reclusión a que me tenía sometida. No sentí fatiga de cuidarle día y noche. Olvidé que me hallaba en el quinto mes de embarazo. Sólo pensaba en que siguiera viviendo pues, si perdía la vida, también yo perdería su amor. El riesgo me empujó a una lucha desesperada. Según mi criterio, el archiduque mejoraría y me abstuve de dar crédito a los devastadores dictámenes médicos. Ludovico Marliano Milanés, posteriormente obispo de Tuy, certificó en su calidad de físico que la verdadera causa del malestar de Felipe provenía del exceso de ejercicio, en clara referencia al juego de pelota. La fiebre continuaba. Le sacudían los vómitos. Se llenó de manchas negras. Le martirizaban a fuerza de purgas y sangrías. A criterio de Parra, médico de cabecera, el archiduque padecía inflamación de los pulmones y anginas. El conde de Fürstenberg había escrito al emperador Maximiliano para comunicarle el temor que sentía mi esposo de ser envenenado y su imperial majestad nos preguntaba, hondamente preocupado, si en los cuidados prestados a Felipe se consideraba defenderle de aquella posibilidad. El rumor de un probable envenenamiento se levantó de pronto, y de nada sirvió mi abnegación y afecto. Los flamencos también sospechaban de mí.

—Has de esforzarte en comer, Felipe —y a manera de incentivo, prestándole confianza, probaba sus manjares antes de ofrecérselos.

A pesar de mis cuidados y contra mis deseos, el archiduque agonizaba, si por agonía se entiende el lento desprendimiento de la vida. Nunca fui consciente de la gravedad, pero algunos la detectaron y, mientras en la alcoba de Felipe flotaba el fracaso de una existencia que terminaba demasiado joven, los grandes y nobles partidarios de mi esposo acudían al palacio de Ximénez de Cisneros convocados por el poderoso arzobispo de Toledo. Después de que su ilustrísima les planteara el problema de la sucesión, las opiniones se manifestaron divididas. Los flamencos y los españoles adictos a Felipe propugnaban nombrar rey de Castilla a mi hijo, el príncipe Carlos, que seguía educándose en los Países Bajos. Naturalmente, con seis años de edad, necesitaría la tutela de un regente y ninguno mejor que su abuelo el emperador Maximiliano. El condestable, el almirante y sus partidarios se declararon fieles a mi padre, reclamando su regreso de Italia. El resto de la nobleza, en especial los grandes andaluces, se definieron contrarios a la regencia de Maximiliano y al reinado de Fernando el Católico. Cisneros propuso entonces renunciar a soluciones extranjeras. En Castilla existían hombres de prestigio y entre ellos se debería escoger regente. La solución fue bien recibida y cuando los allí reunidos buscaron la persona adecuada para tan importante cargo, no tardó en hacerse evidente que el hombre de más prestigio ante el reino no podía ser otro que el propio arzobispo. Así fue como el día veinticuatro de septiembre de 1506 quedó instaurada una regencia en Castilla bajo la jefatura de Francisco Ximénez de Cisneros. El humilde franciscano que aceptó a regañadientes el puesto de confesor de la reina Isabel, y a quien yo recordaba en el castillo de la Mota intentando separarme del archiduque, acababa de ser nombrado gobernador general del Reino. Recibí aquellas noticias con honda amargura. ¿Por qué buscaban sucesor a Felipe si Felipe no era el rey? ¿Y por qué se empeñaban en buscar un rey si la reina era yo? Durante el curso de las conversaciones ni uno solo de mis súbditos reclamó el gobierno para mí, legítima propietaria de la corona. Nadie dijo: «¡Castilla por doña Juana!» Un cerco de silencio ahogó mi nombre.

—Juana —habló penosamente mi esposo—, voy a morir.

—No digas eso, Felipe. Superarás esta crisis y aún nos queda un hermoso futuro esperando. Debes confiar.

—Yo no tengo futuro, Juana.

—Lo que no tienes es fe. Al menos confiarás en Dios, ¿verdad?

—¿Pero cómo voy a confiar en Dios, que está en el futuro, si no confío en el futuro? Créeme, Juana, me estoy muriendo.

En seguida de oír estas palabras, me horrorizaron. Y las dejé abandonadas en el miedo que las envolvía. Con el ánimo encogido me alcanzó una ráfaga de verdad: mi esposo se moría. Me incliné sobre él como quien busca el misterio que permite desguarecer un cuerpo de su espíritu. Incuestionablemente algo se modificaba en mi esposo y, para mi propio terror, también yo me iba modificando ante el espectáculo de la muerte. Sobre todo, y a medida que Felipe cedía ante su invasión, yo misma la aceptaba.

—Juana... —tenía el rostro cubierto de sudor y sus ojos miraban desde una lejanía terrible.

—Dime...

Pero no dijo. Únicamente alcanzó mi mano, llevándola encima de su pecho.

—Ya sé, ya sé. No te esfuerces. Se te enfría el corazón, ¿verdad, Felipe?

Fue una mirada ansiosa, desesperada. Aquellos ojos aterrados adivinaban el final y, sabiéndose perdidos de antemano, se rendían sin atreverse a solicitar una imposible ayuda. Por la estancia pasó como un fantasma la bella dama belga de los rizos de oro, el peinador de gasa, y la búsqueda del billete amoroso del archiduque entre las flores del invernadero. Eran cosas inútiles frente a la gravedad del momento. Eran pequeñas brisas de vacío ante la cercanía de la eternidad. Al asomarse a la ventana y caer sobre mí la incommovible belleza de la noche, tuve escalofríos. ¿Acaso el universo no se alteraba ante el desgarrador momento de una agonía humana? El cielo brillaba igual que en Bruselas cuando la luna, navegando en la distancia, pasaba sobre la sombra del palacio llenándolo de plata.

—Estoy cansado. Cansado de ir y no llegar. ¿Dónde voy, Juana?

Ambos seguíamos idéntica dirección: hacia el silencio y las tinieblas. Tinieblas y silencio en vida para mí. Tinieblas y silencio eterno para él. Y como si se hiciera sumo sacerdote de aquella mística aterradora, compareció en la alcoba mortuoria Diego Villaescusa, el presbítero que nos casó. Amparados en el vuelo de su ropa talar, entraron los angélicos cantos de nuestra boda. Comenzaba el amanecer y la potencia de su luz, mate y dura como un cuchillo, limpia de adornos, mondaba la realidad mostrando su crudeza. El rostro de Villaescusa no estaba menos lívido que el de Felipe pero, de repente, adquirió contornos monjiles para ponerse a rezar. De manera fluctuante iba y venía alrededor del lecho, soltando una retahíla de latines en observancia del rito de bien morir. Felipe consentía, aunque no participaba. Y a mí me enterneció su postura de niño implorando protección. Los criados entraron en silencio distribuyendo por la estancia grandes candeleros de pie con hachones encendidos. El olor a cera anunciaba la tétrica llegada de la muerte. Y no estábamos todos allí por Felipe, sino por ella; con el secreto fin de congraciarse, amansarla y conseguir que al llevarse al archiduque, olvidara a los demás. Casi inadvertidamente fui reconociendo rostros de gentes muy enaltecidas. Alguien puso al lado del lecho un reclinatorio. Acercándose, el sacerdote me invitó:

—Alteza, os haría bien rezar conmigo unas invocaciones a Dios Nuestro Señor.

—¿Para qué?

—Es la manera cristiana de separarnos de quienes se nos van para siempre.

Querían despedirle. Iban a decirle adiós. Ni se les ocurrió indagar la opinión del moribundo pues, en su calidad de tal, ya no interesaba. Simplemente se lo quitaban de encima a jirones, aprisa, antes de que su húmeda huella de cadáver les mermara la egoísta vitalidad. El alba ya no estaba. La mañana crecía vigorosa, con un vigor excesivo para la escasa fortaleza del enfermo que, incapaz de soportarla, acabaría por sucumbir. Llevaba ya mucho tiempo sin mirarle, retenida por ese pudor morboso de quien observa algo a través de la cerradura. Asustada de lo que pudiera ver, giré lentamente la cabeza, deslizando la mirada por el ventanal donde lucía el cielo como puesto en una hornacina. Observé el brasero portátil con el fuego encendido para mitigar el frío anticipado del enfermo. ¿Por qué los moribundos consumen un trozo de porvenir antes de marcharse? En el banco cubierto de ricastelas y en las sillas plegables de tijera se acomodaban algunos grandes. Nobles

adictos a Felipe se habían sentado en los cojines colocados encima de los cofres. Era posible morder en el aire la agonía e imposible descubrir por dónde se iba marchando Felipe aunque, ciertamente, así era. Antes de abordar la visión del lecho, respiré hondo y me crujió el corazón.

Durante los seis días anteriores, mi esposo estuvo quejándose y añadieron otros colchones a los puestos. Las cortinas de aquel trono mortuario aparecían separadas y, en el centro de la cama, aquel muchacho de Lier que obligó a su gobierno a que anticipara nuestra boda, apenas abultaba debajo de las sábanas. Para ocultar mi emoción a los presentes, me hiqué sobre el reclinatorio. El sacerdote seguía murmurando jaculatorias. Un coro susurrante apoyaba las preces con el monótono «ora pro nobis». La atención puesta en Felipe, decidí sumarme a los rezos con una íntima y desesperada oración:

—Por esos pies que corrieron detrás de mis noches...

—Ora pro nobis.

—Por esos brazos que me oprimieron a su pecho...

Ora pro nobis.

—Por esa cintura que se quebró buscándome...

—Ora pro nobis.

—Por el aliento de esa boca que insufló en la mía el aliento de mis hijos...

—Ora pro nobis.

—Por las manos que al rastrillarme el cuerpo me llamearon la vida...

—Ora pro nobis.

Un chasquido semejante al de las ramas secas al quebrarse interrumpió mi descenso a los infiernos. Interrumpió también las invocaciones y jaculatorias. El silencio se hizo más tenso que un tejido en el telar. Gotas de sudor frío me resbalaban en la frente. El sonido cavernoso se repitió. Era el enfermo.

—Juana...

Me incorporé temblando, adelantándome hasta casi caer sobre mi esposo. Reclamada por algo que aún parecía amor, le animé a continuar.

—¿Qué deseas, Felipe?

—Juana... —trató de sonreír pero el gesto se le quedó en mueca—. Juana, yo...

Clavó su mirada en la mía con la angustia de quien pide auxilio demasiado tarde. De pronto, se desprendió de mí y sus ojos giraron alrededor de las órbitas quedándose inmóviles en un ángulo de las cuencas. Permanecí largo rato contemplando aterrada el repentino vacío de las retinas. Mi esposo ya no estaba en ellas. Al punto me invadió la tenebrosa fuerza del deseo acumulado a lo largo de mi existencia junto a Felipe. Era un deseo insoportable. Seco como las cepas de una vid retorcida. Como obligar a las mariposas a cumplir nupcias en un vertedero. Como resucitar cadáveres ofreciéndoles rosas. Como amarse uno a sí mismo, aisladamente. Un deseo urgente, cercano al paroxismo, acuciado por la evidencia de que los últimos signos vitales de Felipe se me escapaban y nunca los alcanzaría si continuaba entreteniéndome.

—Señores... —los despedí con un ademán decisivo—. Mi esposo, el rey consorte, acaba de morir.

Dicho esto corrí las cortinas de la cama y entré en aquel lecho glacial. Cegada por la ventisca de los recuerdos, me tendí al lado de Felipe hasta que su frío apagó mi desazón. Fueron unas horas lentísimas, pobladas de visiones segmentadas. Retazos de sus ojos almendrados, de su varonil presencia, de sus finas manos, de sus cabellos rubios, de sus veintisiete años. Cuando aparecí de nuevo ante personalidades y cortesanos, los ojos inquisidores de los presentes me siguieron llenos de reconvención. Pero yo pasé entre ellos ignorándolos. Erguida dentro de mi traje negro. Desprendiendo al avanzar lilas marchitas, tréboles de cementerio, violetas desalentadas que nadie podía ver. Nadie excepto yo. Que las iría derramando a lo largo de mi existencia a partir de aquel lunes, veinticinco de septiembre de 1506, cuando me quedé sin Felipe y los burgaleses estrenaron el otoño.

Teas, cirios, hachones, luces de aceite y todo cuanto fuera menester, mantuvieron como un ascua la casa del Cordón durante la dilatada noche del velatorio. Empleados del palacio, nobles y gentes del gobierno, transitaban por las amplias estancias en completo silencio, subían y bajaban las majestuosas escalinatas, se inclinaban sin hablar o, en caso de necesidad, hablábanse entre susurros. El dolor, que encubría el talante habitual del palacio, se transmitió a otras casas de la misma ciudad y a otras de más allá de la ciudad, en otras tantas ciudades de las Españas. La muerte del jefe de Estado produjo terribles convulsiones aunque no, necesariamente, dolor. El dolor era todo mío. Y quizá por hallarme muy sensibilizada a causa del mismo, tuve la lucidez de percibir cuanto sucedía en aquella penosa noche de viudedad. Antes de oscurecerse el sol a punto de caer en el horizonte, las huestes de Cisneros entraron sigilosas en palacio dispuestas a preparar los necesarios aposentos para una estancia indefinida del gobernador general del Reino. La llegada fue tan inmediata que, cuando se produjo, todavía respiraba el archiduque, realizándose la ocupación con la suntuosidad característica de semejante personaje, aunque no de su persona pues, según costumbre y mientras no actuara en funciones de su cargo, vestía el humilde hábito franciscano. El rápido despliegue no dejó huella de la furtiva entrada en el edificio de un ejército de hombres. Todavía más rápido surgió un bando de la regencia en el cual se anunciaba, a cuantos circularsen armados por las calles de Burgos, que sufrirían pena de azotes; si llevasen daga perderían la mano, y si derramaran sangre se los ajusticiaría en el acto. A la publicación del bando siguió la obligada intervención de soldados que garantizara su cumplimiento y, en consecuencia, una serie de sombras amenazadoras aparecieron en los rincones de la ciudad. La contundencia del edicto abortaba cualquier posible levantamiento en mi favor, impidiendo que yo tomase las riendas del gobierno. En tanto yo velaba amargamente el cadáver de Felipe, Burgos me velaba a mí, reina viva, como a un cadáver fingido. Las cocinas de la casa del Cordón encendieron sus hachones y lumbres. Una docena de sirvientes adormilados preparaban caldos, infusiones y lo que hiciera falta para culminar con el debido ímpetu interminables horas de trabajo. Nunca una inmovilidad tan absoluta como la del regio difunto generó tanto movimiento. Su oleaje llegó hasta Simancas, lugar donde se educaba el pequeño Fernando, aquel hijo nacido en Alcalá de Henares mientras su padre escapaba de España. También ahora, al escapar su padre del mundo, alguien iba en busca del infante con mal definidas intenciones. Anteriormente al óbito de Felipe ya hubo en Simancas un intento de raptó por parte de los flamencos, dispuestos a

valerse del niño para desarmar la potencia gubernamental de Cisneros. Acudieron a reclamar la tutoría del infante con cartas del rey, que luego se descubrieron fingidas, don Diego de Guevara y Philippe Ala. El recelo del ayo de la criatura, don Pedro Núñez de Guzmán, claverero de Calatrava, le llevó a comunicar sus sospechas al presidente y oidores de Valladolid quienes, una vez informados y en compañía de numerosos vecinos vallisoletanos sólidamente armados, se dirigieron a Simancas donde desbarataron la intriga. Por temor a que se repitiera el intento, aquella noche tan poblada de reyes muertos, porvenir sin monarca, maquinaciones y amenazas, mi añorado hijo de apenas tres años atravesó la siniestra madrugada en brazos de su ayo. Iban en dirección a Valladolid y su dormida alteza quedó allí depositada en el colegio de San Gregorio, fundado por don Alfonso Burgos, obispo de Palencia de la Orden de Santo Domingo, cuando no podía ni suponer el alivio que su decisión significaría para mi primer hijo español. Tampoco en la cámara mortuoria del palacio de los Condestables, la noche se concedía tregua. Avisada de la trágica pérdida de nuestro soberano, regresó de urgencia aquella a quien el muerto echó de su casa: mi hermanastra Juana, la cual, ayudada de otros allegados, se encargó de que vistieran regiamente al difunto. A tal fin, por mediación de mis doncellas, hice llegar algunas prendas a la alcoba de Felipe. Había donde escoger. Camisas finas, holgadísimas y bordadas, de notoria influencia musulmana. Borceguíes altos acordonados en plata. Jubones de seda. Calza pantalón en una sola pieza traída de Borgoña. Sobrevestes de amplísimas hombreras. Guantes bordados en oro. Sombrero de plumas de pavo blanco. Y largas cadenas, abundantes y suntuosas. Felipe iba a presidir su último acto oficial de acuerdo a su condición de hijo del emperador Maximiliano, de yerno de los Reyes Católicos, de esposo de la reina Juana I de Castilla, de soberano de los Países Bajos y, sobre todo, en su condición de hermoso joven capaz de enamorarme hasta enloquecer. Desde mis aposentos, yo imaginaba penosamente el lento revestir de aquel cuerpo tan amado. Invisible entre el humo de las antorchas y el revuelo de las manos ocupadas en el cumplimiento de las obras de misericordia, mi espíritu encelado recuperaba con avidez la cálida geografía humana donde tantas pasiones derramé. Resultaba duro pensarlo, pero enterrar al difunto no cancelaba las sensaciones vivas ni disminuía las arraigadas exigencias. ¿Dónde iría yo con mi corazón a cuestas en una noche tan desorientada? Lo peor de la muerte era quedarse vivo. Sofocar en el alma las convulsiones provocadas por su aparición y, en cambio, dar preferencia al trato irrespetuoso del hecho más trascendental de nuestra existencia. Súbitamente fatigada, tomé asiento frente al bargeño donde lucía un antiguo espejo de mi madre. Se trataba de una joya excepcional y me recordaba las custodias. En la parte delantera de su base cuadrada se abría un cajoncito destinado a joyero y, en lo alto del fino pedestal que se erguía desde la base, el cuadro de oro grabado al fuego escondía el espejo que apareció, redondo como una hostia, apenas tiré hacia un lado la cenefa ornamental de su bella orfebrería. Casi enseguida me asomé al misterioso cristal azogado. Esa ventana donde nunca se quedaba mi imagen, que siempre la devolvía, que jamás reveló las cosas reflejadas cuando yo no miraba. Conteniendo la turbación fui arrimándome al espejo, cautamente, con el deseo y el temor de hallar el apacible rostro de mi madre flotando sobre la tranquila superficie del cristal. Desde que me notificaron su fallecimiento, como era lógico, ya no la vi más. ¿Y si estuviera allí? Quizá morir significaba perder la facultad de reflejarse. Quizá mi madre murió porque el espejo le arrebató su imagen. Quizá yo la liberase al

abrir el mágico cristal. Sin embargo, nada sucedió. De espaldas a la puerta de mi habitación, lo primero que observé en el espejo fueron los rojos capelos cardenalicios, las blancas capuchas de los frailes, las suntuosas vestiduras de los grandes a quienes las llamas del alumbrado acentuaban o disminuían el tamaño en su tránsito por la escalera. Pero no vi a mi madre. Entonces me acerqué más y todo desapareció, quedando únicamente mi rostro detenido en el espejo. ¿Qué hacía allí mirándome a mí misma y dando crédito a una imagen virtual a la que ni siquiera me podía comparar? Estuve mirándome tan fijamente que pronto fueron los ojos del espejo los que me miraban y yo quien retrocedía, llena de zozobra, temerosa de convertirme en imagen. Tuve ganas de huir. De caminar lejos. De emprender varios caminos simultáneos. De encontrarme cara a cara conmigo misma en alguna revuelta del camino. Busqué mi peine de marfil y comencé a ordenar los cabellos, deseando coordinar mis movimientos a los movimientos de quienes componían el arreglo de Felipe. Los amantes debían ser coincidentes, incluso en los enfados. En el desamor. En la pasión.

—¿Me permite vuestra alteza?

La doncella continuó peinándome y yo me recliné al fondo de mí misma para, desde allí, observar los acontecimientos. Luego sucedió todo muy aprisa. Cuando vinieron a buscarme llevaba bastante rato aposentada en un cómodo sillón de tijera, vestida rigurosamente de negro y un gran manto cubriéndome el rostro hasta los pies. A mi lado, alumbrando mi desesperación, un alto tenebrario con las quince velas encendidas. El candelabro triangular de los Oficios de Tinieblas en Semana Santa fue lo único que a Felipe le había parecido agradable en las ceremonias religiosas de la Pasión de Cristo. Mandé traerlo a mi alcoba y su presencia humeante transmitió alrededor la temblorosa sonrisa de Felipe cuando todavía me solicitaba.

—¿Le habéis ungido, Juan? —solicité a mi secretario.

—Con algalia, ámbar, perfumes y aguas olorosas, alteza.

Entre las últimas disposiciones de Isabel la Católica estuvo la de imponer los vestidos negros en señal de luto y anular los blancos, de coste considerable para una corte que presumía de austeridad. El acto del sepelio fue severo y nada ostentoso pues, en cumplimiento de la pragmática de Luto y Cera dada en Madrid cuatro años antes, exactamente el diez de enero de 1502, no se podían llevar en los entierros más de veinticinco cirios «porque todo exceso en tal punto no redundaba en sufragio y alivio de las ánimas de los difuntos, pues solamente fueron inventadas estas muestras de dolores por las gentes que no creían haber resurrección general y que las ánimas morían con los cuerpos, y así estas cosas de flaqueza y autos dolorosos fueron fallados solamente para solaz de los vivos». En tales condiciones la luz del sol resultó el más llamativo de los alumbrados. El resto de la ceremonia se compuso de una masa negra avanzando silenciosa por el campo, y el bizquear de los cirios que, de trecho en trecho, abandonaban en el suelo sus calientes lágrimas de cera. Absurdamente se derramó por mi memoria una vieja lección de Beatriz Galindo acerca de Mohamed ben-Abadallah, califa conocido con el sobrenombre de Almanzor, que significaba el victorioso. Natural de Málaga y estudiante de leyes en Córdoba, ganó cincuenta y siete batallas contra el enemigo y se hizo enterrar bajo el polvo de sus victorias acumulado en sus ropas durante la lucha. ¿Quizá lo recordé porque me dolía que Felipe entrara en la Historia sin dejar huellas importantes como político o soberano y únicamente se comentara su hermosura, su extenso conocimiento de los

deportes, la fortaleza de su cuerpo, su gusto por una sociedad divertida o su pasión por las mujeres? No iba demasiado lejos la comitiva. En tanto no se decidiera dar cumplimiento a la voluntad de Felipe, expresada en su testamento, de ser enterrado en Granada, mi esposo descansaría en la cartuja de Miraflores. Apenas a una legua de postas desde Burgos, el fácil acceso me permitiría ejercer sobre el lugar una estricta vigilancia. Del amor de una vida no se desprende nadie sin oposición, ni tampoco cualquier sitio parece apto para el nuevo acomodo del ser perdido. A mi criterio, la cartuja era digna de recibir a Felipe. Antiguo palacio de Enrique III, fue donado a los cartujos por mi abuelo Juan II y, al convertirlo en monasterio, Juan de Colonia edificó la iglesia. En la portada se exhibían los escudos de León, de Castilla y del rey Juan II. Por mandato de Isabel la Católica, que ordenó la construcción de los mausoleos, allí descansaban los restos del rey Juan y su esposa Isabel de Portugal, no lejos de su hijo Alfonso, hermano muy querido de mi madre. Separarme del archiduque se me antojaba tremendo además de inevitable, pero me consoló saberle en tan querida compañía. Por fin Felipe accedía a formar parte de mi familia. Una sólida familia cuyos miembros fallecidos iban siendo ya numerosos. Al imaginarlos reunidos emanaban una extraña fortaleza, cuya comprensión me estaba vedada. En realidad, los muertos me rechazaban. Yo no pertenecía a su misterioso mundo. Como tampoco pertenecía al mundo de los vivos, pues también me rechazaron a lo largo de mi existencia. ¿Cuál era el extraño país donde yo habitaba, nadie deseaba quedarse y, menos aún, hacerme compañía? Reconocí apesadumbrada mi aislamiento, a excepción de un hijo a punto de nacer y un difunto recién muerto.

—¿Le embalsamaron? —oí conversar a mi hermanastra con el condestable.

—Naturalmente.

—Se rumorea que los médicos le sacaron al archiduque el corazón y lo enviaron al emperador Maximiliano dentro de un estuche de oro.

—¿Es lo correcto, no?

—Si tú murieras, yo no consentiría separarme de un corazón que me pertenece.

Llevaba razón. Pero más alarmante era la posibilidad de que, además del corazón, se llevaran el cuerpo. Apenas supuesto, ordené preparar lo necesario para visitar Miraflores. En el momento de salir del palacio me di de bruces con mi hermana, pero no me detuvo. Como nadie detiene a nadie cuando se hunde hacia sí mismo. Al llegar a la cartuja me dirigí a la fosa sepulcral y mandé abrir el féretro. Las gentes de mi entorno asistieron atónitas a la doble apertura de la caja de plomo y la de madera. La ansiedad sufrida era terrible y hubiese jurado que se me rasgaba el pecho en el mismo momento de acercarme a comprobar si Felipe seguía en el ataúd. En efecto, allí estaba. Con una codicia delirante me abalancé sobre el cadáver dispuesta a verificar la autenticidad de los rumores. Rasgué deprisa los sudarios embalsamados y me paré sin aliento frente al hermoso rostro, subyugada por aquella armonía detenida que sólo muestran las estatuas. Impregnada de súbita dulzura fui desvistiendo los restos mortales de mi esposo, abriendo el escote de sus prendas, una a una. Hasta ser mis manos las manos de sus amantes. Hasta rendirme de nuevo, a la tiranía de mi propia pasión. Hasta traspasar un collar de emociones. En el húmedo aire de la cripta viví el calvario de tener cerca algo muy amado e imposible de recuperar. Agotada por la violencia de los sentidos me detuve cuando, al apartar la última camisa bordada del difunto, ofendió mi vista el descubrimiento de un

enorme corte en el pecho, donde estuvo el corazón. La herida de Felipe se me abrió a mí de repente, clavándome su dolor. Imaginé la delicada víscera camino de Borgoña. Imaginé el desesperado latir en el vacío del estuche de oro forrado de terciopelo. Le imaginé preguntándose por la suavidad del cuerpo mutilado. ¿Qué se podía esperar de un cuerpo sin corazón? ¿Quizá Felipe estaría vivo cuando se lo arrancaron? ¿Por qué habían actuado al margen de mi voluntad? ¿Por qué siempre me ignoraban? ¿Era justo consentirlo?

—¡No!

El grito estremecedor explotó en mi cerebro y estuvo a punto de provocarme un desmayo. Asida al borde del féretro permanecí quieta hasta perderse el eco de la voz retenida. Después miré alrededor. Era un ambiente extraño. El rosetón de la capilla modificaba la luz cenital con sus manchas de color. Algunos cartujos agrupados a un lado de la capilla y los componentes del cortejo observaban cohibidos. Los soldados de la guardia componían su rígida apariencia. Mi secretario Juan López me sostenía el ánimo con su leal mirada. Muy puesto en su papel, el obispo de Burgos reprobaba claramente mi actitud. ¿Pero qué actitud? ¿La de haber gritado yo, y estaba segura de no haberlo hecho? ¿O la de no reprochar el supuesto grito de un tercero? ¿Gritó alguien en realidad? Irritada por las malhadadas complicaciones clavé mi atención en la impertinencia del obispo y, de la manera más despreciativa posible, ordené:

—La llave, señor obispo.

—¿Qué llave, alteza?

—La llave del ataúd.

—Vuestra alteza no la habrá de necesitar y aquí en la cartuja la tendrán bien guardada.

—En ninguna parte estará mejor guardada que donde yo la ponga. Dadme la llave, monseñor.

La llave colgaba de una larga cadena de oro y yo me la puse al cuello como si fuese una joya. Pedí a los cartujos que ordenaran nuevamente el ataúd. Luego me acerqué al féretro, introduje la llave en la cerradura y di vuelta al pestillo.

—Ahora responded —esgrimí por vez primera una dureza que me acompañaría hasta el final de la vida—: ¿quién de vosotros gritó hace un momento?

Todos retrocedieron. Nadie respondió. Apoyada en la llave que descansaba en mi pecho, la mano me temblaba. Siendo dueña de innumerables propiedades de las cuales nunca podría disponer, precisamente era señora absoluta de un espacio que albergaba mi insoportable desgracia.

CAMINO DE TORDESILLAS

A partir de la última semana de septiembre los días se hicieron grises y lacios, como una cinta de muñeca olvidada. El cielo se mantuvo salpicado de nubes inútiles, que ni llovían ni dejaban ver el sol. En realidad, todo fue inútil después del adiós a Felipe. Quizá por haber comprobado la invalidez de una fuerza tan abrasadora como el amor. En aquel amor yo había creído: un amor irresponsable y confiado que desplazaba el alma hacia una mágica libertad. Pero apenas tuve indicios de una posible indiferencia, el maravilloso sentimiento se transformó en dolorosos celos, imposibles de controlar. La calma me sobrevino después de muchos años. Justamente cuando la pérdida de Felipe, ya consumada, dejó de atormentarme. «Es cierto que la pasión que vivo me trastorna —confesé a la reina Isabel en Alcalá de Henares, protestando por retenerme lejos del archiduque—. Me trastorna y mantiene en un estado de total desequilibrio. Pero esto no os da derecho a llamarlo síntoma de locura.» El antiguo rumor no se extinguió. Al contrario, se fue acumulando a los nuevos rumores, como el fomentado por mi visita a la cripta de mi esposo, atribuida a escabrosos motivos o a razones rayanas en brujería. Sumergida en un sopor indiferente, me negué a comer. Decisión rutinaria, pero sumamente peligrosa pues yo no solía retroceder en mis actitudes de aislamiento. No obstante, mi vieja doncella encontró la solución.

—Alteza —murmuró tímidamente—, os he mandado preparar el plato preferido del archiduque. ¿No lo despreciaréis, verdad?

Al fondo de la estancia, dos criados montaron la mesa en un santiamén, extendiendo encima del tablero un hermoso mantel de brocado y las piezas necesarias de una vajilla de plata. Con el ánimo decaído, interrogué:

—¿A qué plato te refieres?

—Sopa dorada, alteza.

Se me vino encima un torrente de recuerdos. A Felipe le agradaba el manjar cuya receta debió de llegar a sus manos por conducto de su familia borgoñesa. Taillevent, cocinero de Carlos VII de Francia, había sido el creador de la especialidad y, en el escritorio del archiduque, se guardaba el pliego delator del secreto culinario. La letra, redonda y ostentosa, salpicada de pequeñas gotas de tinta, aconsejaba: «Hacer tostar unas tajadas de pan y agregarles una salsa a base de azúcar, vino blanco, yemas de huevo y agua de rosas. Una vez bien empanadas, freírlas y agregar nuevamente agua de rosas. Espolvorearlas con azúcar y azafrán.» ¡Dios mío, sopa dorada! ¡La iniciación de nuestros mejores momentos, el testimonio de que yo no estuve soñando, de que todo existió!

—¿Le sirvo la sopa, alteza?

—Ahora mismo. Y cada día —dictaminé.

Fue una manera de sobrevivir, de continuar engañándome, de disfrazar la crueldad de mi situación. Sin embargo, enseguida corrió la voz de mis últimos trastornos. De mi diaria comida con la minuta repetida hasta la saciedad. Tampoco faltó la insinuación de que en la sopa dorada se incluían componentes mágicos capaces de mantener lúcida mi atención con el fin de evitar que

Felipe, al abandonar la muerte aparente, cayera en brazos de alguna de las enamoradas que le embrujaron. Viuda a los veintisiete años, fui blanco de todas las intrigas políticas, exacerbadas ante la facilidad de dominarme, alegando mi insania. Yo estaba segura de mi salud, como lo estaba de perderla y enloquecer si continuaba el cerco de presiones. Para contrarrestarlo y oponer resistencia a tanta ambición, me rodeé de un círculo de damas adictas, presididas por mi hermanastra Juana de Aragón, la marquesa de Denia y la condesa de Salinas con su nuera doña María de Ulloa. Gracias al muro formado por ellas a mi alrededor, conseguí soportar el desagradable acoso de las gentes de Felipe quienes, mal atendidas por él en los últimos tiempos y dejadas de la mano de Dios desde su defunción, solicitaron audiencia para reclamar sus emolumentos.

—Necesitamos cobrar los servicios prestados con el fin de atender nuestras necesidades y sufragarnos el regreso a Flandes, alteza.

—Nada puedo hacer —respondí a los cortesanos y sirvientes— excepto rezar a Dios por el alma de vuestro soberano.

Consignadas en su testamento, el archiduque me dejó deudas inesperadas y las arcas vacías. La imposibilidad de resolver los problemas económicos de quienes yo consideraba responsabilidad mía, me hizo sufrir como diez años atrás, cuando en Bruselas Martín de Moxica me negaba ayuda para las damas y caballeros españoles de mi corte; infligiéndome además la humillación adicional de abonar al servicio los míseros salarios con retrasos de seis meses. Al repetirse la situación mi orgullo se resintió. No era fácil distraerse de espectáculo tan bochornoso como la desesperación de los flamencos. Abandonados a su suerte, hambrientos, sin nadie a quien recurrir y con la grave amenaza de no conseguir medios para regresar a su tierra, observaron con terror cómo el conde de Nassau y el señor de Isselstein trasladaban lo mejor y la mayor parte de los tesoros neerlandeses a un barco del Estado anclado en Bilbao. Perdida la serenidad, aquellas gentes se apropiaron de alfombras, vajillas de plata, joyas y objetos de valor traídos a España por el archiduque. Lastimosamente los malvendieron. A cambio de pan y vituallas ofrecían telas preciosas, o joyas magníficas por la promesa de embarcarlos con destino a sus hogares. La avidez de los flamencos al realizar semejante expolio, me hizo sospechar que no detendrían sus desmanes ante la tumba de mi esposo. Tal vez en aquel momento el féretro ya estuviera profanado, y el cadáver desposeído de los ricos ropajes y suntuosas alhajas. Presa de inquietud comuniqué a doña María de Ulloa mi decisión de organizar una escolta para salir de palacio al filo de la madrugada.

—Una escolta restringida que no llame la atención. Que me proteja sin dar pábulo a las murmuraciones —ordené.

Además de doña María de Ulloa me acompañó mi hermanastra. Las tres disimulábamos nuestro rango debajo de amplísimas capas con capucha que nos cubría el rostro. Por un exceso de precaución no monté en mi caballo, demasiado conocido, y las tres pasamos inadvertidas entre los ocho jinetes de nuestra escolta. Al salir de Burgos el frío nos enderezó los ánimos. Corríamos a galope en dirección a la noche del campo abierto, que avanzaba sinuosa a nuestro encuentro. Los pájaros nocturnos protestaban, con voces quebradas, de la ronca turbulencia producida al pasar. Mucho más adelante que yo, trotaba mi alma bajo el helado palio del cielo. Al llegar a la cartuja los religiosos se preparaban para rezar sus maitines. Los cascos de las caballerías rompieron la quietud del

monasterio. Era víspera de Todos los Santos y yo sentí en las mejillas el aleteo de un ejército de almas retenidas en el purgatorio. Pero ningún ruido venía de la cripta. Los flamencos no estaban o ya habían pasado por allí. Quise comprobarlo.

—Vine a visitar a mi esposo —anuncié altivamente.

Uno de los religiosos nos acompañó. Doña María de Ulloa y Juana de Aragón se acercaron conmigo al féretro. Entregué la llave al cartujo indicándole que abriera el ataúd. Entre las sombras que proyectaban los hachones, no aprecié señales de vandalismo. Faltaba conocer el estado del difunto.

—Alteza... —el religioso me devolvió la llave—. Podéis acercaros.

Así lo hice y enseguida observé la sepultura intacta, libre de saqueos y profanaciones. Felipe se hallaba en idéntica posición en que le dejé. Quieto, rendido a mi voluntad, mi esposo continuaría siempre esperándome. Terriblemente emocionada por merecer tal privilegio, me incliné a besarle. Fue una lenta reverencia cortesana como ya la hice en el momento de conocerle; mitad dirigida al rey, mitad dedicada al hombre. Un momento propicio para confiarle mi amor. Para susurrárselo junto al oído. Éramos felices. Lo sabía pese al silencio de mi esposo, pues yo me sentía inmensamente feliz y tampoco hablaba. Quizá nuestro mutuo silencio emanaba del especial silencio de la cripta, tan lento. Todos los silencios del mundo eran activos, camino de una voz, de una tormenta, de un crujido de madera, de una marejada en el mar. Pero el silencio de la cripta se notaba aposentado, sin intención de irse. Un silencio inquietante que, a punto de agotarse, se acomodaba de nuevo, revivía enroscado a la fría quietud de los muertos. Así como el silencio de los vivos enseguida se quebraba y apenas era silencio por lo breve, el silencio de los difuntos persistía, regresaba pertinaz, se iba acumulando, más silencio que nunca. Aquel descubrimiento me turbó. ¿Quizá ya jamás hablaría con Felipe? Ávida de respirar el aire de noviembre, ordené:

—Cerrad el féretro, doña María.

En seguida salimos. A la puerta de la cartuja aguardaba una noche de frías estrellas y brillo tan quebradizo como la superficie de un lago en invierno. Aquel exceso de luceros prendido en el curvado acerico del cielo extendía sobre el campo una luz cenital, que achicaba los árboles y demás accidentes de la meseta. Nos apresuramos a partir dejando atrás, además de la conmovedora imagen del archiduque abandonado en el ataúd, el asombro de los cartujos perturbados con la tenebrosa ceremonia del culto a los cadáveres. ¿Cuándo entenderían que aquel cuerpo no era un cadáver sino mi amado Felipe? Al montar en mi caballo, éste hizo una repentina cabriola y las demás caballerías contestaron con respingos. Algo debió de asustarlos. Y ese algo fue apareciendo a derecha e izquierda del camino. Eran los burgaleses. Nos habían descubierto durante nuestro viaje de ida a Miraflores. Las gentes fueron comentándose la novedad y pronto se supo en el contorno que la reina Juana había salido de palacio, a Dios gracias no estaba prisionera y, en cambio, parecía muy bien de salud. A mi paso, las gentes me presentaban sus memoriales, vitoreaban mi nombre, me pedían gobierno y justicia. Hube de echar atrás la capucha y desvelar mi rostro pues lo querían ver. Su ansia de comunicarse conmigo era enorme y, por atender aquella multitud, desde Miraflores hasta Burgos se nos hizo de día. Al subir la escalinata de la casa del Cordón todavía me vitoreaban. Por una vez, una sola y mínima vez, sentí el orgullo de saberme reina como algo equiparable a ser la esposa de

Felipe el Hermoso. Al día siguiente se comentaba por la ciudad mi morbosa tendencia a visitar al muerto, suponiéndome embrujada a merced de extraños hechizos provocados por mujeres vengativas. La sabiduría popular señalaba la casa del condestable como mi cárcel y acusaba a sus habitantes de impedirme cualquier relación con el pueblo. Según ellos, en la casa del Cordón se mantenían las costumbres impuestas en vida del archiduque, privándome de libertad y siendo sometida a estrecha vigilancia. En efecto: dentro de mi propia residencia todos estaban contra mí, a excepción de López de Conchillos, agente infiltrado a las órdenes de mi padre, con el expreso objeto de conseguir noticias veraces acerca de mi situación.

—¿Y nada más, Juan? —interpelé a mi secretario que parecía dar fin a sus noticias.

—Pues que vuestra salida a la cartuja —vino a concluir López de Lazárraga— ha producido notoria satisfacción entre el pueblo, alteza. Por contra, despertó los celos y el malestar entre los grandes rebeldes.

—Son como avispas en un avispero. No dejan de removerse. ¿Alguna noticia más?

—Las continuas llamadas de atención del arzobispo regente al rey Fernando que anda ahora mismo por Italia. Monseñor Cisneros le invita a regresar a Castilla bajo promesa de entregarle el país en idénticas condiciones de tranquilidad que al fallecer vuestra real madre. Y le recomienda olvidar los agravios de algunos grandes cuando entre todos le echaron de Castilla. Pero mucho me temo, alteza, que vuestro padre se halle demasiado ocupado tomando posesión de las tierras conquistadas para su corona por el Gran Capitán.

—Conozco al rey y sospecho —sonreí complacida— que no regresará hasta saber a Castilla en peligro inminente. Así quedará proclamado salvador de estos reinos y se vengará de los grandes.

—Entonces no tardaremos en tenerle aquí, pues la hora del peligro y el caos ha llegado, alteza.

Ciertamente Castilla se abrasaba en disensiones y no resultaba extraño por estar el reino sin cabeza. Absolutamente sola y consciente de mi espantosa soledad frente al cúmulo de solicitudes, había permitido al arzobispo prolongar su estancia en el palacio de los Condestables para tener en todo momento su consuelo espiritual. Pero su cercanía no me facilitó recibir ayuda en mi dolor o buenos consejos referentes a los múltiples problemas, sino que permitió a Cisneros inmiscuirse en mis asuntos. El ya no tan humilde fraile iba ocupando a mi lado la perdida figura del archiduque, tratando de imponerme su voluntad, de dictarme la conducta a seguir, de manejar a su antojo mis poderes y desafiando mi autoridad de soberana al mantenerme estrechamente vigilada por sus servidores. En cuanto descubrí la superchería, nuestras relaciones se convirtieron en un duelo constante. Un duelo siempre resuelto a mi favor pues, para conferir fuerza legal a sus decretos, Cisneros necesitaba mi firma y yo, como en otro tiempo a Felipe, se la negaba.

—Alteza —hacía una imperceptible inclinación—, vuestro padre no tardará en volver y solicito de vos que firméis en este pliego para instarle a que apresure el regreso. Su presencia aquí es muy necesaria.

—Mi padre, a quien vos debéis llamar rey —dije marcando distancias—, se halla tan ocupado en Italia aposentando sus nuevos Estados, que no puedo imponerle urgencias, ni obligarle a que se haga a la mar en mitad del invierno.

—Sin embargo, según mi parecer...

—Si se trata de vuestro parecer, resolvedlo vos.

—Os traigo también a la firma estos poderes de gobierno para el rey Fernando.

—Cuando los pasos de mi padre resuenen en palacio habrá tiempo de firmar.

Cisneros, dominador e impaciente, trataba en vano de coaccionarme y no reparaba en provocar múltiples molestias con tal de doblegar mi decaída voluntad.

—¿Qué se os ofrece ahora, monseñor? —pregunté fatigada.

—Necesito que vuestra alteza autorice una lista de nombramientos para cubrir las bajas de las sedes episcopales.

—¿Cómo sucedieron tantas bajas?

—La peste, señora.

Le observé en silencio. Después, desconfiada y reticente, dije:

—Supongo que los candidatos serán gente de vuestra total confianza, ¿cierto?

—Desde luego, alteza.

Me daba lo mismo que no hubiera captado mi mala intención. Desabrida y molesta, lancé:

—Me niego a secundar estos nombramientos. Cuando mi padre esté aquí, sabrá encontrar las personas adecuadas.

—Semejante dilación perjudicaría la salud espiritual de los feligreses, alteza.

—Más iba a perjudicarles, si yo hiciera obispos a personas indignas.

Pero Cisneros no cedía. Hombre de poderosa personalidad, voluntad férrea y habituado a doblegar resistencias, ejercía la jefatura del Consejo de Regencia sin desviarse un ápice de sus planes. Ni siquiera le hacían temblar los propios grandes, de acuerdo en ir contra mí, pero en desacuerdo de abandonar en sus manos de franciscano el mayor reino de Europa. Tampoco le flaqueaba el coraje al leer, en las misivas del propio rey, la incoherencia apreciada por el monarca en el hecho de existir una reina y un regente a la vez. A juicio de mi padre la instauración de la regencia era ilegal y nadie sabía quién era el soberano efectivo de Castilla. Luis Ferrer, embajador de Fernando el Católico en la corte, aguzaba el ingenio y la vista, dispuesto a comunicar a su soberano el momento justo de aparecer en Castilla para ser acogido tumultuosamente como un salvador.

—Alteza —susurraba a mi lado la marquesa de Denia—. Es duro el frío. Más duro que las piedras por donde camináis descalza. Diciembre nunca fue piadoso en Burgos. ¿Por qué no os acostáis, señora?

Las amplias estancias, las escaleras, los anchos pasillos, fueron adquiriendo un mayor temblor a cada velón que acompañaba la curiosidad de los criados. Las noches invernales de la casa del Cordón fueron transformándose en un mundo de siluetas vacilantes a la luz indecisa de los pabilos. En aquella negra oscuridad, yo caminaba horas y horas hasta cubrir mentalmente la distancia que me separaba de Felipe.

—Por favor, alteza. Permitidme que os acompañe a vuestro lecho —solicitaba la condesa de Salinas—. Os conviene descansar.

Mi lecho no tenía ningún significado. No era del todo un lecho, sino un vacío abierto a la tremenda fosa universal donde Felipe me esperaba. Irme diariamente a Miraflores habría

acrecentado el escándalo. ¿Cómo hacerles entender a los demás que aquella muerte arrastraba consigo lo más importante de mi vida?

—Mi querida María de Ulloa, te ruego que no insistas. Rezar por Felipe es la única libertad que me queda.

Vestía largos camisones de randas y puntillas belgas. La transparencia de los encajes de Bruselas escandalizaron a mis compañeras. Llevaba el cabello suelto como le agradaba a Felipe y abría con angustia los ojos rasgados, especial encantamiento de mi esposo. En el centro de la noche, tan helada, iba yo murmurando pasillo adelante:

—Felipe, Felipe...

Así hasta enronquecer. Hasta que los criados se cansaban de espiar, regresando a su jergón. Hasta que yo me sentía desfallecer, falta de calor, falta de afecto, falta de Felipe. Quizá en el despacho de su ilustrísima aún temblase la vela encendida de una palmatoria, o por las plazas del reino se concertaran delitos y conspiraciones, que tanto podrían influir en mi ya trastornada existencia. Pero aquello resultaba indiferente cuando, casi agotada, mis cuatro damas me depositaban sobre el vacío lecho. Tan quieta como Felipe en su ataúd, respiraba el silencio de la casa del Cordón.

—Todo en paz y tranquilidad —voceaba el soldado en su guardia por el palacio.

—Todo muerto —pensaba yo refiriéndome al absurdo ritmo de la realidad que retornaba al amanecer.

Por el territorio nacional los caballeros se armaban, surgían luchas callejeras en las ciudades, los nobles reclutaban ejércitos, se querellaban entre sí, rodeaban fortalezas y castillos. En algunos lugares los grandes se adueñaban de las plazas fuertes, ocupándolas en nombre de «nuestra reina Juana, prisionera». Cisneros entendió la necesidad urgente de poner orden en el reino si quería hacerse obedecer y, en segundo lugar, para hacerse obedecer necesitaba antes declararme incapacitada. Mi incapacitación debía discutirse en las Cortes y, naturalmente, convocar Cortes precisaba un real decreto con mi firma. Como en los tiempos de Felipe, me negué. La desesperación de Cisneros pude imaginarla, aunque me sorprendieron los comentarios derivados de mi actitud.

—No desea gobernar, está bien claro.

—No le importa su país.

—Sólo le importa el difunto.

—La reina es indiferente a nuestra suerte.

—¡Ojalá estuviera viva Isabel la Católica!

Aquello último me dolió. Recogida en mis habitaciones, mantuve una instructiva conversación con el fiel Juan López de Lazárraga. Mi secretario fue exhaustivo:

—Siempre adicto al rey Fernando, el duque de Alba se opone a los manejos de Cisneros. El duque de Medina-Sidonia ha puesto cerco a Gibraltar, plaza de la que les hiciera merced el rey Enrique, les fue quitada después por los Reyes Católicos y ahora el duque pretende restituirse por la fuerza en aquel señorío. La marquesa de Moya intenta recobrar sus propiedades de Segovia, especialmente el Alcázar. El conde de Fuensalida procede a brutalidades y violencias para despojar a don Pedro de Castilla del gobierno de Toledo. El marqués de Priego provocó un levantamiento y

abrió las mazmorras de la Inquisición...

—¿Hay alguien en mi favor, Juan? —interrumpí.

—Los grandes andaluces, alteza.

Al oírlo tuve un deslumbramiento. La solución era rodearme de mis partidarios, pues ellos evitarían que me encerrasen. Lo difícil, por no decir imposible, sería llegar sin oposición hasta los grandes. Quizá mi única oportunidad estaba en ocultar mi verdadera intención, valiéndome de mi empeño en acompañar el cadáver de Felipe hasta Granada cumpliendo su última voluntad. Después de algunos días de meditación y retiro, reclamé la presencia de cuatro miembros del Real Consejo de Estado y provoqué su asombro al presentarles una orden revocando las mercedes y donaciones hechas por mi esposo después del fallecimiento de mi madre.

—¿Queréis decir, alteza, que regresamos al punto mismo en que la soberana Isabel de Castilla interrumpió su mandato?

—Así es —respondí—. Y ordeno además que el gobierno se conduzca del mismo modo que en tiempos de mi madre y se excluya del Consejo de Estado a todos los miembros nombrados por don Juan Manuel. El reino debe continuar y regirse según las normas habituales de Isabel la Católica. Dicho lo cual, os informo de mi inmediata salida de la ciudad.

—¿Llega el rey Fernando, alteza? —preguntaron.

—Llega la peste, caballeros. Y a fe que no voy a permitir haga mella en mí, ni tampoco en mi hijo próximo a nacer.

Esta súbita explosión de energía se expandió enseguida y yo aproveché la confusión reinante en la corte para agilizar los preparativos de la huida. Escapar al cautiverio de Burgos resultaba esencial a mis proyectos. Y debía hacerlo al momento, pues eran muchos los perjudicados. Con un solo decreto despojé de su botín a los favorecidos por mi esposo, me enfrenté a las ambiciones de los partidarios del Rey Católico, y envié a mi padre el primer aviso serio de que ya no le necesitaba para gobernar. Las riendas del país estaban en mis manos. Y yo, cuerda o loca, según se les antojara, era la única criatura con el poder de conducir el futuro de mis reinos y el de mi propia persona con arreglo a mi soberana voluntad.

Recuerdo que fue un domingo de diciembre por la tarde, día veinte del año 1506 a punto de terminar, cuando salí de Burgos en dirección a la Cartuja, veinticuatro horas después de haber dictado mis órdenes al Consejo de Estado. Me dolían los hombros, agobiados por el peso de unas alforjas cargadas de penas y presentía, en el corazón de mi soledad, el tintineo de las campanas navideñas dispuestas a celebrar el nacimiento de Belén. ¿En qué lugar nacería mi hijo? Indiferente a los graves problemas de mi entorno, me concentraba en el afán de cumplir el programa que yo misma me había trazado después de larga meditación, dispuesta a convertirme en una reina responsable y una persona independiente. No sin dolor, dejé atrás la alcoba entre cuyas paredes aún gemía el recuerdo de Felipe, que para siempre permanecería allí. Consciente de la urgencia por marcharnos, casi me desmoroné al descubrir la imposibilidad de sufragar el gasto de los carruajes necesarios al traslado del cortejo. Pero mi buen secretario me prestó el dinero indispensable a la realización de mis proyectos. «Sus señorías —atestiguaba el secretario cuantas veces fuera menester y allí donde se

terciara— dirán lo que estimen conveniente aunque por mi contacto cotidiano con la reina Juana me considero autorizado a proclamar su buen estado de salud y su mucha inteligencia, superior a la ya comprobada de su augusta madre Isabel.» Antes de que a nadie se le ocurriera interceptar mis proyectos, nos pusimos en camino. Los cortesanos, que aún no se habían habituado a serlo, pese a los esfuerzos de mis padres por arrancarles de sus costumbres feudales, andaban revueltos y ofendidos, igual por la sorpresa de mi decreto, como por el rechazo sistemático de sus fincas y castillos. Si la razón oficial de mi partida era la peste, ¿por qué no aceptaba sus ofrecimientos capaces de mantenerme a salvo de la epidemia? Antes de enfrentarme a su enemistad debería partir. La espesísima niebla que abochornó la mañana hasta ahogar definitivamente el sol nos protegió al avanzar hacia Miraflores. La noche anterior a mi partida, mi hermanastra pasó las horas suplicándome la llevase conmigo. Pero yo la aparté de mi cortejo por estar casada con un partidario de mi difunto esposo y ser adicto a don Juan Manuel. Sin damas que servían a jefes dudosos, sin mercenarios pagados por Cisneros, y sin los innumerables espías de mi padre, yo cabalgaba a ciegas con la venda de la niebla en los ojos, absolutamente tranquila. El aire de la meseta escocía mi cara. Espesos jirones de nubes moribundas descendiendo casi a ras de tierra me impedían ver. Delante de mí no percibía nada. Detrás, idéntica imposibilidad. Pese al rumor fantasmal de pisadas humanas y esporádicos relinchos que machacaban sordamente el vacío, en aquella espesura gris sólo estábamos mi caballo y yo. Un rato después ni siquiera sentí el caballo, insensibilizada por el frío. Al cabo de un tiempo la niebla, a trechos, se hizo rala, y allí donde se entreabría, unos rostros abocetados me observaban llenos de piedad. Pensé en las gentes burgalesas, siempre adictas y preocupadas, capaces de mostrarme su fervor incluso desafiando el mal tiempo. ¿Serían ellos? De unos a otros comentaban al pasar:

—¿Dónde va nuestra reina Juana? ¿Dónde va?

—Dicen que a visitar a su amor.

—¿Dónde va la desventurada hija de Isabel la Católica?

—A comprobar si resucitó Felipe.

—Dicen que aún se consume en la pasión de los celos.

—¿Será posible tal fuego estando muerto el esposo?

—Donde hay pasión, todo es posible. ¿Ha visto alguien que un incendio arda con ternura?

Descabalgué en la Cartuja a la puerta de la iglesia. Los prelados, asumida la sorpresa, me recibieron muy amables, pero se transformaron en seres ariscos al conocer mi intención de llevarme conmigo al archiduque.

—Imposible, alteza. Lo deploramos, pero un cuerpo muerto no debe trasladarse de su lugar de reposo hasta cumplirse los seis meses de su enterramiento.

—¿Tratáis de ocultarme que alguien se adelantó y mi esposo ya no está aquí?

—Nadie entró en la cripta, alteza. Podéis fiaros.

—Más que fiar, desconfío. Y puesto que se encuentran en la Cartuja los obispos de Jaén, Mondoñedo y Málaga, además de los embajadores de su santidad el Papa, del rey Fernando y del emperador Maximiliano, les haremos presenciar la apertura del féretro y certificar oficialmente que el cadáver de mi esposo ocupa su interior. Realizado este testimonio me lo llevaré a Granada.

En efecto. Las altas dignidades de la política y de la Iglesia confirmaron la identidad del cuerpo del archiduque. La resistencia de los cartujos a entregarme el cadáver, la apertura del féretro y el reconocimiento de los restos demoraron nuestra partida hasta una hora después de ocultarse el sol.

—No es conveniente viajar de noche, alteza. ¿Por qué no aguardáis a mañana?

—Las viudas pertenecen a las sombras —contesté.

Asistí impasible al momento en que sacaron de la cripta el féretro de Felipe, llevado en andas por fornidos soldados. Un nutrido grupo de lanceros con hachas iluminaba el cortejo. Proclamaba las consignas don Diego Ramírez de Villaescusa, obispo de Málaga y, con él en cabeza, se inició la marcha. Después de incorporarme yo a la misma, siguió el embajador Luis Ferrer y el marqués de Villena. A la medianoche llegamos a Cabia y, en vez de acostarme y descansar, envuelta en amplísima capa de mucho abrigo, me dirigí a donde instalaron el cadáver de Felipe: un patio alumbrado por innumerables hachones. Allí ordené a los guardias que se alejaran del túmulo y enseguida obedecieron. Saqué del escote la llave del féretro, la puse en la cerradura y abrí. Al inclinarme sobre el muerto besé su frente. Después de cerrar y erguida a su vera, descubrí la morbosa atención de las gentes de mi entorno. Ya tenían algo más que contar. Críticas y rumores para difundir. Expresar sórdidamente la repulsión que les producía mi contacto afectuoso con un cuerpo demasiado tiempo fallecido.

—Dejadla estar —impondría su ley el arzobispo de Toledo en el momento de ser informado—. Dejad a la reina que conduzca a su esposo a Granada, según ordena el testamento. Mientras su alteza pasea su desconsuelo por España, nosotros tendremos tranquilidad para arreglar la patria.

Suponiéndome obcecada en cumplir las últimas voluntades del fallecido, viuda afligida en continuo llanto, y aprovechándome sin pudor de mi aureola de enamorada celosa, conseguiría abrirme paso entre quienes pretendían apoderarse de mi trono para llegar una legua tras otra, calmadamente y sin levantar sospechas, a las tierras donde cada movimiento político se llevaba a cabo con el grito de «¡En nombre de nuestra reina Juana, prisionera!». Ya en vida del archiduque, los grandes andaluces se habían pronunciado en contra de los flamencos, en contra de mi padre y formaron una liga en pro de mi liberación. Al llegar a Granada yo daría a mis partidarios el cuerpo del difunto y ellos a mí la libertad.

—Alteza... Convendría que os resguardarais. Ha comenzado a nevar.

Estuve largo rato ensimismada viendo caer los copos sobre el féretro que, poco a poco, iba encaneciendo como si envejeciera. Entonces me acerqué a la caja mortuoria, me tendí encima y, extendiendo mi capa en toda su amplitud, intenté comunicar algo de calor a Felipe en aquella extraña noche, en que los ampos de blancura cegadora se esfumaban al pasar por delante del círculo inesperado de la luna llena.

Al día siguiente recomenzó lo que pronto sería un ciclo interminable de caminatas nocturnas, surcando las tierras castellanas en todas direcciones. Dejamos Cabia después de ocultarse el sol, formando un extraño cortejo de gentes silenciosas y lentas. Hombres con antorchas, monjes armados, soldados a caballo, frailes entonando plegarias fúnebres, un cadáver transportado en angarillas y una reina que viajaba en silla de mano detrás de un muerto, mientras la vida crecía en su vientre de

embarazada, componíamos una procesión que se arrastraba por el centro de la noche como una oruga luminosa. Los rumores acerca de mi afición a viajar, mientras las gentes dormían, tuvieron tal repercusión que, allí por donde yo no pasaba, alguien creía verme. De dar crédito a la murmuración, cuando las tinieblas se apoderaban de Castilla reduciendo la vida al interior de los hogares, por las negras y solitarias calles de todo el reino caminaba yo como un alma en pena, gracias a mi poder de ubicuidad. De seguir en auge los comentarios, quizá quedaría en la Historia la leyenda de una reina loca de amor, siguiendo un cadáver al cual se negaba a enterrar por no separarse de él. Un cadáver a quien, después de una larga noche de ajeteo, se le colocaba sobre un túmulo en alguna iglesia o convento, siempre que la comunidad no fuera de monjas.

—La reina no permite que las religiosas se acerquen a Felipe —decían los disparatados comentarios.

—No es prudente provocar a los soldados haciéndolos pernoctar bajo el mismo techo que una congregación de monjas —replicaban otros.

Al llegar a Torquemada fue preciso detenerse. El parto no se haría esperar y no traía buenos augurios. Ya en Burgos, los físicos anunciaron dificultades. Desde la enfermedad de Felipe, contratiempos y reveses pusieron un punto de alarma en el desarrollo final del embarazo. En un momento de inacostumbrada debilidad, ordené traer hasta Torquemada, instalándola en una alcoba vecina a la mía, a mi camarera preferida doña María de Ulloa. En buena hora se me ocurrió, pues apenas el alba se encaramó a los tejados de la villa y supe que el momento de parir había llegado, corrió por el pueblo la voz alarmada de las gentes afirmando y confirmando que allí no había partera. Mi buena María de Ulloa hubo de suplirla con buen cuidado y mucha responsabilidad, añadiendo el ánimo de su corazón valeroso pues no ignoraba que, muy cerca de donde mi hijo venía a la vida, una de mis doncellas y ocho soldados morían víctimas de la peste. Y fue un jueves, día catorce, cuando el frío castellano del mes de enero se recrudeció por los rincones de la casa del Clérigo, con ventanas abiertas sobre el puente del río Pisuerga y la hermosa llanura de Palencia se alumbraba a borbotones. De pronto, amaneciendo en esa hora de la madrugada que va de las cinco a las seis, lancé al mundo una criatura sanísima que respondía a esta descripción:

Naturaleza: mujer.

Nombre: Catalina.

Destino: acompañarme en mi cautiverio.

Abuelos: Fernando de Aragón y Maximiliano de Austria.

Abuelas: Isabel de Castilla y María de Borgoña.

Tías: Catalina de Aragón, princesa de Inglaterra. María, reina de Portugal. Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos.

Hermanos belgas: Carlos, Isabel, María y Leonor.

Hermano español: Fernando.

Madre: Juana I de Castilla.

Padre: difunto.

La palabra difunto fue una lápida mortuoria que transformó en camposanto el jardín de un cuerpo joven capaz de florecer en sucesivas presencias infantiles. Al morir Felipe, con él murieron todos los hombres del mundo que, ni antes ni después de Felipe, habían existido para mí. A los veintiséis años acababan de cercenarse el total de mis posibilidades. Jamás engendraría. Jamás recobraría el deleite anterior al hecho de engendrar. La niña recién nacida era una hermosa cancelación del pasado. La última carta del archiduque confirmando un ayer feliz. Los cinco años de mi hijo Fernando, que se reunió conmigo al salir de Burgos, se asomaban asombrados a la cuna de su hermana para contemplar aquel bultito inquieto. Antes de tocar con sus pequeñas manos el puño cerrado de Catalina me miraba interrogador y si, por azar, justo en aquel momento la criatura se movía, Fernando retrocedía asustado para volver enseguida a insistir. El clima de mis aposentos era plácido, incluso amable, junto a los niños a quienes todos protegíamos de la peste, de cuya amenaza quisimos huir y llegó a Torquemada antes que nosotros.

—¿Cómo van las cosas?

—Hay un pánico general, alteza. Incluso se teme por la vida de los pequeños príncipes.

—Estando conmigo nada les sucederá.

—Vuestra calma produce escalofríos, señora. ¿Sois consciente de que, fuera de vuestras habitaciones, la muerte causa estragos?

—La muerte sabe muy bien lo que yo hago con sus víctimas. Las llevo conmigo, vida adelante. Se guardará mucho de rozar a mis hijos.

Mientras me recuperaba del primero de mis seis partos habido con dificultad, disfruté de un tiempo recoleto en medio del terrible acoso de la epidemia, fuerte como nunca en aquel año de 1507. Entre damas, niños y lecturas, conocí días de tregua y reconstrucción espiritual. Desde mi llegada a España fui recogiendo, allá donde los encontraba, libros dedicados a mi madre por sus autores y que yo, aprovechando mi forzada quietud de parturienta, me dediqué a leer. Por lo visto la reina Isabel dio un gran impulso a la lectura y así lo atestiguaba el agradecimiento de los autores a sus mecenas. Alonso de Palencia ofreció a Isabel su Diccionario. Diego de Varella su Crónica. Pulgar su Historia de los reyes de Granada. Antonio de Nebrija su Artes de gramática latina y castellana, dedicando también a las damas de la corte el Tratado de la gramática castellana, para estimular el ansia de cultura perseguida con tanto empeño por mi madre. Así transcurrieron dos meses de reposo y reflexión en el curso de los cuales llegué a comprender el nuevo sentido de mi existencia. En adelante mi vida habría de avanzar ocupándome de las necesidades de la patria, de la política, del gobierno de los reinos, del futuro de mis hijos. Cualquier cosa menos de mí, a quien le iba a costar la vida entera reponerse de la brutal mutilación del cuerpo de Felipe, arrancado del mío sin piedad. Gran introductor a los goces de la existencia, era también ahora mi introductor a las sombrías expectativas de la muerte. Mientras aguardaba el instante de entender la secreta hilación de aquel misterio, debía ocuparme en recuperar mi poder y salvar mis reinos. Cuanto antes llegase a Granada, antes me impondría como soberana. Por eso, al disponer los médicos que me reintegrara a la normalidad, desplegué incontenible energía en la preparación del interrumpido viaje mortuorio. Pero el ánimo se me cayó a los pies al escuchar:

—Imposible, alteza. No podemos marcharnos.

—¿Qué sucede, Juan?

—Fueron dos meses, señora. Dos meses detenidos en Torquemada a causa de vuestro alumbramiento.

—¿Y eso qué significa?

—Vuestra alteza está sitiada. Hicimos lo posible por ocultaros la verdadera situación. Pero apenas corrió la noticia de haberos quedado en Torquemada, se dieron cita en el pueblo todos los poderosos de Castilla, cada cual con su ejército personal. La villa quedó transformada en una Plaza de Armas. Los representantes del Rey Católico son los más numerosos. Cisneros trajo más de cien lanzas y trescientos alabarderos bajo el mando de un capitán italiano y la ayuda de Luis Ferrer, embajador de vuestro padre. También acudió don Juan Manuel con sesenta lanzas, aunque anoche salió de Torquemada acompañado de sus tropas, murmurándose que antes de partir se vio con el almirante, el marqués de Villena, el conde de Benavente y el embajador del emperador de Austria, Andrea del Burgo.

—¿Y para qué?

—Acordaron echar fama a Cisneros y al condestable de teneros presa, con la intención de sublevar a los grandes en su contra y así dejar el campo libre a los partidarios de los Habsburgo. Un gran triunfo para el tortuoso don Juan Manuel. En realidad, alteza, todos luchan por lo mismo: el acceso al poder. Me temo que a ninguno de ellos les convenga que lleguéis a Granada, señora. Ni siquiera al emperador Maximiliano, quien escribió una carta a don Juan Manuel, cuya copia conseguí.

—¿Qué desea mi suegro?

—El pliego fue escrito en Constanza y dirigido, como ya dije, al valido de vuestro difunto esposo. Os lo voy a leer: «Os he hecho saber mi determinación de ir en persona a esos reinos y llevar conmigo al príncipe Carlos, mi nieto. Y si las cosas no estuviesen en la pacificación que convenía al servicio de la serenísima reina, mi hija Juana, daría orden de que ella fuese obedecida y la sucesión del príncipe asegurada bajo mi regencia. Pero después he sido informado que ha habido algunas novedades; por lo cual me tengo que dar más prisa para ir a esos reinos y llevar conmigo al príncipe. Y así yo partiré de aquí dentro de catorce días. Entretanto os ruego y encargo que os juntéis con nuestro embajador y con los otros servidores del príncipe como hasta aquí habéis hecho, y no se dé lugar a que hagan cosas contra la libertad de la reina ni contra la sucesión de mi nieto.»

—¿Eso es todo?

—Todo, alteza. ¿Me permitís solicitar vuestra opinión?

—Mi opinión es muy sencilla. De tus planteamientos cabe destacar el hecho indiscutible de que mi huida de Burgos con intención de llegar a Granada ha sido inútil. Vuelvo a estar prisionera. Pero este detalle apenas me afecta, pues forma parte de las circunstancias que los monarcas debemos soportar. Un rey jamás sabrá previamente si las armas de sus guardias le protegen de ataques o le impiden atacar. Si están a su favor o en favor de sus enemigos. En especial los guardias de mi puerta me mantienen en la gran duda: ¿evitan que alguien entre o me prohíben salir?

—Es obligatorio que os defiendan, alteza.

—Hace ya tiempo que aprendí a prescindir de lo que debiera ser obligatorio para la defensa de

una reina. La única defensa mía soy yo. De haberme comportado de acuerdo a las normas de mi rango, ahora me hallaría bien segura en mi trono, sostenida por mis valedores y ocupada las veinticuatro horas del día en la expansión y defensa de mis reinos, con el beneplácito de los interesados en manejarme a su conveniencia. En cambio, mi aversión a las consideraciones políticas y mi preferencia por las reacciones humanas, con el nacimiento de los hijos, el apasionado amor por Felipe, la negativa a firmar decretos y protestar mediante ayunos, me bastaron para revolucionar el reino, inquietar a la nación y seguir vigente. Entiendo a los gobernantes y sus leyes, aunque no las comparto. Y, en consecuencia, me fastidia estar prisionera pero no me trastorna. Sin embargo, me trastorna bastante el anuncio de la llegada de mi padre a quien no he visto desde hace años, o la posible visita de mi hijo Carlos, a quien dejé en Bruselas jugando por los pasillos del tiempo perdido donde a menudo yo hacía sonar el clavicordio. ¿Entendéis mi punto de vista, Juan? — pregunté a López de Lazárraga.

—Me hago cargo, alteza.

Mientras yo me distraía en esta o parecidas conversaciones, las risas de Fernandito o el sueño pertinaz de Catalina, la peste continuaba. El arzobispo se trasladó a Palencia con el gobierno huyendo de la epidemia. Desde allí me incitó a seguirle. Pero Palencia estaba amurallada y no me dejaría engañar. Primero muerta que encerrada. A nadie se le debía encerrar. Ni siquiera a los cadáveres. Por desgracia y desde mi nacimiento, no había hecho otra cosa que presenciar encierros. Prisioneros de guerra, moros, judíos, presuntos herejes en las mazmorras de la Inquisición y descubridores de otros mundos que regresaban encadenados de sus viajes. Dispuesta a defender mi libertad, decidí buscar refugio en el vecino Hornillos. Allí concedí audiencias que me valieron grandes elogios y a todos dejaron atónitos por la ironía y lucidez de mis apreciaciones. ¿Por qué aquel pertinaz empeño de investigar el estado de mi razón? Como solía suceder al dejarme sola, volví a tomar las riendas del gobierno. Alentado por mí, el Consejo de Estado, compuesto por antiguos colaboradores de mi madre, se hizo cargo de la gobernación sin tener en cuenta el parecer del arzobispo a quien yo les prohibí consultar. La situación fue complicándose en mi entorno. Casi todos cuantos me rodeaban pertenecían al servicio de Cisneros o al de mi padre. El embajador del rey no se alejaba de mi lado. Mi gran amiga doña María de Ulloa, Pedro Mártir y los obispos de Mondoñedo y Málaga trabajaban para Fernando de Aragón. Incluso la guardia real había prestado juramento de fidelidad al arzobispo y era él quien les pagaba y los mantenía. El poder de Cisneros no conocía límites salvo la fuerza de mi voluntad, contra la cual se estrellaba. El hombre que pasó de humilde fraile a confesor de la Reina Católica, fundó la Universidad de Alcalá, próxima a terminarse, emprendió la ingente tarea de la Biblia políglota, organizó por sí mismo y a sus expensas la conquista de Orán, y fue gobernador del reino en ausencia de mi padre, se veía obligado a soportar mis continuas negativas para cualquiera de sus proyectos. Cuando le prohibí oficialmente que jamás compareciera a mi presencia, monseñor envió un comunicado a mi padre instándole a regresar, pues si el monarca no ponía remedio mi conducta provocaría peligrosos conflictos. Apenas se tuvo noticias en España del próximo regreso del Rey Católico, cierto número de grandes firmaron un documento jurándome fidelidad y, a la par, protestaban por la vuelta de mi padre a Castilla. Alarmados los partidarios de Fernando de Aragón convinieron en la urgencia de darle al pueblo la

sensación de que el rey acudía al que fue su antiguo feudo matrimonial, de acuerdo conmigo. Astutamente, por mediación de Luis Ferrer, los partidarios de mi padre me propusieron que yo ordenase el rezo de plegarias en todas las iglesias del Estado, suplicando una feliz travesía para el monarca. La argucia estaba clara. Si yo mandaba rezar por un favorable regreso del rey, implícitamente declaraba mi acuerdo con su regreso. Molesta por la escasa valoración concedida a mi inteligencia, me negué. Indignado ante la negativa y en calidad de embajador de mi padre, Luis Ferrer tuvo la osadía de pedirme explicaciones. Airada le respondí:

—Una persona como el rey Fernando que siempre obra rectamente cuenta con la constante protección de Dios y no necesita recurrir a las plegarias de los hombres.

El rey de Aragón inició su viaje de regreso sin que ni una sola campana de júbilo repicase en Castilla, donde la reina era yo. El desafío por mi dignidad me confortaba. Al entrar en mis tierras castellanas el rey se detendría en el vecino Tórtoles donde decidió que nos encontráramos. Mi antiguo corazón de niña, huérfano de toda su infancia, se alborozó hasta el punto de perder sus coronas reales, que rodaron por los caminos de la nostalgia hacia el calor familiar. De Hornillos a Tórtoles sumaban quince millas, avanzadas durante la noche. De nuevo volverían a murmurar sobre mis tétricas costumbres, pero estábamos en agosto, casi al final de sus días, justo cuando el calor aparecía exacerbado y los sentidos se agotaban. La noche era un alivio. En el profundísimo cielo producía vértigo la oscuridad, asomada entre el arrebató de las brillantes estrellas. Con el amanecer se apagaron los luceros y se encendió mi ansiedad. Apenas entrar en el palacio donde íbamos a hospedarnos, me dijeron:

—Su alteza don Fernando de Aragón todavía está por llegar.

A decir verdad, venía llegando desde el mes de junio cuando, en el día once, avistó el puerto de Cadaqués, aunque no se detuvieron allí al conocer el auge de la peste en aquel lugar. Idéntica razón les impidió amarrar en cualquier otro sitio del litoral que fueron costeano hasta alcanzar las playas valencianas. Por ser la primera vez que la esposa de mi padre visitaba la ciudad, hizo su entrada bajo palio, siendo recibida con vítores jubiloso. Las fiestas en honor de los soberanos fueron grandes y lucidas. A su término, antes de continuar viaje, el rey Fernando dejó a doña Germana en Valencia con el cargo de lugarteniente general. Después, atravesando sus reinos camino de los míos, Fernando el Católico reencontró viejos conocidos. Salieron a recibirle el arzobispo de Zaragoza, el duque de Medinaceli y el duque de Alburquerque, quienes se agregaron a la comitiva. Monteagudo fue el primer pueblo de Castilla que pisó el rey de Aragón después de los desagradables litigios mantenidos con el archiduque. A continuación siguió por la ruta de Aranda y Almazán hasta Villavela, entre vítores de los paisanos y reverencias de los grandes, prelados y señores, demostrándole contento. Inesperadamente, alguien me indicó:

—Allá en el punto del horizonte donde blanquea hasta cegar la luz del mediodía y una nube de polvo se mueve en esta dirección... Allá viene su alteza el rey Fernando II de Aragón y V de Castilla.

En seguida acudió a mi memoria la imagen de mi padre durante el primer viaje que Felipe y yo hicimos a España después de casados, cuando mi madre enferma nos aguardaba en Toledo y las fiebres del archiduque nos retenían en Olías. Mi padre salvó la pequeña distancia entre la ciudad y la villa, anticipándose a saludarnos mientras los enfermos sanaban. Apoyada en el quicio de la puerta

yo le veía llegar, muy emocionada, al cabo de siete años de separación. Como en tan lejana fecha, también ahora se acercaba el monarca envuelto en el polvo de los campos castellanos para reunirse por segunda vez con una hija menos feliz que entonces, cuando los dos amados difuntos aún vivían. Su ausencia me hirió tan hondo que rechacé el recuerdo, dejándolo abandonado en un rincón de la memoria.

—Qué cerca están, ¿verdad, alteza? —murmuró doña María de Ulloa.

El rey vestía un hermoso traje carmesí y se acercaba montado en un caballo blanco. Precedido por el estandarte real, le seguía un lucido séquito que, serpeando por el camino semejante a un riachuelo, adornaba la austeridad del paisaje. A medida de observar, mi corazón se entristecía pues, no sin sorpresa, reconocí en el cortejo de mi padre una buena parte de mi propio cortejo. Allá estaban todos los grandes de Castilla, el condestable, el arzobispo de Toledo Ximénez de Cisneros, el marqués de Villena, incluso mi amigo de confianza el obispo de Málaga. Cuantos hasta el día antes se manifestaron a mi favor, se habían apresurado a recibir al rey haciéndole la corte sin el menor rubor por abandonarme. Maltrecha en mi orgullo de soberana y el corazón a punto de rendirse cansado de batallar, di la vuelta para saber con quiénes contaba y descubrí a mi espalda un extraño séquito formado únicamente por mujeres. Mi soledad era completa. La repentina intuición de que ninguna mano en el mundo se tendería hacia mí ofreciéndome su afecto me hizo tambalear.

—¿Os encontráis mal, alteza? —murmuró la condesa de Salinas.

—Es el calor.

El sol de agosto abrasaba la atmósfera, producía lasitud en los sonidos y la plaza daba la impresión de hervir. Cuando, ya cerca, mi padre descabalgó dirigiéndose hacia mí, las piernas me temblaron. Involuntariamente caí de hinojos en un momento tan providencial que pudo ser tomado por una profunda reverencia. No encontraba fuerzas para levantarme pero, ante mi asombro, el rey se hincó también de rodillas y con ello demostró públicamente que me reconocía y honraba como reina. Todos mis males desaparecieron. Tuve ganas de llorar, tanta era mi alegría. Mi reconocimiento.

—Padre...

—Querida Juana, hija mía.

Echó atrás mi caperuza. Besó mis mejillas. Me acarició los cabellos.

—Tienes una hermosa cabellera cobriza —dijo.

—Será el fulgor del sol.

—¿La heredaron tus hijos?

Imposible articular palabra. Decir frases que revolvieran mis dormidas raíces femeninas y sacaran a la luz secretas ansias de afecto. Cogiéndome ambos brazos, el rey me levantó a la par que él. Después, asidos de la mano, nos dirigimos al edificio designado como residencia.

—¡Cuánto tiempo sin verte, padre!

—Más de cuatro años. O cinco, tal vez.

Los componentes del séquito permanecían quietos en su lugar. Resoplaban los caballos. Los rostros de las damas resplandecían de gozo. Entramos en palacio. Y justo al dejar fuera la tremenda tensión de la solana, la fresca sombra del interior se llenó del armonioso canto de los pájaros.

Estuvimos una semana en Tórtoles. Tiempo tranquilo que yo viví como hija de familia al amparo de su padre. Cuando el rey me visitaba sorprendiéndome con la pequeña Catalina en brazos y Fernando haciendo travesuras a mi alrededor, la ilusión se completaba. Apenas el monarca acudía a la sala de juegos, el niño se abalanzaba a dar un abrazo al abuelo, a quien tomó un afecto desmesurado. Yo los observaba con amarga ternura y una cierta añoranza, mientras a duras penas soportaba la amenaza proyectada sobre mí por el ejercicio obligado de la monarquía. Era un descanso delegar en mi padre mis atribuciones, reservándome el derecho a decidir en última instancia.

—Voy a fijar la residencia oficial de la corte en Santa María del Campo, un lugar situado a seis millas de Burgos. Sería conveniente que ordenaras los preparativos del viaje, Juana.

Después del traslado, el rey me confió su deseo de celebrar la solemne entrega del capelo cardenalicio traído de Roma para su eminencia el arzobispo Cisneros.

—En premio a los grandes servicios prestados a España y a mi persona —me dijo—, además del capelo le concedo el título de gran inquisidor.

—Hace mucho que le llamo gran inquisidor —observé con evidente ironía y desagrado—. Pero donde yo esté, Cisneros nada celebrará.

—¿A qué se debe tu oposición, Juana?

El rey ignoraba que durante su ausencia apelé a la hipocresía para salvar numerosos trances. Sin titubear, respondí:

—Por respeto a mi desconsuelo, no es de razón que donde yo esté se celebren fiestas, ni disfruten alegrías. Mi luto es reciente, padre.

El argumento amordazó las protestas del rey y significó lo mismo que echar al arzobispo de casa, lo cual me produjo enorme satisfacción. Para recibir la insignia acreditativa de nuevo cardenal de España, Cisneros hubo de peregrinar hasta el ínfimo villorrio de Mahamut. Fue la forzada gesta de quien mendiga honores y puso en evidencia la falsedad de su modestia. Si el pueblo era pequeño, la solemnidad resultó grande en presencia de Fernando de Aragón, el nuncio del Papa y todos los nobles y prelados.

—Estoy muy ocupado en restablecer el orden de tus Estados, Juana. Con este fin, necesito trasladar la residencia real a una ciudad de mayor importancia. Quizá Burgos.

—¿Burgos...? —le observé recelosa.

El bienestar comenzaba a decaer. ¿También mi padre proyectaría encerrarme? Las altas murallas de Burgos oscurecían cualquier indicio de felicidad. Noté el alma repentinamente endurecida y, con la mente alerta, anduve camino adelante rodeada de la corte, hasta que a una orden mía el aya, los niños, los servidores, las damas de compañía y el féretro de Felipe con sus habituales portadores se detuvieron. Fernando el Católico acudió enseguida a conocer las causas.

—Quiero quedarme aquí, padre —respondí sin revelar mi pánico a las murallas burgalesas.

—¿En Arcos? Imposible, Juana. Hemos de recibir embajadores, nuncios, príncipes y monarcas. La villa no está preparada para recepciones ni solemnidades. Debes recapacitar.

—Ya lo hice, padre. Y lamento insistir. Antes de que yo entre en Burgos, debe pasar tiempo. Mucho tiempo. —Eché mano a las razones indiscutibles—: Allí perdí a Felipe y me niego a revivir

tan doloroso trance.

Contrariado, el rey depuso sus numerosos razonamientos. Temeroso de herirme, cedió a mi voluntad indoblegable, como en ocasiones semejantes había cedido mi esposo en vida. Rodeada de gentes de su confianza me dejó bien instalada en la pequeña villa, mientras él partía con urgencia hacia Burgos, recién abandonado por don Juan Manuel que escapó en dirección a Flandes disfrazado de fraile franciscano.

—Dicen que huyó como alma que lleva el diablo —comentó aviesamente la marquesa de Denia.

En Arcos, pequeño, libre y demasiado frío en invierno, iba yo a residir alrededor de un año. Los días pasaban como si siempre fueran el mismo, repletos de paz y tranquilidad. En nuestra residencia escaseaban los muebles. Sin embargo, no hubiéramos podido añadir ninguno, tan llena de risas se hallaba la casa. Risas incipientes de Catalina y las fuertes risas de Fernando, cuya alegre exuberancia traía a mi memoria inolvidables momentos vividos junto a su padre. Entonces esperaba la quietud nocturna para acercarme donde Felipe reposaba. En la oscuridad y el silencio se oía el crujir de la madera.

—Alteza, debéis descansar —me susurró la condesa de Salinas que me había seguido.

—¿Oyes los crujidos? ¿Oyes? —insistí.

—Oigo, señora —daba la impresión de estar muy asustada.

—A lo mejor es que intenta salir.

—¿Quién? ¿Dónde? —se sobresaltó la condesa.

—¿Quién ha de ser? ¡Mi esposo! Tal vez resucite —deseé—. Un humilde religioso que me acompañó en el velatorio de la casa del Cordón, me previno acerca de esta posibilidad.

—¡Pero si está muerto, señora!

—¿Y cómo quieres que esté para resucitar?

Filtrándose por las antiguas y deterioradas puertas, un viento repentino movía la llama de los hachones. La condesa de Salinas me tiraba de la manga contra todo protocolo, en dirección a la salida. El temor a ver alzarse ante nosotras al difunto, le hizo perder la compostura.

—Tengo miedo, señora —confesó al fin.

—¿De qué?

—De que el archiduque resucite.

—Antes no lo creías y ahora sí. ¿Aumentó el miedo tu fe?

Ansiosa de salvaguardar los secretos de mi intimidad, ordené trasladar el féretro a mi alcoba. Sin molestos testigos ni erróneas interpretaciones, el ritmo de mi existencia sería más plácido. Según dejó ordenado Felipe en su testamento, cada mañana se oficiaban misas por su alma, pues a buen seguro aún no descansaba aguardando el milagro de la resurrección o del entierro definitivo en Granada. La presencia del ataúd en mi alcoba mantenía vigente mi humillación, los desprecios que me hizo, mi dolido fracaso de mujer. Tal vez por ello no consiguieron interesarme las peticiones de matrimonio que, sistemáticamente, iban llegando. El duque de Calabria; Gastón de Foix, señor de Narbona, cuñado y sobrino del rey Fernando; don Alonso de Aragón, hijo del infante don Enrique, último vástago de la casa real de Aragón y Castilla por línea legítima de varón, fueron algunas de las proposiciones rechazadas. Mi padre insistió en una de ellas.

—El suegro de tu hermana Catalina, Enrique VII de Inglaterra, desea casarse contigo.

—¿Quiere eso decir que mi hermana y yo viviríamos juntas?

—Exacto —se animó mi padre—. Siendo Catalina viuda del primogénito de Enrique VII y a punto de renovar sus nupcias con el segundo de los hijos y actual príncipe de Gales, vuestro trato sería continuo. El rey de Inglaterra ha demostrado gran interés en conseguir tu conformidad.

Pero mi padre no mencionó los rumores según los cuales, al conocer el embajador inglés el propósito de Enrique VII, se creyó en la obligación de advertirle que la reina Juana de Castilla estaba considerada demente. «No me importa su estado mental —respondió el soberano—. Loca o cuerda ha demostrado ser muy prolífica y capaz de lanzar al mundo bellos ejemplares destinados al servicio de la Corona.» La crudeza de semejantes consideraciones distraían de otras de cariz político, que ambos monarcas se esforzaban en ocultar. A mi padre le encantaba la posible boda porque, marchándome a Inglaterra, se quedaría rey absoluto de Castilla. En cuanto a Enrique VII, le convenía callar pues su idea primordial era la pacífica anexión de España a la dinastía inglesa. Por encima de tanta murmuración, yo recordaba los ojos del rey de Inglaterra persiguiéndome por las estancias de Windsor, suave y deleitosamente prendidos en mí. Aquel regio personaje que me doblaba la edad consiguió enternecerme por el mágico encantamiento de su mirada. ¿Y si de verdad yo le hubiera enamorado?

—¿Qué respondes, Juana?

—Mientras no haya enterrado a mi esposo, no me pidas contestación a semejantes asuntos.

Durante cierto tiempo se olvidó mi padre de proyectar bodas, distraído con el revuelo cultural formado por la esperada inauguración de la Universidad Complutense. En agosto de 1508 se dio la primera lección pública acerca de la ética de Aristóteles y, desde entonces, no se hablaba de otro tema, quién sabe si por halagar al promotor de la gigantesca idea y nuevo cardenal de España, Francisco Ximénez de Cisneros. La Universidad estaba compuesta por el colegio principal de San Ildefonso, patrón de Toledo, y con el tiempo se le añadieron otros nueve colegios más, incluido un hospital para enfermos. Y aunque no todo a la vez, el centro universitario iba desarrollando lo que el cardenal se propuso. Para admiración de entendidos y profanos, de las cátedras previstas, seis se destinaban a gramática latina; cuatro a lenguas de la antigüedad; cuatro a retórica y ocho a filosofía. De las restantes, seis a teología; seis a derecho canónico; cuatro a medicina; una a anatomía; otra a cirugía; ocho a las artes; una a ética y también una a matemáticas. Así me lo hizo saber mi secretario, no sin cierto humor:

—Me dijeron que si me aprendo estos datos de memoria, alteza, conseguiré el favor de su eminencia el cardenal.

La monotonía de mi gobierno se vio interrumpida por la visita de la segunda esposa de mi padre. El rey ponía todo su empeño en conseguir la adhesión de los grandes castellanos en favor de su mujer y, con dicha intención, me solicitó recibiera a la joven reina en audiencia. Era evidente que, después, todas las puertas de los nobles de mi Estado quedarían abiertas para ella. Por tanto, accedí a la visita. Mi madrastra Germana de Foix, hija de Juan de Foix, conde Étampes y vizconde de Narbona, nieta de Gascón IV, sobrina de Luis XII, rey de Francia, y ella misma reina de Aragón y de Nápoles, tenía diecinueve años. Gordita, expansiva, mundana, amiga de acicalarse, de apetito

profundo y agradecido, conseguí que yo le ofreciese una suculenta merienda salpicada con sus alegres y espontáneas carcajadas. Germana, a la manera de Francia, lucía la rubia cabellera sin oprimir bajo las tocas. Aquellos mechones palpitantes deberían moverse de la misma sensual manera cuando la joven se abandonaba a los brazos de mi padre en el trono inaccesible de su lecho. Apenas se hubo ausentado, sentí un repentino rechazo por los dos, por su mundo, por sus noches, por tenerse el uno al otro como yo no podía tenerme con Felipe. Como yo únicamente me tenía con la soledad.

—Dime, Juan —interpelé a mi secretario—, ¿hubo comentarios sobre la visita de doña Germana?

—Los hubo, alteza.

—¿Y qué se dijo?

—Todo a vuestro favor.

En efecto. A las Cortes les agradó el encuentro entre las dos reinas, perdonando al rey Fernando la rápida sustitución de su difunta esposa. Se dejó de hablar de mis posibles trastornos mentales. No se mencionaba ya la necesidad de recluirme y yo supuse, erróneamente, que habían terminado mis desventuras. Ocupado en la pacificación del reino, mi padre iba y venía, de Arcos a cualquier punto de Castilla, para pedirme las firmas que fueran menester. Llevando la anuencia de la reina rubricada en los papeles, el monarca aragonés actuaba de manera inflexible y extrema dureza. Fue entonces cuando acabó la ya resquebrajada amistad del Rey con el Gran Capitán pues éste se sintió ofendido ante el castigo impuesto por mi padre al marqués de Priego y señor de la casa de Aguilar, sobrino del famoso guerrero. Al haber cometido crimen de lesa majestad, y pese a la clemencia suplicada de su célebre tío, el marqués fue condenado a destierro perpetuo de su Andalucía, quedando en poder de mi padre sus fortalezas y castillos que, de inmediato, ordenó allanar. Derribaron también las casas de los rebeldes Bernardino de Bocanegra y don Alonso de Cárcamo, reducidos a prisión. Y por cerrar a un emisario del rey Fernando la villa de Niebla, éste la mandó arrasar, ahorcando en la plaza pública a los más insignes regidores. La enérgica actitud de mi padre mantuvo a raya la perturbada nobleza y, una vez restaurado el orden, regresó a sus obligaciones diplomáticas. En uno de los primeros actos, otorgó el gobierno de las Indias a Diego Colón, hijo del almirante Cristóbal, educado por el prior de La Rábida y emparentado por matrimonio con la casa de Alba. Pero ni éste ni otros hechos diplomáticos le ayudaron. Mi padre había dejado atrás muchas heridas y sinsabores, merced a los cuales iba a serle perjudicial incluso el bondadoso silencio que me rodeaba. Los grandes del sur, aquellos leales súbditos a quienes yo intentaba llegar siguiendo el ataúd de Felipe, comenzaron a murmurar acerca de mi falta de noticias, de la nula intervención mía en los actos de gobierno y hablaban sin rodeos de que yo era la reina y mi padre el usurpador. Receloso ante la amenazadora situación, el rey me propuso trasladarnos a las inmediaciones de Valladolid. En la mente del monarca ya estaba entonces el fatídico nombre que no se atrevió a pronunciar: Tordesillas. ¿Cómo iba a hacerlo si sus muros eran aún más altos que los de Valladolid?

—¿Por qué habría de trasladarme, padre?

—Para facilitar nuestros contactos. En la corte de Valladolid preparo yo mis expediciones a cualquier punto del Estado y es continua la necesidad de traer a tu consideración, actas y documentos. Sería un alivio tenerte cerca. ¿No podrías hacer un pequeño sacrificio por las

conveniencias del reino?

Habituada a soportar presiones, conseguí quedarme en Arcos. En cambio, al rey le faltaron las fuerzas para aguantar la presión exterior. Y no es que tuviera miedo. Fernando II de Aragón jamás lo tuvo o nunca lo demostró. Pero sentía sobre sí la amenaza de Maximiliano, dispuesto a no dejarle arrebatarse la herencia perteneciente a mi hijo Carlos. Al emperador le mantenía receloso la posible sublevación de los nobles castellanos, capaces de sentar en el trono de sus conveniencias al pequeño Fernando, mi segundo hijo varón, tan español y tan a mano. A mi padre se le volvía insegura la tierra bajo los pies, tanto más cuanto vino a saber que habíase detenido a don Pedro de Guevara entrando por Vizcaya vestido de lacayo. Don Pedro regresaba de Alemania en servicio del emperador, y puesto a tormento en Simancas, declaró que muchos grandes de Castilla conspiraban con Maximiliano, siendo los más señalados el Gran Capitán, el duque de Nájera y el duque de Ureña. También causó asombro la noticia de que el duque del Infantado y otros nobles se confederaban contra mi padre y, más doloroso aún, que el cardenal de España sabía aquellas confabulaciones, interviniendo de tal manera que ni soplabla el fuego ni lo apagaba. En resumen: la mitad de Castilla se inclinaba por Maximiliano y el príncipe Carlos; la otra mitad me prefería. Decidido a conservar Aragón y Castilla en la unión por la cual batallaron encarnizadamente los esposos de «Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando», al Rey Católico se le volvió una casa de mil puertas la indefendible villa de Arcos. Cualquier conspirador podía comparecer a mi presencia, conseguir el sello real en documentos acreditativos de mi voluntad de reinar y, de manera fulminante, destituir a mi padre del poder. En su último viaje a través de Ávila, Salamanca, Medina del Campo y Valladolid, Fernando el Católico cabalgó hasta reventar los caballos y, mientras galopaba, concibió una idea maléfica.

—¿Seguro que no deseas complacerme y salir de Arcos? —preguntó recién descabalgado.

—Aquí estoy bien, padre.

—Este lugar carece de comodidades. ¡Eres una reina, Juana! Además, hace demasiado frío.

—¿Y qué esperas haga en invierno?

Sin embargo, todo el frío del mundo congeló mi sangre al amanecer. Mi hijo Fernando no estaba en la casa.

—Quiero ver al infante. ¿Me habéis oído?

Pero debía dirigirme a un ejército de sordos porque nadie se movió.

—¡Que alguien me explique lo que le ocurre a mi hijo! —observé sus rostros trastornados—. ¿Sucedió una desgracia? ¿Podéis decirme qué está pasando? —grité descompuesta en el colmo de la desesperación.

De manera brusca María de Ulloa se echó a mis pies y me besaba la mano oprimiéndola con fuerza. La intensidad de sus sentimientos me causó pavor.

—Por favor, alteza. Serenaros...

—¿Serenarme? ¿Por qué he de serenarme? Os juro que pondré inmediatamente en conocimiento de mi padre esta sospechosa intriga, y él os castigará debidamente. ¡Ordeno que llamen al rey!

El silencio era terrible pero alguien tuvo ánimo de romperlo.

—El rey partió de Arcos a las primeras luces del alba.

—¿Y la reina Germana? —pensé que quizá mi padre regresaría a buscarla.

—También se fue.

—¿Sin decirme adiós...?

Miré alrededor tratando de olvidar a mi madre muerta, a mi hermano Juanito que prefirió la muerte a mi compañía, a mi hermana Isabel, tan sólida en la vida como en la muerte. Todos se fueron sin decirme adiós. Giré la cabeza de un lado a otro en un intento enorme de sacudir la congoja. Con dramática decisión insistí en averiguar dónde estaba mi hijo. No era una reina sino una madre desvalida quien ordenó:

—Que salga de inmediato un correo para alcanzar la comitiva del rey y comunique la desaparición del infante.

—Su alteza Fernando el Católico no necesita información.

—¡¿Cómo...?! —dije extrañada—. ¿Me estás dando a entender que mi padre conoce el paradero de su nieto?

—Se lo llevó consigo, señora.

El impacto fue brutal. ¿Por qué se lo habían llevado? ¿Por qué me iban robando la existencia paso a paso, soplo a soplo, hijo a hijo...? ¿Cuántos tenía en Bruselas educándose a la sombra de mi cuñada Margarita, madre fallida, pero cuatro veces madre gratuita de los hijos que yo tuve? ¿Por qué, además del trono, usurpaban mis hijos? ¿Por qué mi padre, sabedor de mi desamparo, me despojó del pequeño Fernando? En aquel doloroso momento mi pasión se desbordó. Grité. Una y otra vez. Grité intensamente. Hasta la extenuación. Hasta hacer del grito el único motivo. Hasta agotarme de tanto gritar. Luego me detuve. Quedé inmóvil durante horas, días y semanas. Hubieron de encamarme, mientras mi salud se debilitaba pendiente del regreso del pequeño infante. Murmuraron que el rey llevóse consigo al niño para separarlo de la perniciosa influencia de mi insania. Pero yo sospechaba la verdad, mi padre se apoderó de Fernando, segundo de mis hijos varones, al convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos para recluirme voluntariamente en alguna fortaleza, bajo su estricta vigilancia y fuera del alcance de mis partidarios. Mientras la criatura estuviera en su poder, tenía asegurada mi obediencia y colaboración. No necesitaba discutir conmigo. Ni tampoco le urgía encerrarme pues, luego de llevarse a su nieto, el rey envió tropas de Valladolid a ocupar militarmente Arcos, dispuestas a garantizar mi aislamiento. Los sirvientes, guardias, la corte entera seguían con fidelidad las órdenes del rey. Nadie lucharía en su contra. ¿Qué podía hacer yo? Únicamente resistir en defensa de mi integridad, de mis derechos reales. Resistir en protesta por la violencia del trato, por la brutalidad de los hechos. Resistir hasta la muerte. Mi padre había destruido sin vacilar la filial confianza con que dejé entre sus manos la administración de mis reinos, además de lacerar mis sentimientos maternos. Ya no me quedaba nada en la vida, excepto la libertad de rechazarla. Y así lo hice. Evité dormir. Renuncié a protegerme del frío. Ejercí un silencio hostil y una firme inmovilidad. Me negué al aseo personal, rechazando el cambio de ropas o vestidos. Dejé de comer o bien, en caso de hacerlo, rompía después los platos. Ni una sola noche ocupé la cama, buscando en el duro suelo la similitud de los místicos sacrificios de mi feliz infancia. De Arcos salían continuas cartas dirigidas al Rey Católico, sin que éstas merecieran su inquietud o contestación. En Navidad caí gravemente enferma. Tan de cuidado, que el obispo de Málaga se apresuró a escribir una

alarmante misiva al monarca: «Juana de Castilla se muere.» En seguida hubo respuesta: «Decidle a la Reina que pronto estaré en Arcos con mi nieto.»

La decidida réplica del rey cayó en mi alma como una promesa de resurrección. Insensiblemente fui recobrando fuerzas, recuperé el apetito y la necesidad de asearme. Me vestí según correspondía y, lo mismo que un gato lamiéndose las heridas, conseguí calmar las mías y lucir con cierto esplendor. A principios de febrero Arcos se llenó de júbilo. La presencia del viejo rey Fernando, junto a la infantil presencia del posible futuro rey, llenaron las calles de alegría. Más alegre aún estaba yo cuando los vi entrar en la sala de recepciones. Dentro de un hermoso vestido de raso carmesí con adornos de brocado, me movía holgadamente a causa del peso perdido. Sin embargo, mi aspecto debió de agradar al Rey Católico pues, al término de una detenida inspección, sonrió de manera imperceptible. Debí parecerle tan bien que me sugirió concediera la audiencia solicitada por el duque de Alba y el condestable, deseosos de ofrecerme sus respetos. Accedí halagada. Halago que fue menguando en el transcurso de la audiencia, pues palabras interrumpidas y giros inesperados de la conversación, me ilustraron acerca de la verdadera intención de mi padre. Oculta durante medio año, se había extendido por el reino el rumor de mi fallecimiento y el rey aprovechó la renovada majestad de mi atuendo para que el condestable y el duque de Alba verificaran y propagaran la noticia de mi buena salud y aspecto. A pocos pasos de donde tuvo lugar la audiencia, el cadáver de Felipe seguía esperando su entierro definitivo. Como dispuso el archiduque en el testamento, se rezaba diariamente una misa por su alma, a la cual, en los últimos tiempos, olvidé asistir. Le tendí la mano al infante.

—Acompáñame, Fernandito. Vamos a rezar.

Antes de llegar a la capilla, en un recoveco del camino, me esperaba una cruel decepción. Las voces que oí no las pude identificar.

—¿Consiguió el rey dominar la insurrección de los grandes?

—No del todo.

—¿Y a qué se debe su precipitado regreso?

—La salud de su hija peligraba. Era urgente acudir al lado de la reina, devolverle el ánimo, las ganas de vivir. Si la reina muere, Castilla caerá en manos extranjeras; el príncipe Carlos, que se educa en los Países Bajos, quedará automáticamente proclamado rey de Castilla y su abuelo, el emperador Maximiliano, será el inevitable regente.

Lo que yo supuse amor de mi padre, era un asunto político. Lo que yo creí afecto a mi hijo Fernandito, era asunto político. Mi desesperación alcanzó extremos imborrables. Cuando entramos en la capilla, el niño preguntó:

—¿Dónde está Catalina, madre? ¿Dónde está mi hermana?

Como una premonición. Como si la criatura adivinara el futuro de la infanta, destinada a cumplir a mi lado el ingrato encierro de su luminosa juventud. Era febrero y se iniciaba su segundo cumpleaños. El candor y la belleza de los niños no iban a preservarme de mi cruel destino. Mientras yo sonreía al pequeño Fernando, en la mente de mi padre estaba ya sentenciado que la audiencia otorgada al duque de Alba y al condestable habían sido mi último acto de reina. Decidido a gobernar con plenos poderes, Fernando el Católico renunció a tener consideraciones conmigo. En realidad, ya

sabía cuándo y dónde iba a encerrarme. El nombre de Tordesillas apuntaba certeramente sobre mi alma dolorida.

Pocos días más tarde, a las tres de una madrugada glacial del día catorce de febrero de 1509, me despertaron bruscamente. Mi padre en persona, su alteza don Fernando de Aragón, me atosigaba repitiendo en voz baja, incansable, cerca de mi oído:

—¡Aprisa, Juana, aprisa! ¡Salimos de viaje!

—¿Ahora? —surgí, al fin, de mi profundo sueño.

—¡En seguida!

No solamente me despertaron a mitad del sueño sino a mitad de la vida, aunque ambas cosas podían significar lo mismo según comprobé más adelante cuando los hechos a los que ahora me refiero ya eran recuerdo. Una profunda astenia me impedía alzar los párpados, pero hice un esfuerzo. Al incorporarme sufrí un sobresalto. El pálido resplandor de la luna llena que, a buen seguro, horadaría el rígido cielo de invierno en el campo burgalés, se introdujo en el dormitorio para iluminar el fornido cuerpo del rey, de pie junto a mi lecho. Lo demás era sombra. Sombreado también por el fino encaje de la piedra en la tracería de la ventana, quedaba oculto su rostro. Parecía decapitado. Hablar con un decapitado resultaba muy desagradable. Más aún cuando sus apariciones conllevaban disgustos. ¿Qué otra cosa cabía esperar de mi padre, si nos veíamos poco y siempre por razones políticas? A cada encuentro todas sus coronas se me caían encima, aplastando los últimos reductos de mi cariño infantil. Medio dormida y un tanto resignada, alcé el embozo hasta el cuello aliviándome del frío. Debajo del cobertor mis pies se buscaron uno al otro con el tierno impulso de dos enamorados. Tiritaba.

—¿Qué sucede, padre?

—Nos vamos.

Pese a su reserva me resultaba fácil rastrearle la vida mediante confidencias malintencionadas, noticias de curso imparable, rumores palaciegos o conversaciones oídas por azar. Aunque envuelto en el desvaído color del plenilunio, cerrado en su hermetismo y el rostro invisible, yo le adivinaba la satisfacción del triunfo por haber resuelto los problemas de la Corona en Burgos, dominado las insurrecciones de los grandes señores andaluces, además de llevar a buen puerto su matrimonio con doña Germana de Foix, la cual esperaba de inmediato un heredero. Entre tales hazañas destacaba la última por el riesgo entrañado. Si mi padre traía al mundo un sucesor, el complicado mosaico de los reinos de Castilla y Aragón que con tal empeño reunió mi madre, volverían a separarse. ¿Y para desembocar en tamaño fracaso se esforzó tanto su alteza doña Isabel I de Castilla? Al lustro de su fallecimiento la memoria de su grandeza permanecía intacta. Idéntica a cuando nuestra profesora de latín nos contaba que Hércules, para celebrar haber apresado los bueyes de Gerión, hizo construir dos columnas a la entrada del Mediterráneo. Una en Ceuta y otra en Gibraltar, con la triunfal inscripción de «Non plus ultra». En realidad se trataba de un aviso a los navegantes alertándolos de que, al trasponer la imaginaria puerta del estrecho, sólo iban a encontrar un océano tenebroso avanzando hacia el misterio. Pero Cristóbal Colón y la reina Isabel, desoyendo los torvos presagios, se arriesgaron y la divisa de Hércules hubo de ser enmendada. Borraron el Non y quedóse el Plus

ultra. ¡Había un más allá! «Vuestra madre —terminaba orgullosamente de explicarnos Beatriz Galindo— quizá ha sido la única mujer del mundo capaz de corregir a un dios.» No cabía duda. Fue una gran reina. Y una madre fallida. Incapaz de arrancarme al desespero y la incomunicación. Incapaz de resolver el desconcierto de mi alma, llena de confusión y angustia. Ahogada por los recuerdos, dije:

—¿Y dónde vamos?

—Ya lo verás.

Me desagradaban sus maneras, las prisas y aquella lamentable costumbre suya de olvidar mi personalidad. A los ojos del rey yo seguía siendo la antigua niña que bordaba por las tardes en un largo telar entre mi madre y la Latina, cuando la Historia pasaba por mi lado sin rozarme, como si no fuera conmigo, como si no estuviera esperando para hacer de mí una patética marioneta. Me negué a obedecer.

—Son horas intempestivas —razoné—. Hay que disponer el avío necesario al bienestar de tu nieta. Sus dos años exigen ciertas previsiones. Además —y esta salvedad la consideré definitiva— tampoco es posible disponer el traslado del féretro con tanta urgencia.

—De cualquier modo nos iremos, Juana.

—¡No!

La voz sonó estridente, a punto de rasgarse, señal inequívoca de agitación del ánimo. El rey frenó sus impulsos. Conocía mejor que nadie el peligro de obligarme a tomar decisiones: una vez anunciada mi postura, jamás me retractaría. Dominando su contrariedad se dispuso a conservar la calma consciente de que, al menor de sus errores, yo nunca saldría de Arcos. Era su cuarto intento. Y la única solución eficaz estaba en llevarme a la fuerza o cambiar de táctica. A la fuerza, significaba actuar por sorpresa, dejando atrás el féretro. Un riesgo excesivo pues el pueblo, acostumbrado a verme viajar en compañía del difunto, inmediatamente acusaría a mi padre de llevarme presa. De manera que el rey optó por variar de táctica y el viaje obtuvo una prórroga de veinticuatro horas.

—¿Te parece bien, Juana?

—Sí.

Hubo un silencio imprevisto. Los ruidos externos se ampliaron. Retenidos por el freno del bocado, en el patio piafaban los caballos. Un relincho se encaramó noche arriba.

Imaginé que la tropa vigilaría las afueras, mientras un regimiento de confusas siluetas patrullaban las calles. En la magnífica serenidad de la madrugada, el brillo de las armas imitaba una tempestad con sus relámpagos de acero. El palacio continuaba siendo un nido de espías. Doncellas, escuderos, damas, incluso sacerdotes de mi corte, me vigilaban. El cerco se iba cerrando alrededor. Mi libertad se asfixiaba y, presintiendo una próxima derrota, recordé la deplorable historia de mis encierros. En el castillo de la Mota sufrí el primero, cuando mi madre impidió que yo siguiera al archiduque al estar embarazada. Por no adaptarme a los hábitos de los Habsburgo, estuve recluida en mis habitaciones de Bruselas. Nombrada heredera de Castilla, la ambición del poder ofuscó a mi esposo, quien me sometió a una estricta vigilancia. El fallecimiento de Felipe me salvó de convertirme en su prisionera. ¿Pero quién me salvaría de las intenciones de mi padre? Debajo de la cobija, mis pies mutuamente consolados se concedían entrambos el suave calorcillo de un rescoldo.

Sin embargo, ese frío terrible de la soledad nadie me lo quitaría. Despacio levanté el rostro. Y con el rostro, la mirada. Siempre hacia arriba, recorrí el cuerpo del rey dispuesta a volcar mi cariño en sus ojos. Pero no había rostro, borrado en la oscuridad. De pronto dio un paso atrás y también su cuerpo desapareció de mi vista. Se lo tragaron las sombras.

—¿Padre...? —intenté descubrirle.

—No te olvides, Juana. Mañana salimos. Y que descanses, hija.

Me fue imposible. Veinticuatro horas duran menos que una pena. Pronto tuvimos allí las tres de la madrugada siguiente y el estupor de lo irremediable me puso al borde de la desesperación. Al partir, la noche abierta del campo nos ofreció su oscura angustia y la extraña comitiva avanzó dispuesta a superarla. El frío de Castilla me clavó su hielo con tal fuerza que tuve la sospecha de haberme quedado para siempre de perfil. Delante de mí los porteadores trasladaban al difunto encerrado en su ataúd, flanqueado por soldados llevando hachones encendidos. Las antorchas crepitaban y un profundo olor a resina se esparcía en el aire. Detrás del humo aparecieron rostros difuminados. Después de haberme visto, se retiraban. A veces los oía hablar:

—Dijeron que nuestra reina había muerto.

—Dijeron que estaba loca.

—Que la mantenían cargada de cadenas.

—Y la Inquisición la torturaba por hereje.

—Dijeron que en Flandes la embrujaron.

—Gritemos: ¡¡Juana por Castilla!!

Se trataba de burgaleses que vivían en pueblos y masadas situados a la vera de nuestra ruta. Durante el resto del viaje otras gentes continuaron ofreciéndome su amor y fidelidad. A veces se repetían los gritos de «¡Juana por Castilla!», dados en tono cauteloso, como si respetaran el sueño de mi esposo. Dejando atrás el Arlanza y el Pisuega, bordeamos el Duero y desfalleció mi ánimo. Al fondo de la noche, sobre una pequeña eminencia y contra un cielo cargado de amenazas, tomó cuerpo la negra silueta de una mole con recias torres y pétreas almenas, que no tardé en reconocer: era Tordesillas. Profundamente alterada por su cercanía, a duras penas conseguí sujetar el ánimo por considerarlo mi futura prisión. En seguida me arrepentí de haber sospechado de mi padre. ¿Cómo iba a ser capaz de enterrarme en vida en aquel siniestro mausoleo? Pero ¿y si lo fuera? En tal caso me faltaban menos de dos horas para asumir mi terrible destino y, lo que aún era peor, acudía voluntariamente al lugar del sacrificio. Sin embargo, el monarca me dio la vida y le correspondí dejándola en sus manos. En el fondo nunca, ni por un momento, creí realmente que nada de lo imaginado pudiera suceder. Debatiéndome en penosas dudas, nos acercamos inexorablemente al castillo a donde nunca debí acudir. A mi llegada las huestes del rey ocupaban la pequeña planicie delante del que iba a ser mi hogar. En lo alto de la escalera Fernando el Católico me invitaba a subir. A punto de lograr su objetivo, sumiso y servil en la sonrisa, humillaba sus maneras. El pensamiento del futuro me aterrorizó. Las primeras gotas de una lluvia recién comenzada trajeron a mis labios un ácido sabor a desgracia. Sucios nubarrones se retorcían encima de Tordesillas. Soplaban un viento torturado recién salido del vientre del invierno. Aspirando a fondo hasta agrietarme el alma, subí los escalones con el empaque adecuado a una soberana. Mi padre en persona, su alteza Fernando II de

Aragón y V de Castilla, ocho veces rey, dos veces duque, tres veces conde, dos veces marqués y Rey Católico por especial privilegio del Papa de Roma Alejandro VI, pretendía influirme con la ostentación de su alto linaje para que yo cumpliera de buen grado el último gesto necesario a mi renuncia. Nunca supo que mi aparente debilidad se conseguía con ternura. Por el camino del abolengo jamás me hubiera sometido. A la medida de su alcurnia estaba la mía pues yo heredaría sus títulos para añadirlos a los ya recibidos al fallecer mi madre. Según constaba en el testamento de la reina Isabel yo era doña Juana I, reina de Castilla, León, Granada, Toledo, Valencia, Galicia, Sevilla, Cerdeña, Mallorca, Córdoba, Córcega, Murcia, Jaén, Algarves, Algeciras, Gibraltar y las islas Canarias, además de las nuevas tierras de Indias.

—Date prisa, Juana. Nos mojaremos —apremió el rey.

Ya en el último peldaño puse mi palma en la mano que mi padre me tendía, mientras alguien se agarraba a mi otra mano. Era mi hija Catalina, observándome ansiosa con las bellas facciones de los Habsburgo en su rostro salpicado de lluvia. Desde sus ojos color de miel me miraba remotamente su padre. Un trueno demasiado huraño despeñóse por el monte. Los dos años de la infanta se estremecieron como si adivinaran el difícil futuro de criatura nacida de padre difunto y madre sometida. Al entrar en la fortaleza nos precedió la tempestad, desbordándose hasta el último rincón del tétrico edificio. Yo temblaba, temerosa de que mi padre me abandonase. Fue un alivio oírle decir:

—Aquí tienes a mosén Luis Ferrer, responsable del castillo y aragonés como yo. Tu amiga doña María de Ulloa queda designada camarera mayor, siendo tus damas de honor las restantes señoras del cortejo. Ahora trata de acomodarte, Juana. No me marcharé hasta que te hayas aposentado.

Me acompañó a recorrer la fortaleza una joven que parecía conocerla bien. Me contó que el lugar estaba maldito y, según la leyenda, era forzoso que albergase una reina prisionera cada siglo.

—¿Cierto? —pregunté.

—Sí, alteza. En el siglo XIV estuvo aquí desterrada hasta morir la esposa de Juan I de Castilla. En el siglo XV permaneció detenida la reina Leonor de Aragón.

—¿Y en el siglo actual? —dije y quedé aguardando esperanzada por si tal vez, acaso, alguien se me hubiera adelantado.

—En el siglo actual, alteza, vos sois la reina de la leyenda.

Hice un esfuerzo por sobreponerme. Por conservar la calma mientras daba fin a la visita. Las habitaciones tenían paredes altísimas y parte de las grandes cámaras se hallaban vacías, mostrando señales evidentes de un prolongado abandono. Estremecía atravesarlas por su extraño aspecto, sin huella de presencia humana. La sala central, con ventanas abiertas al río y la meseta castellana, era más agradable, pero yo escogí como salón habitual una habitación desde la cual se avistaba la capilla del convento de Santa Clara donde habían depositado previamente el féretro de Felipe. Los cirios encendidos a su alrededor hacían oscilar la fúnebre oscuridad, dando la impresión de que el ataúd estaba a punto de abrirse. Como en los últimos tiempos de su existencia, mi esposo dormiría fuera de casa bien abrazado a la muerte, única compañía incapaz de producirme celos. Vecino a mi dormitorio hice instalar el de los niños. Mi padre se ofreció:

—¿Deseas algo especial?

—Olvidé mi clavicordio.

—Lo tendrás —dijo, y me besó la frente.

Al marcharse, el rey cabalgaría su poderosa presencia entre las murallas de la villa, las cúpulas de los edificios religiosos asomando por encima de las almenas, la pequeña puerta mudejar cubierta de musgo, las incontables rutas del campo descercado incitando a la huida, y el reflejo de las diez arcadas del puente flotando en el río.

—Al final del Duero estás tú —dije en nuestra infancia a mi hermana Isabel, reina de Portugal.

—Duero no, Juana —me corrigió ella—. Duoro. En portugués su nombre es Douro.

En efecto, a la vera del Douro falleció Isabel al borde de sus veintiocho años, mientras a mí me enterraban en vida al otro extremo del Duero.

—Enterrada en vida, tal vez —dije pensando en mis enemigos—. Pero enterrada muerta, jamás.

Los fuertes pasos del rey y los de sus acompañantes se alejaron mientras chirriaban las puertas de las habitaciones vacías. Luego cesaron las pisadas y mi expectación tuvo un final dramático al cerrarse la puerta de la fortaleza reciamente atrancada, cerradura de múltiple seguridad y madera de tal grosor que se requería la intervención de varios hombres para desplazarla. Una fuerte guardia palaciega y una guardia de corps especial designada por mi padre rodearon la desolada fortaleza con una doble misión: prohibir que entraran y prohibirme salir. Intimidada, sintiendo perder por momentos la facultad de moverme, llegué hasta la ventana desde donde podía ver el ataúd de Felipe. ¿Quién estaba allí dentro? ¿Un rey o un esposo? Y, sobre todo, ¿por qué conservaba todavía conmigo el cadáver, si jamás llegaríamos al sur? En el féretro ya no había ninguna esperanza, sólo un muerto. La noche transcurrió sin otra compañía que el monótono siseo de los búhos. Cientos de búhos anidados en los muros del castillo, que ni siquiera batían el aire al ir y venir de sus cacerías por el telar de las sombras. Pero la imagen de sus ojos inmóviles y alucinados presidió la irremediable soledad de las horas que Felipe jamás compartiría conmigo. Cuando la enorme puerta de la fortaleza de Tordesillas retumbó por las estancias al cerrarse, su estruendo me coronó por toda la eternidad con el insultante título de Juana la Loca.

CAMINO INTERRUMPIDO

Mencionado ya en documentos del año del Señor 939, Tordesillas fue un bello lugar de venerable antigüedad donde los Reyes Católicos y el rey don Juan II de Portugal firmaron, en el verano de 1494, el tratado por el cual se fijaban los límites entre los imperios ultramarinos hispanos y lusos. Pero su definitivo renombre lo alcanzó al ser destinado el castillo de la villa a residencia de Juana, una reina trashumante de uno a otro de sus Estados; trashumante también de una a otra de sus emociones espirituales y, finalmente, trashumante entre las múltiples opiniones de quienes la juzgaban como persona. La terrible inseguridad proyectada desde lo más auténtico y profundo de su ser alcanzó incluso al diagnóstico de su enfermedad. Según unos estaba loca. En opinión de otros, cuerda. Para una inmensa mayoría quedó establecida la romántica premisa de una locura de amor. De lo contrario, ¿cómo interpretar sus nocturnas procesiones a través de Castilla, arrastrando consigo, durante dos cumplidos años, un cadáver insepulto? ¿O de qué manera traducir la sórdida dependencia de Juana con relación a un difunto descomponiéndose en el féretro? Después de cuatrocientos años de silencio en torno a estos hechos, resulta difícil defender cualquier tesis, negarla o definirse por determinados criterios. Voces actuales, muy dignas de consideración, expresaron su parecer, aunque pierden fuerza de convicción al basar sus valoraciones en las emitidas a través de una distancia de siglos. ¿Cómo asegurar una justa interpretación de los datos informativos? Únicamente en los últimos años de la existencia de Juana se consiguieron unificar las opiniones. No cabía duda: estaba loca. Para entonces ya no vivían quienes siempre negaron su demencia. Tampoco aquellos que la trataron siendo una jovencita de ojos soñadores, cuyo recuerdo los hubiera enternecido. Según costumbre, la reina continuaba prisionera de las fuerzas políticas de turno que regían su duro destino. Y no dejan de ser llamativas las aclaraciones históricas que, al relatar las escasas visitas recibidas durante los interminables años de su encarcelamiento, aseguran «haber hallado a la reina, por casualidad, en uno de sus escasos momentos lúcidos». Si tan pocos se producían, ¿no fuera más lógico sorprender a la reina por casualidad en sus momentos de locura? Cabe también preguntarse, en el supuesto de estar verdaderamente enferma y en mayor o menor grado lo estuvo, si no se hubiera contribuido a prolongar su tiempo de cordura otorgándole un trato justo y afectos estables. Es evidente, y así lo ratifica la Historia, que la conducta anómala de Juana se exteriorizó por vez primera con grandes muestras de dolor y dramática desesperación, cuando el archiduque salió de España, abandonándola a cargo de sus padres y en estado de buena esperanza. A partir de aquel momento se consideró retenida y engañada. Lejos de tranquilizarse, su conducta se exacerbó al recibir carta de su esposo animándola a regresar a Bruselas. La oposición de los Reyes Católicos al proyecto desató su furia salvaje. Para entonces Juana ya había sumado, a sus anteriores motivos de disgusto, el deseo apremiante de reanudar la intimidad con su marido y la cólera alcanzó cumbres patológicas. Sin embargo, el diagnóstico médico se basaba en hechos reales: había sido abandonada por Felipe; la retenían en Castilla contra su voluntad; la encerraron en el castillo de la Mota para obligarla a obedecer. Agotados los medios de reducirla, le permitieron marcharse a

Bélgica y con ello Juana recuperó la tranquilidad. Sin embargo, al término del viaje la esperaban nuevas fatigas. El archiduque se divertía provocándole celos, y estos pequeños alicientes del juego amoroso se convirtieron rápidamente en delirios paranoicos. Nadie ni nada aminoró o retuvo, con humana comprensión, esta amarga carrera esquizofrénica alimentada a lo largo de su vida. Solamente a la muerte de Felipe el Hermoso decayeron los estímulos que tanto alteraron su equilibrio y, faltos de objeto, los celos terminaron. Por lo demás, la hija de Isabel y Fernando, situada por el destino en la encrucijada de importantes presiones políticas, fue víctima de las circunstancias y de quienes se aprovecharon sin escrúpulos de las mismas. Quisieran o no, detrás de personajes como Fernando II de Aragón y V de Castilla, padre de Juana; Felipe de Habsburgo, esposo de Juana; Carlos I de España y V de Alemania, hijo de Juana; y el futuro Felipe II, nieto de Juana, existía una reina de la cual todos eran dependientes y usurpadores, pues la hija de los Reyes Católicos jamás cedió sus derechos al trono, intentando conservar hasta el fin la dignidad de la Corona. De uno a otro de sus descendientes fue llevando Juana, como un clamor, la desgastada angustia de obtener justicia; esperanza que mantuvo hasta el término de su amargo peregrinaje. Peregrinaje excesivo pues el sufrimiento, los malos tratos, las degradantes incomodidades y seis partos, no consiguieron menguar su fuerza en los setenta y seis años de existencia. A este respecto cabe preguntarse quién no habría enloquecido en su lugar. Pese a todo, ella resistió.

Cuando en un acto de amor filial y dominando su aprensión, Juana I de Castilla se arriesgó a cruzar el puente levadizo de la fortaleza de Tordesillas, sus veintiocho años gravemente sacudidos por la adversidad no supieron intuir que jamás saldría del trágico edificio. En aquel inhóspito interior aguardaban a la infeliz reina de España cuarenta y seis años de encierro, inclemencia y crueldad. Ningún documento revela el estado anímico de Juana al entrar en el castillo. Nada ni nadie nos descubre sus sentimientos en el instante de enfrentarse a la nueva situación. Como en cualquiera de los actos de su vida, Juana iba fiando, una vez más, del amor de aquellos a quien ella amaba. Y el desajuste de sus principios afectivos debió de ser descomunal. Cabe suponer que, como siempre, Juana preservaría de promiscuidades su rico mundo interior, de naturaleza solitaria. La vida de antes, aquella que abandonó al pie de las murallas en el hermoso valle del Duero, con viñas y prados que jamás volvería a ver, estuvo repleta de acontecimientos buenos y malos a los cuales se adaptaba o resistía con la grata sensación, dentro del infortunio, de conseguir imponerse gracias al vigor de su enorme personalidad. Pero en Tordesillas no cabrían privilegios, ni siquiera los tan amargos de rebelarse o discutir. Durante cuarenta y seis años clamaría en el desierto y, a jirones, perdería su identidad. El cambio iba a ser brutal. En realidad, el gobernador del castillo ejercería de carcelero. Las damas de honor, de celadoras. Ella misma merecería menos consideración que un preso anónimo, pues descendió de su pedestal de soberana al puesto de prisionera del rey que, además, era su padre. Si a tanto la rebajó el monarca, ¿por qué habrían de encumbrarla ellos? Una vez encerrada y por imposición de quienes la retenían, la figura de Juana se fue despersonalizando. Se convirtió, poco a poco, en un problema meramente administrativo. Incluso su gran corazón vino a parecerse a la intermitente silueta de Medina del Campo, invisible por lo general y visible desde Tordesillas en días muy claros. Pero en la vida de Juana no abundaban los días claros y, en la nublada atmósfera de la indiferencia ajena, su corazón quedó definitivamente desasistido. Como si no existiera. Sólo ella

lo sentía palpar con furia a causa de las perpetuas injusticias que le infligían y ante las cuales no cabía sublevarse. Por eso aceptó con espartana fortaleza que sus vasallos la creyeran hechizada, la tacharan de hereje, intentasen exorcizarla o sospechasen que el largo brazo de la Inquisición le había sellado los labios. En cambio, la indefensa reina de Castilla opuso férrea resistencia al rigor o los abusos de Luis Ferrer, pese a que el gobernador del castillo gozaba de plenos poderes, representaba al Rey Católico y nadie contravenía sus órdenes, aunque ello implicase contravenir las de la reina. A Juana sólo le quedaba el recurso de exigir al monarca como soberana, o suplicarle como hija, la urgente restitución de su real autoridad en la pequeña corte de la fortaleza, además de adecuar la residencia a las necesidades de su alto rango. Pronto advirtió Juana lo inútil del proyecto. En los primeros años de estancia en Tordesillas, su padre la visitó dos únicas veces antes de morir. En tan largo periodo de incomunicación, ¿qué clase de ayuda podía reclamar Juana? En realidad, las visitas de cualquier orden realizadas al castillo constituyeron raras excepciones. Dictadas por el interés de la nación y nunca por el de la soberana, solían derivar en auténticas batallas dialécticas, único terreno donde era posible el triunfo de Juana a causa de la indestructible fijación suya de no firmar documentos. La primera visita del rey Fernando tuvo intenciones políticas. La segunda y última, disimulaba oscuras obsesiones. Acababa de fallecer, casi recién nacido, el hijo de Germana de Foix y el Rey Católico, que tanto había fiado en la juventud de su esposa para conseguir el heredero, sintióse repentinamente enfermo y envejecido. Al monarca le desagradaba pensar que todo lo conseguido durante su vida pasara a las manos de su nieto Carlos, educado en Alemania bajo la dirección de su tía Margarita, e hijo de su odiado yerno difunto don Felipe de Habsburgo. Sus preferencias se inclinaban hacia el infante Fernando, a quien vio nacer en tierra española, bautizó con su nombre y llevaba consigo a cabalgar, puesto que el niño contaba ya doce años. Los mismos que tuvo el Rey Católico cuando abandonó su educación de príncipe para luchar al lado de su anciano padre don Juan de Aragón, y que ahora recordaba con nostalgia. Pero la autoridad del monarca era impotente para disponer de aquello que por ley pertenecía a Juana, o quebrantar los derechos de sucesión según los cuales, a su fallecimiento, todo sería propiedad de su hija. Al preocupado rey no le quedaba otro remedio que ceder la herencia a Juana o a su legal sucesor Carlos de Habsburgo, demasiado rico por parte de Felipe el Hermoso y de su abuelo el emperador Maximiliano, mientras que su querido nieto Fernando habría de conformarse con una renta de cincuenta mil ducados procedentes del reino de Nápoles. Pero antes de acomodarse a semejante resolución, el monarca realizó un postrer intento para desviar la ruta de su herencia aragonesa. No sin cierta fatiga tomó el camino de Tordesillas acompañado de su esposa y con el secreto propósito de que Germana, en el transcurso de una conversación amistosa con la real prisionera del castillo, descubriese el origen de la asombrosa fertilidad de Juana, aquella facilidad suya de dar a luz, y la escandalosa salud de que gozaban todos sus hijos. La idea de engendrar un heredero que junto a Germana propagase sus glorias y su nombre cuando ya hubiese fallecido, encaminó al casi sexagenario rey hacia la villa donde malvivía su olvidada hija. Pero Fernando y Germana salieron de la fortaleza sin hallar bebedizos, hechizos mágicos o pócimas milagrosas. Juana no las usaba. Desanimado y perdiendo a raudales la salud, el rey comenzó a trasladarse de un lugar a otro intentando disimular la decadencia de sus fuerzas. Sufrió escalofríos, tercianas, calenturas, acudió a

brujas capaces de aumentar su poder sexual, aguardó en vano el anuncio de un heredero. Le vaticinaron que conquistaría Jerusalén antes de morir y renunció a la conquista para seguir con vida. Fernando el Católico, tan excelente estadista y guerrero, comenzó a morir de veras en cada una de las ciudades donde se detenía, pero los médicos no le arredaban con sus luctuosos pronósticos pues un adivino le vaticinó que moriría en Madrigal, villa donde jamás se detuvo. Enfermo de hidropesía, el corazón lesionado, sufriendo ahogos y ataques de asma, el soberano dejó de luchar y cedió ante la muerte cuando supo se hallaba en una aldea próxima a Trujillo que no era Madrigal pero se llamaba Madrigalejo. Fue tal el espanto a causa del vaticinio que, teniéndose ya por muerto, pidió confesión a fray Tomás de Matienzo, de la Orden de Santo Domingo y antiguo espía de la enamorada Juana en su feliz época de archiduquesa. Justo el día anterior Fernando había hecho testamento, atendiendo a todos sus allegados y recomendando a su nieto Carlos que protegiera a Germana. Para Juana, que tanto le quiso, no tuvo ninguna palabra especial; únicamente la mencionó con el fin de ordenar a los gobernantes que ocultaran a la soberana su fallecimiento, pues sólo conseguirían mantenerla a raya si ella creía obedecer los mandatos del moribundo. El Rey Católico expiró entre la una y las dos de la noche de un miércoles golpeado de llanto y de silencio, en un día veintitrés de enero casi al nacer del año de 1516. Contaba sesenta y cuatro años al morir en una sencilla casa de una humilde aldea que bien pudo parecerse al lugar donde se albergó cuando, siendo mozo y vistiendo ropas de gañán para no ser descubierto, cruzó a escondidas la tierra castellana en busca de una princesa rubia de ojos verdemar llamada Isabel. El fiel y anciano duque de Alba le cerró los ojos, aunque en esta ocasión no le fue posible cruzar la frontera al lado de su rey.

El tiempo convirtió el castillo en un islote amordazado. Lo que allí sucedía era un misterio impenetrable para las gentes del país. Y los acontecimientos del país se estrellaban como un oleaje contra el islote, en un vaivén de noticias que apenas conseguían penetrar. De muy poco se enteraba Juana y ese poco era insuficiente para que ella tuviera alguna idea sobre la marcha de sus Estados. Las noticias permitidas y férreamente controladas no lograban reconstruir el deslavazado rompecabezas que la reina prisionera se empeñaba en descifrar. España se mantenía difícilmente en equilibrio sobre la cuerda floja de la sucesión dinástica mientras Juana de Castilla, ignorante de las dificultades, se enterneció con el nacimiento de Alonso, un hijo más de su feliz hermana María, reina de Portugal. O se mostraba melancólica al fallecer el viejo monarca inglés cuya platónica admiración actuó de bálsamo para sus carencias afectivas. Alegrábase también de la segunda boda de su hermana Catalina, soberana de Inglaterra y madre de la que habría de ser futura reina, María Tudor. Asimismo supo la muerte del rey Luis XII, cuyo recuerdo resucitaba los apasionados momentos del viaje por Francia. Y alguien de su corte le dio a conocer detalles acerca del libro *Institutio Principis Christiani*, tratado sobre la educación de un príncipe, escrito por Desiderio Erasmo de Rotterdam y dedicado al hijo de Juana, Carlos de Habsburgo. Puesto que Erasmo, mientras iniciaba su posteriormente famoso *Elogio de la locura* durante su estancia en la casa inglesa de Tomás Moro, se permitió enaltecer el estilo epistolar de Juana al futuro Enrique VIII, ésta acogió con íntima satisfacción el obsequio cultural destinado a su heredero. En realidad, daba la impresión de que Juana absorbía las pequeñas noticias, filtradas a través de un silencio prolongado año tras año, en un

esfuerzo sobrehumano por mantener amuebladas sus moradas interiores. Pero se movía en una atmósfera tan llena de injusticias y mentiras que sus esfuerzos resultaban inútiles. Como de costumbre, la desdichada reina seguía protestando del trato inicuo que alcanzaba incluso la calificación de malos tratos, con su habitual postura de inmovilidad y ayuno, a la cual respondía Luis Ferrer aplicándole castigos corporales. Impotente para evitarlo, Juana amenazaba vengarse contándole al rey, en cuanto pudiera verle, las insolencias y abusos cometidos con ella. Por desgracia la puerta del castillo se abrió pocas veces estando su padre en vida, y ninguna cuando le esperaba en vano al ignorar su muerte. La mayor autoridad del Estado era ella misma, pero la creencia de que el rey continuaba viviendo le impidió reclamar el ejercicio del poder. Además de reina de Castilla lo era de Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia y tierras al otro lado del mar, aunque la mantuvieron ignorante de sus reinos por especial deseo de don Fernando, así expresado en su testamento. Siendo soberana de la nación más importante de la Cristiandad, malvivía recluida en una fortaleza fuertemente vigilada, aún no sabía por qué. Separada del mundo, negándose a rendir explicaciones y maltratada respecto a su demencia, no era extraño que la razón le estallara ante la imposibilidad de averiguar el atroz juego a que la sometían. De repente, la situación cotidiana mejoró. Fue un cambio radical, inexplicable para Juana. Aunque la noticia del fallecimiento de don Fernando no llegó hasta ella, el suceso traspasó los bien defendidos muros del castillo. Hacía tiempo que los habitantes de Tordesillas estaban al corriente del indigno trato reservado a la reina, su afrentosa situación de prisionera y el malévolos secreto oculto en la mal disimulada cárcel. Era inútil extremar la vigilancia, mantener encerradas a las damas de su alteza e impedirles mezclarse con el pueblo. La silenciada vejación se fue desparramando y sólo consiguió sujetar el odio de las gentes por el despiadado carcelero, la intimidante persona del rey que le respaldaba. Pero bastó conocer el fallecimiento del monarca para que se rompieran los diques del encono. La revolución estalló entre los guardias, servidumbre y vecinos de Tordesillas. El amor de los castellanos por la reina continuaba inalterable y exigieron su libertad. Aprovechando la confusión hubo quien intentó exorcizarla por suponerla embrujada desde su estancia en Bruselas. A doña María de Ulloa la insurrección le permitió evadir de la fortaleza una carta dirigida al cardenal Cisneros informándole de lo sucedido y reclamando ayuda urgente para su alteza. El poderoso cardenal consideró preocupantes las noticias y mandó a Tordesillas al obispo de Málaga, con orden de realizar una investigación. El enviado de su eminencia vio y oyó tales barbaridades, que Cisneros no dudó en destituir del cargo a mosén Luis Ferrer, despidiendo también a los criados a su mando por haberle perdido el respeto a la soberana. ¿Pero quién borraría del alma de Juana tantos años de sevicia y humillación?

En la inexorable cadena de carceleros, Hernán Duque de Estrada, antiguo mayordomo de corte del recién fallecido monarca, fue el segundo eslabón. Bajo su autoridad se trató a la prisionera con la mayor consideración, se cumplían sus menores deseos, se le permitió cambiar los aposentos por otros de mayor claridad, recibir gentes, oír misa en Santa Clara, donde reposaba Felipe, y se le tributaron honores reales. Las penas deambulantes de Juana se fueron aquietando como palomas cansadas al borde de su absurda vida. Por enésima vez la soberana se preguntaría algo sin respuesta: su madre la encerró para evitar que escapara en busca de Felipe. Felipe la encerró para gobernar sin

que ella lo impidiera. Pero si entregó de buen grado sus poderes a Fernando el Católico y le dejó libre de disponer a su antojo, ¿por qué su padre la encerró en Tordesillas? Debido al buen trato del caballero Hernán, Juana volvió a mudarse la ropa interior, a cambiar de vestidos, dormir en su cama, tomar buenamente las comidas y hasta exigió al servicio el mantenimiento impoluto de las habitaciones. Con el pasar del tiempo y los acontecimientos históricos, aquella manera tranquila de vivir superando la injusticia volvió a deteriorarse. Después de la muerte de Cisneros, el sensato guardián Hernán Duque de Estrada, cuya recta conducta había sido tan beneficiosa para la salud y el bienestar de la reclusa, fue destituido. En esta ocasión, como en otras posteriores, la dilatada existencia de la reina dio lugar a repetir errores. El principal, perpetuar la vigilancia. Y como si un instante de su libertad provocara un cataclismo, aquellos que sentían amenazado el goce de un poder que no les correspondía designaron de inmediato otro carcelero.

Naturalmente lo eligió Carlos de Habsburgo, recién llegado a la península después de haberse proclamado rey en la catedral de Santa Gúdula de Gante, su ciudad natal, con la astuta fórmula de «Doña Juana y don Carlos, hijo suyo, reina y rey católicos». Esta ingeniosa manera de dar validez legal a una usurpación, la denunció Juana de inmediato pues, al comunicarle la presencia de su hijo el rey en territorio español, respondió enseguida: «Estáis en un error. Carlos solamente es infante. La reina soy yo.» Pese a lo cual hubo de aceptar el nombramiento otorgado a don Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y conde de Lerma quien, ya de vuelta de acompañar el cadáver de Fernando de Aragón hasta depositarlo junto al de Isabel la Católica en la Alhambra de Granada, asumió su destino de gobernador general y administrador de la casa de la reina, con potestad sobre las personas de la misma y sobre las autoridades y habitantes de la villa de Tordesillas. De nada y a nadie, excepto a Carlos, debía rendir cuentas o recibir órdenes el marqués, lo cual le convertía en dueño absoluto de un territorio arrancado a la administración española, de tan sencilla manera. Un mundo independiente, casi fantasmal, donde vagaba como alma en pena una soberana en trance de enloquecer, una corte encadenada al servicio de aquella cuyo estado mental se discutía y que, a su vez, era inicuamente sometida por quienes debían servirle, con el expreso consentimiento de su hijo Carlos de Habsburgo, que no era rey. La demencia se paseaba por Tordesillas con la desagradable intermitencia de un viento racheado.

La aplicación del nuevo régimen que dispuso el marqués de Denia debió de suscitar una creciente inquietud en Juana pues, si bien la trataban con respeto, la vigilancia en torno suyo se agudizó. Como primera medida le prohibieron salir de la fortaleza para asistir a la misa del convento de Santa Clara y ella, en represalia, se negó a oírla en el castillo. Esta actitud fue mal interpretada y propició rumores acerca de su posible protestamiento, motivo suficiente para esclarecer la inexplicable persecución y encierro del que era víctima la hija de Isabel la Católica. Tampoco le consintieron deambular a su antojo por el interior del recinto y, reduciendo día a día sus pequeñas libertades, no tardó en verse recluida entre las cuatro paredes de la habitación. Exasperada, Juana dictó a su carcelero una carta para el rey su padre, cuyo fallecimiento aún ignoraba, rogándole ordenase le dieran mejor trato pues le resultaba imposible soportar aquella vida. Nunca fue escrita la carta sin destinatario y, por contra, la vigilancia se extremó hasta el punto de situar permanentemente una camarera a la puerta de la habitación de la reina y otra en el interior. La presencia continua de

alguien extraño en su intimidad la sacó de quicio, alterando su delicado psiquismo. Juana gritaba a todas horas pidiendo socorro, lo cual motivó su traslado a un cuarto oscuro, sin ventanas, donde nadie la oiría. Para entonces la reina ya no se preguntaba las viejas motivaciones de un remoto ayer. Se hubiera conformado con entender por qué le retiraron el excelente trato y las buenas maneras del caballero Hernán.

Sin embargo, el misterio que movía los hilos de Tordesillas estaba lejos. En la corte. Los diecisiete años de Carlos de Habsburgo se mostraron ávidos de poder. Con diez años menos de los que tenía su padre al llegar a la península, se propuso asentar en España de una vez por todas la dinastía de los Austria. Le sobraba tiempo. Pero Carlos, obedeciendo indicaciones de sus consejeros, se lanzó a tomar posesión de la hermosa tierra de sus antepasados con la osadía y desconsideración propias de un conquistador en territorio colonial. Saliendo al paso de las posibles censuras suscitadas por su resuelta actitud de soberano efectivo, hizo difundir en todo el ámbito nacional que la reina no deseaba gobernar ni tampoco se hallaba capacitada para ello debido a su demencia. Semejante atrevimiento despertó la desconfianza de los nobles castellanos, quienes provocaron la irritación del infante al obligarle a jurar que restituiría el trono a la reina si ésta recuperaba la salud. O dicho de otro modo: sería rey en tanto su madre estuviera enferma. Carlos endureció de inmediato las normas del castillo. A toda costa debían evitarse encuentros con la reina. Nadie podría visitarla. Ni menos aún arriesgarse a que tropezara con guardias adictos a su causa. En resumen, las únicas noticias de la reina serían la falta de noticias. Juana asistió desconcertada a la súbita represión. Alrededor de Tordesillas crecieron vallas de silencio. ¿Qué ocultaba el rigor de aquellos muros? La locura de la reina no sería, puesto que su hijo la proclamó sin rubor. Nunca quedó claro, pero estremecía el ánimo pensar que el objetivo misterioso de la fortaleza fuera, simplemente, mantener en secreto las buenas condiciones de Juana para reinar. En sus largas conversaciones con el marqués, la infeliz soberana se afanaba en saber noticias de los hijos, conocer la marcha de sus Estados, la situación política y algo todavía pendiente: averiguar los motivos de su reclusión. «No se puede dejar que hable con nadie, convencería a cualquiera», «Sus palabras son conmovedoras, cuesta trabajo resistirlas», o bien «Sus quejas inspiran la mayor piedad», eran frases habituales en las cartas de don Bernardo de Sandoval dirigidas a quien habría de ser Carlos I de España y V de Alemania. Palabras y conceptos sospechosamente reveladores del tormento que Juana soportaba.

Pero nadie la libraría de su destino. De la mano de su carcelero pasó la reina a las del primogénito del marqués. A don Bernardo le bastaron diez años de mandato en Tordesillas para convertir la dirección del castillo en una prebenda familiar. Cualquiera de sus miembros encontraba en la fortaleza un empleo afín o francamente inútil. Mayordomos, maestresalas, damas de acompañamiento, encargados del guardarropa, servicios de oficiales y toda clase de cargos destinados a mejorar la situación de la reina fueron pasando a formar parte del séquito de la familia Sandoval, pues a medida que a Juana se le reducían sus prerrogativas, aumentaban las de sus carceleros. Casi doscientas personas, prisioneras forzosas al lado de la reina, trabajaron por conseguir que el mundo la olvidase. Empeño vano. El alma de la Historia decidió trasplantar a Juana al eterno jardín de la leyenda sin que logran ahogar su nombre los cuarenta y seis años de cárcel, ni

el infamante baldón de sus carceleros Luis Ferrer, Hernán Duque de Estrada, Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, y su hijo. Por desgracia Juana necesitó morir para escapar de su vigilancia.

En la desesperante agonía de ver pasar los años desde un cuerpo joven relegado como un desecho al margen de la vida, un cuerpo no muerto pero sí matado y con los goces de la sensualidad prematuramente fallecidos, debió de resultar enloquecedor para Juana que, en mitad de tanta defunción, continuara ardiendo el deseo inextinguible de obtener justicia. Pero los sentimientos más íntimos de la reina, los hechos históricos que protagonizó, jamás obtuvieron veredictos rigurosos, añadiéndose, a menudo, que su comportamiento «no tenía explicación». Aunque sí lo tenía. Juana I de Castilla debió de maldecir más de una vez el trágico minuto en el cual tuvo la debilidad de obedecer a su padre. Habiéndose jurado a sí misma no entrar en castillo o ciudad amurallada, le bastó un mínimo enternecimiento filial para olvidar sus penosas premoniciones. La ardentía de su espíritu, que reverberaba siempre ante la mínima sospecha de recibir afecto, la indujo a equivocarse. Y el error se afincó en aquella fortaleza donde entró acompañada de Fernando el Católico y, al cabo de los años, no sabía cómo ni con quién salir. Si las circunstancias de su abandono eran insultantes, la vecindad del tétrico lugar resultaba poco aliviador. En la cercana Medina del Campo, donde falleció su madre, estuvo Juana prisionera de un Estado que se resistía a quedarse sin sucesor. También allí se albergó César Borgia, hijo del papa español Alejandro VI y capturado a traición por su amigo el Gran Capitán cumpliendo órdenes de Fernando el Católico. A discreta distancia de Medina se hallaba Arévalo, sitio escogido por doña Isabel de Portugal, madre de Isabel la Católica, para encerrarse voluntariamente al quedar viuda y aparecer en su salud una alarmante vesania cuyo espectáculo quiso evitar. En el vecino monasterio de Santa Clara, antiguamente habitado por Pedro el Cruel y su gran amor la dama sevillana doña María de Padilla, profesó la hija del rey Pedro, doña Beatriz. Asimismo estuvo recluida y jamás salió de allí la reina viuda de Portugal doña Leonor Téllez. Juana daba por cierto que en las claras noches del campo castellano sería fácil advertir en el cielo el brillo incandescente acumulado por el rescoldo de tantos sufrimientos. Pero aquello no era vida. La vida, en realidad, debía de parecerse a la que ella sorprendió al saltar el foso de los jardines del castillo de Benavente a lomos de su corcel. La humilde casa campesina, el olor del pan cociéndose, el ancho lecho familiar y, sobre todo, el perdurable zarpazo de la imagen de la tahonera abrazada a un hombre a la sombra del árbol gritaban directamente al rostro de Juana que tal vez las circunstancias violentaron la integridad de su ser. Perdió a Felipe y, lejos de olvidar, sus brazos todavía se apretaban alrededor de nada. Le habían arrebatado la serena contemplación del crecimiento de los hijos. Le impidieron gozar de su familia. Preocuparse personalmente de su felicidad. Esperar desde la ventana el regreso diario. Aspirar el intenso aroma de la intimidad compartida. Y Juana, a quien tanto dolía el expolio, se limitó a soportarlo con estoica entereza. Cuando a mitad de su cautiverio, y al asaltar los comuneros el castillo, la reina fue requerida para hablar a los sublevados, comenzó el discurso con estas enternecedoras palabras: «Yo que tengo mucho amor a las gentes y me pesa tanto cualquier mal o engaño que hayáis recibido...» Sufría demasiado, pero se estaba doliendo del mal de los otros. Soportaba tremendas injusticias, pero intentaba consolar a los demás. Cuarenta y cinco años de lucha constante, amargura y desesperación fueron excesivos para resistirlos sin desvariar. Un

calvario lento, prolongado, que se iluminaba a trechos con la presencia de sus hijos, no siempre afectuosa, pero sí rodeada de ese nimbo especial que suelen emitir los prodigios.

Y el prodigio mayor fue la aparición de Carlos. Al mismo tiempo de su llegada a España en el año 1517, dispuesto a gobernar las tierras castellanas pese a desconocer el idioma y dando órdenes en lengua extranjera, el voluptuoso río Guadalaviar, como si quisiera sublevarse ante el desafuero de los Austria, se desbordó. Los cauces abiertos por los árabes desde la Muela de San Juan hasta el Mediterráneo valenciano en previsión de futuras inundaciones y avenidas, de nada sirvieron. Y antes de que los desmanes forasteros violaran las huellas históricas de Isabel de Castilla, Fernando de Aragón y la sabia osadía del cardenal de España, las aguas desbordadas decidieron borrarlas. Con la presencia del monarca adolescente, nuevos aires agitaron el reino: murió Francisco Ximénez de Cisneros arrojado en una cierta amargura, despuntó por toda la península una comezón desagradable contra el llamado rey y sus huestes forasteras, el clero de Valladolid impidió a los belgas la entrada en las iglesias y la nobleza del país se sintió ultrajada ante la necesidad de servirse de intérpretes en las audiencias. Sin embargo, por encima de tantas dificultades, el joven Habsburgo y su hermana mayor llegaron con los honores debidos a presencia de su alteza Juana I de Castilla.

La turbación de la reina fue considerable al contemplar desorientada aquellas criaturas a quienes dejó doce años antes. Leonor tenía ya diecinueve y, con su fino rostro de rasgos nórdicos y su traje a la moda centroeuropea, levantó en la memoria de la reina ardientes ráfagas de días felices. Carlos vestía un gorro de terciopelo y plumas blancas de avestruz, armadura de acero, cuchillos guarnecidos de piedras preciosas y un manto de seda con sus colores amarillo, blanco y rojo, donde resaltaba un bordado de las columnas de Hércules coronadas por la divisa Plus Ultra. No cabía duda: Isabel la Católica todavía palpitaba sobre el corazón de su nieto. En la oscuridad del salón la asombrada Juana los veía acercarse temiendo que sus hijos no fueran realidad. Que desaparecieran en las sombras. Pero ambos hermanos, ante el pasmo de la madre, continuaron avanzando, cada vez más próximos, deteniéndose tres veces para mostrarle sumisión y respeto mediante una profunda reverencia. Juana los abrazó emocionada y aturdida. Dueño de sus actos, Carlos cumplió el protocolo hablando en nombre propio y en el de Leonor. Lo hizo en francés y muy cortésmente. Luego respondieron ambos con extrema educación y acierto a las preguntas de Juana, mientras los pensamientos de la reina celebraban en secreto un conciliábulo particular. Estaba claro que Carlos parecía un muchacho altivo, de figura delicada, algo lívido, los párpados medio cerrados, el llamativo labio belfo y el mentón prominente. Cierta también, según fue informada, que su hijo desconocía el castellano, disfrutaba de excelente cultura y poseía considerable talento. Pero lo más importante para Juana era la pasmosa tranquilidad de ánimo demostrada por Carlos desde la niñez, hasta el punto de haber sido sorprendido varias veces delante de la jaula de los leones, hostigando a los feroces animales con peligro de su vida. ¿Sería este hijo valeroso quien devolvería a la reina su libertad? Enternecida de pronto, áspera en el tono y dispuesta a ocultar la violencia de sus sentimientos, Juana ordenó a sus hijos que se retirasen a descansar del largo viaje. En tanto iban alejándose, su madre los veía empequeñecer. Nadie debió de intuirlo. Incluso le criticaron el despego mostrado hacia los dos adolescentes. Pero Juana, desde su dura realidad de reina viuda y prisionera, acababa de dar las buenas noches, enviándoles a dormir como en la infancia, a sus dos

niños perdidos en el hermoso palacio de Bruselas.

En la complicada personalidad del joven Carlos, educado bajo la diligente tutela de Margarita de Austria, las indicaciones de su abuelo Maximiliano emperador de Alemania, y en las costumbres de los Países Bajos, no hizo mella alguna la patética realidad de Juana, vestida pobremente en desdoro de su rango y sin apenas demostrar sus derechos de progenitura. Siendo huérfano de padre, con una madre siempre lejos y al parecer demente, supeditado a preceptores y consejeros, medio abúlico y medio ansioso de ejercer su libre albedrío, los diecisiete años de aquel Habsburgo sufrieron un verdadero impacto al conocer, en la sombría casa de la reina, la existencia de una hermana española llamada Catalina. Habitado a compartir su infancia con sus hermanas Leonor, Isabel y María, en un ambiente cortesano de influencia francesa y alemana en la ciudad flamenca de Malinas, el inesperado hallazgo de la menor de todas en tan deplorable entorno le impresionó. En el cortejo de Carlos ya iba su hermano Fernando, de idéntico rango y nobleza. Pero aquella niña retraída, esquiva, poco habituada al trato de gentes y a quien parecía herir incluso la luz del sol, tuvo enorme resonancia en la sensibilidad del infante. Formado moralmente por su preceptor Adriano de Utrecht, conocido más tarde como papa Adriano VI, su sincera piedad y buen corazón le indujeron a sentirse responsable del malestar de su hermana pequeña. A Carlos le asombraba que aquella criatura de su sangre desconociera el campo, la primavera, el mar, las altas cumbres y los bellos palacios. Le parecía insólito que el único horizonte de sus ojos infantiles fueran los lúgubres muros de la fortaleza. Paseando la severidad de su niñez entre personas mayores, Catalina solía echar algunas monedas por la ventana con tal de ver de cerca a los niños que acudían a recogerlas. Desde su nacimiento no tuvo más compañía que su madre, compartiendo con ella amargas vicisitudes y austeridades. En un segundo viaje a Tordesillas, Carlos se decidió: raptaría a su hermana. En el proyecto le ayudó Leonor. Recordando las graves repercusiones que tuvo en la salud de Juana el rapto de Fernando por su abuelo el Rey Católico, decidieron seguir un plan que retrasara en lo posible el conocimiento de la fuga de la infanta. Como para llegar a la habitación de la niña era preciso cruzar el aposento de la reina, los camareros flamencos al servicio de Carlos abrieron un boquete en la pared que daba al pasillo. Cuando estuvo a punto, en mitad de la noche y en absoluto silencio, por el boquete abierto entraron los enviados del joven Habsburgo, despertando a la doncella y conminándola a vestir a la infanta. Pese a las protestas de Catalina, que no deseaba ser liberada a costa de disgustar a su madre, salieron del dormitorio, del castillo, de Tordesillas y no se detuvieron hasta Valladolid, residencia de la corte. Leonor la recibió como a una queridísima hermana y, ayudada por Carlos, se esforzaron en festejar a la hija póstuma de Felipe el Hermoso, en un generoso intento de hacerle olvidar las injustas heridas de su niñez. No sería difícil conseguirlo. La vida de la corte, la ostentación propia de los Habsburgo, la riqueza impuesta como símbolo de su alta categoría, la regia decoración que envolvía los actos usuales de la familia, eran más que suficientes para deslumbrar a Catalina. La niña, apenas empujada en los albores de su adolescencia, entró en el castillo de Tordesillas recién cumplidos los dos años y quizá no guardara memoria de su corto tiempo anterior. Pero en caso de conservarla, sus recuerdos estarían formados por negras ráfagas de gentes enlutadas, una madre doliente, jirones de caminatas nocturnas a la escasa luz de los

hachones detrás de un cadáver, y la perpetua compañía de un ataúd presidiendo el hogar. Por primera vez en su menuda existencia conoció la felicidad. Aquella exaltación la llevó a interesarse por Fernando y lamentó saber que su hermano iba camino de Bélgica, si bien nadie estimó oportuno revelarle el motivo: el disgusto de los españoles por la conducta de Carlos y la imparable popularidad de Fernando que aconsejaron su prudente alejamiento de España y así lo ordenó el emperador Maximiliano. Por caprichos del destino aquel muchacho nacido en Alcalá de Henares, a quien su abuelo Fernando el Católico hubiera deseado subir al trono español, se afincó en los Países Bajos, casó con Ana de Bohemia, fue emperador de Alemania por abdicación de su hermano y, a la muerte de su suegro, recibió las coronas de Hungría y Bohemia. En cambio, Carlos de Habsburgo, nacido en Gante con antecesores borgoñeses, alemanes, austríacos y neerlandeses, contra toda lógica fue rey de España. En principio, por obligación. Después por un creciente amor al país. Amor que, tal vez, diera sus primeras señales de existencia en el deseo de ayudar a Catalina, o en el de rechazar los vestidos de paño y la austeridad que soportaba la reina. Al lado de este sensible Habsburgo, la menor de las hijas de Juana, nacida en Torquemada, nombre con sabor a terrores de Inquisición, y que vio la luz en presencia de un padre difunto mientras morían alrededor de su casa montones de apestados, sintióse repentinamente deslumbrada por la generosidad fraterna. La ilusión duró poco, no obstante. En Tordesillas sucedió lo inevitable. La reina acabó por enterarse de la ausencia de su hija y la doncella responsable de la infanta. Nadie le daba explicaciones acerca de lo ocurrido y, para colmo, descubrió el boquete abierto disimulado detrás de un tapiz. Los gritos y lamentos de la infeliz madre resonaron noche y día hasta el último rincón del castillo. Se quejaba a todas horas, llorando de forma lastimera su insoportable desventura. Ni ejércitos, guardias, nobles o soldados estaban a su servicio y, como siempre sucedía, sin nadie que la defendiera ni nada con que luchar, recurrió a las únicas armas a su alcance: Juana dejó de comer, dormir, asearse y hablar. Catalina era lo único que le quedaba. Si no se la devolvían, prefería morir. Y aquel desgarrado grito de un ser excesivamente castigado por la vida llegó hasta Valladolid para atormentar la conciencia de Carlos. Entre la felicidad de su hermana y el dolor de la madre, optó por consolar la espantosa agonía de Juana. A la pequeña Catalina podía aliviarla, y así lo hizo, ordenando le acompañase a Tordesillas una corte de damas y doncellas que aliviaran su soledad. También exigió su instalación en mejores y más alegres aposentos, además de consentirle montar a caballo por los alrededores. Las noticias fueron muy bien recibidas por la reina que, una vez más, creyó en el irreal supuesto de una incipiente liberación.

El azar, sin embargo, casi hizo posible aquella utopía. En España sucedían cosas nada compatibles con las auténticas aspiraciones de los españoles. El tiempo transcurría en un continuo y desagradable enfrentamiento entre aborígenes y extranjeros, hasta encauzarse la situación en las Cortes de Valladolid mediante una serie de peticiones hechas por los procuradores. En ellas se solicitaba al monarca que aprendiera castellano, que no otorgase ningún cargo a extranjeros, que su madre recibiera consideraciones de reina y que cesara la imparable salida de oro y plata de la nación. Ninguna de tales peticiones fue atendida. Los consejeros flamencos se repartieron cargos y dignidades. El primer ministro fue De Chièvre. Se nombró canciller de Castilla a Sauvage, a quien, al morir de la peste, sustituyeron por el piemontés Mercurino Gattinara. El holandés Adriano de

Utrecht, preceptor del llamado rey, recibió el capelo cardenalicio, se le tituló obispo de Tortosa y más tarde, en ausencia de Carlos, le nombraron administrador del reino. Pero el más grande error y la mayor herida a la dignidad española la cometieron al designar a Guillermo de Croy, sobrino del primer ministro y joven de diecisiete años que aún no había llegado a la península, sucesor directo de los cargos, la obra y los hechos gloriosos del recién fallecido cardenal de España, Francisco Ximénez de Cisneros. El malestar que se iba gestando aumentó con el descarado expolio de la sufrida nación. Dignidades y prebendas se concedían invariablemente a los neerlandeses. Crecieron las contribuciones y los impuestos. De Chièvre requisaba las monedas de oro llamadas comúnmente ducados de a dos y es fama que, en vista de la rápida desaparición de dicha moneda, cuando algún afortunado tropezaba con ellas, respetuosamente recitaba: «Sálveos Dios — ducado de a dos — que monsieur De Chièvre — no topó con vos.» De todos los puertos de la península zarpaban barcos, autorizados por Carlos de Habsburgo, cargados de oro, plata y caballos de raza destinados a llenar las arcas extranjeras del rey y las particulares de sus ministros. La irritación de la gente aumentó cuando, habiendo fallecido el emperador Maximiliano a principios de 1519, se planteó la urgencia de obtener mayor cantidad de dinero español para asegurar la elección del joven Habsburgo. Aspiraban a la corona, además de Carlos, su tío político Enrique VIII de Inglaterra y el rey Francisco I de Francia. La corona imperial era electiva y desde el siglo XIII la conferían siete altos dignatarios llamados electores. Eran éstos los arzobispos de Maguncia, de Tréveris, de Colonia, el duque de Sajonia, el rey de Bohemia, el conde palatino de Baviera y el margrave de Brandeburgo. Los aspirantes acudían a toda clase de dádivas para ganar votos. Gracias al banquero Fugger, que no escatimó préstamos, y a los caudales de oro que tal vez llegaban del Nuevo Mundo para cruzar España sin un respiro en dirección a Francfort del Main, en el día veintiocho de junio, a los cinco meses y diez días del óbito de su abuelo Maximiliano, el titulado rey de España que ya lo era de Borgoña, Austria y Países Bajos, fue elegido emperador de Alemania y Rey de Romanos a la temprana edad de diecinueve años. El sueño de los Habsburgo de conseguir un Imperio Universal comenzaba a realizarse, en detrimento de la ya pálida ensoñación urdida en la mente de la juvenil Trastámara, luego Isabel I de Castilla, hecha polvo yacente en su sepulcro de Granada. Y en detrimento también de los deseos de Juana, amordazada de cuerpo y alma en el perpetuo silencio de Tordesillas y obcecada todavía en cerrar las puertas de su tierra a los Austria. Mientras, con fecha diecinueve de mayo de aquel año de 1515, su hijo Carlos viajaba hacia la ciudad de Aquisgrán para ser coronado emperador. A partir de aquel momento nadie le detendría. Comenzaba el reinado de un hombre excepcional, talento superior y actividad incesante. Era el principio de una época de esplendor. Pero la Historia pocas veces reconocería que la raíz del monarca más poderoso de su siglo se hallaba en una oscura habitación de un pequeño pueblo donde una reina humillada vivía en la mayor de las soledades y la más cruel de las indiferencias.

En seguida de ausentarse Carlos, el maltratado pueblo estalló. A la manera de incontrolladas salpicaduras, saltaron chispas por todo el territorio nacional. Primero se extendió la rebelión de las comunidades de Castilla y, casi a la par, comenzó en Valencia, donde gobernaba Germana de Foix, viuda de Fernando el Católico, el levantamiento de las germanías seguido de una insurrección similar

en Mallorca. De las tres revoluciones, pudo cambiar el rumbo de la Historia, a causa de hallarse Juana incluida en su territorio, la llevada a cabo por los comuneros. Con el país alzado en armas y en medio de la confusión general, quince ciudades consiguieron confederarse formando una junta de altos magistrados, clérigos, abogados, jueces, familias patricias y mercaderes prestigiosos. En Ávila se constituyó la «Santa Junta de las Comunidades», declarada autoridad suprema del reino, nombrando presidente a don Pedro Laso de la Vega y general a don Juan de Padilla. En su primer acto oficial depusieron de sus cargos al regente cardenal Adriano y a su Consejo de Estado, dirigiéndose luego a Tordesillas. Allí se apoderaron del gobierno del castillo y ofrecieron a la reina su trono y la libertad. Pese a la natural excitación producida por hechos tan repentinos y felices, Juana se comportó cuerdamente, siendo admirable la aparente tranquilidad con que recibió un cúmulo de noticias dispares. En escaso número de horas le informaron lo sucedido desde el primer año de su encierro y escuchó, perpleja, inesperadas aclaraciones a confusos acontecimientos del pasado. Llena de dignidad asumió la antigua noticia del fallecimiento de su padre y la muerte reciente de su suegro Maximiliano. Entre dolida y asombrada, se le escapó una lastimera queja confiada al señor obispo: «Acabo de saber que hace diecisiete años que nadie me dice la verdad, todos me maltratan, y el marqués de Denia es el primero en engañarme. De haberseme notificado el fin de mi padre, yo hubiera gobernado.» Su pena fue grande, pero soportable sin la presencia del marqués de Denia a quien los comuneros expulsaron del castillo. Sin embargo, tampoco en aquella ocasión se libró de engaños. Debido a la falta de coordinación entre los diferentes bandos, pueblo, nobles y grandes, la reina terminó desconfiando de todos y se le escapó de las manos la única ocasión que tuvo, en cuarenta y cinco años, de abandonar su cárcel. Para recuperar la soberanía, ser declarada sana de juicio y capaz de gobernar, le hubiese bastado estampar su firma en un documento que admitía la validez de la Junta de las Comunidades y denunciaba a don Carlos de inferir graves injurias al reino. Pero la apasionada Juana montó en cólera al escuchar las acusaciones de los comuneros a su hijo, y aseguró que jamás conseguirían enemistarla con Carlos, negándose a colaborar. Vencidos los comuneros por los nobles en la batalla de Villalar, el resto de las comunidades depusieron sus armas, siendo la última en capitular la ciudad de Toledo, defendida por la esposa de don Juan de Padilla, doña María Pacheco. Cuando el emperador Carlos V de Alemania y I de España regresó a la península con una flota de ciento cincuenta barcos y una guardia personal de cuatro mil lansquenets, visitó de inmediato a su madre doña Juana y publicó en Valladolid una carta de perdón general para los sublevados. Naturalmente, del perdón no pudieron beneficiarse los cabecillas Bravo, Maldonado y Padilla, ajusticiados al día siguiente de rendirse. Ni tampoco la viuda de Padilla, a quien el monarca jamás amnistió, muriendo en Oporto en el año 1531. Sobre el sepulcro de la Pacheco quedó escrita la razón de su recuerdo: «María, de alta casa derivada —de su esposo Padilla vengadora—, honor del sexo, yace aquí enterrada.» Pocos meses antes, no lejos de allí, el azar quiso que falleciera otra mujer célebre, de vida ostentosa que mereció la repulsa del papa Inocencio VIII y se hizo llamar reina de Castilla hasta su último suspiro: se trataba de Juana la Beltraneja.

La conmoción producida por las comunidades de Castilla, aquella ráfaga que segó vidas y

levantó cadalsos, no fue olvidada fácilmente. En particular se grabó en la real memoria del emperador quien, a su joven edad, adquirió la cautela suficiente para reducir su confianza en el prójimo y aumentar la fe en su propio juicio. El levantamiento producido durante su ausencia le sirvió de aviso para el futuro y, antes de entregarse a las múltiples tareas imperiales asistido por sus consejeros, decidió acabar con el peligro viviente de Tordesillas reponiendo al marqués de Denia en su antiguo puesto y animándole a defender la fortaleza contra cualquier intromisión. Fueron cuarenta años los que gobernó en España. Su reino era tan extenso que le exigía continuos desplazamientos. El viaje más corto duró nueve meses. El más largo, catorce años. En total estuvo ausente de la península cerca de veintitrés. El vengativo carcelero Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y conde de Lerma, tuvo ocasión y libertad para desahogar su odio por el humillante trato que le dispensaron los comuneros, aumentando el rigor, la crueldad y la falta de respeto hacia la reina y la infanta. Ambas habían probado un tiempo de magnificencia. Catalina, en su escapada a la corte de Valladolid; Juana, en los días de la revolución cuando la trataron con las consideraciones debidas a su majestad. Y en el preciso momento de creerse instaladas en la hora de la justicia, apareció de nuevo su carcelero hundiéndolas en los negros detalles de la cautividad. Volvió a extenderse el silencio sobre Tordesillas. La vida en el interior del castillo era lúgubre y triste. No pasaban días, sino años. La reina apeló a los silencios, huelgas de hambre, se negaba a levantarse, oír misa y a dormir. Catalina, transformada ya en adolescente, observaba asombrada el comportamiento de los Denia y el trato vejatorio impuesto a su madre. A partir de aquel momento su principal ocupación estuvo en escribir a su hermano cartas que siempre fueron interceptadas. Por fin halló el modo de sacar de la fortaleza una misiva muy explícita. En realidad, se trataba de un grito de socorro que, esta vez, llegó a las manos del cardenal Adriano. En su escrito Catalina suplicaba al emperador, por el amor de Dios, diera crédito a sus palabras y recordase que, para librarse de tan espantosa existencia y encierro, ella y su madre sólo contaban con la ayuda de su majestad. A Catalina la asusta la negativa de Juana a comer. Dice que habitualmente le dejan la comida delante de la puerta, y si la reina no la recoge, ni siquiera se la sirven aunque transcurran días. De nuevo la instalaron en un aposento interior donde las velas son su única luz. Le impiden transitar por los pasillos y, con el fin de que Juana no estorbe a la marquesa y sus hijas, la mandan encerrar en su cámara. Tampoco le consienten dirigirse a su confesor Juan de Ávila. La infanta se quejaba de haber sido privada de su institutriz; de tener guardias que le prohíben hablar y escribir a cualquiera o comunicarse con la reina. Catalina soporta mal que la mujer encargada de su guardarropa se ponga sus trajes, y le subleva la diversión que produce a la marquesa de Denia y a sus hijas embrollar y burlarse de cualquier obstinación de la reina. Se cometen abusos de todas clases. La situación alcanza extremos tan intolerables que, solamente al oír el nombre del marqués de Denia, su madre se altera y grita pidiendo socorro. Al terminar la lectura de la carta, impresionado por el cuadro que la infanta describe, el cardenal Adriano intercedió ante el rey en su favor. Pero el emperador no contestó a tan premiosa llamada hasta disponerlo su conveniencia.

El tierno rectángulo de Portugal, de lozana tierra en su meseta, aromado de mar en la costa, y destilando esa lírica ansiedad de los pueblos cuyos vecinos de enfrente se hallan perdidos al otro

lado del océano, tuvo siempre un especial atractivo para las novias reales españolas. Considerando únicamente el entorno de Juana I de Castilla, su hermana Isabel contrajo matrimonio con el príncipe Alfonso, hijo de Juan II de Portugal. Viuda a los ocho meses de casada, Isabel celebró segundas nupcias con el rey de Portugal Manuel el Grande en 1497, falleciendo de sobrepeso. Con el viudo se casó la infanta María, asimismo hermana de Isabel y de Juana, viviendo feliz hasta 1517. Reincidió Manuel por tercera vez con Leonor, la hija belga de Juana que tan bien se portó con Catalina cuando Carlos la sacó de Tordesillas. Murió Manuel el Grande en el año 1521, precisamente el mismo en que subió al trono de Portugal Juan III, quién sabe si destinado a casarse y rescatar de su prisión a la también hija de Juana, la siempre bondadosa Catalina. En realidad, Carlos puso sus ojos en el porvenir de su hermana porque así convenía a sus planes dinásticos y no por las amargas cartas fraternales que recibió alguna vez. La noticia cayó sobre Catalina con el esplendor de una aurora boreal, rápidamente apagada ante la idea de abandonar a su madre en aquella especie de mazmorra, vagando sola y desamparada en el más terrible desvalimiento. Desde los dos años, la infanta conocía las perpetuas frustraciones de un espíritu que evoluciona girando sobre sí mismo en pleno silencio sin jamás obtener respuesta, y le horroriza dejar a Juana en tan desconsoladora incomunicación afectiva. Apenada en extremo, se declara incapaz de tratar el asunto con su madre. Hasta la asusta la posibilidad de traslucir durante la conversación las inevitables ilusiones del encuentro con el esposo, con la maravillosa naturaleza, con el trono portugués. Algo de lo intuido ya lo conoció en la corte vallisoletana cuando su hermano el rey la raptó de Tordesillas. Entonces descubrió por vez primera una flor hermosísima, llamada clavel y preferida del emperador, cuyo perfume no consiguió percibir a través de los muros del castillo. ¿Serían los muros demasiado espesos o, Dios no lo permitiera, habrían muerto los claveles? Temerosa de faltarle tacto y herir a la reina, suplica a Carlos la asista en el cumplimiento de aquel penoso deber. El emperador se presentó en Tordesillas y, contra su costumbre, pasó largas horas dialogando con Juana. Deseoso de conseguir su conformidad le explica curiosas novedades poniendo especial cuidado en introducir entre las mismas, como al desgaire, la noticia del matrimonio de Catalina con Juan III de Portugal. Viendo que la reina no reacciona, su hijo se arriesga a contarle que el enlace con la dinastía lusitana de los Avis será doble, pues él mismo contraerá nupcias con Isabel, hermana del rey Juan, en la ciudad de Sevilla, un año después de las bodas de Catalina. Calmada en apariencia, Juana reaccionó con furia: se niega, no quiere, no consiente, se opone a perder la única compañía de su mísera vida. Además, si Catalina puede salir del cautiverio, ¿por qué no ella que es su madre? Carlos desiste de convencerla pero envía mensajeros de su confianza, tales como el general de los franciscanos. Juana apeló a su inteligencia y su imaginación para impedir la salida de Catalina. Acosado por las circunstancias, Carlos hizo un segundo viaje tratando de conseguir el beneplácito de su madre mediante mansas palabras y suaves maneras. Pero el corazón de la reina estaba demasiado herido y el emperador obtuvo por respuesta un duro reproche: «Dispones de mis reinos, saqueas mi casa llevándote mis joyas, y aún no te basta?» Desde luego no le bastó. Necesitaba llevarse a su hermana pequeña y así lo hizo el día dos de enero de 1525. El frío castellano envolvió el fatídico castillo de Tordesillas. Las gentes del lugar miraban silenciosas el paso del cortejo de la infanta adolescente que iba a convertirse en la esposa de su primo hermano el rey Juan III de Portugal. Por las habitaciones de la

fortaleza Catalina había perdido su infancia tristemente; restos que su madre recogería para amueblar su soledad. A Juana I de Castilla le consintieron mirar por la ventana, quizá con la deplorable intención de que no perdiera un segundo de su calvario. Por la hermosa vega del Duero —Douro según su querida muerta Isabel, también reina de Portugal— vio alejarse a su hija. Juana sentía en la sangre que la pequeña Catalina, nacida de padre difunto, iba a sentarse en el trono que ocuparon antes dos de sus tías y una de sus hermanas, y que el buen influjo familiar la protegería. Pero no estaba demasiado segura. Nunca estuvo segura del futuro. Por lo menos a ella el futuro siempre le ofreció lo que no esperaba. Una cosa era cierta: a medida de presentársele adversidades, se había ido acomodando a ellas. Con resignación afectuosa. Con ofrecimiento de sí misma. Con deseos de obtener el reconocimiento ajeno. Juana había aprendido demasiado tarde que la docilidad no gana batallas. Y que una buena rebelión por sorpresa cuando la separaron de su esposo, hubiera cambiado su destino. Todos los años vividos al lado de Catalina desde que ambas, cogidas de las manos, entraron en el castillo en mitad de una horrible tormenta, se hallaban diseminados por las habitaciones para dulcificar de alguna manera la sombría estampa de su carcelero. Tal vez sonara en su fatigada mente las bellas notas del clavicordio cuando caían como pequeñas sonrisas al jardín del palacio de Bruselas. Pero la lucha contra la injusticia fue tan tremenda, que la fatiga se apoderó de ella a saltos breves y espaciados. Con la mirada fija en el punto del horizonte donde dejó de verse el cortejo de la infanta, Juana se quedó inmóvil durante dos días. Al tercero no ofreció resistencia y se dejó llevar a la cama. Ahora ya estaba segura que su niña pequeña no iba a volver. Ahora ya sabía que jamás nadie de aquellos a quienes amaba regresaría. Ahora, por fin, lograron sumergirla en el reino sin vasallos de la locura. Para el mundo, Tordesillas y Juana se apagaron hasta desaparecer. En el interior de la fortaleza y hasta el final de sus días, Juana I de Castilla mantuvo indoblegable la fuerza de su personalidad. No en vano dijeron de ella: «Es una mujer creada, como ninguna, para soportar lo bueno y lo malo, sin el menor desfallecimiento de ánimo o de su corazón.» Y en verdad mucha fuerza fue la suya para vivir cuarenta y seis años prisionera en aquel desolado edificio en cuyas murallas anidaban los impasibles y solitarios búhos.

La muerte de Juana se hizo esperar demasiado. O quizá Juana no la esperó nunca. Los meses, los días, los años pasaron vacíos y carentes de sentido haciendo de la reina un ser inútil, como inútil sería la hermosura del mundo si no existieran ojos humanos que la mirasen. Para ella la felicidad o los desastres formaban parte de una sola y estimada vida. Y quizá surgió de aquella postura la tremenda fortaleza que la sostuvo en su drama hasta el fin de sus días. En la cercanía terminal de su ciclo, la desamparada Juana, rebelada ya contra toda clase de posibles rebeldías, halló todavía el modo de imponer su personalidad, escandalizando en materia religiosa. Su nieto Felipe, luego Felipe II, hijo del emperador y ejerciendo en España la regencia de su padre, sintió honda preocupación por la hostilidad que Juana demostraba hacia las cuestiones piadosas. Sin menospreciar el efecto de sus provocaciones en la terrible Inquisición, al ser hombre de arraigada fe y en vista de la avanzada edad de su abuela, Felipe se consideró obligado a intervenir en la dudosa salvación de su alma. A tal fin envió en su ayuda a Francisco de Borja, biznieto de Fernando el Católico, sobrino de César y Lucrecia Borgia, miembro de la recién fundada Orden de los Jesuitas y célebre por sus conversiones.

El encuentro resultó muy afectuoso pues, apenas verle, Juana recordó que había sido paje en la corte de la pequeña Catalina. Quizá el cúmulo de agradables momentos revividos en su memoria animó a Juana a confesarse y recibir la absolución. En la segunda entrevista asistió a misa y comulgó. Lo cual no fue óbice para que continuara defendiendo sus ideas irreverentes y conservara su actitud hostil a los oficios religiosos. Cuando Francisco de Borja inquiría las razones de su conducta, Juana denunciaba las dificultades creadas por las mujeres de su servicio, a quienes acusaba de brujas, de prohibirle rezar y de ensuciarle el agua bendita. Finalmente Juana sucumbió al deterioro físico: se le hincharon las piernas, sufrió parálisis de las mismas y terminaron por llagarse. Padecía vómitos y perdió el sueño. A punto de dormirse eternamente, la reina mostró una lúcida placidez, un estado de calma majestuosa como si el dolor de su cuerpo y el dolor de su alma se hubieran esfumado. Confesó, comulgó y recibió la extremaunción. Lentamente, igual que hizo en otros tiempos al lado del lecho mortuorio de su amado Felipe, rezó asistida por el futuro san Francisco de Borja. Instantes más tarde, la reina de España escapó a la vigilancia de sus carceleros. A las enormes injusticias. A las penalidades. Al prolongado desamor. Era el día doce de abril a las siete de la mañana del Viernes Santo de 1555. En otra Semana Santa, a las cuatro de la tarde de un lejanísimo jueves de abril, nació su madre, la Reina Católica. A Juana le hubiera gustado saber la coincidencia.

La noticia del fallecimiento de la prisionera de Tordesillas hizo llorar las campanas españolas. Tañeron asimismo en Portugal, donde reinaba su hija Catalina. Las hizo repicar el emperador en Bélgica y sus dominios, al recibir la noticia. Y le pidió a su hijo Felipe, esposo en segundas nupcias de la reina María Tudor, sobrina de Juana, que hiciera lo mismo en Inglaterra. El mundo despidió con gran solemnidad a una reina demasiado olvidada.

La descendencia de Juana, último rastro de su paso por la Historia, fue notable. Tuvo seis hijos: Catalina, reina de Portugal por su matrimonio con Juan III.

María, reina de Hungría y Bohemia, esposa de Luis II. Ya viuda, fue gobernadora de los Países Bajos.

Fernando I, rey de Bohemia y emperador de Alemania al abdicar su hermano Carlos. Casado con Ana Jagellón.

Isabel, reina de Suecia y Noruega. Esposa del rey Cristián.

Leonor, reina de Portugal y de Francia. Casó dos veces, con Manuel de Portugal y Francisco I.

Carlos I de España y V de Alemania. Fue el monarca más poderoso de su siglo, de gran talento y actividad incesante. Como heredero de las casas de Aragón, Castilla, Austria y Borgoña, su misión era difícil e importante. Como rey de Aragón debía mantener su autoridad en Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Como rey de Castilla hubo de proseguir la obra iniciada en el Nuevo Mundo. Como emperador de Alemania luchó contra los turcos. Y como heredero de Borgoña había de conservar los Países Bajos contra las aspiraciones de Francia. A la muerte de su madre pasó, por fin, a ser rey en propiedad de la Corona española. Propiedad que le duró poco pues, cansado y abrumado por exceso de responsabilidades, el emperador traspasó el gobierno de los Países Bajos y el de España en favor de su hijo Felipe, y abdicó la Corona imperial en su hermano Fernando. Vestido de luto y cubriendo de paño negro las paredes de sus aposentos, Carlos se retiró a su palacio del monasterio de Yuste,

donde le siguieron sus hermanas María y Leonor. No deja de llamar la atención, en una época dominada por las intrigas políticas, que los hijos de Juana, a pesar de haberse educado en países y circunstancias totalmente distintas, demostraran gran sentido de la responsabilidad y estuvieran siempre fraternalmente unidos. Hasta su retiro de Yuste le alcanzó a Carlos la leyenda de Juana, pues se rumoreó que no podía soportar el arrepentimiento por el trato otorgado a su madre; y que la voz de la reina llenaba sus noches llamándole incansable como si le reclamara compañía.

Mientras, Felipe II, nieto de Juana I de Castilla, entró a reinar en una extensión tan considerable de territorios en ambos hemisferios, que pudo decirse con toda propiedad que en sus dominios nunca se ponía el sol.

Barcelona, enero de 1992.

BIBLIOGRAFÍA

ALTAYÓ, Isabel, y NOGUÉS, Paloma, Juana I, la reina cautiva, 1985.

España, Espasa Calpe, Madrid, 1935.

ESPEJO Y NARANJO, Historia de España.

HUIZINGA, Johan, Erasmo (2 tomos), 1989.

MARIANA, padre Juan de, Historia General de España, 1775.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, Historia de los heterodoxos españoles.

PARKER, Jeffrey, Felipe II, Alianza Editorial, 1984.

PFANDL, Ludwig, Juana la Loca, 1977.

PRADWIN, Michel, Juana la Loca, 1970.

VALLEJO-NÁJERA, Juan Antonio, Locos egregios, 1978.

VOLTES, María José y Pedro, Las mujeres en la Historia de España, 1986.

VOLTES, Pedro, Nueva Historia de España, 1989.

ZABALA URDANIZ, Manuel de, Historia de España, 1883.

CRONOLOGÍA

<i>Vida</i>	<i>España</i>	<i>Mundo</i>
1469	Boda en Valladolid de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, futuros Reyes Católicos. (El título se lo otorgará en 1496 el papa Alejandro VI.)	
1473	Introducción de la imprenta en España.	Se inicia en Roma la construcción de la Capilla Sixtina.
1475	La «Concordia de Segovia» reconoce a Fernando rey consorte de Castilla «mientras su esposa Isabel viviere»	
1477		Carlos el Temerario pierde Borgoña. Fundación de Upsala.
1478	Nace en Brujas Felipe el Hermoso, hijo de María de Borgoña y de Maximiliano de Austria, el 22 de julio.	Restablecimiento de la Inquisición en España.
1479	Nace en Toledo Juana la Loca, hija de Isabel de Castilla y de Fernando de Aragón. (Su maestra en la niñez: Beatriz Galindo la Latina.)	







Alejandro VI.

Detalle del mural de la Capilla Sixtina.

Detalle de «Auto de fe» de Berruguete.

1479	Isabel y Fernando, reyes titulados de Castilla y Aragón, sientan las bases del nuevo Estado español. Tratado de Alcaçovas, con Portugal, para delimitar las zonas de influencia en las costas africanas e islas atlánticas.	
1482	Inicio de la guerra civil en el reino nazari de Granada, apoyada por Castilla.	
1485		Fin de la Guerra de las Dos Rosas: los Tudor dueños de Inglaterra.
1486	La «sentencia arbitral» de Guadalupe pone fin a la guerra de los <i>remences</i> en Cataluña.	
1487		Bartolomé Dias dobla el cabo de las Tormentas (o Buena Esperanza.)
1489		Chipre en manos de los venecianos.
1492	Los Reyes Católicos finalizan la Reconquista tomando Granada (2 de enero.) Expulsión de los judíos (marzo.) Descubrimiento de América (12 de octubre.)	Crisis en Florencia tras la muerte de Lorenzo el Magnífico.
1493/95		Tratado de Senlis entre Carlos VIII de Francia y Felipe el Hermoso: dominio efectivo de este último sobre los Países Bajos.
1494	Los Tratados de Tordesillas —avalados por Alejandro VI— delimitan las futuras zonas de influencia, terrestres y marítimas, de Portugal y España por medio mundo.	



Boabdil entrega Granada a los Reyes Católicos.

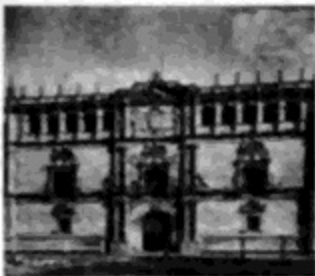


Colón descubre América.



Lorenzo el Magnífico.

- 1496** Casamiento en Valladolid, por poderes, de Juana y Felipe.
-
- 1497** Boda —y muerte casi inmediata— del príncipe heredero de Castilla, Juan, con Margarita de Austria (hermana de Felipe el Hermoso.) El *excelente*, áurea unidad monetaria castellana. Toma de Melilla.
-
- 1498** Nace Leonor, hija de la Loca y el Hermoso, futura reina de Portugal y Francia.
Cisneros inicia la construcción de la Universidad de Alcalá de Henares.
Savonarola quemado en Florencia acusado de herejía.
-
- 1499** Sublevación de los moriscos granadinos. *Tragicomedia de Calisto y Melibea* por Fernando de Rojas.
-
- 1500** Nace en Gante su segundo hijo, Carlos, futuro emperador.
Colón pisa tierra firme en el nuevo continente. Muerte del infante Miguel de Portugal, nieto de los Reyes Católicos. Se frustra la unidad peninsular. Tratado de Granada entre Fernando el Católico y Luis XII de Francia para repartirse Nápoles: Italia futura fuente de conflictos entre ambas naciones. Enlace de María, hija de los Reyes Católicos, con Manuel I de Portugal.
Alvares Cabral y los portugueses en Brasil.
-
- 1501** Nacimiento de Isabel, futura reina de Dinamarca.



Universidad de Alcalá de Henares.



Savonarola.



-Tragicomedia de Calisto y Melibea-

1501 Boda de Catalina, hija de los Reyes Católicos, con Arturo, heredero de la corona inglesa. El comercio con América en manos castellanas exclusivamente.

1502 Juana y Felipe herederos de Castilla y Aragón siempre que Fernando el Católico «no tenga hijo varón de matrimonio legítimo».

1503 Juana la Loca da a luz por cuarta vez: el infante Fernando será emperador de Alemania.

Fundación en Sevilla de la Casa de Contratación. Boda de Catalina, hija de Isabel y Fernando, con el futuro Enrique VIII de Inglaterra (oficial en 1509), hermano del difunto Arturo.

1504 Juana da signos de enajenación encerrada en La Mota: su madre la autoriza finalmente a viajar a Flandes para encontrarse con Felipe. Muerte de Isabel la Católica en el castillo de La Mota (26 de noviembre.) Su hija Juana heredera del trono hasta que el futuro Carlos I alcance la mayoría de edad: mientras, Fernando el Católico desempeñará la regencia «sólo para el caso en que Juana se halle ausente, o no pueda o no quiera gobernar». (Las Cortes castellanas se aprestan en torno a Felipe, rey-consorte, desconfiando del Católico.)

El mongol Babur conquista Kabul.

1505 Por la «Concordia de Salamanca» —Cisneros como mediador— se acepta en Castilla un tri-



Fernando, emperador de Alemania.



Enrique VIII de Inglaterra.



Cardenal Cisneros.

- 1505** ple gobierno de Juana, su esposo Felipe y su padre Fernando. Nacimiento de María, futura reina húngara.

Boda de Fernando el Católico con Germana de Foix: la pronta muerte de su heredero impedirá la disgregación peninsular. Leyes de Toro regulando los mayorazgos. Fundación de la Universidad de Sevilla. Toma de Mazalquivir a los piratas. Poderío de los banqueros Fugger a costa del oro indiano.

- 1506** Por el «Convenio de Villafáfila» —pronto impugnado por el Católico—, esposo y padre birlan a Juana, declarada *incapaz*, el trono de Castilla. Muerte de Felipe el Hermoso en Burgos (25 de noviembre.) La Junta de Regencia que encabeza Cisneros pide la vuelta de Fernando de Aragón. Se acentúa la locura de Juana; tras revocar ciertas concesiones hechas a los nobles por su esposo —y negarse a firmar documento alguno de renuncia— es enclaustrada de por vida en Tordesillas.

- 1507** Nacimiento de Catalina, futura reina de Portugal.

El término «América» aparece escrito por primera vez en la *Cosmographiae* de Waldseemüller.

- 1509**

Cisneros conquista Orán.

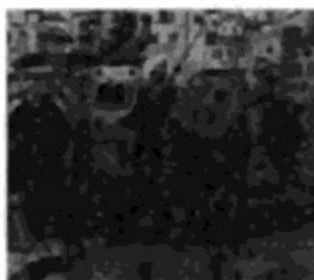
Elogio de la locura por Erasmo de Rotterdam.

- 1511**

«Liga Santa» del Papado y Fernando el Católico contra el fran-



Germana de Foix.



Conquista de Orán.



Erasmo de Rotterdam.

1511	cés en Italia. Primer consulado comercial en Bilbao. La Audiencia de Santo Domingo, primera del nuevo continente.	
1512		Los portugueses controlan las Molucas y el comercio de las especias.
1513	Descubrimiento del Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa. <i>El príncipe de Maquiavelo.</i>	
1514	Se inicia la redacción de la «Biblia Políglota Complutense».	
1515	Críticas del padre Las Casas a la política conquistadora en las Indias. El pirata Barbarroja se apodera de Argel.	
1516	Muerte de Fernando el Católico en Madrigalejo (Cáceres), el 3 de enero. Su nieto Carlos, rey de España y emperador de Alemania.	
1517		Lutero expone las «Tesis» de la Reforma en Wittenberg.
1520	Los comuneros se entrevistan en Tordesillas con Juana, que les niega su apoyo por escrito.	
1521	Derrota de los Comuneros en Villalar.	
1522	Juan Sebastián Elcano termina, al cabo de tres años, la primera vuelta al mundo iniciada por Magallanes. Los turcos amplían su control del Mediterráneo al tomar Rodas.	
1525	Boda de Carlos I con Isabel de Portugal. Batalla de Pavía.	



Maquiavelo.



Padre Las Casas.



Lutero.

<i>Vida</i>	<i>España</i>	<i>Mundo</i>
1527	-Saco de Roma- por las tropas imperiales.	
1529	Creación del mexicano Virreinato de Nueva España. Los turcos detenidos ante Viena.	
1534	Ignacio de Loyola funda en París la Compañía de Jesús.	
1536	Alianza de Francisco I de Francia y Turquía contra el emperador Carlos.	
1537	Fallece, en Liria, Germana de Foix.	
1539	Enrique VIII de Inglaterra jefe de la Iglesia anglicana al imponer sus «Leyes de Supremacía».	
1542	Las «Leyes Nuevas» regulan el <i>status</i> del indio americano. Llegada de los portugueses al Japón.	
1543	Las revolucionarias teorías heliocentristas de Copérnico fijadas por escrito.	
1547	Carlos V derrota a los protestantes en Mühlberg.	
1554	Enlace matrimonial María Tudor-Felipe II. <i>Vida del Lazarillo de Tormes</i> . Mercator completa el primer mapa de Europa.	
1555	Muerte de Juana la Loca en Tordesillas, el 12 de abril.	
1556	Carlos V abdica en su hijo Felipe II.	



San Ignacio de Loyola.



Portada del «Lazarillo de Tormes».



Felipe II.

